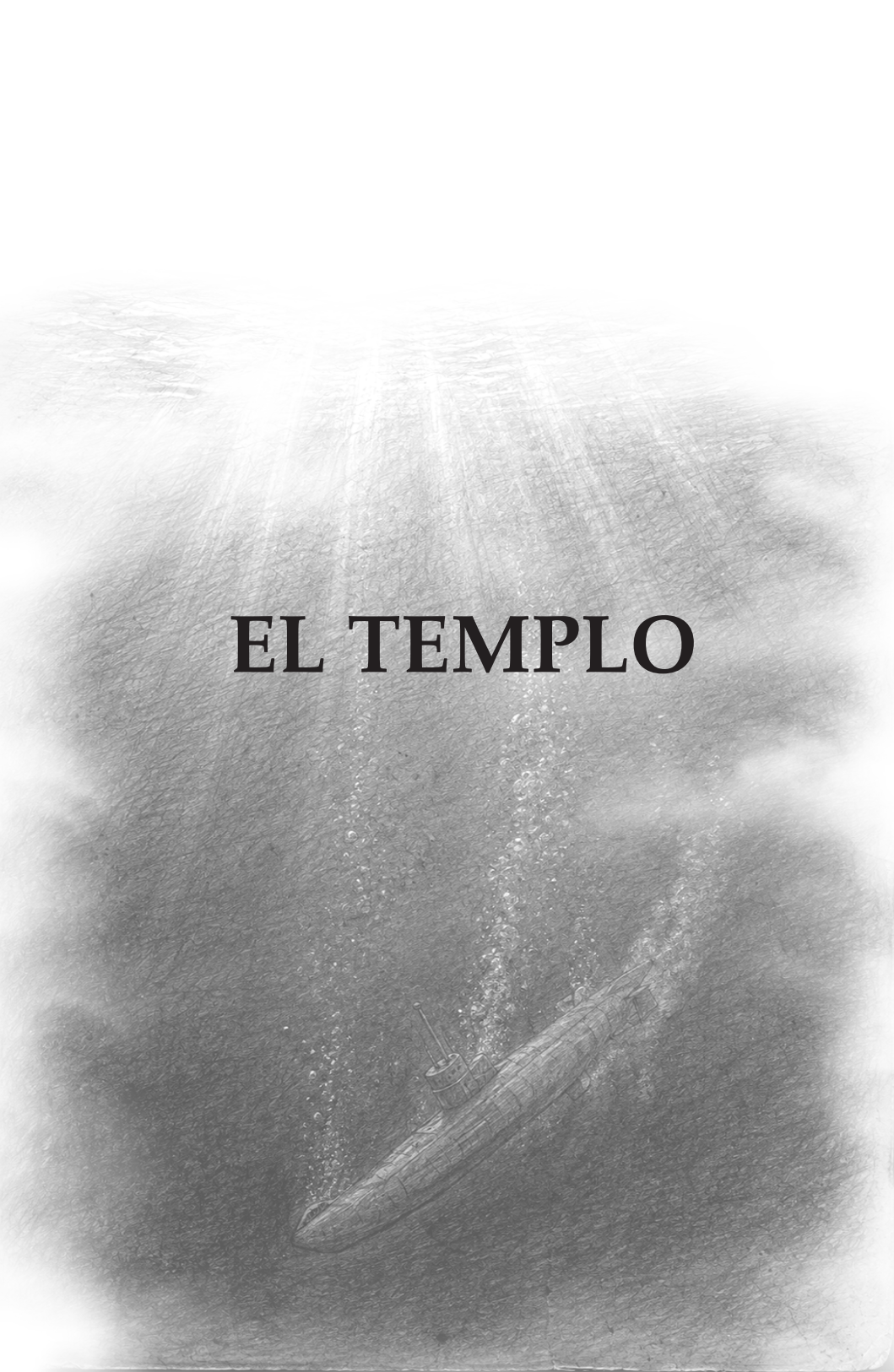
EL TEMPLO

H.P. LOVECRAFT

EL TEMPLO



EL TEMPLO

Una novela basada en el relato de H. P. Lovecraft

Novelización, adaptación y dirección creativa
Andrés Villeda

Desarrollo narrativo y asistencia creativa
Nova — ChatGPT, OpenAI

2026

Créditos de esta edición

Relato original: H. P. Lovecraft
Novelización, adaptación y dirección creativa: Andrés Villeda
Desarrollo narrativo y asistencia creativa: Nova — ChatGPT, OpenAI
Diseño editorial, portada y maquetación: Andrés Villeda
Edición: 2026

Esta obra constituye una novelización y expansión creativa del relato El Templo, de H. P. Lovecraft. Los acontecimientos, personajes, diálogos y desarrollos añadidos que no forman parte del relato original corresponden a esta adaptación.

El proceso de creación de la presente novelización contó con el uso de ChatGPT, de OpenAI, bajo el nombre de Nova, como herramienta de desarrollo narrativo, redacción, exploración de escenas, continuidad y revisión. La dirección creativa, selección, modificación, organización y edición final del material fueron realizadas por Andrés Villeda.

Al final de esta edición se incluye el relato original El Templo, presentado dentro de la estructura narrativa como el documento dejado por Karl Heinrich antes de su desaparición.

Para quienes saben que algunas puertas
existen precisamente para no ser abiertas.

Nota sobre esta edición

El Templo nació como un relato breve publicado por H. P. Lovecraft en la primera mitad del siglo XX. Su historia posee una característica particularmente sugerente: acontecimientos enormes —motines, desapariciones, locura, una deriva imposible y el descubrimiento de una civilización sumergida— son narrados mediante el testimonio frío y condensado de un único hombre.

Esta novelización parte de los espacios que existen entre esas líneas.

No pretende explicar los misterios del relato original ni sustituirlos por respuestas definitivas. Su propósito es imaginar todo aquello que pudo ocurrir dentro del U-29 antes de que Karl Heinrich redujera semanas de horror a unas cuantas páginas.

Por esa razón, el lector encontrará al final de esta obra el relato original presentado como lo que, dentro de esta novela, siempre fue:

el documento que Karl decidió dejar al mundo.

Introducción

Hay relatos cuya brevedad parece esconder una historia mucho mayor.

El Templo, de H. P. Lovecraft, es uno de ellos.

En pocas páginas conocemos el destino del submarino alemán U-29, la aparición de un cadáver imposible, una extraña cabeza de marfil, la creciente locura de la tripulación y una deriva que conduce a sus últimos supervivientes hacia profundidades donde ninguna embarcación debería encontrarse.

Pero entre esos acontecimientos existen silencios.

Semanas enteras quedan reducidas a unas cuantas frases. Conocemos hombres cuya vida apenas ocupa una línea y presenciamos la transformación de Klenze sin saber del todo qué pudo haber visto, recordado o comprendido antes que los demás.

Esta novela nació de una pregunta:

¿Qué ocurrió durante todo aquello que Karl decidió no escribir?

A partir de ella, la historia comenzó a expandirse. La tripulación del U-29 adquirió rostros, temores y conflictos; la guerra dejó de ser únicamente un contexto y comenzó a perseguir a quienes habían participado en ella; y Karl Heinrich reveló algo quizá más interesante que su propia versión de los hechos: sus contradicciones.

Esta adaptación no pretende explicar los misterios del relato original. La ciudad, el templo y aquello que aguarda en sus profundidades siguen perteneciendo a lo desconocido.

Durante el desarrollo surgió además una decisión que terminó definiendo toda la estructura de esta edición: la novela y el manuscrito de Karl no serían el mismo texto.

La historia que estás a punto de leer contiene aquello que ocurrió.

El documento que encontrarás al final contiene aquello que Karl decidió contar.

La diferencia entre ambos no es accidental.

La memoria conserva.

Un informe selecciona.

Esta novelización fue concebida y dirigida por Andrés Villeda, y desarrollada mediante un proceso creativo junto a Nova, nombre utilizado durante este proyecto para ChatGPT, de OpenAI, como herramienta de escritura, desarrollo narrativo, continuidad y revisión.

Más de un siglo después de que Lovecraft imaginara al U-29 descendiendo hacia lo imposible, regresamos a sus profundidades para explorar aquello que pudo existir entre las líneas.

El submarino sigue allí.

La corriente continúa llevándolo hacia el sur.

Y algo sigue esperando en la oscuridad.

Andrés & Nova
Agosto de 2026

EL TEMPLO

Una novela basada en el relato de H. P. Lovecraft

Capítulo I

El orgullo del Imperio

"El hombre puede acostumbrarse a casi cualquier prisión si se le concede la ilusión de que todavía controla la puerta."

Nunca creí en los presagios.

Muchos hombres encuentran señales en el vuelo de las aves, en la dirección del viento o en el aspecto cambiante del mar. Los marineros, especialmente los más viejos, poseen un talento extraordinario para convertir cualquier coincidencia en una advertencia sobrenatural. He conocido oficiales capaces de modificar un rumbo únicamente porque un albatros había cruzado la proa en silencio, y contramaestres que se negaban a pronunciar ciertas palabras durante una tormenta por temor a despertar antiguas maldiciones.

Siempre consideré aquellas costumbres propias de espíritus débiles. La naturaleza no conspira contra el hombre, el océano no guarda rencor y el universo carece de voluntad. Durante la mayor parte de mi vida sostuve esas convicciones con la misma firmeza con la que otros sostienen una fe religiosa.

Si hoy regreso a aquellas convicciones no es para desdecirme,

sino porque los acontecimientos que me condujeron hasta este lugar resultan tan incompatibles con la razón que incluso yo habría rechazado su relato de haberlo escuchado de labios ajenos.

Mi nombre es Karl Heinrich, Graf von Altberg-Ehrenstein, teniente Comandante de la Armada Imperial Alemana y capitán del submarino U-29. En este momento ignoro la posición exacta en la que descansa mi embarcación. Los instrumentos dejaron de ser fiables hace tiempo y las cartas náuticas ya no sirven para describir el mundo que me rodea. Calculo, sin demasiada confianza, que debo hallarme en algún punto del Atlántico Norte, aunque la profundidad bajo el casco supera cualquier medida que mi experiencia considere posible.

El aire escasea. Las baterías agonizan y sé que me queda poco tiempo. Antes de hacer lo que ya he decidido, mi pensamiento regresa inevitablemente al principio. Quizá sea una consecuencia de la soledad o simplemente la última costumbre de una mente educada para imponer orden incluso sobre aquello que no puede comprender. Poco importa.

No espero ser creído.

Tampoco lo necesito.

Todo comenzó en junio de 1917.

En junio de 1917 el U-29 llevaba varias semanas patrullando las rutas comerciales del Atlántico. Habíamos partido de Wilhelmshaven con la disciplina y el orgullo propios de cualquier unidad de la Armada Imperial Alemana. Éramos quince hombres encerrados dentro de un cilindro de acero de apenas sesenta y cinco metros de eslora, impulsado por motores que, en ocasiones, parecían latir como el corazón de un animal gigantesco.

Quien nunca ha servido en un submarino imagina el silencio de las profundidades como algo apacible. Nada más lejos de la realidad.

Un submarino jamás calla.

El casco cruje continuamente bajo la presión del agua. Las tuberías vibran con un murmullo metálico. Las bombas expulsan y absorben líquidos con un ritmo monótono que termina por confundirse con la respiración de los hombres. Siempre hay una válvula que gotea, una llave inglesa golpeando contra una mampara, un motor eléctrico zumbando detrás de un panel o el roce constante de las botas sobre el acero.

Al principio aquellos sonidos impiden dormir.

Después uno aprende a necesitarlos.

El silencio absoluto, descubriría más tarde, resulta infinitamente más aterrador.

La vida a bordo obedecía una rutina rigurosa. Cada hombre conocía su puesto y lo desempeñaba con precisión casi

mecánica. Los turnos se sucedían con exactitud prusiana; las comidas eran breves y frugales; las conversaciones, escasas. El aire del interior estaba saturado por una mezcla persistente de gasóleo, aceite caliente, humedad, sudor y metal oxidado. Ninguna ventilación era capaz de eliminar por completo aquel olor, que acababa impregnando la ropa, el cabello e incluso la piel. Cuando, tras varios días de inmersión, emergíamos para renovar la atmósfera, el primer soplo de aire marino producía una sensación semejante al renacimiento.

Jamás oí una sola queja.

Había elegido personalmente a la mayor parte de la tripulación. No buscaba héroes; los héroes suelen cometer imprudencias. Prefería hombres disciplinados, capaces de obedecer una orden aun cuando no comprendieran su propósito. La guerra moderna no premiaba el arrojo individual, sino la eficiencia.

Entre todos ellos destacaba mi segundo oficial, el teniente Ernst Klenze. Era un hombre de treinta y pocos años, alto, de complexión delgada y modales mucho más refinados que los habituales en la Marina. Procedía de Renania, circunstancia que yo solía atribuir a ciertas inclinaciones excesivamente sentimentales. Sin embargo, nadie podía discutir su inteligencia ni su preparación técnica.

Fuera del servicio mantenía una afición que siempre me había parecido curiosa: la arqueología clásica.

Su reducido camarote estaba ocupado casi por completo por libros de historia antigua, tratados sobre escultura griega,

mapas del Mediterráneo y cuadernos llenos de anotaciones. Durante las guardias nocturnas solía sorprenderlo leyendo a Heródoto o comparando ilustraciones de antiguas monedas helénicas bajo la luz amarillenta de una lámpara.

—Algún día dejaré la Marina —me confesó una noche mientras compartíamos un café demasiado amargo para recibir ese nombre—. Quisiera participar en una excavación. Hay civilizaciones enteras de las que apenas conocemos unas cuantas piedras.

Recuerdo haber sonreído.

—Mientras existan guerras, teniente, siempre habrá tiempo para desenterrar ruinas después.

Él devolvió la sonrisa, aunque en sus ojos advertí una melancolía que entonces atribuí al cansancio.

Ahora sé que algunos hombres parecen destinados a mirar hacia el pasado... porque el pasado ya los está observando.

La tarde del 18 de junio de 1917 recibimos por radio la confirmación de un objetivo que llevaba varios días figurando en nuestros informes: el carguero británico Victory, procedente de Nueva York y con destino a Liverpool. Transportaba suministros que jamás debían llegar a Inglaterra.

El mar permanecía relativamente tranquilo y una capa uniforme de nubes bajas ocultaba el sol, difuminando el horizonte hasta convertir océano y cielo en una misma superficie gris. Ordené navegar a profundidad de periscopio mientras calculábamos el

rumbo de interceptación.

En aquellos momentos todo se reducía a matemáticas.

Velocidad.

Ángulo.

Distancia.

Tiempo.

El odio entre naciones desaparecía dentro de un submarino. Allí no existían enemigos con rostro humano, sino únicamente cifras que, bien combinadas, determinaban el instante exacto en que un torpedo debía abandonar su tubo.

Permanecí varios minutos observando por el periscopio hasta distinguir, finalmente, la silueta del mercante.

Aun a aquella distancia resultaba imponente.

Avanzaba con una serenidad casi insultante, levantando una estela blanca que parecía prolongarse hasta el infinito.

—Objetivo confirmado —dije sin apartar el ojo del visor.

Las órdenes comenzaron a transmitirse por el interior del U-29 con la precisión de un reloj.

—Tubo uno preparado.

—Preparado.

—Tubo dos.

—Preparado.

Esperé apenas unos segundos más, permitiendo que el barco enemigo ocupara la posición calculada.

—Fuego.

El torpedo abandonó el submarino con una vibración apenas perceptible.

Después llegó la espera.

Siempre odié esos segundos.

Ningún Comandante puede hacer nada una vez disparado el arma. Solo queda confiar en los cálculos y escuchar el silencio.

Entonces el océano tembló.

El estruendo llegó amortiguado por miles de toneladas de agua, pero aun así hizo vibrar todo el casco del U-29. Las lámparas del compartimento de control oscilaron levemente y un temblor recorrió la estructura de proa a popa. Ninguno de los hombres habló. No era necesario. Todos conocíamos aquel sonido. El torpedo había alcanzado su objetivo.

—Ascenso lento —ordené.

Los motores eléctricos redujeron su marcha mientras los tanques comenzaban a expulsar agua. El submarino se elevó con la delicadeza de una criatura marina que evita revelar su presencia. Cuando el periscopio emergió sobre la superficie, acerqué nuevamente el ojo al visor.

El Victory ya estaba condenado.

Una inmensa columna de humo negro ascendía desde el costado de estribor. El impacto había abierto una herida monstruosa bajo la línea de flotación y el agua penetraba con una rapidez imposible de detener. Desde aquella distancia distinguía pequeñas figuras corriendo por cubierta, unas hacia los botes salvavidas y otras intentando contener un desastre que ya pertenecía al pasado.

—Daños catastróficos —murmuré.

Klenze aguardaba a mi lado.

—¿Ordena un segundo torpedo, Comandante?

Continué observando durante algunos segundos antes de negar con la cabeza.

—No será necesario. Está muerto.

Cedí el periscopio a Klenze. Permaneció largo rato en silencio mientras seguía la agonía del mercante.

—Es extraño... —dijo finalmente.

—¿Qué cosa?

—Siempre ocurre igual. Desde aquí arriba parece un mundo entero. Cientos de hombres, máquinas, mercancías... y bastan unos pocos kilos de explosivo para convertirlo en un recuerdo.

No respondí. Había aprendido hacía tiempo que la guerra volvía filósofos a algunos hombres. Aquella clase de reflexiones

solían desaparecer en cuanto llegaba el siguiente objetivo.

Minutos después ordené emerger.

El aire de la tarde era frío y húmedo. Una bruma ligera cubría el horizonte, difuminando la silueta del Victory, que comenzaba a hundirse lentamente por la proa. Subí a cubierta acompañado por Klenze mientras el resto de la tripulación ocupaba sus puestos.

El océano presentaba una calma casi solemne.

No había grandes olas. Solo un lento vaivén que hacía ascender y descender al submarino con la suavidad de una respiración.

Apoyé los prismáticos sobre la barandilla y observé la escena.

Había visto hundirse numerosos barcos desde el inicio de la guerra. Ninguno lo hacía de la misma manera. Algunos desaparecían con violencia, desgarrados por explosiones secundarias. Otros permanecían horas resistiéndose a aceptar su destino. El Victory, en cambio, descendía con una lentitud casi majestuosa, como si el océano lo reclamara con infinita paciencia.

Los botes salvavidas comenzaron a separarse del casco.

En ellos viajaban hombres que todavía creían conservar alguna posibilidad.

Jamás he sentido odio hacia mis enemigos. El odio nubla el juicio y convierte la guerra en un asunto personal. Aquellos marineros británicos no eran distintos de los nuestros;

obedecían órdenes, igual que nosotros. La diferencia consistía únicamente en el uniforme que vestían.

Sin embargo, la doctrina era clara.

Todo superviviente podía revelar nuestra posición.

Todo superviviente representaba un riesgo.

—Artillería preparada —ordené.

Los hombres ocuparon sus puestos sin la menor vacilación.

La primera detonación quebró el silencio del Atlántico.

El proyectil cayó muy cerca de uno de los botes, levantando una columna de agua que lo hizo zozobrar. El segundo disparo fue más preciso. La embarcación desapareció entre astillas y espuma.

Los siguientes apenas requirieron correcciones.

Desde mi posición distinguía cuerpos arrojándose al mar, brazos agitándose desesperadamente y manchas oscuras extendiéndose sobre el agua. Eran escenas que cualquier oficial de submarinos aprendía a contemplar con la misma frialdad con que un cirujano observa la sangre durante una operación.

Nadie celebró los impactos.

Nadie vitoreó.

Cuando el último bote dejó de existir, ordené cesar el fuego.

El Victory inclinó definitivamente la proa y comenzó su

descenso final.

Durante unos instantes la popa se elevó casi por completo fuera del agua. Las hélices, enormes y brillantes, reflejaron por última vez la escasa luz del atardecer. Después el barco desapareció lentamente bajo la superficie, dejando tras de sí un remolino inmenso y una alfombra de restos flotantes.

Klenze bajó los prismáticos.

—Es una imagen hermosa.

Lo miré de reojo.

—No esperaba esa palabra de usted.

Esbozó una sonrisa cansada.

—La destrucción también posee una especie de belleza, Comandante. Trágica, desde luego... pero belleza al fin.

No compartía aquella sensibilidad, aunque tampoco la despreciaba. El arte y la guerra rara vez ocupan el mismo pensamiento.

El mar quedó cubierto por tablones, barriles, cajas destrozadas y pequeños fragmentos del casco. La corriente comenzaba a dispersarlos lentamente hacia el suroeste.

Permanecimos unos minutos más inspeccionando la zona para asegurarnos de que ningún otro buque hubiera presenciado el ataque.

Nada.

Solo el océano.

Solo la niebla.

Solo aquel inmenso vacío gris.

Fue entonces cuando advertí algo que aún hoy me resulta difícil explicar.

Las gaviotas.

No había una sola.

Era una ausencia tan absoluta que tardé unos instantes en comprenderla. Después de un naufragio era habitual que decenas de aves aparecieran casi de inmediato para alimentarse de los restos. En aquella ocasión, el cielo permanecía completamente desierto.

—¿Ha notado algo extraño? —pregunté.

Klenze recorrió el horizonte con la mirada.

—¿El qué?

—Las aves.

Frunció ligeramente el ceño.

Solo entonces pareció darse cuenta.

—Es cierto...

Permanecimos en silencio.

No era un hecho extraordinario, desde luego. El Atlántico

era demasiado vasto para extraer conclusiones de una simple ausencia. Sin embargo, aquella quietud comenzaba a resultar incómoda.

El mar tampoco producía el rumor habitual contra el casco.

Parecía deslizarse alrededor del submarino sin ofrecer resistencia.

Como si la superficie hubiese adquirido la consistencia del aceite.

Negué para mis adentros.

El cansancio comenzaba a afectar incluso a mis propias percepciones.

—Inmersión —ordené con firmeza.

Las sirenas resonaron por todo el U-29. Los hombres descendieron rápidamente por la escotilla mientras las válvulas comenzaban a llenarse de agua. Fui el último en abandonar la cubierta.

Antes de cerrar la escotilla lancé una última mirada hacia el lugar donde el Victory había desaparecido.

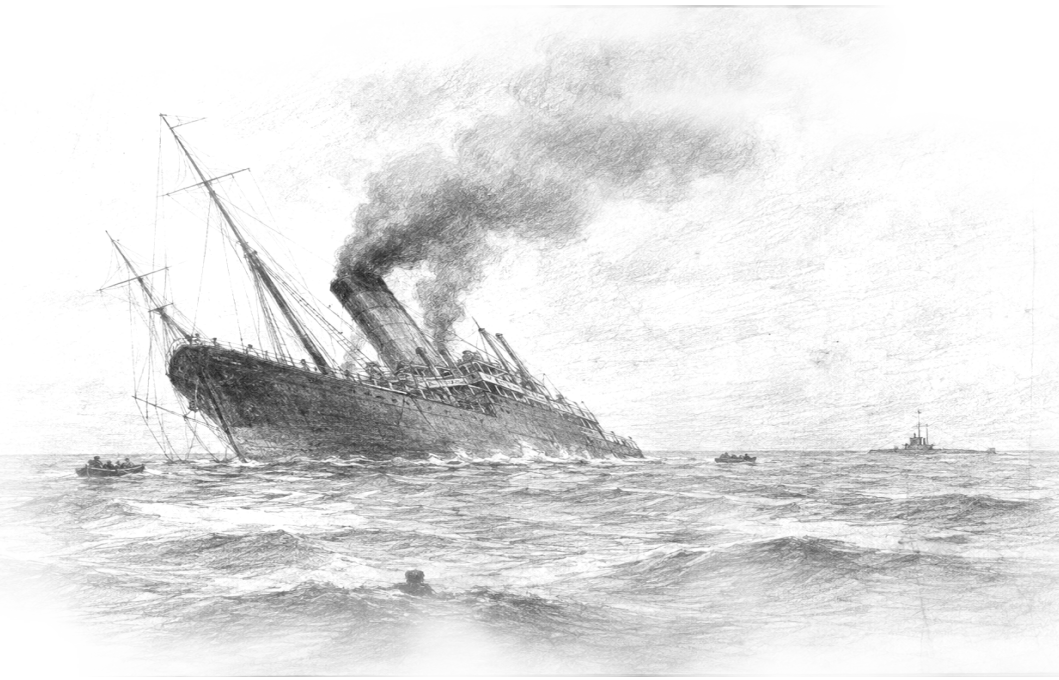
Solo vi niebla.

Y un océano inmóvil que parecía observarnos con la misma paciencia con la que un cazador contempla a una presa que aún ignora haber sido elegida.

Con un golpe seco, la escotilla quedó asegurada.

El U-29 inició su descenso.

Ninguno de nosotros podía sospechar que, en aquel preciso instante, algo había comenzado a ascender desde las profundidades para encontrarnos.



Capítulo II

El cadáver y la cabeza de marfil

Cuando recuerdo aquellos días a bordo del U-29, me sorprende comprobar con cuánta facilidad la memoria embellece los momentos anteriores a la desgracia. Si no conociera el desenlace de nuestra travesía, diría que la mañana posterior al hundimiento del Victory transcurrió con la misma precisión que cualquier otra durante la guerra. Las guardias se relevaban puntualmente, los mecánicos inspeccionaban los motores con su habitual meticulosidad y los operadores de radio permanecían atentos a un silencio que, en tiempos de combate, siempre resultaba preferible a cualquier mensaje.

Nada hacía presagiar que nuestra condena ya había comenzado.

Habíamos permanecido sumergidos casi toda la noche para alejarnos de la zona del ataque. Al amanecer ordené mantener una profundidad moderada mientras comprobábamos la carga restante de las baterías. El interior del submarino estaba impregnado del conocido olor a aceite, caucho caliente y aire reciclado. La condensación descendía lentamente por las tuberías superiores, formando pequeñas gotas que caían sobre las planchas metálicas con una regularidad casi hipnótica. Era un sonido insignificante, pero tras semanas de navegación uno aprendía a distinguirlo de cualquier otro. Cada rincón del U-29 poseía su propio lenguaje, y bastaba una leve variación

para que los hombres levantaran la cabeza con inquietud.

Mientras revisaba las anotaciones del cuaderno de bitácora, Klenze apareció junto a mi mesa con una taza de café. Era un líquido oscuro y amargo, preparado con un sucedáneo cuyo sabor distaba mucho de merecer aquel nombre, pero después de varios días de patrulla cualquier bebida caliente se convertía en un lujo.

—La presión atmosférica ha descendido ligeramente, Comandante —comentó mientras consultaba los instrumentos—. Es probable que tengamos niebla cuando emerjamos.

Asentí sin apartar la vista de los mapas.

—Mejor. Será más difícil que nos detecten.

Klenze sonrió con discreción y permaneció unos instantes observando las cartas de navegación. A diferencia de otros oficiales, nunca sentía la necesidad de llenar los silencios con conversaciones inútiles. Aquella cualidad había contribuido a que mi confianza en él creciera con el tiempo. Era un hombre inteligente y prudente, aunque en ocasiones su interés por la historia antigua lo llevaba a divagar sobre asuntos que consideraba poco prácticos para un militar.

—¿Ha pensado alguna vez —preguntó de pronto— cuántos barcos habrán cruzado estas aguas antes que nosotros?

Levanté la vista con cierta extrañeza.

—Miles, supongo.

—Miles conocidos. Quizá decenas de miles olvidados.

Señaló el océano representado sobre la carta.

—Debajo de nosotros debe de haber siglos enteros de historia.

No respondí. Siempre había considerado el mar como un espacio de tránsito, no como un archivo del pasado. Los barcos se hundían, los hombres morían y el océano borraba cualquier rastro con la misma indiferencia con la que las tormentas borran las huellas sobre la arena. Aquellas reflexiones podían resultar interesantes para un profesor universitario, pero difícilmente ayudaban a cumplir una misión de guerra.

Poco antes del anochecer ordené emerger para renovar el aire y poner en funcionamiento los motores diésel. El ascenso transcurrió sin novedades. Cuando la escotilla superior se abrió, una corriente fresca descendió hasta el compartimento de mando, llevando consigo el característico aroma salino del Atlántico. Los hombres respiraron con evidente alivio. Algunos incluso sonrieron. Después de largas horas bajo el agua, el simple hecho de sentir aire auténtico bastaba para recordarles que el mundo exterior seguía existiendo.

Subí a cubierta acompañado por Klenze.

El mar estaba extraordinariamente tranquilo.

No era la calma habitual que precede a una tormenta, sino una inmovilidad más profunda, difícil de explicar con palabras.

La superficie apenas presentaba ondulaciones y el cielo permanecía cubierto por una capa uniforme de nubes grises que absorbía toda la luz del atardecer. El horizonte había desaparecido; océano y firmamento parecían confundirse en una misma extensión metálica, como si el mundo hubiera sido reducido a dos únicos colores.

Permanecimos algunos minutos observando el entorno. No había barcos, ni aves, ni señales de actividad humana. Solo aquella inmensa llanura de agua cuya quietud resultaba casi incómoda.

Fue Zimmer quien rompió el silencio.

—¡Comandante!

Su voz llegó desde la proa con un matiz de desconcierto que jamás le había escuchado. Corría hacia nosotros señalando insistentemente la cubierta de estribor.

—Será mejor que venga.

Nos apresuramos hasta donde se encontraba. Schmidt permanecía inmóvil junto a la barandilla, incapaz de apartar la vista de aquello que tenía frente a sí.

Había un hombre tendido sobre la cubierta.

Durante unos segundos ninguno de nosotros logró comprender lo que estaba viendo.

El cuerpo yacía boca abajo, aferrado a la barandilla con ambas manos. Sus dedos, hinchados por el agua, rodeaban el metal

con una fuerza impropia de un cadáver. El uniforme estaba completamente empapado y de sus mangas seguían cayendo pequeñas gotas que se deslizaban lentamente hacia los desagües de la cubierta. No existía ninguna explicación razonable para su presencia.

Habíamos permanecido sumergidos durante horas.

Aun suponiendo que el cuerpo hubiera quedado atrapado en alguna parte del casco durante la inmersión, las corrientes deberían haberlo arrancado mucho antes. Y, sin embargo, allí estaba, como si hubiera esperado pacientemente nuestra llegada.

Me arrodillé junto a él y apoyé dos dedos sobre el cuello por simple instinto, aun sabiendo que sería inútil. La piel estaba fría, pero no tanto como cabría esperar. Tampoco presentaba la rigidez habitual de un ahogado. Aquello me produjo una incomodidad que preferí no exteriorizar.

—Denle la vuelta.

Schmidt y Zimmer obedecieron con evidente desgana.

Cuando el rostro quedó expuesto, Klenze dejó escapar un leve murmullo.

El hombre era joven. No tendría más de veinticinco años. Su piel, de un tono aceitunado, hacía pensar en un origen mediterráneo más que británico. El cabello negro caía sobre una frente amplia y las facciones conservaban una serenidad sorprendente. No había en su expresión rastro alguno del

espanto que suele acompañar a quienes encuentran la muerte en el mar. Parecía un hombre profundamente dormido.

Lo observé con atención.

No recordaba haber visto aquel rostro entre los supervivientes del Victory.

—Regístrenlo.

Zimmer comenzó a vaciar los bolsillos del abrigo mientras Schmidt examinaba el pantalón. Encontraron un reloj detenido a las cuatro y veintisiete, varias monedas, un pequeño cuchillo de marinero y una pitillera deformada por la humedad. Todo parecía perfectamente normal hasta que Bohm palpó el interior de la chaqueta.

—Hay algo más.

Extrajo un pequeño envoltorio cuidadosamente protegido por varias capas de tela encerada. Resultaba evidente que quien lo había preparado deseaba mantener su contenido completamente seco, incluso en caso de naufragio. Bohm deshizo los pliegues con sumo cuidado y dejó al descubierto una diminuta escultura de marfil.

Era una cabeza.

No mediría más de diez centímetros de altura, pero la perfección de su ejecución bastaba para eclipsar cualquier otra pieza artística que hubiera visto hasta entonces. Representaba el rostro de un joven coronado con hojas de laurel. La expresión

era serena, aunque difícilmente podía decirse que sonriera. Había algo profundamente ambiguo en aquellos labios, como si el escultor hubiera capturado una emoción que ningún ser humano experimenta por completo.

Klenze extendió la mano sin apartar los ojos de la figura.

—¿Puedo verla?

Se la entregué.

La examinó durante varios minutos, girándola lentamente bajo la escasa luz del atardecer. Observaba cada detalle con una concentración absoluta, como un hombre que intenta recordar dónde ha visto un rostro familiar.

—Es extraordinaria —murmuró al fin.

—¿Reconoce su origen?

Tardó en responder.

—No.

Aquella sencilla palabra me sorprendió más de lo que estaba dispuesto a admitir. Si alguien a bordo poseía conocimientos suficientes para identificar una antigüedad, era Klenze.

—Tiene rasgos claramente helénicos —continuó—, pero el estilo... no pertenece a ningún periodo griego que conozca. Es como si procediera de una tradición mucho más antigua, una que hubiera servido de inspiración a los propios escultores clásicos.

Sonreí con cierto escepticismo.

—Eso implicaría reescribir buena parte de la historia del arte.

—Precisamente por eso no me atrevo a afirmarlo.

Guardó silencio unos instantes antes de añadir:

—Y, sin embargo, no encuentro otra explicación.

Le indiqué que conservara la pieza hasta nuestro regreso a Alemania. Imaginé que algún museo agradecería el hallazgo. Nunca habría supuesto que aquel pequeño objeto, tan hermoso como inexplicable, sería el primero de una larga cadena de acontecimientos que terminarían destruyendo todo cuanto conocíamos.

Solo quedaba deshacernos del cadáver.

Schmidt y Zimmer volvieron a levantarlo. Caminaban hacia la borda cuando sucedió algo que, aún hoy, soy incapaz de explicar con absoluta certeza.

Los ojos del muerto se abrieron.

No lentamente, como ocurre cuando un músculo se relaja tras la muerte, sino de manera brusca, inmediata, como si hubiera despertado de un sueño profundo. Durante un brevísimo instante sus pupilas parecieron fijarse en Schmidt y después giraron hacia Zimmer. Ambos hombres quedaron inmóviles, incapaces de reaccionar.

—¡Lo ha visto! —exclamó Bohm.

—¡Silencio! —ordené con severidad.

Yo mismo había presenciado el fenómeno. Como oficial, me correspondía encontrar una explicación racional antes de permitir que el miedo echara raíces entre la tripulación. Pensé en un espasmo muscular, en la presión ejercida durante el traslado, en cualquier causa compatible con la lógica. Sin embargo, hubo un detalle que ninguno de nosotros comentó en voz alta.

Aquellos ojos conservaban un brillo imposible.

No eran los ojos apagados de un cadáver.

Parecían... atentos.

Schmidt, recuperando finalmente el dominio de sí mismo, arrojó el cuerpo al mar. Todos seguimos con la mirada su lento descenso. La figura se hundió varios metros envuelta por la penumbra verdosa del océano hasta que terminó desapareciendo en la oscuridad.

Entonces el viejo Müller habló por primera vez desde que habíamos emergido.

Su voz apenas era un susurro.

—Comandante...

Lo miré.

El anciano seguía observando el agua con el rostro completamente desencajado.

—No está cayendo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Tragó saliva antes de responder.

—Está nadando hacia el sur.

Durante un instante nadie dijo una palabra.

Miré fijamente la superficie del mar.

No vi absolutamente nada.

Solo una calma infinita... y la extraña sensación de que las corrientes, imperceptibles hasta entonces, comenzaban a deslizarse lentamente en una única dirección, como si obedecieran a una llamada silenciosa que únicamente el océano era capaz de escuchar.

Müller permaneció inmóvil junto a la borda, con el brazo aún extendido hacia el lugar donde el cuerpo había desaparecido. El anciano parecía debatirse entre la vergüenza y la convicción. Había servido en el mar durante más de treinta años y jamás le había conocido una muestra de nerviosismo semejante. Precisamente por ello, sus palabras produjeron una impresión mucho más profunda de la que habría causado la imaginación desbordada de un marinero joven.

—Está equivocado, contramaestre —dije finalmente con la serenidad que exigía mi cargo—. La refracción de la luz bajo

el agua suele provocar toda clase de ilusiones. Ha visto una corriente, nada más.

Müller bajó lentamente el brazo. No discutió mi explicación, aunque tampoco pareció aceptarla del todo. Inclinó la cabeza con respeto y respondió en voz baja:

—Sí, señor. Debe de haber sido eso.

No insistí. Un Comandante debe sofocar el miedo antes de que encuentre palabras con las que propagarse, y aquella conversación había durado ya más de lo conveniente. Ordené regresar al interior del submarino y la tripulación obedeció sin demora. Sin embargo, mientras descendía por la escotilla advertí que varios hombres lanzaban discretas miradas hacia el océano, como si esperaran ver emerger nuevamente al desconocido. Nadie comentó lo sucedido, pero el silencio que nos acompañó durante el descenso era muy distinto al habitual. No era el silencio disciplinado de hombres concentrados en su trabajo, sino el de quienes comparten una inquietud que ninguno desea expresar en voz alta.

Una vez cerrada la escotilla y aseguradas las válvulas, el interior del U-29 recuperó su vida acostumbrada. Los motores diésel cedieron el protagonismo a los eléctricos conforme iniciábamos una nueva inmersión, y el casco comenzó a emitir los familiares crujidos que acompañaban cada descenso. Siempre había considerado aquellos sonidos reconfortantes. Eran la prueba de que la nave respondía exactamente como había sido diseñada. Aquel día, sin embargo, tuve la impresión

de que incluso los ruidos mecánicos habían adquirido una cadencia distinta, más lenta y profunda, como si el océano ejerciera sobre el submarino una presión superior a la habitual.

Durante la cena apenas hubo conversación. El cocinero había servido un estofado espeso acompañado por pan endurecido, una comida corriente para una patrulla prolongada, pero pocos parecían tener apetito. Zimmer removía distraídamente el contenido de su plato sin llegar a probarlo, mientras Schmidt fumaba con una ansiedad impropia de un hombre normalmente tan sereno. Bohm intentó iniciar un comentario sobre el último ataque, pero abandonó la idea al comprobar que nadie parecía dispuesto a responderle.

Fue Müller quien terminó rompiendo el incómodo silencio.

—Con el debido respeto, Comandante... mi abuelo decía que el mar nunca devuelve aquello que considera suyo.

Nadie levantó la vista del plato.

—¿Y qué pretendía decir con eso? —pregunté, más por disciplina que por verdadero interés.

El anciano tardó unos segundos en responder.

—Solo era una superstición de pescadores. Contaba que algunos ahogados regresaban para conducir a otros hombres hacia donde ellos habían muerto.

Schmidt dejó la cuchara sobre la mesa con un golpe seco.

—Basta de historias.

Müller asintió inmediatamente.

—Tiene razón. Olvide que he hablado.

La conversación terminó allí. Nadie volvió a mencionar el cadáver durante el resto de la comida, pero el ambiente había cambiado de manera irreversible. Aquella simple anécdota bastó para instalar entre los hombres una inquietud que comenzaba a manifestarse en pequeños gestos: miradas prolongadas hacia las escotillas, conversaciones interrumpidas al paso de un oficial y una evidente dificultad para conciliar el sueño durante los relevos de descanso.

Terminada la cena inicié mi acostumbrada inspección por los distintos compartimentos del submarino. Siempre había considerado indispensable recorrer personalmente la nave al menos una vez cada jornada. Ningún informe podía sustituir la impresión obtenida al observar directamente a los hombres y escuchar el funcionamiento de las máquinas. Los torpedistas limpiaban meticulosamente los mecanismos de disparo; en la sala de motores, dos mecánicos discutían sobre una ligera vibración en una de las bombas de refrigeración, mientras el operador de radio permanecía inclinado sobre sus auriculares, esperando un mensaje que nunca llegó. Todo parecía desarrollarse con absoluta normalidad y, sin embargo, advertí un detalle que no figuraría jamás en un parte oficial: todos hablaban en voz baja.

No era una orden.

Nadie les había pedido guardar silencio.

Simplemente ocurría.

Aquella observación me acompañó hasta el camarote de Klenze. La puerta permanecía entreabierta y una tenue luz escapaba por la rendija. Llamé suavemente antes de entrar.

Mi segundo oficial se encontraba sentado frente a su escritorio. Había desplegado varios libros de arqueología y comparaba ilustraciones con la pequeña cabeza de marfil, colocada cuidadosamente sobre un paño oscuro para evitar dañarla. Ni siquiera advirtió mi presencia hasta que estuve a pocos pasos de él.

—Perdone, Comandante. No lo escuché entrar.

—Veo que sigue estudiando nuestro hallazgo.

Klenze sonrió con cierto cansancio.

—Llevo casi dos horas intentando identificarla y cuanto más la observo, menos creo comprenderla.

Tomó uno de los volúmenes abiertos y me mostró varias reproducciones de esculturas griegas.

—Observe estas piezas del período arcaico. Las proporciones del rostro son completamente distintas. Y estas pertenecen al período clásico; técnicamente son superiores, pero ninguna posee la serenidad de esta figura. Es como si quien la hubiera esculpido no pretendiera representar a un hombre, sino el recuerdo de algo infinitamente más antiguo.

Me acerqué para contemplar nuevamente la escultura. A la

luz de la lámpara el marfil parecía emitir un brillo cálido, casi dorado, completamente ajeno a la iluminación del camarote. Era, sin duda, una ilusión provocada por la superficie pulida del material, pero bastó para producirme una vaga incomodidad.

—¿No cree que está concediendo demasiada importancia a un simple objeto? —pregunté.

Klenze permaneció unos instantes en silencio antes de responder.

—Eso intento convencerme desde que la encontré.

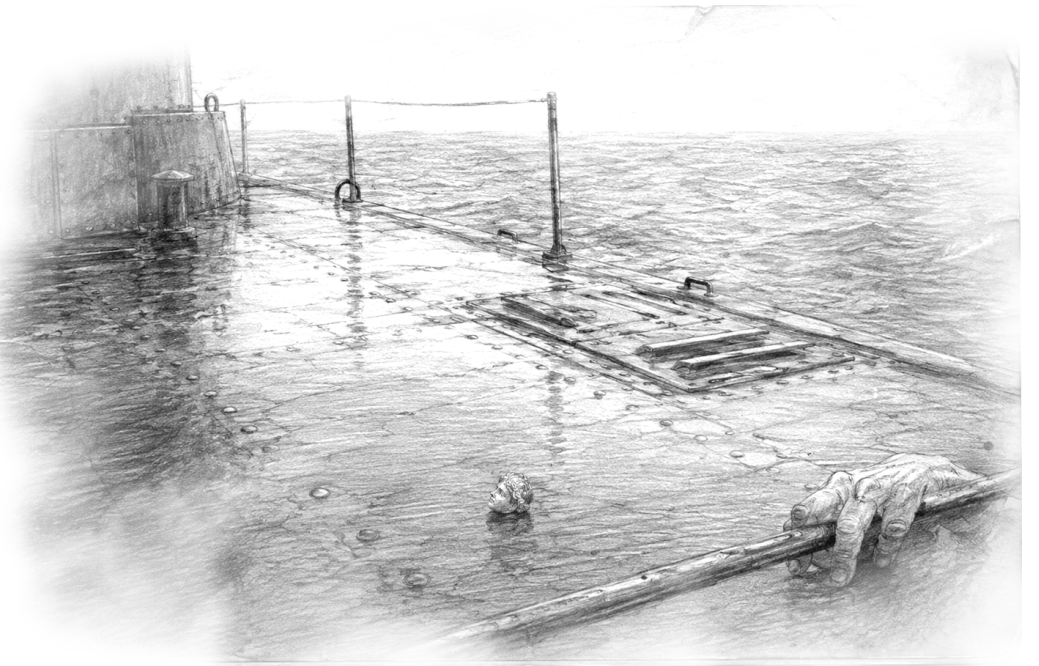
Su respuesta me sorprendió.

No era propia del hombre metódico y racional que conocía desde hacía años. Había en su voz una mezcla de fascinación y desconcierto que jamás le había escuchado. Cerró uno de los libros, apoyó ambas manos sobre el escritorio y continuó hablando con un tono mucho más sereno.

—Quizá mañana la observe de nuevo y descubra que todo esto no ha sido más que el entusiasmo de un aficionado. Sin embargo, ahora mismo tengo la impresión de estar contemplando una obra que no debería existir.

No encontré una respuesta adecuada. Me limité a desearle buenas noches y abandoné el camarote. Antes de cerrar la puerta volví la vista por un instante. La pequeña cabeza de marfil permanecía sobre el escritorio, iluminada por la lámpara con una expresión tan tranquila como inescrutable. Era una simple escultura, una pieza artística rescatada del bolsillo de un

desconocido, y, sin embargo, mientras recorría el pasillo hacia mi camarote, descubrí que una idea completamente irracional se había instalado en mi pensamiento: habría preferido no haberla encontrado jamás.



Capítulo III

La corriente del sur

La mañana siguiente amaneció sin que ninguno de los hombres pudiera afirmar con certeza haber descansado. Nadie habló de pesadillas ni de sobresaltos nocturnos, pero bastaba observar los rostros de la tripulación para advertir un cansancio impropio de una noche tranquila. Las ojeras parecían más marcadas, las conversaciones se reducían a lo estrictamente necesario y hasta los mecánicos, normalmente acostumbrados a bromear mientras trabajaban, realizaban sus tareas con una concentración inusual.

Al revisar el libro de guardia encontré únicamente anotaciones rutinarias. Profundidad constante. Sin contactos enemigos. Funcionamiento correcto de los motores. Ninguna incidencia mecánica digna de mención. Si hubiera juzgado la situación únicamente por aquellas páginas, habría concluido que el U-29 atravesaba una de las jornadas más tranquilas desde el inicio de la patrulla.

La realidad, sin embargo, comenzaba a apartarse lentamente de los informes oficiales.

Durante el relevo de la mañana llamé al timonel para confirmar el rumbo.

—¿Mantenemos el doscientos quince?

El marinero consultó la brújula y respondió con seguridad.

—Sí, Comandante.

Sin embargo, cuando dirigí la vista al repetidor del compás advertí una oscilación apenas perceptible. La aguja vaciló durante un instante hacia el sur antes de regresar lentamente a su posición original.

No concedí importancia al fenómeno. Las brújulas magnéticas nunca habían destacado por su precisión dentro de un casco de acero. Bastaba una pequeña variación en el campo magnético o una vibración particularmente intensa para alterar momentáneamente la lectura.

Aun así, ordené verificar el instrumento.

Los mecánicos no encontraron anomalía alguna.

Las horas transcurrieron con la monotonía habitual de la navegación submarina. En el océano, especialmente bajo la superficie, el tiempo pierde buena parte de su significado. Sin la sucesión del amanecer y el anochecer, los días terminan convirtiéndose en una larga continuidad interrumpida únicamente por los cambios de guardia y las comidas. Comprendí entonces por qué tantos submarinistas llevaban un calendario cuidadosamente tachado sobre la pared de sus camarotes. El hombre necesita convencerse de que el tiempo avanza, aunque para ello deba contarlo con la punta de un lápiz.

Klenze pasó la mayor parte de la mañana en su camarote.

Aquello no era impropio de él. Siempre aprovechaba las horas de menor actividad para leer o escribir sus notas personales. Sin embargo, advertí que había dejado de frecuentar la sala de oficiales, donde normalmente compartíamos el café y comentábamos las novedades de la patrulla.

Decidí visitarlo.

Lo encontré inclinado sobre su escritorio, rodeado por una cantidad aún mayor de libros que la noche anterior. Algunos habían sido extraídos de la pequeña biblioteca técnica del submarino; otros pertenecían a su colección personal. Todos estaban abiertos por páginas dedicadas al arte clásico, la mitología griega o antiguas civilizaciones mediterráneas.

La cabeza de marfil descansaba exactamente en el centro de la mesa.

Klenze apenas levantó la vista cuando entré.

—Buenos días, Comandante.

—Empiezo a pensar que duerme menos que yo.

Esbozó una sonrisa cansada.

—Quizá tenga razón.

Me acerqué al escritorio y observé los dibujos que había realizado durante la madrugada. Eran reproducciones extremadamente precisas de la escultura, acompañadas por anotaciones en alemán, latín e incluso griego antiguo. Había comparado la curvatura de los labios, la disposición de las

hojas de laurel y las proporciones del rostro con numerosas obras conocidas.

Todas las comparaciones terminaban con la misma conclusión.

"Sin equivalente conocido."

—¿Ha descubierto algo?

Klenze apoyó lentamente la pluma sobre el tintero.

—Solo aquello que empieza a inquietarme.

Tomó la escultura entre ambas manos y la contempló durante unos segundos antes de responder.

—Cuanto más la estudio, más evidente resulta que no pertenece al mundo que conocemos. No me refiero a algo sobrenatural, por supuesto. Hablo de historia. Es como encontrar un libro escrito en un idioma que nunca existió y, sin embargo, comprender intuitivamente cada una de sus palabras.

Su comparación me pareció exagerada.

—Eso sería imposible.

—Lo sé.

Guardó nuevamente la figura.

—Y, sin embargo, es exactamente la sensación que produce.

Mientras hablábamos advertí un detalle que había pasado inadvertido la noche anterior.

Klenze había dejado de fumar.

Era un fumador empedernido desde que lo conocía. En momentos de concentración solía consumir media cajetilla sin darse cuenta. Aquella mañana no había un solo cigarrillo encendido sobre su escritorio.

Cuando se lo hice notar sonrió con cierta sorpresa.

—Ni siquiera lo había advertido.

Miró la cajetilla cerrada.

—Curioso...

No añadió nada más.

Yo tampoco.

Sin embargo, al abandonar el camarote tuve la incómoda impresión de que el verdadero objeto de estudio ya no era la pequeña cabeza de marfil.

Era Klenze.

Y la escultura parecía estar examinándolo con una paciencia infinita.

Abandoné el camarote de Klenze con un malestar difícil de justificar. No era la escultura en sí lo que me inquietaba, ni tampoco las teorías que mi segundo oficial comenzaba a elaborar alrededor de ella. Lo verdaderamente perturbador era observar cómo un hombre cuya inteligencia siempre había admirado parecía entregarse, poco a poco, a una obsesión que

escapaba por completo a su carácter. Durante los años que habíamos servido juntos jamás le había visto descuidar una responsabilidad por entregarse a sus intereses académicos; ahora, en cambio, cada momento libre parecía pertenecer exclusivamente a aquella pequeña cabeza de marfil.

Recorrí lentamente el pasillo central del U-29. Las lámparas eléctricas proyectaban una luz amarillenta que apenas lograba vencer la oscuridad de los extremos del casco, mientras el incesante rumor de los motores envolvía cada compartimento con una vibración constante. Un submarino nunca está realmente en silencio. Siempre hay una válvula que suspira, una tubería que se contrae por el cambio de temperatura o una plancha de acero que responde con un leve crujido a la inmensa presión del océano. Después de años de servicio uno aprende a reconocer aquellos sonidos del mismo modo que un médico distingue los latidos de un corazón sano.

Aquella mañana, sin embargo, me descubrí escuchándolos con una atención inusual.

No porque hubieran cambiado, sino porque tenía la impresión de que faltaba uno.

Me detuve junto al mamparo que separaba el puesto de mando de la sala de torpedos. Permanecí inmóvil durante algunos segundos, intentando identificar aquella ausencia que mi memoria parecía advertir antes que mi razón. Finalmente comprendí que era una impresión absurda. Todos los mecanismos funcionaban con absoluta normalidad. El

submarino respiraba exactamente igual que el día anterior.

Aun así, la sensación persistió.

Continué mi inspección hasta la sala de navegación, donde el teniente Weiss examinaba las cartas marinas con gesto concentrado. Levantó la vista al verme entrar y saludó con la corrección habitual.

—Sin novedades, Comandante.

Me incliné sobre la mesa.

—Posición.

Weiss señaló el mapa con el compás de puntas.

—Según nuestros cálculos, hemos recorrido treinta y siete millas desde la última comprobación astronómica.

Estudié la derrota durante unos instantes. Algo no encajaba.

—Eso nos sitúa más al sur de lo previsto.

—Apenas unas millas.

—Las suficientes para obligarnos a corregir el rumbo.

Weiss frunció el ceño y volvió a realizar los cálculos. Utilizó otra regla, revisó las anotaciones del cuaderno de navegación y comparó los datos con el girocompás. Cuanto más tiempo permanecía en silencio, más evidente resultaba que compartía mi desconcierto.

—No lo entiendo, señor. Aun suponiendo un pequeño error en

la estima, no deberíamos habernos desviado tanto.

—¿Y si la corriente es más fuerte de lo previsto?

Negó lentamente con la cabeza.

—Las cartas no indican ninguna corriente importante en esta zona.

Aquella explicación habría bastado en cualquier otra circunstancia, pero recordé de inmediato las palabras de Müller mientras observaba el cadáver desaparecer bajo el agua.

"Está nadando hacia el sur."

Aparté el pensamiento con cierta irritación. Me disgustaba descubrir hasta qué punto una simple superstición podía contaminar el razonamiento de un oficial.

—Corrija dos grados al norte.

—Sí, Comandante.

Weiss transmitió la orden al timonel y el U-29 respondió con suavidad, inclinándose apenas unos grados. Permanecí allí varios minutos observando la aguja del girocompás. Todo parecía correcto.

Sin embargo, media hora más tarde regresé para comprobar la corrección y encontré al teniente con el mismo gesto de desconcierto.

—¿Qué ocurre ahora?

—Hemos vuelto a desviarnos.

Miré el instrumento.

La aguja marcaba nuevamente una deriva casi imperceptible hacia el sur.

No era un error suficiente para comprometer la navegación, pero sí para despertar mi curiosidad. Ordené revisar el sistema de gobierno, las bombas de compensación y el girocompás. Durante más de dos horas los mecánicos inspeccionaron cada mecanismo susceptible de provocar una alteración semejante.

No encontraron absolutamente nada.

Aquello empezaba a resultar irritante.

Los instrumentos funcionaban.

El timón respondía.

Los motores entregaban la potencia prevista.

Y, pese a todo, el submarino insistía en desviarse lentamente hacia el mismo punto cardinal.

Cuando finalmente suspendí las comprobaciones, el viejo Müller aguardaba discretamente junto a la puerta.

—¿Desea decir algo?

El anciano vaciló antes de responder.

—Solo quería preguntar si... seguimos yendo hacia el sur.

La pregunta me molestó más de lo debido.

—¿Y qué importancia tiene eso?

Bajó la cabeza.

—Ninguna, señor.

—Entonces vuelva a su puesto.

Müller saludó y desapareció por el pasillo sin añadir una palabra.

Lo observé alejarse mientras una idea incómoda comenzaba a tomar forma en mi pensamiento. A bordo del U-29 había servido siempre una tripulación disciplinada, compuesta por hombres acostumbrados a obedecer órdenes incluso en las circunstancias más adversas. Sin embargo, la disciplina no basta para proteger a un grupo del miedo. Basta una coincidencia desafortunada, una historia repetida en voz baja o un hecho cuya explicación tarda demasiado en llegar para que la imaginación empiece a ocupar el lugar de la razón.

Y la imaginación, una vez instalada en un espacio cerrado como un submarino, podía resultar más peligrosa que cualquier destructor enemigo.

Esa noche ordené duplicar las inspecciones y mantener una vigilancia constante sobre los instrumentos de navegación. No mencioné mis verdaderas preocupaciones en el libro de bitácora. Escribí simplemente que una ligera anomalía en el rumbo aconsejaba extremar las comprobaciones técnicas.

Era una mentira piadosa.

La realidad era muy distinta.

Por primera vez desde que asumiera el mando del U-29, no estaba luchando contra un enemigo visible ni contra una avería mecánica. Luchaba contra una sospecha difusa que comenzaba a extenderse silenciosamente entre los hombres, una sospecha que yo mismo me negaba a formular con palabras.

Y, mientras el submarino continuaba avanzando por las oscuras profundidades del Atlántico, ignorábamos que cada corrección de rumbo, cada orden destinada a alejarnos de aquella dirección maldita, terminaba siendo vencida por una fuerza lenta e imperceptible que parecía reclamar nuestra presencia con la paciente determinación de las mareas.

Los días que siguieron habrían parecido insignificantes a cualquier observador ajeno al U-29. Ningún buque cruzó nuestro camino, no recibimos mensajes por radio y los motores continuaron funcionando con la misma regularidad de siempre. Sin embargo, cuando hoy repaso aquellos acontecimientos, comprendo que fue precisamente durante esa aparente normalidad cuando comenzó la verdadera transformación de nuestra tripulación. Las grandes tragedias rara vez anuncian su llegada mediante hechos extraordinarios; prefieren infiltrarse en la rutina cotidiana, alterando primero pequeños detalles que la razón considera indignos de atención.

Tres veces al día comprobábamos el rumbo.

Tres veces al día aparecía la misma discrepancia.

No era un desvío alarmante. En ocasiones apenas alcanzaba un grado; otras llegaban a dos o tres. Cualquier oficial experimentado habría atribuido aquella variación a las corrientes profundas, a un ligero error de estima o incluso a una acumulación de pequeñas imprecisiones imposibles de evitar durante una navegación prolongada. El problema no era la magnitud del desvío, sino su obstinación. Sin importar las correcciones que ordenáramos, el U-29 terminaba inclinando lentamente su derrota hacia el sur.

El teniente Weiss dejó de ocultar su desconcierto.

—He revisado los cálculos cuatro veces, Comandante. Si los instrumentos son correctos, no existe motivo para que esto ocurra.

—¿Y si los instrumentos no lo son?

—Entonces todos están averiados al mismo tiempo.

Aquella posibilidad resultaba tan improbable como la anterior.

Ordené una inspección completa del sistema de gobierno. Los mecánicos desmontaron el mecanismo del timón, revisaron los servomotores y comprobaron el funcionamiento de cada transmisión. Durante varias horas el interior del submarino resonó con el golpeteo de herramientas y el chirrido de piezas metálicas. Cuando terminaron, el jefe de máquinas compareció ante mí con las manos todavía ennegrecidas por la grasa.

—No hemos encontrado absolutamente nada, señor. El timón responde con precisión y todos los mecanismos funcionan dentro de las tolerancias previstas.

Asentí sin expresar mi frustración.

Aquella respuesta resolvía una avería.

No resolvía nuestro problema.

Poco después del mediodía ordené una breve emersión para renovar el aire. El océano nos recibió con la misma calma inquietante de jornadas anteriores. El viento seguía ausente y la superficie parecía inmóvil bajo un cielo cubierto por nubes bajas que filtraban la luz hasta convertirla en un resplandor uniforme y sin sombras. Era un paisaje extraño, casi irreal, como si navegáramos bajo una inmensa bóveda de ceniza.

Apoyé los antebrazos sobre la barandilla mientras observaba el horizonte.

Continuaba desierto.

No había barcos mercantes.

No había pesqueros.

Ni siquiera gaviotas.

Aquella ausencia comenzaba a parecerme más significativa que cualquier presencia.

Klenze apareció unos minutos después con la pequeña cabeza de marfil en el bolsillo de la guerrera. No necesitó decirme que

la llevaba consigo; el leve abultamiento bajo la tela bastaba para delatarlo.

—¿No piensa separarse de ella?

Él sonrió con cierta incomodidad.

—No deliberadamente. Simplemente... termino llevándola conmigo.

—Como quien lleva un reloj.

—Exactamente.

Guardó silencio durante unos instantes antes de añadir:

—Aunque no sabría explicar por qué.

Observé su rostro con atención. Estaba más pálido que de costumbre y las profundas ojeras que habían comenzado a dibujarse bajo sus ojos indicaban que apenas había dormido. Sin embargo, no parecía agotado. Al contrario, había en su mirada una intensidad poco común, la misma que muestran algunos investigadores cuando creen hallarse a un paso de un descubrimiento decisivo.

—¿Ha descansado algo esta noche?

—Lo suficiente.

Su respuesta fue demasiado rápida.

—¿Cuántas horas?

Vaciló.

—No lo sé.

Aquella confesión me inquietó más que cualquier otra cosa que hubiera dicho durante los últimos días. Un oficial acostumbrado a la disciplina conoce con precisión el tiempo que dedica al trabajo y al descanso. Solo quienes pierden la noción de las horas dejan de responder una pregunta tan sencilla.

Antes de que pudiera insistir, Zimmer se acercó apresuradamente desde la proa.

—Comandante... creo que debería ver esto.

Lo seguí sin demora.

El marinero señaló la superficie del agua, unos cincuenta metros por delante del submarino.

Al principio no distinguí nada.

Después advertí una extensa mancha oscura que se desplazaba lentamente bajo la superficie. No era un banco de algas ni una sombra proyectada por las nubes. Se movía con demasiada uniformidad para tratarse de cualquiera de las dos cosas.

Tomé los prismáticos.

La imagen seguía siendo confusa.

La profundidad impedía identificar su forma, pero calculé que aquella masa tendría varias decenas de metros de longitud. Permanecía sumergida, avanzando con una lentitud casi solemne, exactamente en la misma dirección que llevaba

nuestro submarino.

—¿Una ballena? —aventuró Schmidt.

Negué despacio.

Las ballenas ascienden periódicamente para respirar.

Aquella cosa no lo había hecho.

Además, su desplazamiento carecía del movimiento ondulante propio de cualquier animal marino que hubiera observado hasta entonces.

Seguimos contemplándola durante casi un minuto.

De pronto desapareció.

No descendió.

No cambió de dirección.

Simplemente dejó de distinguirse, como si el océano hubiera decidido ocultarla bajo una capa de oscuridad.

Zimmer respiró aliviado.

—Ya no está.

—No saque conclusiones tan deprisa —respondí mientras seguía examinando el agua con los prismáticos.

Permanecí varios minutos más vigilando la superficie.

No volvió a aparecer.

Finalmente ordené continuar la marcha.

Cuando regresábamos hacia la torre de mando advertí que Klenze no había pronunciado una sola palabra durante todo el incidente.

Permanecía inmóvil, con la vista fija sobre el punto donde había desaparecido la extraña sombra.

—¿Qué piensa?

Tardó en responder.

—No lo sé.

Su voz sonó apenas como un susurro.

—Pero tengo la impresión de que no éramos nosotros quienes la observábamos.

Lo miré con extrañeza.

Él seguía contemplando el océano.

—Creo... que era ella quien nos estaba observando a nosotros.

No respondí.

Había aprendido que discutir determinadas impresiones solo servía para darles una importancia que quizá no merecían.

Sin embargo, mientras descendíamos nuevamente al interior del U-29, una idea completamente ajena a mi voluntad comenzó a repetirse con una insistencia insoportable.

Desde el hallazgo del cadáver habíamos vivido convencidos de avanzar por un océano vacío.

Quizá el error consistía precisamente en esa convicción.

Quizá nunca habíamos estado solos.

Aquel pensamiento me acompañó durante el resto de la jornada con una persistencia casi molesta. Siempre había considerado el Atlántico un escenario inmenso, indiferente y vacío, donde el hombre luchaba únicamente contra la naturaleza y contra otros hombres. Sin embargo, desde el hallazgo del cadáver comenzaba a descubrirme observando el océano como si ocultara una voluntad propia. Rechazaba inmediatamente semejante idea cada vez que aparecía en mi mente, pero volvía una y otra vez con la paciencia de una gota de agua que termina perforando la piedra.

Decidí no comentar con nadie el episodio de la sombra. Atribuirlo a un cetáceo desconocido o a un banco compacto de peces resultaba infinitamente más sensato que permitir que la imaginación de la tripulación encontrara alimento en un fenómeno cuya naturaleza ignorábamos. La guerra ya imponía suficientes tensiones sobre aquellos hombres; no tenía intención de añadir otras nacidas de simples conjeturas.

La inmersión transcurrió sin incidentes. Los indicadores permanecían estables, la presión del casco era la prevista para aquella profundidad y los motores eléctricos mantenían un funcionamiento impecable. Aun así, mientras revisaba los instrumentos de navegación, advertí que Weiss consultaba el

girocompás con una frecuencia inusual.

—¿Sigue desviándose?

El oficial dudó unos instantes antes de responder.

—Muy ligeramente, señor.

Me acerqué al panel.

La aguja permanecía inmóvil.

Esperamos casi un minuto completo.

Entonces, con una lentitud casi imperceptible, avanzó apenas una fracción de grado hacia el sur.

Tan poco que cualquier hombre habría atribuido el movimiento a una vibración del submarino.

Tan poco que, precisamente por ello, resultaba imposible demostrar que existiera realmente.

Weiss levantó la vista hacia mí.

No dijo nada.

Yo tampoco.

Ordené registrar la observación en el cuaderno técnico y continuar la derrota prevista.

Aquella noche me costó conciliar el sueño.

No padecía insomnio; nunca lo había padecido. Mi profesión me había enseñado a dormir incluso bajo el estruendo de la

artillería. Sin embargo, permanecí largo tiempo despierto, escuchando la respiración del submarino mientras el leve balanceo de la litera seguía el movimiento de las corrientes profundas.

Fue entonces cuando percibí un sonido nuevo.

No procedía de los motores.

Tampoco del casco.

Era un ruido apagado, tan tenue que al principio creí haberlo imaginado. Recordaba vagamente el roce de una cuerda húmeda arrastrándose sobre madera, aunque aquella comparación resultaba absurda dentro de un submarino construido casi por completo de acero.

Contuve la respiración.

El sonido cesó.

Esperé varios segundos.

Volvió a repetirse.

Esta vez parecía provenir del exterior del casco.

Me incorporé lentamente sobre la litera y permanecí inmóvil, tratando de distinguirlo entre el zumbido constante de las máquinas. El ruido reapareció dos veces más antes de desaparecer definitivamente.

Me vestí y salí al pasillo.

La guardia nocturna continuaba desarrollándose con absoluta normalidad. Dos marineros conversaban en voz baja junto a la sala de baterías mientras un mecánico anotaba la temperatura de los motores en un cuaderno de servicio. Nadie parecía haber advertido nada fuera de lo común.

Encontré al oficial de guardia revisando los indicadores de profundidad.

—¿Ha oído algún ruido extraño?

Me observó con evidente sorpresa.

—No, Comandante.

—¿Nada fuera de lo habitual?

Negó con seguridad.

Permanecí algunos minutos más junto a él.

El sonido no volvió a repetirse.

Regresé a mi camarote ligeramente avergonzado de haber abandonado la litera por una impresión tan poco consistente. Me reproché interiormente aquella falta de serenidad. Un Comandante no podía permitirse interpretar cada crujido del casco como un presagio.

Sin embargo, antes de volver a acostarme abrí el cuaderno de bitácora personal que acostumbraba escribir al margen del diario oficial. En él anotaba impresiones que consideraba demasiado subjetivas para formar parte de un documento

militar.

Escribí únicamente una frase.

"Durante la segunda guardia nocturna creí percibir un roce procedente del exterior del casco. Ningún otro miembro de la tripulación parece haberlo oído. Posiblemente se trate de una ilusión auditiva causada por el cansancio."

Cerré el cuaderno y apagué la lámpara.

Aquella nota me tranquilizó. Poner una preocupación por escrito suele reducir su importancia; obliga a la razón a enfrentarse con ella bajo la fría luz de las palabras.

No imaginaba que, pocos días después, aquellas anotaciones privadas se convertirían en el único testimonio fiable de nuestra lenta degradación.

A la mañana siguiente fui despertado antes del cambio de guardia.

No hizo falta que el marinero pronunciara una palabra para comprender que algo ocurría.

Su expresión bastó.

—¿Qué sucede?

—El teniente Klenze solicita verlo inmediatamente, señor.

Me vestí apresuradamente y lo seguí hasta su camarote.

Encontré a mi segundo oficial de pie, junto al escritorio. Tenía

el rostro extraordinariamente pálido y sostenía la pequeña cabeza de marfil entre ambas manos con una delicadeza casi reverencial.

Al verme entrar levantó la vista.

—Comandante... necesito que observe esto.

Su voz era perfectamente serena.

Quizá demasiado.

Me acerqué.

La escultura permanecía exactamente igual que la noche anterior.

No advertí ninguna diferencia.

—¿Qué ocurre?

Klenze guardó silencio durante unos instantes, como si buscara las palabras adecuadas.

Después respondió con una calma que me produjo un escalofrío completamente inexplicable.

—Anoche juraría que estaba mirando hacia la puerta.

Ahora... está mirándome a mí.

Observé la pequeña escultura durante largo rato sin advertir nada extraordinario. La cabeza conservaba la misma expresión serena, el mismo modelado impecable y aquella leve inclinación del mentón que tanto había llamado la atención de

Klenze desde el primer momento. La sostuve entre mis manos, la giré lentamente bajo la luz de la lámpara y comprobé incluso la posición de la base, buscando alguna irregularidad que justificara sus palabras.

No encontré absolutamente nada.

—Teniente, lleva varios días durmiendo muy poco.

Klenze no pareció ofenderse por la observación. Al contrario, bajó la vista como quien reconoce una falta evidente.

—Lo sé.

—Entonces la explicación es sencilla.

Le devolví la escultura.

—La memoria es menos precisa de lo que creemos. Anoche recordó una posición distinta y ahora está convencido de que el objeto ha cambiado. Nos ocurre a todos.

Esperaba verlo asentir.

No lo hizo.

Guardó cuidadosamente la cabeza de marfil en el cajón del escritorio y cerró la llave con un movimiento lento.

—Ojalá tenga razón, Comandante.

Aquella respuesta me dejó insatisfecho. No porque creyera en la posibilidad de que una escultura pudiera alterar su postura por sí misma, sino porque comenzaba a advertir un cambio

más profundo en el carácter de Klenze. Siempre había sido un hombre metódico, inclinado a la reflexión antes que al entusiasmo. Ahora, en cambio, parecía aceptar con demasiada facilidad hipótesis que pocos días antes habría rechazado por absurdas.

Decidí poner fin a la conversación.

—Esta noche dormirá ocho horas completas. Es una orden.

Por primera vez desde que iniciáramos aquella patrulla, vaciló antes de responder.

—Sí, Comandante.

No sonó convencido.

Abandoné el camarote con la intención de ocupar mi mente en asuntos más prácticos. El U-29 exigía una atención constante y siempre existía algún informe por revisar o alguna comprobación técnica que realizar. Sin embargo, descubrí con cierta sorpresa que los pequeños problemas cotidianos comenzaban a escasear. Los motores funcionaban con una precisión admirable, el consumo de combustible se mantenía dentro de las previsiones y las baterías conservaban una carga excelente. Desde un punto de vista estrictamente militar, nuestra patrulla transcurría de manera ejemplar.

Quizá por eso resultaba tan difícil ignorar las anomalías que escapaban a cualquier informe.

Mientras descendía hacia la sala de máquinas me crucé con

Zimmer. El joven marinero saludó correctamente, pero continuó caminando sin la energía habitual. Había perdido parte de la expresión despreocupada que lo caracterizaba desde el inicio del viaje. Parecía mayor.

No era el único.

Comencé a observar a la tripulación con una atención distinta.

Schmidt fumaba casi el doble que una semana atrás.

Bohm hablaba mucho menos.

El viejo Müller evitaba permanecer solo durante las guardias nocturnas siempre que encontraba un pretexto aceptable.

No eran cambios espectaculares.

Precisamente por eso resultaban inquietantes.

El miedo rara vez se manifiesta de golpe; suele instalarse mediante modificaciones tan discretas que uno solo las reconoce cuando ya llevan tiempo produciéndose.

Aquella tarde decidí conversar nuevamente con Müller.

Lo encontré revisando unas herramientas junto a la sala de torpedos. Al advertir mi presencia dejó inmediatamente el trabajo y adoptó la posición reglamentaria.

—Descanse, contramaestre.

El anciano obedeció.

Permanecimos unos instantes en silencio antes de que yo

formulara la pregunta que llevaba horas rondándome la cabeza.

—¿Por qué dijo que el cadáver nadaba hacia el sur?

Müller tardó en responder.

—Porque eso fue lo que creí ver, señor.

—No le pregunto qué creyó ver.

Lo miré fijamente.

—Le pregunto por qué mencionó precisamente el sur.

El viejo marinero frunció el ceño, como si nunca hubiera reflexionado sobre aquel detalle.

—No lo sé.

Esperé.

Finalmente añadió:

—Simplemente... lo supe.

Aquella respuesta despertó mi impaciencia.

—Eso no significa nada.

—Lo comprendo.

Respiró hondo antes de continuar.

—Cuando uno pasa toda la vida en el mar aprende a reconocer ciertas cosas sin saber explicarlas. Un cambio en el viento, una tormenta lejana, una corriente distinta... A veces el cuerpo lo

entiende antes que la cabeza.

No me satisfizo.

Aun así, no insistí.

Mientras regresaba hacia el puesto de mando comprendí que Müller no intentaba convencerme de nada. Ni siquiera parecía convencido de sus propias palabras. Había respondido con la honestidad de un hombre incapaz de explicar una intuición.

Y eso era, precisamente, lo que más me desagradaba.

Poco antes del anochecer ordené una nueva comprobación de la posición.

Weiss extendió las cartas sobre la mesa de navegación y comenzó los cálculos con el rigor que siempre lo caracterizaba. Nadie habló mientras trazaba líneas con la regla paralela y anotaba cifras en el margen del cuaderno.

Al terminar levantó lentamente la cabeza.

Había algo extraño en su expresión.

—¿Qué ocurre?

El oficial permaneció unos segundos observando el mapa, como si esperara que las líneas cambiaran por sí solas.

—Comandante... si nuestros cálculos son correctos...

Se interrumpió.

—Continúe.

Señaló un punto situado muy al sur de la derrota prevista.

—Llevamos tres días intentando corregir el rumbo hacia el norte.

Asentí.

—Y, sin embargo...

Su dedo descendió lentamente sobre la carta.

—Hoy estamos más al sur que ayer.

Sentí un frío inesperado recorrerme la espalda.

Tomé el compás y repetí personalmente todas las operaciones.

Una vez.

Dos veces.

Tres.

El resultado era siempre el mismo.

No existía error matemático.

No existía error cartográfico.

Si los instrumentos decían la verdad, el U-29 había avanzado durante las últimas veinticuatro horas exactamente en la dirección que llevábamos días intentando evitar.

Nadie pronunció una sola palabra.

El tenue zumbido de los motores parecía llenar todo el

compartimento.

Finalmente cerré el cuaderno de navegación.

—No informaré esto a la tripulación.

Weiss levantó la vista.

—¿Señor?

—Hasta que encontremos una explicación racional, este asunto queda entre usted y yo.

—Entendido.

Apagué la lámpara situada sobre la mesa de cartas y permanecí unos instantes contemplando la oscuridad del compartimento.

Por primera vez desde el comienzo de la patrulla, una posibilidad comenzó a abrirse paso contra toda lógica.

Quizá el problema no residía en el timón.

Quizá tampoco en las corrientes.

Quizá era el océano entero el que, de una manera imposible de comprender, estaba conduciéndonos lentamente hacia un destino que ninguno de nosotros había elegido.

Capítulo IV

La locura de la tripulación

Si hubo un momento preciso en que comprendí que la disciplina comenzaba a resquebrajarse a bordo del U-29, jamás pude identificarlo. La locura no llegó de improviso ni adoptó la forma violenta que los médicos describen en sus tratados. Se infiltró entre nosotros con la paciencia de la humedad, alterando primero los pensamientos, después las costumbres y, finalmente, la voluntad misma de los hombres.

Las palabras de Weiss continuaron resonando en mi memoria mucho después de haber abandonado la sala de navegación. Procuré concentrarme en las obligaciones habituales del mando, pero cada informe que revisaba terminaba conduciéndome de nuevo al mismo pensamiento. Si nuestros cálculos eran correctos, el U-29 llevaba varios días obedeciendo una derrota distinta de la que yo ordenaba. Aquella afirmación rozaba el absurdo, y precisamente por ello me negaba a aceptarla sin antes agotar todas las explicaciones posibles.

Ordené una segunda verificación de la posición utilizando un método completamente distinto al empleado por Weiss. El oficial de navegación recibió la instrucción sin formular preguntas. Durante más de dos horas trabajó junto al timonel y al radiotelegrafista, comparando registros de velocidad, tiempos de inmersión, consumo de baterías y todas aquellas

variables que permitían reconstruir una derrota aproximada incluso en ausencia de observaciones astronómicas.

El resultado difería apenas unas pocas décimas del anterior.

Era suficiente para confirmar que el error no estaba en los cálculos.

Aquella conclusión me desagradó profundamente. Un problema técnico podía repararse; un error humano podía corregirse. En cambio, cuando todas las explicaciones razonables comenzaban a agotarse, la imaginación ocupaba inevitablemente el lugar de la lógica. No estaba dispuesto a permitir que eso ocurriera, ni en mi mente ni en la de mis hombres.

A la mañana siguiente ordené emerger.

Necesitábamos una observación del sol que disipara definitivamente cualquier duda. El ascenso se realizó sin novedad y, pocos minutos después, la torre del submarino rompió la superficie con el característico estremecimiento del casco al liberarse de la presión del agua. Salí el primero a cubierta, seguido por Weiss y Klenze. El aire era sorprendentemente templado para aquella latitud y el océano permanecía tan inmóvil como en jornadas anteriores.

El cielo, sin embargo, seguía cubierto.

Una masa uniforme de nubes ocultaba por completo el disco solar.

Esperamos casi una hora.

No apareció un solo claro.

Weiss terminó cerrando el sextante con visible frustración.

—No podremos obtener la posición, Comandante.

Miré el horizonte. La niebla formaba un círculo perfecto alrededor del submarino, como una muralla levantada a igual distancia en todas direcciones. Nunca había visto una bruma tan uniforme. No avanzaba impulsada por el viento ni parecía disiparse con el paso del tiempo; simplemente permanecía allí, inmóvil, limitando el mundo visible a unas pocas millas.

—Inmersión —ordené finalmente.

Mientras descendía por la escotilla tuve la incómoda sensación de que aquella oportunidad perdida no era fruto del azar.

La vida a bordo comenzó entonces a adquirir un ritmo extraño. Ningún incidente grave alteraba el funcionamiento del submarino y, sin embargo, la rutina había perdido la naturalidad que la caracterizaba al inicio de la patrulla. Los hombres seguían cumpliendo sus obligaciones con la misma disciplina, pero lo hacían de una forma mecánica, como si cada uno de ellos reservara una parte de su atención para escuchar algo que los demás no podían oír.

Fue Bohm quien acudió primero a solicitar permiso para hablar conmigo.

Entró en mi camarote con la gorra entre las manos, visiblemente incómodo.

—¿Qué ocurre?

—Preferiría no molestarle con tonterías, señor.

—Entonces no las convierta en tonterías. Hable.

El marinero respiró hondo antes de responder.

—Durante la guardia de anoche... escuché golpes.

—¿Golpes?

—Sí, señor.

Señaló el mamparo que daba al exterior.

—Como si alguien llamara desde fuera.

Permanecí en silencio unos instantes.

—¿Cuántos?

—Tres.

La respuesta fue tan inmediata que comprendí que llevaba horas repitiéndola para sí mismo.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Los oyó alguien más?

Bohm negó con la cabeza.

—No desperté a nadie porque pensé que podían ser imaginaciones mías.

Su explicación resultaba razonable. El casco de un submarino producía infinidad de sonidos bajo la presión del océano y no era raro que alguno recordara vagamente un golpe lejano. Sin embargo, había un detalle que me obligó a contener la respuesta que estaba a punto de darle.

Yo también había escuchado un ruido durante la noche anterior.

No un golpe.

Un roce.

Preferí no mencionarlo.

—Olvide el asunto —dije finalmente—. Si vuelve a ocurrir, avise inmediatamente al oficial de guardia.

—Sí, señor.

Cuando Bohm abandonó el camarote permanecí varios minutos inmóvil, observando el cuaderno de bitácora personal que descansaba sobre mi escritorio.

Abrí la última página.

Sin pensarlo demasiado añadí una nueva anotación.

"Segundo informe no oficial sobre ruidos procedentes del exterior del casco. En ambos casos solo un hombre afirma haberlos escuchado. Continúo inclinándome por una explicación natural, aunque la coincidencia merece ser registrada."

Cerré el cuaderno con un movimiento brusco.

Aquellas notas comenzaban a incomodarme.

Cada vez que escribía en él tenía la impresión de contribuir, aunque solo fuera en privado, a una historia que me esforzaba por negar durante el resto del día.

La transformación de Klenze era mucho más evidente.

Había dejado prácticamente de participar en las conversaciones de la sala de oficiales. Comía deprisa, respondía con frases breves y regresaba inmediatamente a su camarote. Cuando no estaba de servicio permanecía encerrado entre libros y cuadernos, copiando una y otra vez la cabeza de marfil desde distintos ángulos. Al principio atribuí aquella conducta a la curiosidad intelectual; después comencé a sospechar que la curiosidad había dado paso a algo mucho más profundo.

Una tarde decidí entrar sin anunciarme.

Lo encontré inclinado sobre el escritorio.

No estaba dibujando la escultura.

Dibujaba un edificio.

Era una construcción gigantesca, formada por terrazas escalonadas y enormes columnas que ascendían hacia una plataforma superior. La arquitectura recordaba vagamente a los templos dóricos que había visto en ilustraciones de la antigua Grecia, pero existían diferencias imposibles de ignorar. Las proporciones eran más monumentales, las columnas parecían surgir directamente de la roca y los capiteles mostraban formas

desconocidas que no pertenecían a ningún orden clásico.

Klenze levantó la cabeza al advertir mi presencia.

Instintivamente colocó una mano sobre el dibujo.

—Perdone, Comandante. No esperaba visita.

—¿Qué es eso?

Retiró lentamente la mano.

—No lo sé.

La respuesta me irritó.

—Lo está dibujando.

—Precisamente por eso me preocupa.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—Anoche soñé con este lugar.

Observé nuevamente el dibujo.

Era extraordinariamente detallado.

Demasiado para haber nacido de un sueño confuso.

Cada escalón, cada cornisa y cada estatua aparecían representados con una precisión casi arquitectónica.

—¿Había visto antes un edificio semejante?

Klenze negó lentamente.

—Nunca.

Pasó la mano por el papel.

—Y, sin embargo... mientras lo dibujo tengo la impresión de estar recordándolo, no de inventarlo.

Aquellas palabras permanecieron conmigo el resto del día.

No era el contenido del sueño lo que me perturbaba.

Todo hombre sueña.

Lo verdaderamente inquietante era la absoluta convicción con la que Klenze hablaba de él.

Como si, en algún lugar oculto de su memoria, aquel templo hubiera existido desde mucho antes de que la pequeña cabeza de marfil llegara a bordo del U-29.

Durante los dos días siguientes procuré convencerme de que el comportamiento de Klenze obedecía únicamente al cansancio. Habíamos permanecido demasiado tiempo bajo el agua, alejados de cualquier referencia terrestre y sometidos a una tensión que pocos hombres eran capaces de soportar durante semanas sin resentirse. Un oficial podía obsesionarse con una investigación arqueológica del mismo modo que otro se refugiaba en las cartas o en el tabaco. No existía motivo para interpretar aquella dedicación excesiva como el anuncio de un desequilibrio mental.

Sin embargo, el resto de la tripulación comenzó a ofrecer síntomas que no podían explicarse con la misma facilidad.

El primero fue Zimmer.

Durante la inspección matinal lo encontré contemplando fijamente uno de los portillos de observación de la cámara de torpedos. Permanecía inmóvil, con las manos apoyadas sobre el marco metálico, sin advertir siquiera mi presencia.

—¿Qué está haciendo?

El marinero dio un respingo y se volvió con evidente sobresalto.

—Nada, señor.

Su respuesta fue demasiado rápida.

Me acerqué al grueso cristal. Más allá solo se extendía la oscuridad verdosa del océano, atravesada de cuando en cuando por diminutas partículas que la corriente arrastraba lentamente.

—¿Ha visto algo?

Zimmer dudó antes de responder.

—Creí... creí distinguir una luz.

Lo observé con atención.

—¿Qué clase de luz?

—No lo sé.

Bajó la vista, avergonzado.

—Probablemente fuera una ilusión.

No insistí. Las profundidades producían extraños efectos sobre

la vista. La luz de las lámparas interiores, reflejada en el cristal, podía dar lugar a toda clase de imágenes engañosas.

Aun así, antes de abandonar el compartimento dirigí una última mirada al portillo.

No había nada.

Solo el océano.

Aquella misma tarde Schmidt solicitó permiso para reemplazar a un compañero durante la guardia nocturna.

La petición me sorprendió.

Era un hombre disciplinado y poco dado a alterar los turnos establecidos.

—¿Existe algún motivo?

Permaneció unos segundos en silencio.

—Preferiría no dormir todavía, señor.

—¿Se encuentra enfermo?

—No.

Volvió a guardar silencio.

—Cada vez que cierro los ojos sueño con el hombre que encontramos.

Aquellas palabras bastaron para hacerme comprender que el cadáver seguía presente en la memoria de todos, aunque nadie

hubiera vuelto a mencionarlo desde aquel día.

—Los sueños no son motivo suficiente para alterar la disciplina del barco.

Schmidt asintió.

—Lo sé.

No discutió la orden.

Saludó militarmente y abandonó el camarote con una expresión resignada.

Cuando la puerta se cerró tras él permanecí algunos minutos inmóvil.

Hasta ese momento había supuesto que Klenze era el único afectado por el incidente del cadáver.

Empezaba a descubrir que estaba equivocado.

La noche resultó especialmente silenciosa.

Tan silenciosa, de hecho, que el menor ruido parecía amplificarse entre los estrechos compartimentos del submarino. El golpeteo de una herramienta olvidada sobre una mesa metálica bastaba para hacer volver la cabeza a varios hombres al mismo tiempo. El chirrido de una válvula provocaba miradas de inquietud que desaparecían tan pronto como alguien identificaba su origen.

No era el sonido lo que inquietaba a la tripulación.

Era aquello que todavía no tenía explicación.

Hacia la medianoche fui despertado por un fuerte golpe en la puerta de mi camarote.

Era Weiss.

Nunca lo había visto tan alterado.

—Comandante... será mejor que venga.

Lo seguí inmediatamente hasta el pasillo de proa.

Allí encontré reunidos a varios marineros alrededor de Müller.

El viejo contramaestre respiraba con dificultad mientras apoyaba una mano contra el mamparo. Su rostro había adquirido un color ceniciento y el sudor empapaba completamente el cuello de su uniforme.

—¿Qué ha sucedido?

Fue Bohm quien respondió.

—Lo encontramos aquí hace apenas unos minutos.

Müller levantó lentamente la cabeza.

Tardó unos instantes en recuperar el aliento.

—Había alguien...

Miró hacia el extremo oscuro del pasillo.

—Alguien caminaba delante de mí.

Observé el corredor.

No había absolutamente nadie.

—¿Reconoció a esa persona?

El anciano tragó saliva antes de responder.

—No.

Su voz apenas era un murmullo.

—Solo vi su espalda.

—¿Quién estaba de guardia en este sector?

Dos marineros dieron un paso al frente.

Ambos aseguraron no haber visto a nadie atravesar el pasillo.

Revisamos cada compartimento del submarino.

Todos los hombres se encontraban donde debían estar.

No faltaba nadie.

Cuando regresé junto a Müller, el anciano evitaba mirar hacia el fondo del corredor.

—Tal vez haya sufrido un mareo.

No respondió.

Simplemente negó con la cabeza.

Después pronunció una frase que ninguno de los presentes olvidaría jamás.

—No era uno de nosotros.

Un silencio absoluto cayó sobre el compartimento.

Nadie se atrevió a responderle.

Y por primera vez desde el inicio de aquella patrulla comprendí que el enemigo más peligroso ya no era la avería imposible, ni la corriente que nos arrastraba hacia el sur, ni siquiera la misteriosa cabeza de marfil.

Era el miedo.

Porque el miedo, una vez instalado entre hombres encerrados bajo cientos de metros de agua y acero, se propagaba con una rapidez contra la que ni la disciplina ni el valor podían hacer gran cosa. Y mientras observaba los rostros de mis oficiales iluminados por la luz vacilante de las lámparas eléctricas, tuve la inquietante impresión de que aquella enfermedad invisible acababa de dar su primer paso irreversible a bordo del U-29.

A la mañana siguiente procuré restar importancia al incidente. Reuní a los oficiales antes del relevo y atribuí el desvanecimiento de Müller al agotamiento acumulado. Recordé a todos que llevábamos demasiados días sometidos a una tensión constante y que el aislamiento, unido a la falta de luz natural, era capaz de provocar alteraciones pasajeras incluso en los hombres más equilibrados. Mis palabras fueron recibidas con el respeto habitual, pero advertí que ninguno parecía realmente convencido.

La disciplina seguía intacta.

La confianza, no.

Müller permaneció relevado del servicio durante el resto de la jornada. Hartmann, el médico de a bordo, no encontró en él síntoma alguno de enfermedad. El pulso era normal, la presión aceptable y la respiración había recuperado su ritmo habitual. Sin embargo, el anciano evitaba permanecer solo y, cuando creía que nadie lo observaba, dirigía breves miradas hacia los extremos del pasillo, como si esperara ver aparecer nuevamente aquella figura cuya existencia solo él afirmaba haber presenciado.

No era el único.

Comencé a descubrir pequeños cambios en la conducta de los hombres. Los marineros dejaban abiertas las puertas de los compartimentos cuando trabajaban en solitario. Las conversaciones cesaban en cuanto alguien se alejaba unos metros. Incluso durante las comidas, el ruido de los cubiertos había sustituido casi por completo las bromas y discusiones que hasta entonces habían aligerado las largas horas de navegación.

El submarino seguía siendo el mismo.

Los hombres ya no.

Aquella noche decidí recorrer personalmente todos los compartimentos antes del cambio de guardia. No era una inspección reglamentaria, sino una necesidad nacida de la intuición. Sentía la obligación de comprobar con mis propios ojos que todo permanecía bajo control.

La sala de torpedos se encontraba en perfecto orden. Los

mecanismos brillaban bajo la luz de las lámparas y los marineros realizaban el mantenimiento rutinario con la precisión acostumbrada. En la cámara de baterías el aire era espeso y cargado con el característico olor ácido que nunca llegaba a desaparecer del todo. Los motores eléctricos mantenían su zumbido uniforme, constante, casi hipnótico.

Nada parecía fuera de lugar.

Y, sin embargo, la sensación de inquietud persistía.

Mientras regresaba por el pasillo principal me detuve, casi sin saber por qué, frente al portillo de observación donde Zimmer había afirmado ver una luz.

Miré hacia el exterior.

Solo oscuridad.

Una oscuridad tan absoluta que el cristal parecía haberse transformado en un espejo. Durante un instante contemplé únicamente mi propio reflejo, deformado por la curvatura del vidrio y por la débil iluminación del interior.

Entonces ocurrió algo que aún hoy me cuesta explicar.

Creí advertir un segundo reflejo.

No fue más que una impresión fugaz. Una sombra alargada pareció surgir detrás de la mía para desaparecer casi en el mismo instante en que volví la cabeza.

El pasillo estaba vacío.

Permanecí inmóvil varios segundos, escuchando únicamente el rumor lejano de los motores.

Finalmente me obligué a sonreír.

La fatiga comenzaba a producir en mí los mismos efectos que tanto me había esforzado por combatir en los demás.

Continué caminando sin volver la vista atrás.

Poco después de medianoche, Weiss acudió nuevamente a mi camarote.

Esta vez su expresión no reflejaba miedo.

Reflejaba preocupación.

—Comandante, creo que debería hablar con Klenze.

Me incorporé inmediatamente.

—¿Ha ocurrido algo?

—No sabría decirlo.

Dudó antes de continuar.

—Lleva varias horas hablando solo.

Encontré a mi segundo oficial sentado ante el escritorio. La lámpara seguía encendida y decenas de hojas cubrían la superficie de la mesa. Algunas contenían dibujos de la cabeza de marfil; otras representaban fragmentos del extraño templo que había comenzado a reproducir días atrás. Había añadido nuevos detalles: largas escalinatas que descendían hacia una

plaza central, enormes estatuas semihundidas y una serie de símbolos geométricos cuya disposición no recordaba a ningún alfabeto conocido.

Klenze murmuraba algo en voz baja.

No parecía advertir nuestra presencia.

Me acerqué lentamente.

—Teniente.

No respondió.

Volví a llamarlo.

Esta vez levantó la cabeza con evidente sobresalto, como si despertara de un profundo ensueño.

—¿Comandante?

—¿Se encuentra bien?

Miró a su alrededor con desconcierto.

—Perfectamente.

—El teniente Weiss afirma que llevaba horas hablando solo.

Klenze sonrió con cansancio.

—¿De verdad?

Dirigió una rápida mirada hacia los papeles dispersos sobre la mesa.

—Debí de pensar en voz alta.

Aquella explicación habría bastado de no ser por un detalle.

Las últimas hojas no estaban escritas en alemán.

Ni en latín.

Ni en griego.

Eran columnas enteras de signos desconocidos, trazados con extraordinaria seguridad, como si el escritor dominara perfectamente una escritura que yo jamás había visto.

Tomé una de las hojas.

—¿Qué significa esto?

Klenze la observó durante varios segundos.

Su expresión cambió lentamente.

Primero apareció el desconcierto.

Después la incredulidad.

Finalmente, un miedo auténtico.

—No lo sé.

Su voz apenas fue un susurro.

—Pero esa es mi letra.

El silencio que siguió a aquella afirmación resultó insoportable.

Volví a examinar los símbolos.

No se parecían a ninguna escritura moderna. Algunos recordaban vagamente caracteres griegos deformados por el paso del tiempo; otros consistían en espirales, líneas quebradas y figuras angulares imposibles de asociar con idioma alguno.

Le devolví lentamente la hoja.

—Debe descansar.

—Sí...

Pero no hizo el menor intento por levantarse.

Permanecía mirando aquellos signos como un hombre contempla una carta escrita por alguien cuya existencia ha olvidado.

Antes de abandonar el camarote recogí discretamente una de las páginas y la guardé entre las hojas de mi bitácora personal.

No supe explicar por qué lo hice.

Quizá presentía que, tarde o temprano, necesitaría demostrarme a mí mismo que todo aquello había ocurrido realmente.

Quizá comenzaba a desconfiar de mi propia memoria.

O quizá, aunque todavía me negara a admitirlo, una parte de mí empezaba a temer que la locura no fuera patrimonio exclusivo de Klenze, sino una enfermedad silenciosa que avanzaba lentamente por los estrechos pasillos del U-29, buscando con infinita paciencia a su siguiente víctima.

Dormí apenas unas horas aquella noche. No fue el hallazgo

de la extraña escritura lo que me mantuvo despierto, sino la imposibilidad de encontrar una explicación satisfactoria para ella. Había servido junto a Klenze durante suficiente tiempo para conocer la precisión casi obsesiva con que abordaba cualquier estudio. Jamás lo habría imaginado entregándose a un ejercicio de escritura inconsciente ni, mucho menos, inventando un alfabeto cuyo aspecto parecía responder a una lógica interna desconocida. Si aquello era producto de su imaginación, era una imaginación mucho más ordenada de lo que cabía esperar en un hombre al borde del delirio.

Aun así, me aferré a la hipótesis más sencilla. El agotamiento obraba sobre la mente de formas insospechadas. Había leído informes médicos acerca de soldados que, tras semanas de combate, hablaban idiomas aprendidos durante la infancia y completamente olvidados durante décadas. Otros sufrían episodios de sonambulismo o despertaban convencidos de encontrarse en ciudades donde jamás habían estado. ¿Por qué no iba Klenze a llenar unas cuantas hojas con signos carentes de significado?

Aquella explicación dejó de parecerme convincente al día siguiente.

Durante el desayuno observé que varios hombres miraban de reojo hacia el camarote de mi segundo oficial. Nadie pronunciaba su nombre, pero advertí que las conversaciones se interrumpían cada vez que él cruzaba el comedor. Klenze, por su parte, parecía completamente ajeno a aquellas miradas. Comía con lentitud, sin apenas probar los alimentos, y mantenía la

vista perdida en algún punto indeterminado de la mesa, como si su pensamiento continuara muy lejos del U-29.

Fue Schmidt quien terminó rompiendo el silencio.

—¿Ha descubierto ya de dónde procede esa cabeza, teniente?

La pregunta era inocente, pero produjo un efecto inesperado.

Klenze levantó lentamente la cabeza.

—Sí.

Todos los presentes dejaron de comer.

Yo mismo lo observé con atención.

—¿Y bien? —pregunté.

Permaneció inmóvil durante unos segundos antes de responder.

—No.

Frunció ligeramente el ceño.

—Quiero decir... aún no.

Miró la cuchara que sostenía entre los dedos como si acabara de despertar de un sueño.

—Disculpen. Pensé en otra cosa.

La conversación murió en ese mismo instante. Sin embargo, bastó aquella vacilación para confirmar que algo se estaba quebrando lentamente en el equilibrio mental de mi segundo oficial.

Aquella tarde ordené una revisión completa del armamento. No existía necesidad táctica alguna; simplemente necesitaba mantener a la tripulación ocupada. El trabajo físico siempre había sido el mejor remedio contra las supersticiones. Un hombre concentrado en desmontar el mecanismo de un torpedo dispone de poco tiempo para alimentar fantasmas.

Durante varias horas el submarino recuperó una apariencia casi normal. Los marineros limpiaban piezas, comprobaban cierres, lubricaban mecanismos y discutían cuestiones técnicas con la naturalidad de semanas anteriores. Llegué a convencerme de que el episodio de la mañana había sido un simple tropiezo causado por el cansancio.

Entonces ocurrió algo tan insignificante que, de no haber presenciado personalmente la escena, jamás lo habría considerado digno de mención.

Bohm dejó caer una llave inglesa.

El sonido metálico resonó por el compartimento.

Cinco hombres se sobresaltaron al mismo tiempo.

No fue una reacción exagerada.

Ninguno gritó.

Ninguno abandonó su puesto.

Simplemente se volvieron hacia el origen del ruido con una rapidez impropia de quienes escuchan un objeto caer al suelo.

Durante unos segundos nadie habló.

Después cada uno regresó silenciosamente a su trabajo.

Continué la inspección como si nada hubiera sucedido.

Pero comprendí que el miedo había alcanzado un punto del que difícilmente regresaría.

Esa misma noche el operador de radio compareció en el puesto de mando con un informe inusual.

—Señor... llevo casi una hora recibiendo interferencias.

Tomé los auriculares.

Solo escuché el característico chisporroteo de la electricidad estática.

Nada más.

—¿Ha identificado alguna transmisión?

—No.

Vaciló antes de añadir:

—A veces me parece distinguir una secuencia repetitiva.

Le devolví los auriculares.

—¿Código Morse?

—Eso pensé al principio.

Guardó silencio unos instantes.

—Pero no corresponde a ningún código conocido.

Ordené registrar la incidencia y continuar la escucha.

Aquella guerra me había enseñado que las ondas de radio producían fenómenos tan caprichosos como las corrientes marinas. Tormentas eléctricas a cientos de kilómetros podían alterar una recepción aparentemente perfecta. Incluso la aurora boreal era capaz de deformar señales hasta volverlas irreconocibles.

Sin embargo, cuando abandonaba la sala de radio, el operador volvió a llamarme.

—Comandante...

Me detuve.

—Hay algo más.

Esperé.

—No creo que sea importante.

—Dígalo.

El joven tragó saliva.

—Cada vez que esa interferencia aparece... la brújula de la mesa se mueve unos grados hacia el sur.

Lo observé fijamente.

—¿Lo ha comprobado?

—Tres veces.

No respondí.

Me acerqué lentamente hasta la pequeña brújula auxiliar utilizada para las comprobaciones del equipo de radio.

Esperamos.

Transcurrieron varios minutos sin novedad.

De pronto, un chasquido irregular brotó de los auriculares.

Era un sonido breve.

Casi un suspiro eléctrico.

Al mismo tiempo, la diminuta aguja de la brújula osciló apenas un instante.

Hacia el sur.

El movimiento fue mínimo.

Tan leve que cualquiera habría podido atribuirlo a una vibración del casco.

El operador me miró sin atreverse a hablar.

Yo tampoco dije una palabra.

Apagué el receptor.

La aguja volvió lentamente a su posición anterior.

Aquella noche escribí una nueva anotación en mi bitácora

privada.

No era un informe militar.

Era una confesión.

"Empiezo a comprender el peligro que representa una coincidencia. Un hecho aislado puede despreciarse; dos admiten una explicación casual; tres comienzan a formar un patrón. Y cuando un hombre empieza a ver patrones donde antes solo había accidentes, la razón se encuentra ya en franca desventaja frente al miedo."

Cerré el cuaderno y permanecí largo tiempo contemplando la lámpara de mi escritorio.

Por primera vez desde el inicio de la patrulla me sorprendí deseando llegar cuanto antes a puerto.

No para informar de un fracaso.

No para reparar una avería.

Sino para volver a un lugar donde las leyes del mundo siguieran siendo las mismas que había conocido durante toda mi vida.

Porque, en las insondables profundidades hacia las que el U-29 continuaba avanzando con obstinación, comenzaba a sospechar que aquellas leyes estaban dejando de aplicarse.

A partir de aquel día dejé de intentar descubrir el origen de las anomalías. Mi única preocupación consistía en impedir que llegaran a convertirse en conversaciones. Mientras los

hechos permanecieran aislados en la mente de quienes los experimentaban, todavía existía la posibilidad de atribuirlos al cansancio o a la imaginación. Si, por el contrario, comenzaban a compartirse entre la tripulación, terminarían alimentándose unos a otros hasta adquirir una realidad propia.

Por ello prohibí terminantemente toda conversación ajena al servicio durante las guardias nocturnas. La orden fue recibida sin objeciones. Ningún hombre cuestionó mi autoridad; sin embargo, advertí en muchos de ellos una expresión que jamás había visto a bordo del U-29. No era rebeldía.

Era alivio.

Como si agradecieran que alguien les prohibiera hablar de aquello que todos deseaban mencionar.

La medida produjo el efecto esperado durante apenas dos jornadas.

Después comenzaron los susurros.

Fue Weiss quien me informó primero.

—Los hombres hablan cuando creen que los oficiales no podemos oírlos.

—¿Sobre qué?

—Sobre el cadáver.

La respuesta no me sorprendió.

—¿Solo sobre eso?

El oficial vaciló.

—También hablan del sur.

Apoyé lentamente ambas manos sobre la mesa de cartas.

—Explíquese.

—Dicen que el hombre encontrado en cubierta no era un náufrago.

Esperé.

—Aseguran que intentaba regresar.

Sentí un impulso inmediato de despreciar semejante disparate. Sin embargo, había aprendido que las supersticiones no se combaten ridiculizándolas. Quien se siente humillado rara vez abandona una creencia; simplemente aprende a ocultarla.

—¿Quién inició ese rumor?

Weiss negó con la cabeza.

—Nadie lo sabe.

Aquella respuesta me inquietó más que el propio rumor.

Toda historia posee un autor.

Toda orden tiene un origen.

Aquella, en cambio, parecía haber nacido espontáneamente, como si hubiera surgido al mismo tiempo en varias mentes distintas.

Dos noches después desapareció la cabeza de marfil.

Fue Klenze quien acudió a despertarme.

Nunca olvidaré el aspecto con que entró en mi camarote.

No parecía asustado.

Parecía deshecho.

—Comandante...

Su voz era apenas audible.

—Ha desaparecido.

Me levanté inmediatamente.

El cajón de su escritorio permanecía abierto. La pequeña llave seguía introducida en la cerradura y no había señales de haber sido forzada.

—¿Quién conocía el lugar donde la guardaba?

—Nadie.

Revisamos el camarote.

Después registramos cada compartimento del submarino.

La búsqueda se prolongó durante más de tres horas.

Ningún resultado.

La noticia se propagó inevitablemente entre la tripulación y, por primera vez desde el comienzo del viaje, observé verdadero

miedo en los rostros de mis hombres. No el miedo al enemigo ni a la muerte, sino esa inquietud infantil que aparece cuando un objeto cambia de lugar sin que nadie pueda explicar cómo.

Ordené registrar incluso las pertenencias personales de los oficiales.

Comencé por las mías.

Quería evitar que alguien interpretara la inspección como una acusación.

No apareció nada.

Cuando el registro concluyó, el submarino entero parecía haber sido puesto patas arriba.

La escultura seguía sin aparecer.

Aquella misma tarde encontré a Klenze sentado sobre su litera, completamente inmóvil.

No levantó la vista al entrar.

—La encontraremos.

Tardó varios segundos en responder.

—No.

Su voz carecía de emoción.

—Ella no se ha perdido.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Sonrió con una serenidad que me produjo un escalofrío.

—Creo que ya no nos necesita.

Permanecí en silencio.

Aquellas palabras no eran las de un hombre razonando.

Eran las de alguien convencido.

—Escúcheme bien, teniente.

Me situé frente a él.

—Ha trabajado demasiadas horas sin descanso. A partir de este momento queda relevado temporalmente de todas sus funciones.

No protestó.

Ni siquiera pareció sorprenderse.

Simplemente asintió.

—Como usted ordene.

Aquella docilidad me inquietó todavía más que una posible discusión.

Mientras abandonaba el camarote tuve la desagradable impresión de que acababa de relevar del servicio a un hombre que ya no se encontraba completamente entre nosotros.

La escultura apareció al amanecer.

Fue Zimmer quien la encontró.

No estaba escondida.

No había sido enterrada entre herramientas ni olvidada en algún armario.

Descansaba sobre la mesa de cartas de la sala de navegación.

Exactamente en el centro.

Como si alguien la hubiera depositado allí con el mayor cuidado pocas horas antes.

Todos los oficiales fueron interrogados.

Todos los marineros también.

Nadie admitió haberla visto.

Nadie reconoció haber entrado durante la noche en aquel compartimento.

La explicación más lógica era evidente.

Algún miembro de la tripulación sufría una alteración nerviosa suficientemente grave como para tomar la escultura y devolverla después sin recordar lo sucedido.

Era una explicación racional.

Y precisamente por ello decidí aceptarla.

Sin embargo, mientras recogía la pequeña cabeza de marfil de la mesa, advertí un detalle que me hizo detener la mano.

La escultura no estaba orientada hacia la puerta.

Ni hacia el escritorio.

Ni hacia el centro del compartimento.

Miraba exactamente hacia el sur.

Permanecí inmóvil durante unos segundos.

Después giré deliberadamente la figura hacia otra dirección.

No quería conceder importancia a una coincidencia tan insignificante.

Pero, mientras cerraba lentamente el cajón donde decidí guardarla personalmente, una idea comenzó a abrirse paso en mi pensamiento con una insistencia cada vez mayor.

Hasta aquel momento había creído que el U-29 transportaba la cabeza de marfil.

Por primera vez me pregunté si no sería la cabeza de marfil la que, de algún modo imposible de comprender, nos estaba llevando a nosotros.

Durante el resto del día procuré no volver a pensar en aquella coincidencia. Ordené que la cabeza de marfil permaneciera bajo mi custodia y la guardé en un pequeño compartimento de acero situado tras mi escritorio, donde conservaba documentos confidenciales y el revólver reglamentario. Cerré personalmente la cerradura y guardé la llave en el bolsillo interior de mi guerrera.

No comenté el incidente con nadie.

Ni siquiera con Weiss.

Había llegado a la conclusión de que el mayor peligro no consistía en aquellos hechos, sino en las interpretaciones que inevitablemente despertaban. Mientras las explicaciones permanecieran en el terreno de la razón, aún existía esperanza. Bastaría una avería descubierta a tiempo o una observación astronómica favorable para disipar toda aquella atmósfera de inquietud.

Pero la razón comenzaba a perder terreno.

Y el miedo jamás deja vacío el espacio que ella abandona.

Aquella noche cené con los oficiales en un silencio casi absoluto.

Las lámparas eléctricas proyectaban una luz amarillenta sobre la mesa, acentuando el cansancio de unos rostros que apenas reconocía. Incluso Weiss, cuya serenidad había servido tantas veces de apoyo para mis propias decisiones, parecía consumido por una preocupación constante.

Klenze apenas tocó la comida.

Permanecía sentado con los ojos fijos en un punto indeterminado del mantel.

En dos ocasiones advertí que movía los labios.

No emitía sonido alguno.

Simplemente parecía repetir para sí una frase que solo él podía

escuchar.

Nadie hizo comentario alguno.

Cuando terminó la cena, los oficiales abandonaron el comedor uno tras otro.

Klenze fue el último.

Antes de salir se volvió lentamente hacia mí.

—Comandante...

Levanté la vista.

—¿Sí?

Vaciló unos instantes.

—Si alguna vez llegamos a encontrar ese lugar...

Fruncí el ceño.

—¿Qué lugar?

Su expresión cambió de inmediato.

Como si despertara.

—Nada.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—Olvide lo que he dicho.

Y salió del compartimento.

Permanecí varios minutos contemplando la puerta cerrada.

No recordaba haber mencionado jamás el dibujo del templo delante del resto de los oficiales.

Ni mucho menos delante de la tripulación.

¿Cómo podía hablar Klenze de "ese lugar" como si ambos supiéramos perfectamente a qué se refería?

Poco antes de la medianoche se produjo el primer incidente disciplinario de toda la patrulla.

Dos marineros discutían acaloradamente junto a la cámara de baterías.

Al advertir mi presencia interrumpieron la conversación de inmediato.

—¿Qué sucede aquí?

Ninguno respondió.

—He hecho una pregunta.

Finalmente habló Zimmer.

—Solo era una discusión, señor.

—¿Sobre qué?

El joven miró de reojo a su compañero.

—No tiene importancia.

—La tiene, desde el momento en que altera el orden del barco.

Tras unos segundos de incómodo silencio, el otro marinero

terminó respondiendo.

—Hablábamos de las guardias.

Esperé.

—Zimmer dice que alguien camina por los pasillos durante la noche.

El muchacho bajó inmediatamente la cabeza.

—Yo no dije eso...

—Lo acabas de decir.

—Dije que escucho pasos.

No que vea a nadie.

La diferencia era sutil.

Pero para ellos parecía enorme.

—¿Y usted? —pregunté dirigiéndome al otro marinero.

—Yo creo que son las tuberías, señor.

—Entonces el asunto está resuelto.

Los observé con dureza.

—A partir de este momento queda prohibido volver a discutir sobre supersticiones. El próximo hombre que difunda rumores responderá ante un consejo disciplinario.

Los dos saludaron con rigidez.

Mientras me alejaba pude percibir que ninguno de los dos parecía convencido por mis palabras.

Tampoco yo.

Esa misma madrugada fui despertado por un sonido que ya conocía.

El roce.

Esta vez era más intenso.

Más lento.

Como si algo de grandes dimensiones se deslizara sobre el casco exterior del submarino.

Permanecí inmóvil en la litera.

El ruido continuó.

No era constante.

Se desplazaba.

Comenzaba en algún punto cercano a la proa y avanzaba lentamente hacia popa, produciendo una vibración apenas perceptible en la estructura metálica.

Entonces cesó.

Esperé varios minutos.

Volvió a empezar.

Con exactamente el mismo recorrido.

Sentí un impulso casi irresistible de salir inmediatamente al pasillo.

Me obligué a permanecer donde estaba.

Un Comandante no podía permitir que el miedo gobernara sus actos.

Solo cuando el sonido desapareció por tercera vez me levanté y abandoné el camarote.

Encontré al oficial de guardia completamente despierto.

No parecía sorprendido de verme.

—¿También lo ha oído?

Asintió lentamente.

—Sí, Comandante.

Fue la primera vez que alguien más confirmaba uno de aquellos fenómenos.

—¿Qué cree que es?

Weiss tardó en responder.

—No lo sé.

Miró hacia el techo del compartimento, como si pudiera atravesar con la vista los gruesos planchones de acero.

—Pero no recuerdo haber escuchado nunca un sonido parecido.

Aquella respuesta bastó para hacerme tomar una decisión.

—Reduzca velocidad.

El oficial transmitió la orden.

Los motores disminuyeron gradualmente su régimen hasta dejar el submarino avanzando casi por inercia.

Todos permanecimos en silencio.

El roce continuó.

No había cambiado en absoluto.

No dependía de nuestra velocidad.

No dependía de los motores.

Parecía acompañarnos.

Lentamente.

Pacientemente.

Como si aquello que producía el sonido no fuera una corriente marina ni un animal arrastrado por el casco.

Como si navegara junto a nosotros.

Nadie volvió a pronunciar una palabra durante el resto de la guardia.

Y mientras regresaba lentamente a mi camarote, comprendí con una claridad que me habría resultado insoportable apenas unos días antes que existía una diferencia fundamental entre el miedo y la locura.

El miedo nace cuando el hombre ignora la causa de un peligro.

La locura comienza cuando ese peligro empieza a parecerle familiar.

A partir de aquella noche nadie volvió a mencionar el extraño roce. No fue porque hubiera desaparecido. Al contrario, continuó manifestándose de forma irregular durante las jornadas siguientes, siempre con la misma cadencia, siempre recorriendo el casco desde la proa hasta la popa como una mano paciente que explorara las planchas de acero del submarino.

Simplemente dejamos de hablar de ello.

Descubrí entonces una de las características más curiosas del miedo. Cuando un hombre no encuentra explicación para un fenómeno aislado, siente la necesidad de compartirlo. Pero cuando ese mismo fenómeno se repite demasiadas veces, acaba aceptándolo como parte de su existencia. Lo extraordinario termina incorporándose a la rutina con una facilidad alarmante. Aquello era, quizá, el síntoma más peligroso de todos.

Las guardias comenzaron a solicitar relevos con una frecuencia desconocida hasta entonces. Siempre existía un pretexto razonable: un dolor de cabeza, fatiga, mareos o náuseas. El médico no encontraba causa alguna. Los hombres estaban físicamente sanos. Era su voluntad la que parecía agotarse.

Al principio procuré mantener cierta indulgencia. Reduje algunos turnos y ordené que las horas de descanso fueran respetadas con el mayor rigor posible. Pensé que unas cuantas

noches de sueño bastarían para devolver la serenidad a la tripulación.

Ocurrió exactamente lo contrario.

Dormían más, pero descansaban menos.

El primero en hablarme de sus sueños fue Weiss. Aquello me impresionó profundamente. No porque creyera en los sueños, sino porque Weiss era el hombre menos dado a confidencias de todo el submarino. Jamás lo había visto expresar inquietud alguna que no pudiera resolverse mediante un cálculo o un reglamento.

Entró en mi camarote con el aspecto de quien lleva demasiado tiempo debatiéndose entre el deber y el ridículo.

—Comandante... necesito preguntarle algo.

—Adelante.

Permaneció unos instantes de pie antes de sentarse.

—¿Ha soñado últimamente?

La pregunta me sorprendió.

—Todos soñamos.

—No me refiero a eso.

Bajó la voz.

—¿Ha soñado con... una ciudad?

No respondí inmediatamente. Era la primera vez que alguien, aparte de Klenze, aludía a algo semejante.

—¿Por qué lo pregunta?

Weiss apoyó ambas manos sobre las rodillas.

—Porque llevo tres noches viendo el mismo lugar.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—No logro recordar el sueño al despertar. Solo conservo una sensación muy extraña.

—¿Cuál?

Pareció buscar cuidadosamente las palabras.

—La certeza de que estoy intentando regresar a alguna parte.

Aquella frase me produjo un escalofrío completamente irracional. Era exactamente la misma idea que había comenzado a circular entre los marineros acerca del cadáver encontrado sobre el Victory: que aquel hombre no nadaba sin rumbo, sino que intentaba regresar.

No quise permitir que Weiss advirtiera mi inquietud.

—Los sueños suelen alimentarse de conversaciones escuchadas durante el día.

Él negó lentamente con la cabeza.

—No, señor. Yo jamás he hablado de esto con nadie.

Aquella misma tarde encontré a Klenze en la pequeña biblioteca instalada en uno de los compartimentos de popa. Los gruesos volúmenes de arqueología, historia clásica y mitología permanecían abiertos sobre la mesa. No estaba leyendo; comparaba ilustraciones con una concentración casi febril.

Me acerqué en silencio. Uno de los libros mostraba fotografías de templos dóricos. Otro contenía grabados de ruinas fenicias. Un tercero reunía esculturas egipcias y relieves mesopotámicos. Klenze iba pasando las páginas con creciente frustración.

—No está aquí.

Comprendí que ignoraba mi presencia.

—¿Qué no está aquí?

Levantó lentamente la cabeza. No pareció sorprendido de verme.

—El templo.

Señaló los libros abiertos.

—He revisado Grecia, Egipto, Fenicia, Cartago, Creta... Nada.

Observé los dibujos que había realizado durante los días anteriores. Ahora eran mucho más completos. El templo ya no aparecía aislado, sino rodeado por calles, amplias escalinatas, plazas silenciosas y columnatas interminables. También había enormes figuras humanas esculpidas en la roca, tan desgastadas por el tiempo que apenas conservaban rasgos reconocibles. Todo estaba representado con una precisión impropia de un

simple sueño.

—Todo esto procede de sus sueños.

No era una pregunta.

Klenze sonrió débilmente.

—Ya no estoy seguro.

—¿Qué quiere decir?

Permaneció unos instantes observando uno de los dibujos antes de responder.

—Comienzo a pensar que los sueños son el momento en que dejo de olvidar.

No supe qué contestar. Aquella idea era tan absurda que cualquier discusión resultaba inútil. Sin embargo, mientras abandonaba el compartimento advertí que, por primera vez, Klenze no parecía un hombre delirando. Parecía un hombre recordando. Y esa diferencia me inquietó mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Aquella noche ocurrió un hecho que marcó un antes y un después en la vida del U-29.

El marinero Zimmer desapareció durante casi veinte minutos.

No había abandonado el submarino; eso era materialmente imposible. Simplemente nadie fue capaz de encontrarlo. La alarma comenzó cuando no acudió al relevo de su guardia. Registramos rápidamente todos los compartimentos,

convencidos de que se habría quedado dormido en algún rincón del barco. No estaba en su litera, ni en la sala de torpedos, ni en la cocina, ni en la cámara de baterías. Revisamos incluso los estrechos espacios destinados al almacenamiento de víveres y los pequeños compartimentos donde apenas cabía un hombre agachado.

Era como si se hubiera desvanecido dentro de un cilindro de acero del que nadie podía escapar.

Los minutos comenzaron a hacerse insoportablemente largos. La tripulación recorría una y otra vez los mismos pasillos. Cada registro era más apresurado que el anterior.

Finalmente fue Müller quien lo encontró.

Estaba sentado en el suelo de la proa, oculto detrás de un mamparo donde apenas existía espacio suficiente para esconderse. Tenía las piernas recogidas contra el pecho y contemplaba fijamente el casco del submarino.

No respondió cuando lo llamaron.

Tampoco cuando lo sacudieron por los hombros.

Solo reaccionó cuando me arrodillé frente a él.

Sus ojos permanecían abiertos, pero tardaron varios segundos en enfocar mi rostro.

—Zimmer.

Parpadeó lentamente.

—Comandante...

Su voz sonaba lejana, como si acabara de despertar de un sueño muy profundo.

—¿Qué hace aquí?

Miró a su alrededor con evidente desconcierto. Después respondió con una serenidad que heló la sangre de todos los presentes.

—La estaba escuchando.

Un silencio absoluto recorrió el compartimento.

—¿A quién?

Zimmer volvió lentamente la cabeza hacia el mamparo de acero y esbozó una sonrisa casi infantil.

—Al mar.

Nadie volvió a hablar.

Ni siquiera Müller, que durante toda su vida había afirmado no temer a nada que navegara sobre o bajo las aguas.

Todos comprendimos al mismo tiempo, sin necesidad de intercambiar una sola palabra, que la enfermedad que se había instalado en el U-29 acababa de cobrarse una nueva víctima.

Y por primera vez desde que abandonáramos Alemania, empecé a preguntarme si todavía era posible salvar a mis hombres... o si el océano había comenzado ya a reclamarlos,

uno por uno.

Después del incidente con Zimmer, el ambiente a bordo cambió de forma irreversible.

Nadie hizo comentario alguno sobre lo sucedido. No fue necesario. Bastaba observar la manera en que los hombres iniciaban una conversación para verla extinguirse apenas unos segundos después. Las bromas habían desaparecido por completo, y hasta el ruido habitual de las herramientas parecía más contenido, como si cada marinero procurara trabajar con el mayor cuidado posible para no romper un silencio que todos consideraban necesario. El U-29 continuaba navegando con la misma precisión de siempre; era la tripulación la que comenzaba a descomponerse.

Ordené al médico que examinara nuevamente a Zimmer. El joven respondió con absoluta normalidad a todas las preguntas. Recordaba haber iniciado su guardia y, después, nada. Su memoria presentaba un vacío de aproximadamente veinte minutos que no lograba explicar. Negó haber sufrido mareos, dolores de cabeza o pérdida del conocimiento.

—¿Qué recuerda exactamente? —le pregunté.

Zimmer permaneció pensativo unos instantes antes de responder.

—Escuché algo.

—¿Qué clase de sonido?

Negó lentamente con la cabeza.

—No sabría describirlo.

Guardó silencio durante unos segundos y, finalmente, añadió en voz muy baja:

—No era un ruido, señor.

—¿Entonces?

Levantó la vista con evidente desconcierto.

—Era... como una voz.

Hartmann intercambió conmigo una rápida mirada.

—¿Alguien hablándole?

Zimmer volvió a negar.

—No con palabras.

Aquella respuesta resultaba tan absurda que preferí no insistir. Ordené que permaneciera veinticuatro horas apartado del servicio y abandoné la enfermería con una desagradable sensación de impotencia. Durante toda mi carrera había aprendido a enfrentar averías, heridas, enfermedades y epidemias. Existían procedimientos para cada una de ellas. Lo que estaba ocurriendo a bordo del U-29, en cambio, escapaba por completo a cualquier reglamento de la Armada Imperial Alemana.

Esa misma tarde decidí reunir a todos los oficiales en la sala de

cartas. Sobre la mesa permanecían extendidos los mapas del Atlántico Sur, aunque ninguno de nosotros parecía prestarles verdadera atención. Todos sabíamos que la conversación giraría en torno a un asunto muy distinto del rumbo del submarino.

—Caballeros —comencé—, los últimos acontecimientos están afectando la moral de la tripulación. Eso no puede continuar.

Nadie respondió.

—A partir de este momento queda terminantemente prohibido difundir rumores de cualquier naturaleza. Cualquier hombre que afirme haber visto figuras, luces o escuchado voces será relevado inmediatamente del servicio y permanecerá bajo observación médica. No permitiré que el miedo sustituya a la disciplina.

Weiss asintió en silencio. El médico hizo lo mismo. Müller permaneció inmóvil junto a la puerta. Solo Klenze no reaccionó. Mantenía la vista fija sobre la carta de navegación, como si las líneas trazadas sobre el papel despertaran en él un interés muy superior al de mis palabras.

—¿Tiene algo que añadir, teniente? —pregunté.

Levantó lentamente la cabeza.

—No servirá de nada, Comandante.

Su tono carecía de insolencia. Era la tranquila seguridad de un hombre convencido de aquello que decía.

—¿Qué quiere decir?

Klenze volvió la vista hacia el mapa.

—No puede impedir que sueñen.

Un silencio incómodo se extendió por el compartimento. Durante unos instantes nadie pareció encontrar una respuesta apropiada.

—Los sueños terminan al despertar —dije finalmente con toda la firmeza de que fui capaz.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Klenze.

—¿Está seguro?

Aquellas dos palabras bastaron para alterar el ambiente de la sala. Weiss desvió discretamente la mirada hacia la mesa. El médico carraspeó con evidente incomodidad. Incluso Müller evitó cruzar los ojos con mi segundo oficial. Comprendí que la reunión no podía conducirnos a ninguna parte y la di por terminada. Mientras los oficiales abandonaban el compartimento advertí un detalle que me desagradó profundamente: ninguno caminaba junto a Klenze. Sin necesidad de ponerse de acuerdo, todos mantenían cierta distancia respecto a él, como si su sola presencia hubiera comenzado a inspirar una desconfianza instintiva.

Aquella noche fui incapaz de dormir. No por miedo —al menos eso me repetía una y otra vez—, sino porque mi pensamiento regresaba obstinadamente a las palabras pronunciadas por Klenze. Permanecí sentado ante el escritorio revisando antiguos registros de navegación hasta que, casi sin

advertirlo, mi atención terminó desviándose hacia el pequeño compartimento de acero donde había guardado la cabeza de marfil.

La contemplé durante varios minutos sin moverme. No existía motivo alguno para abrir el compartimento y, sin embargo, una curiosidad difícil de explicar terminó imponiéndose. Introduje la llave en la cerradura, retiré cuidadosamente la escultura y la coloqué bajo la luz de la lámpara.

La calidad de su tallado volvía a resultar asombrosa. Ningún artesano moderno habría podido trabajar el marfil con semejante delicadeza. El rostro conservaba aquella expresión serena e inescrutable que parecía escapar a toda emoción humana. Comencé a examinarla con una atención mucho mayor que en ocasiones anteriores, recorriendo lentamente con la vista los ojos, la frente, los labios y los complejos adornos que rodeaban la cabeza. Fue entonces cuando advertí un detalle que ninguno de nosotros había descubierto hasta ese momento.

Ocultos entre los pliegues de lo que parecía una elaborada corona ceremonial existían diminutos caracteres grabados con una precisión extraordinaria. Eran tan pequeños que apenas podían distinguirse a simple vista, de modo que hube de recurrir a una lupa para examinarlos con detenimiento. No pertenecían a ningún idioma conocido por mí. Algunos recordaban vagamente ciertos alfabetos antiguos; otros consistían en líneas angulosas y espirales cuya disposición respondía a una lógica completamente desconocida.

Mientras los observaba experimenté una extraña sensación de familiaridad. Durante algunos instantes fui incapaz de comprender su origen. Después recordé, casi con sobresalto, la hoja que días atrás había retirado discretamente del escritorio de Klenze.

Abrí mi bitácora personal, extraje el papel cuidadosamente doblado y lo extendí junto a la escultura. Sentí cómo el pulso comenzaba a acelerárseme al comprobar que los signos no eran exactamente idénticos, pero sí pertenecían sin duda al mismo sistema de escritura. Las líneas angulosas se repetían con idéntica cadencia; las espirales aparecían distribuidas siguiendo el mismo orden, y aquella desconcertante armonía geométrica volvía a manifestarse con una precisión imposible de atribuir al azar. Comparé ambos textos durante largo rato, acercando alternativamente la hoja y la diminuta cabeza de marfil a la lámpara, con la esperanza de descubrir alguna diferencia que devolviera el asunto al terreno de lo explicable.

No la encontré.

No era un especialista en lenguas antiguas, pero bastaba una simple observación para comprender que Klenze no había inventado aquella escritura. Se limitaba a copiarla.

Un escalofrío recorrió lentamente mi espalda. Hasta ese instante había considerado que el deterioro mental de mi segundo oficial podía explicar cuanto estaba ocurriendo a bordo. Aquel descubrimiento invertía por completo el problema. Si la escritura existía realmente y había permanecido grabada

sobre la cabeza de marfil desde mucho antes de que nosotros la encontráramos, resultaba inevitable formular una pregunta mucho más inquietante.

¿De dónde la había aprendido Klenze?

Guardé lentamente la hoja en el interior de mi bitácora, devolví la escultura a su compartimento de acero y cerré cuidadosamente la cerradura. Aquellos gestos, tan sencillos y cotidianos, me proporcionaron una absurda sensación de seguridad, como si una delgada plancha de acero bastara para contener el misterio que acababa de descubrir.

Mientras apagaba la lámpara comprendí que toda mi vida había creído que el conocimiento disipaba el miedo.

Aquella noche descubrí que existen verdades cuya única consecuencia es hacerlo mucho más profundo.

Al despertar a la mañana siguiente procuré convencerme de que el descubrimiento de las inscripciones no alteraba en lo esencial nuestra situación. La cabeza de marfil seguía siendo un objeto antiguo cuyo origen ignorábamos, y el hecho de que Klenze reprodujera aquellos signos podía obedecer a una coincidencia extraordinaria o a alguna circunstancia que todavía escapaba a mi comprensión. No era la primera vez que una explicación razonable tardaba en presentarse. Mi deber consistía en esperar hasta encontrarla, no en sustituirla por conjeturas.

Sin embargo, apenas abandoné mi camarote comprendí que la

realidad a bordo avanzaba más deprisa que mis esfuerzos por conservar la calma.

Encontré a Weiss esperándome junto a la sala de navegación. El oficial llevaba varias horas de servicio y el cansancio comenzaba a reflejarse en su rostro, aunque no era eso lo que más llamaba la atención. Había en sus ojos una expresión de incertidumbre que jamás le había conocido.

—Comandante, creo que debería ver esto.

Lo seguí hasta la mesa de cartas. Sobre ella descansaban los registros de rumbo de los últimos días, cuidadosamente alineados junto a los instrumentos de navegación. Weiss señaló una columna de cifras sin pronunciar palabra.

Tardé unos instantes en comprender lo que estaba viendo.

El timón había obedecido exactamente todas las órdenes transmitidas desde el puente. Los cambios de rumbo coincidían con las anotaciones del cuaderno de bitácora y los tiempos registrados por el timonel resultaban impecables. Sin embargo, al reconstruir la derrota completa del submarino mediante los datos acumulados durante la última semana, aparecía una desviación constante que ninguno de nosotros conseguía explicar.

No era un error brusco.

Era una inclinación casi imperceptible.

Después de cada corrección, el U-29 terminaba recuperando

lentamente un rumbo ligeramente más meridional.

—¿Cuánto tiempo lleva ocurriendo esto? —pregunté.

Weiss consultó sus notas.

—Desde poco después del hundimiento del Victory.

Aquella respuesta me hizo guardar silencio.

Durante varios minutos repasé personalmente todos los cálculos. Revisé velocidades, tiempos de inmersión, consumo de combustible y registros del timón. Comprobé una y otra vez las operaciones de Weiss esperando descubrir un simple error aritmético.

No encontré ninguno.

—¿Ha hablado de esto con alguien más?

—Con nadie, señor.

Asentí lentamente.

—Y seguirá siendo así.

Weiss comprendió inmediatamente mis intenciones. Difundir aquella información solo serviría para alimentar el estado de nerviosismo que comenzaba a extenderse por la tripulación.

—Sí, Comandante.

Mientras abandonábamos la sala de navegación advertí que, casi sin proponérmelo, mi mirada se dirigía una vez más hacia el sur marcado sobre la carta.

Aparté los ojos de inmediato.

Las horas siguientes transcurrieron con una aparente normalidad. Los motores continuaban funcionando sin la menor irregularidad y los sistemas eléctricos respondían perfectamente. El submarino era una admirable máquina de guerra, construida para resistir enormes presiones y navegar durante semanas bajo el océano. Todo cuanto podía comprobarse mediante instrumentos seguía comportándose de forma impecable.

Era precisamente aquello lo que comenzaba a resultar inquietante.

Los hechos extraños nunca aparecían en los indicadores.

Solo en los hombres.

Poco antes del cambio de guardia, Müller solicitó permiso para hablar conmigo en privado. Cerró cuidadosamente la puerta del camarote antes de pronunciar una sola palabra, como si temiera que alguien pudiera escucharlo.

—Llevo treinta años navegando, Comandante.

Asentí.

Conocía de sobra su experiencia.

—He atravesado tormentas en el Atlántico Norte, tifones en el Índico y bancos de hielo frente a Groenlandia. He visto barcos desaparecer en cuestión de minutos y hombres perder el juicio después de semanas enteras sin tocar tierra.

Hizo una breve pausa.

—Nunca había visto una tripulación dejar de silbar.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Escúchelos.

Guardé silencio.

Solo entonces comprendí a qué se refería.

En cualquier barco existía siempre algún marinero que silbaba mientras trabajaba. Era una costumbre tan antigua como la navegación misma. A veces bastaba una melodía desafinada para recorrer medio buque y terminar siendo repetida por otros hombres durante el resto del día.

En el U-29 ya no ocurría.

No recordaba haber escuchado un solo silbido desde hacía varios días.

Era un detalle insignificante.

Precisamente por eso me resultó tan perturbador.

Las grandes transformaciones rara vez comienzan con acontecimientos espectaculares. Suelen anunciarse mediante pequeñas costumbres que desaparecen sin que nadie repare en ello hasta que ya es demasiado tarde.

Müller se disponía a abandonar el camarote cuando volvió a

detenerse.

—Hay otra cosa, señor.

Esperé.

—Anoche encontré esto.

Introdujo lentamente la mano en el bolsillo de su chaqueta y depositó sobre mi escritorio un pequeño trozo de papel.

Lo reconocí de inmediato.

Era una hoja arrancada de uno de los cuadernos de dibujo de Klenze.

Sobre ella aparecía representada una parte del extraño templo.

Pero el dibujo había cambiado.

Hasta entonces, todas las ilustraciones mostraban el edificio desde el exterior.

Aquella era distinta.

Representaba un enorme corredor flanqueado por columnas ciclópeas que descendía hacia una oscuridad absoluta. A ambos lados del pasillo se alzaban gigantescas estatuas cuyas cabezas recordaban, de forma inquietante, el rostro de la pequeña escultura de marfil.

Observé el dibujo durante largo rato.

El trazo era firme.

Seguro.

Extraordinariamente preciso.

No parecía el trabajo de un hombre dominado por el delirio.

Parecía el recuerdo minucioso de alguien que hubiera contemplado aquel lugar con sus propios ojos.

Levanté lentamente la vista hacia Müller.

—¿Dónde encontró esto?

El viejo contramaestre vaciló antes de responder.

—No estaba en el camarote de Klenze.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Entonces?

—Lo encontré esta mañana... dentro de mi taquilla.

Ninguno de los dos volvió a hablar.

Porque ambos comprendimos al mismo tiempo que aquella hoja no respondía a la pregunta verdaderamente importante.

La pregunta era otra.

Si Klenze no la había dejado allí...

¿Quién lo había hecho?

Conservé el dibujo en mis manos durante algunos segundos sin apartar la vista de él. Cuanto más detenidamente lo examinaba,

más evidente resultaba que no había sido realizado de memoria en el sentido habitual de la palabra. Existía en sus proporciones una precisión casi arquitectónica. Las sombras caían siempre en la misma dirección, los capiteles de las columnas repetían un patrón constante y las enormes estatuas que flanqueaban el corredor parecían guardar entre sí una simetría imposible de improvisar. Aquel no era el trabajo de un hombre que imaginaba un lugar fantástico. Era el de alguien que intentaba reproducir un escenario real con la mayor fidelidad posible.

Doblé cuidadosamente la hoja y la guardé dentro de mi bitácora.

—No hable de esto con nadie.

Müller asintió en silencio.

—Ni siquiera con Klenze.

El viejo contramaestre pareció sorprendido.

—¿Cree que él no...?

Le interrumpí antes de que terminara la pregunta.

—No lo sé. Y hasta que lo averigüe, prefiero que ignore que esta hoja ha llegado a mis manos.

Müller saludó militarmente y abandonó el camarote. Permanecí escuchando sus pasos hasta que se perdieron en el pasillo. Solo entonces volví a sacar el dibujo.

Había algo en él que continuaba inquietándome.

No era el templo.

Ni las columnas.

Ni siquiera aquellas colosales figuras cuyo rostro recordaba al de la cabeza de marfil.

Era la perspectiva.

El dibujo no representaba a un hombre contemplando el corredor desde la entrada. Quien lo había trazado se encontraba ya en su interior, como si hubiera avanzado varios metros entre aquellas columnas antes de detenerse a observarlas.

Era un detalle insignificante.

Pero bastó para hacerme sentir un escalofrío.

Decidí hablar con Klenze aquella misma tarde.

Lo encontré en su camarote, sentado frente al escritorio. No dibujaba. Tampoco leía. Permanecía inmóvil, con las manos apoyadas sobre la mesa y la mirada fija en un punto invisible del mamparo.

Le mostré la hoja sin decir una palabra.

Sus ojos la recorrieron apenas un instante.

—Es mío.

Aquella respuesta llegó con absoluta naturalidad.

—¿Recuerda haberlo dibujado?

Permaneció pensativo durante unos segundos.

—Sí.

—¿Cuándo?

Frunció ligeramente el ceño.

—No podría decirlo.

Tomó el papel entre sus manos y lo observó con detenimiento, como si también él lo viera por primera vez.

—Debe de haber sido anoche.

—¿Está seguro?

Negó lentamente.

—No.

Dejó escapar un suspiro.

—Empiezo a no estar seguro de muchas cosas.

Aquellas palabras encerraban más cansancio que temor.

Me senté frente a él.

—Klenze, necesito que sea completamente sincero conmigo. ¿Ha salido de su camarote durante las noches?

Su respuesta fue inmediata.

—No que yo recuerde.

—¿Padece sonambulismo?

—Nunca.

Guardó silencio antes de añadir:

—Al menos... nunca antes.

Lo observé atentamente.

No advertí en él la menor intención de engañarme.

Era precisamente eso lo que volvía la situación tan preocupante.

Un hombre que miente procura sostener una versión de los hechos.

Klenze, en cambio, parecía buscar la verdad conmigo.

Antes de abandonar el camarote me llamó con voz queda.

—Comandante.

Me detuve junto a la puerta.

—¿Sí?

Su mirada había cambiado.

Parecía avergonzado.

—Hay algo que no me he atrevido a contarle.

Regresé lentamente hasta el escritorio.

—Le escucho.

Vaciló durante largo rato antes de hablar.

—Cada noche los sueños duran un poco más.

Esperé en silencio.

—Al principio solo veía el templo.

Bajó la vista hacia sus propias manos.

—Después empecé a recorrer sus calles.

Noté cómo el aire del pequeño camarote parecía hacerse más pesado.

—Anoche...

Se interrumpió.

—¿Qué ocurrió anoche?

Tardó varios segundos en responder.

—Anoche encontré a alguien.

Aquellas palabras despertaron inmediatamente toda mi atención.

—¿A quién?

Klenze levantó lentamente la cabeza.

—Al hombre del Victory.

Sentí un estremecimiento involuntario.

—Eso es imposible.

—Lo sé.

Su voz permanecía tranquila.

—Estaba de pie al final de aquel corredor.

Guardó silencio durante unos instantes, como si intentara reconstruir la escena con exactitud.

—No parecía muerto.

—Era un sueño.

—Sí.

Asintió lentamente.

—Pero él me vio.

Ninguno de los dos habló durante varios segundos.

Finalmente pregunté:

—¿Dijo algo?

Klenze negó con la cabeza.

—No.

Su expresión se ensombreció.

—Solo levantó una mano...

Tragó saliva.

—...como si quisiera que lo siguiera.

Abandoné el camarote sin añadir una sola palabra.

Durante todo el camino de regreso procuré convencerme de que aquellas imágenes no eran más que el producto de

una mente agotada. Resultaba lógico que los sucesos vividos durante las últimas semanas terminaran mezclándose en los sueños de un hombre impresionable. Cualquier médico habría ofrecido exactamente esa explicación.

Sin embargo, al entrar en mi camarote advertí un detalle que hizo vacilar nuevamente todas mis certezas.

La puerta del compartimento de acero donde guardaba la cabeza de marfil permanecía entreabierta.

Me detuve en seco.

Estaba absolutamente seguro de haberla cerrado aquella mañana.

Con un movimiento instintivo llevé la mano al bolsillo interior de mi guerrera.

La llave seguía allí.

Permanecí inmóvil durante algunos segundos, con la mano aún apoyada sobre el bolsillo donde guardaba la llave. La cerradura no presentaba señal alguna de haber sido forzada. Tampoco existían arañazos ni marcas que delataran la intervención de una herramienta. Simplemente, la puerta metálica permanecía entornada, como si alguien la hubiera abierto con absoluta naturalidad y hubiese olvidado cerrarla después.

Me aproximé lentamente.

La cabeza de marfil continuaba en su interior.

La tomé entre las manos y la examiné cuidadosamente. Nada parecía haber cambiado. Conservaba la misma expresión serena, la misma perfección en el tallado y las mismas diminutas inscripciones ocultas bajo la corona. Sin embargo, no pude evitar experimentar la incómoda impresión de que la escultura se encontraba orientada de forma distinta a como yo recordaba haberla dejado. Traté de reconstruir mentalmente mis movimientos de aquella mañana, pero pronto comprendí que el esfuerzo era inútil. La memoria posee una desconcertante facilidad para alterar los detalles más insignificantes.

Volví a guardar la figura, cerré cuidadosamente el compartimento y comprobé dos veces el funcionamiento de la cerradura. Incluso tiré de la puerta con cierta fuerza para asegurarme de que había quedado perfectamente asegurada. Solo entonces me aparté del escritorio, aunque la sensación de desasosiego no desapareció. Aquello no era una prueba de que alguien hubiera abierto el compartimento. Era, sencillamente, otra duda más. Y comenzaba a comprender que las dudas, acumuladas una sobre otra, terminaban resultando mucho más peligrosas que las certezas.

Aquella noche me propuse permanecer despierto.

No se trataba de vigilar a la tripulación, sino de vigilarme a mí mismo. Si existía la posibilidad de que estuviera olvidando mis propios actos, debía descubrirlo antes de que la situación escapara definitivamente a mi control. Coloqué la bitácora sobre el escritorio, encendí una lámpara de menor intensidad para no fatigar la vista y me dispuse a leer algunos antiguos

informes de navegación con el único propósito de mantener la mente ocupada.

Las horas transcurrieron lentamente. El rumor constante de los motores eléctricos, al que durante tantos años apenas había prestado atención, adquiría en mitad de la noche un carácter casi hipnótico. De vez en cuando el casco crujía suavemente bajo la presión del océano, recordándome los millones de toneladas de agua que se alzaban sobre nuestras cabezas. Eran sonidos perfectamente normales, familiares para cualquier submarinista.

Precisamente por ello advertí de inmediato el instante en que apareció otro completamente distinto.

Fue un golpe.

Seco.

Metálico.

Muy lejano.

No procedía del interior del barco.

Parecía haber resonado al otro lado del casco.

Levanté lentamente la cabeza y permanecí inmóvil, conteniendo incluso la respiración. Durante varios segundos no volvió a oírse nada. Llegué a convencerme de que el ruido no había sido más que una contracción del acero sometido a la presión exterior.

Entonces sonó de nuevo.

Esta vez fueron dos golpes.

Lentos.

Espaciados.

Como si alguien golpeara deliberadamente el casco utilizando un objeto duro.

Me puse en pie de inmediato y abrí la puerta del camarote.

El pasillo estaba desierto.

Apenas había avanzado unos pasos cuando vi aparecer a Weiss desde el extremo opuesto. Su expresión me indicó que él también los había escuchado.

—¿Los ha oído? —preguntó en voz baja.

Asentí.

—¿De dónde proceden?

Negó lentamente.

—No consigo determinarlo.

Nos dirigimos juntos hacia la sala de control. A medida que avanzábamos advertí que varias puertas comenzaban a abrirse. Los hombres salían de sus compartimentos todavía somnolientos, mirando alrededor con evidente desconcierto. Nadie hablaba. Todos parecían esperar que otro ofreciera una explicación.

El tercer golpe resonó cuando ya nos encontrábamos reunidos junto al puesto central.

Esta vez fue mucho más intenso.

El sonido atravesó literalmente la estructura del submarino y produjo una leve vibración en el suelo. Algunos marineros se volvieron instintivamente hacia el mamparo de estribor. Otros permanecieron inmóviles, con el rostro súbitamente pálido.

—¡Silencio! —ordené.

El compartimento quedó completamente mudo.

Esperamos.

Pasó un minuto.

Después otro.

No volvió a escucharse nada.

Ordené una inspección inmediata de todos los compartimentos. Revisamos válvulas, mamparos, tanques de lastre y conducciones exteriores mediante los indicadores disponibles. Ningún instrumento mostraba la menor anomalía. La presión permanecía estable, no existían vías de agua y los motores continuaban funcionando con absoluta normalidad.

Era como si aquellos golpes jamás hubieran existido.

Cuando los hombres regresaron a sus puestos advertí que nadie reanudaba el trabajo con la naturalidad habitual. Cada marinero dirigía, de cuando en cuando, una rápida mirada

hacia el casco, esperando quizá escuchar de nuevo aquel sonido imposible.

Weiss permaneció unos instantes junto a mí.

—Comandante...

—¿Sí?

Vaciló antes de hablar.

—¿Recuerda lo que dijo Bohm hace unos días?

Asentí lentamente.

Tres golpes.

No necesitaba preguntar a qué se refería.

Durante un largo instante ninguno de los dos añadió una sola palabra.

Porque, por primera vez desde el inicio de nuestra deriva hacia el sur, un fenómeno que hasta entonces había sido experimentado por hombres aislados acababa de ser escuchado por toda la tripulación.

Y comprendí, con una claridad que me resultó profundamente desalentadora, que acabábamos de cruzar un límite del que sería imposible regresar. La inquietud ya no pertenecía a unos pocos individuos especialmente impresionables.

Se había convertido en una experiencia compartida.

Y no existe fuerza más peligrosa a bordo de un barco que un

miedo del que todos pueden dar testimonio.

Los golpes no volvieron a repetirse aquella noche. Sin embargo, su ausencia no produjo el alivio que yo esperaba. Al contrario, la incertidumbre parecía haberse instalado definitivamente entre nosotros. Los hombres regresaron a sus puestos con una disciplina irreprochable, pero bastaba observar sus rostros para comprender que ninguno trabajaba ya con la serenidad de otros tiempos. Todos permanecían pendientes de cualquier sonido procedente del exterior, como si aguardaran la repetición de un fenómeno que nadie se atrevía a explicar.

A la mañana siguiente recorrí personalmente todos los compartimentos del submarino. No encontré una sola irregularidad en el funcionamiento de la nave. Los motores respondían con la precisión acostumbrada, las baterías conservaban su carga y las válvulas de inmersión funcionaban sin la menor anomalía. Desde un punto de vista estrictamente técnico, el U-29 era el mismo buque que había abandonado Alemania semanas atrás.

La diferencia residía únicamente en sus hombres.

Ya nadie sostenía la mirada de sus compañeros durante demasiado tiempo. Las conversaciones terminaban en cuanto un tercero se aproximaba, y las miradas comenzaban a prolongarse más de lo necesario, como si cada marinero buscara en el rostro de los demás alguna señal que confirmara o desmintiera sus propios temores. Aquella desconfianza silenciosa resultaba mucho más peligrosa que cualquier

discusión abierta. Un motín nace del odio; la desconfianza, en cambio, nace del miedo, y el miedo rara vez necesita razones para propagarse.

Fue Weiss quien expresó en voz alta una idea que, sin duda, llevaba horas rondando la cabeza de todos los oficiales.

—Los hombres empiezan a observarse entre ellos, Comandante.

No respondí inmediatamente.

—Lo he notado.

—Creen que alguien les oculta la verdad.

Aquellas palabras me obligaron a volver la vista hacia el pasillo. Dos marineros cruzaban en aquel momento frente a la sala de navegación. Al encontrarse, ambos intercambiaron una rápida mirada antes de continuar su camino sin pronunciar una sola palabra.

—No se equivocan del todo —murmuré.

Weiss permaneció en silencio.

Sabía tan bien como yo que era imposible comunicar a la tripulación cuanto estaba ocurriendo. Carecíamos de respuestas, y un Comandante jamás debe transmitir incertidumbre a sus hombres cuando todavía conserva la autoridad suficiente para mantener el orden.

Sin embargo, también comprendía el riesgo de continuar ocultándolo todo.

El silencio comenzaba a llenarse con explicaciones mucho más peligrosas que la verdad.

Aquella misma tarde tomé una decisión que llevaba varios días posponiendo.

Ordené relevar oficialmente a Klenze de todas sus funciones.

El teniente acudió a mi camarote apenas recibió la orden. Su aspecto era alarmante. Las profundas ojeras contrastaban con una serenidad casi impropia de un hombre enfermo. Más que agotado, parecía completamente ajeno a cuanto ocurría a su alrededor.

Le indiqué que tomara asiento.

—Conoce el motivo de esta decisión.

Asintió lentamente.

—Sí, Comandante.

—Necesita descansar.

Esbozó una leve sonrisa.

—No creo que el descanso vaya a servir de mucho.

Preferí ignorar el comentario.

—A partir de este momento permanecerá apartado del servicio hasta nueva orden. El doctor supervisará personalmente su estado.

Klenze no mostró la menor oposición. Aquella docilidad

terminó por inquietarme más que cualquier protesta.

Cuando ya se disponía a abandonar el camarote volvió a detenerse.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

Sus ojos se dirigieron hacia el pequeño compartimento de acero donde permanecía guardada la cabeza de marfil.

—¿La tiene usted?

No respondí.

Él interpretó correctamente mi silencio.

—Hace bien.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dice eso?

Durante unos instantes permaneció inmóvil, como si meditara cuidadosamente la respuesta.

—Porque ya no intenta hablar conmigo.

Aquellas palabras me hicieron incorporarme lentamente.

—¿Qué quiere decir exactamente?

Klenze bajó la vista.

—Nada, Comandante.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—Olvídelo.

Salió del camarote antes de que pudiera detenerlo.

Permanecí largo rato contemplando la puerta cerrada. No era la primera vez que sus respuestas parecían interrumpirse deliberadamente, como si una parte de él luchara por revelar algo mientras otra intentaba desesperadamente impedirlo.

Esa misma noche trasladé la cabeza de marfil a la pequeña caja fuerte donde se guardaban los códigos cifrados y la documentación reservada del submarino. Solo yo poseía la llave. Una vez asegurada la cerradura, ordené expresamente a Weiss que nadie, bajo ninguna circunstancia, accediera a aquel compartimento sin mi presencia.

El oficial aceptó la orden sin formular preguntas.

Mientras permanecíamos solos en la sala de control, observando el débil resplandor de los instrumentos, Weiss rompió un silencio que ya se prolongaba desde hacía varios minutos.

—¿Cree usted que todo esto empezó con esa escultura?

Miré hacia la oscuridad del compartimento sin responder de inmediato.

—No lo sé.

Era la respuesta más sincera que podía ofrecer.

—Pero si alguna relación existe entre ella y cuanto está

ocurriendo, prefiero cometer el error de encerrarla antes que el de seguir tratándola como una simple curiosidad arqueológica.

Weiss asintió lentamente.

Ninguno de los dos volvió a mencionar el asunto.

Aquella noche escribí una larga anotación en mi diario personal. Lo hice con más lentitud que de costumbre, escogiendo cuidadosamente cada palabra, como si al hacerlo pudiera imponer cierto orden sobre el caos que comenzaba a rodearnos.

"Hasta hoy he creído que el mayor peligro para un submarino reside en las minas, los destructores enemigos o las averías mecánicas. Todas ellas poseen una naturaleza concreta y pueden afrontarse con disciplina, experiencia o valor. Existe, sin embargo, otra amenaza contra la cual ningún reglamento ofrece defensa. Se instala lentamente en la mente de los hombres, altera sus juicios, transforma el silencio en sospecha y convierte las coincidencias en certezas. No puedo afirmar todavía que exista una causa sobrenatural detrás de cuanto hemos vivido. Tampoco puedo negarlo con la firmeza de otros días. Lo único que sé con absoluta seguridad es que mi tripulación comienza a dejar de confiar en el mundo que la rodea. Y un Comandante que pierde el dominio sobre la realidad de sus hombres ha comenzado ya a perder el mando de su barco."

Dejé la pluma sobre el escritorio y permanecí varios minutos contemplando aquella última frase.

Por primera vez desde el inicio de nuestra patrulla comprendí que el enemigo más peligroso ya no navegaba sobre la superficie del océano.

Viajaba con nosotros.

Ocupaba los estrechos pasillos del U-29, respiraba el mismo aire que nosotros y, con una paciencia infinita, esperaba el momento oportuno para convertir el miedo en desesperación.

Con ese pensamiento cerré la bitácora.

Ignoraba entonces que la disciplina que durante tanto tiempo había mantenido unida a mi tripulación estaba a punto de romperse definitivamente. El motín aún no había comenzado.

Pero su semilla ya había echado raíces en el corazón de cada uno de mis hombres.

Capítulo V

El motín

Dormí apenas unas horas. Cuando abandoné el camarote a la mañana siguiente advertí inmediatamente que algo había cambiado. No era una alteración visible del submarino ni un fallo en su funcionamiento, sino una modificación mucho más difícil de definir. El aire mismo parecía cargado de una tensión contenida. Los hombres evitaban permanecer solos y, al mismo tiempo, ninguno parecía sentirse cómodo en compañía de los demás. Se agrupaban por breves instantes para intercambiar unas pocas palabras en voz baja y se dispersaban en cuanto advertían la presencia de un oficial.

Durante el desayuno reinó un silencio absoluto. El tintinear de los cubiertos contra las bandejas metálicas era el único sonido que interrumpía el constante rumor de los motores eléctricos. En otra época aquel silencio me habría parecido una muestra ejemplar de disciplina; ahora comprendía que era el resultado del miedo. La conversación había dejado de ser un refugio para convertirse en un riesgo.

Mientras observaba discretamente a los hombres advertí que varios dirigían frecuentes miradas hacia el compartimento donde se encontraba Klenze. Nadie se acercaba a su puerta. Nadie pronunciaba siquiera su nombre. Sin embargo, era evidente que todos pensaban en él.

A media mañana Weiss entró apresuradamente en la sala de control.

—Comandante, necesito hablar con usted.

Su tono bastó para hacerme comprender que no se trataba de una cuestión técnica.

Lo seguí hasta la cámara de oficiales.

Una vez cerrada la puerta, habló sin rodeos.

—Los hombres empiezan a reunirse durante los cambios de guardia.

—¿Quiénes?

—Prácticamente todos los marineros.

Fruncí el ceño.

—¿Ha escuchado lo que dicen?

Weiss negó lentamente.

—Bajan la voz cuando se acerca un oficial.

Permanecí algunos instantes en silencio.

Aquello era exactamente lo que había intentado evitar desde el principio.

Cuando una tripulación deja de hablar con sus superiores para comenzar a hablar entre sí, la autoridad empieza a resquebrajarse.

—¿Quién parece dirigir esas conversaciones?

Weiss vaciló antes de responder.

—Müller.

Aquella respuesta me sorprendió profundamente.

El viejo contramaestre era uno de los hombres más veteranos y disciplinados del submarino. Nunca había mostrado la menor inclinación hacia la insubordinación.

Precisamente por eso la noticia resultaba tan inquietante.

Los motines nunca comienzan impulsados por los más violentos.

Empiezan cuando los hombres prudentes dejan de confiar en sus mandos.

Decidí hablar inmediatamente con Müller.

Lo encontré supervisando una revisión rutinaria de las baterías. Al verme llegar despidió a los marineros con absoluta naturalidad y aguardó en silencio.

—Quiero hacerle una pregunta.

—Sí, Comandante.

—¿Qué ocurre entre la tripulación?

Durante algunos segundos sostuvo mi mirada sin responder.

Finalmente habló con una franqueza que jamás olvidaré.

—Tienen miedo.

—Eso ya lo sé.

—No, señor.

Negó lentamente.

—Usted sabe que están nerviosos.

Hizo una pausa.

—Yo le digo que están aterrorizados.

Aquella palabra quedó suspendida entre nosotros.

Terror.

No inquietud.

No incertidumbre.

Terror.

—¿De qué?

El viejo contramaestre desvió brevemente la vista.

—No lo saben.

Aquella respuesta encerraba una amarga verdad.

El miedo sin objeto definido resulta mucho más difícil de combatir que aquel cuyo origen puede señalarse con el dedo.

—¿Y usted?

Volvió a mirarme.

—Yo también tengo miedo, Comandante.

No existía dramatismo en su voz.

Solo un agotamiento inmenso.

—Pero todavía le obedezco.

Aquella última frase me produjo una impresión mucho más profunda que cualquier acto de rebeldía.

Todavía.

Era una palabra sencilla.

Y, sin embargo, implicaba que incluso la obediencia comenzaba a tener un límite.

Aquella tarde ordené una inspección completa del submarino.

No esperaba encontrar averías.

Necesitaba devolver a los hombres una ocupación concreta.

Durante varias horas todos trabajaron con la precisión acostumbrada. Se revisaron conducciones, depósitos, motores, acumuladores eléctricos y sistemas de ventilación. El médico inspeccionó las reservas de alimentos mientras Weiss comprobaba nuevamente los instrumentos de navegación.

El resultado fue el mismo de siempre.

El U-29 se encontraba en perfectas condiciones.

Cuando el informe llegó a mis manos experimenté una amarga

sensación de derrota.

Habría preferido descubrir una avería grave.

Cualquier fallo mecánico podía repararse.

Lo que estaba destruyendo a mi tripulación permanecía completamente fuera del alcance de las herramientas.

Fue poco antes del cambio de guardia cuando ocurrió el primer acto abierto de insubordinación.

El marinero Hartwig recibió la orden de ocupar su puesto en la sala de torpedos.

No se movió.

El oficial de guardia creyó no haber sido oído y repitió la orden con mayor firmeza.

Hartwig continuó inmóvil.

Solo cuando el oficial se aproximó comprendió que el hombre estaba temblando.

—No volveré allí.

—¿Qué significa eso?

El marinero levantó lentamente la cabeza.

Tenía el rostro completamente descompuesto.

—Hay alguien esperándome.

El oficial intentó sujetarlo por el brazo.

Hartwig reaccionó violentamente, apartándolo de un empujón que hizo retroceder al teniente varios pasos.

El ruido atrajo inmediatamente a los hombres de los compartimentos vecinos.

Cuando llegué al lugar encontré a más de una docena de marineros reunidos alrededor de la escena.

Nadie intervenía.

Nadie ayudaba al oficial.

Todos observaban.

Y comprendí, con una claridad que me heló la sangre, que ya no estaban esperando ver qué haría Hartwig.

Esperaban ver qué haría yo.

El motín todavía no había comenzado.

Pero por primera vez desde que zarpamos, la autoridad del Comandante dependía de la decisión que tomara en los siguientes segundos.

Hartwig permanecía inmóvil en el centro del pasillo. Respiraba con dificultad y sus ojos, desmesuradamente abiertos, no estaban fijos en ninguno de los hombres que lo rodeaban. Miraban más allá de ellos, hacia la oscuridad del compartimento de torpedos, como si allí hubiera descubierto algo que únicamente él podía contemplar.

Avancé hasta quedar frente a él.

—Marinero Hartwig.

No respondió.

—Míreme.

Lentamente sus ojos abandonaron el pasillo y se posaron sobre mí. Durante un instante creí reconocer en ellos el alivio de quien espera ser rescatado. Sin embargo, aquella expresión desapareció casi de inmediato, sustituida por un terror aún más profundo.

—No abra la puerta, Comandante.

Fruncí el ceño.

—¿Qué puerta?

Señaló con mano temblorosa el compartimento de torpedos.

—La de allí.

Volví la vista. La pesada puerta estanca permanecía cerrada exactamente igual que siempre.

—¿Qué hay detrás?

Hartwig tragó saliva con dificultad.

—Ellos.

Un murmullo apenas perceptible recorrió al grupo de marineros.

Levanté la voz.

—¡Silencio!

El pasillo recuperó inmediatamente el orden, aunque el silencio que siguió no era el de la disciplina, sino el de la expectación. Todos aguardaban mi respuesta con una atención casi angustiosa.

Me acerqué un paso más a Hartwig.

—Escúcheme bien. Voy a abrir esa puerta y usted vendrá conmigo. Verá que no hay absolutamente nada.

Antes de que pudiera moverme, el marinero me sujetó violentamente por la manga.

—¡No!

Jamás olvidaré la expresión de su rostro.

No era la rebeldía de un subordinado.

Era la desesperación de un hombre convencido de que intentaba impedir una catástrofe.

—No los deje entrar.

Aquellas palabras hicieron que varios marineros retrocedieran casi al mismo tiempo.

Liberé mi brazo con firmeza.

—Sujétenlo.

Dos contramaestres se adelantaron inmediatamente. Hartwig no ofreció resistencia. Toda su energía parecía haberse

consumido en aquella última advertencia. Mientras lo conducían hacia la enfermería seguía murmurando las mismas palabras con una voz cada vez más apagada.

—No abra la puerta... no abra la puerta...

Esperé hasta que desapareció por el pasillo.

Después me volví hacia los demás.

—Todos a sus puestos.

Nadie se movió.

Fue apenas un instante.

Un segundo, quizá dos.

Pero bastó para que comprendiera el alcance de lo que acababa de ocurrir.

Por primera vez desde que asumí el mando del U-29, una orden había tardado en ser obedecida.

Finalmente, los hombres comenzaron a dispersarse. Lo hicieron en silencio, evitando cruzar la mirada conmigo. Aquella vacilación había durado muy poco, pero un Comandante aprende pronto que la disciplina no desaparece de golpe. Se erosiona lentamente, casi siempre mediante pequeñas demoras que anuncian otras mucho más graves.

Ordené abrir el compartimento de torpedos.

Weiss insistió en acompañarme. No discutí su decisión.

La pesada puerta metálica giró lentamente sobre sus bisagras mientras ambos permanecíamos atentos a cualquier sonido procedente del interior.

No ocurrió nada.

El compartimento estaba completamente vacío.

Recorrimos cada rincón con ayuda de las lámparas portátiles. Examinamos las literas, los soportes de los torpedos, las tuberías, los mamparos e incluso los estrechos espacios entre los mecanismos de carga. No existía el menor indicio de que alguien hubiera estado allí.

Cuando regresábamos hacia la salida advertí que Weiss permanecía inmóvil junto a uno de los tubos lanzatorpedos.

—¿Qué sucede?

No respondió inmediatamente.

Pasó lentamente la mano sobre el acero.

—Está caliente.

Me acerqué.

Tenía razón.

Mientras el resto del compartimento conservaba la fría temperatura habitual del casco sumergido, aquella superficie presentaba un calor extraño, apenas perceptible, pero completamente anormal.

—¿Puede deberse al mecanismo?

Weiss negó con la cabeza.

—Hace más de una semana que no utilizamos este tubo.

Apoyé también la palma de la mano.

El calor desaparecía pocos centímetros más allá.

Solo afectaba a una pequeña zona circular del acero.

No encontré explicación alguna.

Ni siquiera intenté buscarla.

Abandonamos el compartimento sin hacer comentario alguno.

Aquella misma noche comprendí que el miedo había dejado de manifestarse únicamente mediante palabras.

Comenzaba a alterar la conducta de hombres cuya estabilidad jamás había puesto en duda.

El radiotelegrafista olvidó por primera vez en años una secuencia elemental del código Morse.

Uno de los maquinistas cerró incorrectamente una válvula que había manipulado cientos de veces.

Incluso Weiss, cuya serenidad parecía inquebrantable, consultó dos veces la misma carta de navegación antes de advertir que llevaba varios minutos leyendo el mapa al revés.

Ninguno de aquellos errores tenía verdadera importancia.

Considerados aisladamente, todos podían atribuirse al cansancio.

Juntos componían un panorama mucho más inquietante.

No era el submarino el que empezaba a fallar.

Éramos nosotros.

Y mientras recorría lentamente el pasillo central del U-29, escuchando la respiración contenida de los hombres y el incesante rumor de los motores, tuve la certeza de que el motín, cuando finalmente estallara, no nacería de la ambición ni del odio.

Nacería del convencimiento de que la única forma de escapar de aquel horror consistía en desobedecer al hombre que insistía en seguir navegando hacia el sur.

Aquellas últimas palabras permanecieron largo tiempo en mi pensamiento.

Hasta entonces había atribuido el creciente desorden de la tripulación al aislamiento, al agotamiento y a la sucesión de acontecimientos extraordinarios que habíamos experimentado desde el hundimiento del Victory. Era una explicación imperfecta, pero al menos pertenecía al terreno de lo posible. Sin embargo, comenzaba a advertir otro fenómeno mucho más difícil de justificar. Los hombres ya no solo temían aquello que pudiera aguardarnos en el océano. Habían empezado a temer las órdenes que yo les impartía.

Esa diferencia era fundamental.

Mientras una tripulación teme al enemigo, permanece unida.

Cuando comienza a temer a su Comandante, la disciplina deja de ser una virtud para convertirse en una carga.

Durante las horas siguientes procuré restablecer la rutina con la mayor naturalidad posible. Ordené pequeños trabajos de mantenimiento, redistribuí algunos turnos de guardia y dispuse ejercicios de inspección que mantuvieran ocupados a los hombres. Ninguna de aquellas medidas produjo el efecto esperado. Las órdenes eran obedecidas, pero con una lentitud desconocida hasta entonces. No existía desafío abierto. Era algo mucho más sutil: una vacilación apenas perceptible que precedía a cada movimiento, como si todos necesitaran convencerse a sí mismos antes de cumplir con aquello que durante años habían ejecutado automáticamente.

Al caer la tarde recibí un nuevo informe de Weiss.

—Comandante, los hombres solicitan hablar con usted.

Aquella petición bastó para hacerme comprender que la situación había alcanzado un punto crítico.

Una tripulación disciplinada nunca solicita audiencia colectiva.

Obedece.

—¿Quién presenta la petición?

—Dicen que todos.

Permanecí unos segundos en silencio.

—Reúnalos en la cámara de torpedos de proa.

Weiss pareció sorprendido.

—¿Está seguro, señor?

Asentí.

—Prefiero escuchar lo que tengan que decir antes de que empiecen a decirlo unos a otros.

Cuando entré en el compartimento encontré reunida a casi toda la dotación libre de servicio. Permanecían de pie, distribuidos en pequeños grupos, y el silencio que siguió a mi llegada resultó mucho más inquietante que cualquier protesta.

Observé uno por uno aquellos rostros.

Muchos me habían acompañado durante años.

Conocía a varios desde antes de la guerra.

Habíamos sobrevivido juntos a temporales, bombardeos y largas patrullas sin que jamás hubiera existido el menor cuestionamiento de mi autoridad.

Ahora evitaban mirarme.

Fue Müller quien dio un paso al frente.

—Con su permiso, Comandante.

Asentí.

—Hable.

El viejo contramaestre tardó varios segundos en encontrar las palabras.

—Los hombres desean emerger.

La petición era tan inesperada que llegué a creer haber escuchado mal.

—¿Emerger?

—Sí, señor.

—¿Con qué propósito?

Müller respiró profundamente.

—Necesitamos ver el cielo.

Un murmullo de aprobación recorrió el compartimento.

Continué observándolos sin interrumpir.

—Llevamos demasiado tiempo bajo el agua.

Uno de los marineros añadió desde el fondo:

—Necesitamos saber dónde estamos.

Otro habló inmediatamente después.

—Necesitamos comprobar que todavía existe tierra.

Las últimas palabras provocaron un silencio absoluto.

Aquello ya no era una petición militar.

Era el ruego desesperado de hombres que comenzaban a perder el sentido de la realidad.

—No podemos emerger cuando la tripulación lo considere oportuno —respondí con toda la calma posible—. Si existe presencia enemiga en superficie, pondríamos en peligro el submarino y la vida de todos ustedes.

—¿Y si no hay nadie? —preguntó Hartmann.

—Eso no podemos saberlo.

—Tampoco sabemos si seguimos en el Atlántico.

La frase cayó como una piedra.

Varios hombres bajaron inmediatamente la cabeza.

Otros evitaron mirarme.

Comprendí entonces que el rumor ya se había extendido por todo el submarino.

Sabían que nuestra posición era incierta.

Ignoraba cómo habían llegado a esa conclusión, pero poco importaba ya.

El secreto había dejado de serlo.

—¿Quién les ha dicho eso?

Nadie respondió.

—He hecho una pregunta.

El silencio continuó.

No era un silencio de obediencia.

Era un pacto.

Por primera vez desde que asumí el mando del U-29, toda la tripulación ocultaba deliberadamente una información a su Comandante.

Aquella constatación me produjo una amarga sensación de fracaso.

—Escúchenme con atención.

Di un paso hacia ellos.

—Comprendo perfectamente su inquietud. Yo mismo comparto muchas de sus dudas. Pero mientras este submarino continúe navegando, seguirá existiendo una sola autoridad a bordo.

Mi voz resonó con firmeza entre los mamparos de acero.

—La mía.

Durante unos instantes nadie se movió.

Entonces ocurrió algo que jamás habría creído posible.

Un marinero comenzó a aplaudir lentamente.

Fue un aplauso aislado.

Lento.

Irónico.

Todos volvieron la cabeza hacia el lugar de donde procedía.

Era Hartwig.

El mismo hombre que aquella mañana había asegurado ver a alguien detrás de la puerta del compartimento de torpedos.

Sonreía.

No era una sonrisa de burla.

Era la expresión vacía de alguien cuya razón había terminado por quebrarse.

—Muy bien, Comandante —dijo con una tranquilidad escalofriante—. Entonces llévenos al sur.

Nadie volvió a aplaudir.

Pero tampoco nadie lo reprendió.

Y fue precisamente aquella ausencia de reacción la que me hizo comprender que el motín acababa de comenzar.

No con un grito.

No con un disparo.

Ni siquiera con una negativa a obedecer.

Comenzó en el preciso instante en que un hombre desafió públicamente la autoridad del Comandante...

...y el resto de la tripulación permaneció inmóvil, esperando

cuál sería la respuesta.

El aplauso cesó tan bruscamente como había comenzado. Durante unos segundos nadie pareció atreverse a respirar. Los hombres permanecían inmóviles, con la mirada fija alternativamente en Hartwig y en mí, esperando el desenlace de una situación que ningún reglamento naval contemplaba.

Avancé lentamente hacia el marinero.

No apresuré el paso.

La autoridad de un Comandante nunca debe parecer precipitada.

Me detuve a menos de un metro de él.

Hartwig continuaba sonriendo.

Aquella expresión me produjo una impresión mucho más desagradable que cualquiera de sus palabras. No era una sonrisa desafiante. Era la de un hombre que contemplaba algo invisible para todos los demás.

—Marinero Hartwig —dije con absoluta calma—, queda arrestado por insubordinación.

No respondió.

Dos contramaestres esperaban una orden para intervenir, pero ninguno se movió.

Comprendí que el momento decisivo había llegado.

—He dado una orden.

Mi voz resonó con tal firmeza que incluso yo mismo me sorprendí.

Entonces Müller dio un paso al frente.

—Cumplan la orden del Comandante.

Aquellas cinco palabras rompieron el hechizo.

Los dos contramaestres sujetaron a Hartwig por ambos brazos. El marinero no opuso resistencia. Continuaba mirando hacia el fondo del compartimento con la misma sonrisa ausente mientras era conducido hacia la enfermería.

Solo cuando desapareció por el pasillo advertí que varios hombres habían soltado el aire que retenían desde hacía largo rato.

La disciplina se había impuesto.

Pero únicamente por un instante.

Y gracias a Müller.

Aquella idea me acompañó mientras los marineros regresaban lentamente a sus puestos.

Cuando el compartimento quedó vacío, Müller permaneció junto a mí.

Ninguno habló durante algunos minutos.

Finalmente fue él quien rompió el silencio.

—No volverá a obedecerle toda la tripulación.

Aquella afirmación habría resultado intolerable en cualquier otra circunstancia.

Sin embargo, no sonó como una amenaza.

Sonó como una advertencia.

—¿Quiénes?

El viejo contramaestre negó lentamente.

—No lo sé.

Guardó silencio antes de continuar.

—Ni siquiera ellos lo saben todavía.

Lo observé con atención.

—Explíquese.

Müller respiró profundamente.

—Los hombres están buscando a alguien en quien confiar.

Sus palabras eran medidas, casi dolorosas.

—Hasta hace unos días todos confiaban en usted.

Hizo una pausa.

—Ahora algunos empiezan a confiar más en aquello que sienten que en aquello que usted les ordena.

Aquella frase encerraba una verdad terrible.

La disciplina militar se sostiene sobre la confianza.

Cuando esa confianza desaparece, ninguna amenaza basta para conservarla durante mucho tiempo.

—¿Y usted? —pregunté.

El anciano levantó lentamente la vista.

—Yo sigo confiando en usted, Comandante.

Su respuesta no me tranquilizó.

Había añadido un matiz casi imperceptible.

Seguía.

Como si incluso aquella lealtad estuviera sometida a una prueba constante.

Esa noche reuní nuevamente a Weiss y al médico en mi camarote.

Les expuse con absoluta franqueza la gravedad de la situación.

—La tripulación está al borde de la desobediencia abierta.

Ninguno discutió aquella afirmación.

—No podemos permitir que el miedo continúe extendiéndose.

Hartmann permaneció pensativo.

—Con su permiso, Comandante... creo que ya no hablamos de miedo.

Lo miré.

—¿Entonces?

—Histeria colectiva.

Negué lentamente con la cabeza.

—No.

Los dos oficiales me observaron con sorpresa.

—He visto casos de histeria durante la guerra. Se propagan rápidamente, pero también desaparecen cuando cesa la causa que los provoca.

Me acerqué a la carta de navegación.

—Aquí ocurre exactamente lo contrario.

Señalé el rumbo que seguíamos desde hacía semanas.

—Cada día que pasa empeoran.

Nadie respondió.

Porque ninguno podía negar la evidencia.

Poco después de medianoche un golpe seco resonó sobre la puerta del camarote.

Era Weiss.

Su respiración agitada bastó para comprender que había sucedido algo grave.

—Comandante... venga inmediatamente.

Lo seguí hasta la sala de control.

Varios hombres permanecían reunidos alrededor del periscopio.

Al advertir mi presencia se apartaron en silencio.

—¿Qué ocurre?

Weiss señaló el instrumento.

—Mire usted mismo.

Elevé lentamente el periscopio hasta la superficie.

Durante unos instantes solo vi oscuridad.

Después apareció el horizonte.

El mar permanecía completamente inmóvil.

La niebla seguía rodeándonos como una muralla circular.

Nada había cambiado.

Estaba a punto de retirar la vista cuando advertí algo.

Muy lejos.

Casi perdido entre la bruma.

Una luz.

Era diminuta.

Blanquecina.

Tan débil que por un momento llegué a creer que se trataba de una ilusión óptica.

Permaneció inmóvil apenas unos segundos.

Después desapareció.

Bajé lentamente el periscopio.

—¿Quién más la vio?

Cinco hombres levantaron la mano.

No todos señalaron el mismo lugar.

Aquello me inquietó aún más.

Weiss habló en voz baja.

—Cada uno dice haberla visto en una dirección distinta.

Sentí un frío indescriptible.

Si aquello era un barco...

Solo podía encontrarse en un punto del horizonte.

Pero si cinco hombres afirmaban verla en lugares diferentes...

Entonces ninguno estaba contemplando el mismo objeto.

Nadie volvió a pronunciar una palabra.

Porque todos comprendimos, al mismo tiempo, que el océano que nos rodeaba empezaba a desafiar no solo nuestra razón...

...sino también nuestros propios sentidos.

Nadie abandonó la sala de control durante varios minutos. Los hombres permanecían alrededor del periscopio como si esperaran que aquella luz volviera a manifestarse y disipara, por sí sola, todas las dudas que había sembrado. Sin embargo, el horizonte continuó mostrando únicamente la misma niebla inmóvil que nos rodeaba desde hacía días. No apareció ningún barco. No se distinguió humo alguno. Ni siquiera el reflejo de una estrella logró atravesar aquella bóveda uniforme de nubes.

Ordené descender nuevamente el periscopio.

—Ha debido de tratarse de un fenómeno atmosférico.

Nadie discutió mis palabras.

Pero tampoco advertí en los rostros de los presentes la menor señal de convencimiento.

Cada uno había visto algo distinto.

Y precisamente por ello ninguna explicación bastaba para tranquilizarlos.

A la mañana siguiente recibí un informe aún más preocupante.

El médico solicitó hablar conmigo antes incluso del relevo de guardia. Encontré su expresión extraordinariamente grave.

—He examinado nuevamente a Hartwig.

—¿Cómo se encuentra?

Hartmann tardó unos instantes en responder.

—Su estado físico es excelente.

Aquella respuesta no resolvía ninguna duda.

—¿Y mentalmente?

Sacudió lentamente la cabeza.

—No presenta fiebre. No existen signos de intoxicación ni lesiones visibles. Su pulso es completamente normal.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Pero insiste en que no estamos solos.

Permanecí en silencio.

—¿Dice haber visto algo?

—No.

Hartmann frunció el ceño.

—Afirma que no necesita verlo.

Aquella respuesta me desagradó profundamente.

—¿Qué significa eso?

—Según él... puede sentirlo.

Desvié la mirada hacia el mamparo.

—¿Ha mencionado nuevamente el compartimento de torpedos?

—No.

Hartmann respiró hondo.

—Ahora habla del submarino entero.

Sentí un escalofrío que procuré ocultar.

—Explíquese.

—Dice que el U-29 ya no navega solo.

Durante algunos segundos ninguno de los dos volvió a hablar.

Finalmente pregunté:

—¿Lo cree peligroso?

El médico meditó la respuesta.

—Para sí mismo, no.

Volvió a levantar la vista.

—Para los demás... empiezo a pensar que sí.

Aquella conversación me obligó a adoptar una resolución que habría considerado impensable apenas una semana antes.

Ordené retirar todas las armas cortas de la tripulación.

La medida se presentó como una simple revisión de seguridad. Nadie protestó abiertamente, aunque muchos comprendieron de inmediato el verdadero motivo. Los revólveres reglamentarios quedaron depositados bajo llave junto con la munición de reserva. Solo los oficiales conservaron sus armas.

Mientras supervisaba personalmente el inventario advertí la

expresión de Weiss.

—¿No está de acuerdo?

El oficial tardó unos segundos en responder.

—No sé si servirá de algo.

—¿Por qué?

—Porque un hombre decidido no necesita un arma para hacer daño.

No respondí.

Sabía que tenía razón.

Poco después del mediodía se produjo un incidente que terminó de convencerme de que la situación escapaba ya a nuestro control.

Bohm y Krüger estuvieron a punto de llegar a las manos durante una revisión rutinaria de los acumuladores. Cuando Weiss consiguió separarlos, ambos afirmaban exactamente lo mismo.

Cada uno acusaba al otro de haber permanecido inmóvil durante varios minutos mirando fijamente el casco del submarino.

Lo extraordinario era que ambos aseguraban haber visto la misma escena.

Y ambos juraban que el otro sonreía.

Interrogué a los dos por separado.

Sus declaraciones coincidían hasta en los menores detalles.

La duración.

El lugar.

La expresión del rostro.

Solo existía una diferencia.

Cada uno estaba convencido de que quien sonreía era el otro.

No encontré explicación posible.

Los envié nuevamente a sus puestos sin imponer sanción alguna.

Mientras abandonaban el camarote comprendí que el enemigo ya no consistía únicamente en los extraños fenómenos que parecían rodearnos.

Los propios hombres habían empezado a desconfiar de aquello que contemplaban con sus propios ojos.

Al caer la tarde ocurrió el hecho que terminaría por quebrar definitivamente la frágil autoridad que aún conservaba.

El marinero encargado de la cocina llegó corriendo hasta la sala de control con el rostro completamente desencajado.

Apenas podía hablar.

—¡Comandante... venga...!

Lo seguí inmediatamente.

Varios hombres se agolpaban ya frente al pequeño almacén de víveres.

Aparté a los marineros y entré.

Todo parecía perfectamente normal.

Las cajas permanecían en su sitio.

Los barriles seguían correctamente asegurados.

No existía señal alguna de desorden.

—¿Qué ocurre aquí?

Nadie respondió.

Fue el cocinero quien señaló lentamente el suelo.

Seguí la dirección de su mano.

Sobre las planchas metálicas, justo frente al estante donde se almacenaban las conservas, aparecían pequeñas huellas de agua.

No eran muchas.

Apenas una docena.

Pero resultaban perfectamente visibles.

Permanecían alineadas formando un estrecho sendero que atravesaba el compartimento.

Me agaché para examinarlas.

No eran botas.

No eran pies descalzos.

Cada marca estaba formada por tres largas impresiones terminadas en una especie de membrana curva, semejante a la huella que dejaría un ave gigantesca... si existiera un ave capaz de caminar por el fondo del océano.

Las seguí lentamente con la mirada.

Comenzaban junto al mamparo exterior.

Atravesaban el almacén.

Y terminaban...

Justo delante de la puerta.

Como si aquello que las hubiera dejado hubiera abandonado tranquilamente el compartimento unos instantes antes de nuestra llegada.

El cocinero habló casi en un susurro.

—No estaban ahí hace diez minutos, señor.

Nadie se atrevió a cruzar el umbral.

Ni siquiera yo.

Porque, por primera vez desde el hundimiento del Victory, acabábamos de enfrentarnos a una evidencia que ningún

hombre podía atribuir al cansancio, al miedo o a la imaginación.

Había algo a bordo del U-29.

Y, aunque ninguno de nosotros se atrevía todavía a pronunciarlo en voz alta, todos comenzábamos a sospechar la misma aterradora posibilidad.

Tal vez nunca hubiera subido desde el océano.

Tal vez hubiera estado con nosotros desde el principio.

Durante largo tiempo ninguno de los presentes cruzó el umbral del almacén. Aquellas huellas, tan nítidas sobre el suelo metálico, ejercían una influencia difícil de explicar. No inspiraban el horror inmediato que produce una visión espantosa; provocaban algo mucho peor. Obligaban a admitir que un hecho material acababa de producirse allí, delante de nosotros, sin que ninguno pudiera ofrecer la menor explicación.

Fui el primero en entrar.

Cada paso resonó con una claridad extraordinaria bajo la bóveda de acero. Me arrodillé junto a la marca más próxima y acerqué la lámpara. El agua aún no había terminado de evaporarse. Pasé cuidadosamente un dedo sobre el metal y comprobé que la humedad era completamente real. No se trataba de aceite, ni de agua de condensación procedente de las tuberías. Era agua salada.

Miré lentamente hacia el mamparo exterior.

Permanecía perfectamente seco.

No existía fuga alguna.

Ninguna junta mostraba señales de filtración.

Y, sin embargo, aquellas huellas comenzaban precisamente allí, donde el casco separaba el interior del submarino de la inmensidad del océano.

Ordené que nadie las tocara.

Mientras el resto de los hombres aguardaba en silencio, recorrí una por una todas las marcas hasta llegar a la última. Se detenían exactamente frente a la puerta, como si quien las hubiera dejado hubiera desaparecido en aquel mismo punto.

Me incorporé lentamente.

—¿Quién fue el primero en entrar?

El cocinero levantó la mano.

—Yo, señor.

—¿Estaba la puerta cerrada?

—Sí.

—¿La abrió usted?

—Como todas las mañanas.

Su voz comenzaba a quebrarse.

—Las vi en cuanto encendí la luz.

Interrogué después a los dos marineros encargados de ayudar

en la cocina. Sus declaraciones coincidían en todos los detalles. Ninguno había entrado antes. Ninguno había visto persona alguna abandonar el compartimento. El pasillo permanecía completamente desierto cuando llegaron.

No había contradicción posible.

Eso era, precisamente, lo más inquietante.

Ordené limpiar inmediatamente el suelo.

La decisión provocó una visible sorpresa entre varios oficiales.

Comprendían, igual que yo, que aquellas huellas constituían la primera prueba tangible de cuanto estaba ocurriendo a bordo. Sin embargo, también comprendían algo mucho más importante.

Mientras permanecieran allí, todos los hombres acudirían tarde o temprano a contemplarlas.

Y cada marinero que las viera regresaría convencido de que el submarino había dejado de ser un refugio.

Dos hombres comenzaron a fregar el metal.

Trabajaron en silencio durante varios minutos.

Las marcas desaparecieron lentamente bajo los cepillos.

Nadie habló.

Era como asistir a un entierro.

Cuando abandonábamos el almacén advertí un detalle que

hasta entonces había pasado inadvertido.

Hartwig observaba la escena desde el extremo del pasillo.

Nadie le había permitido salir de la enfermería.

Sin embargo, allí estaba.

No había huido.

No parecía alterado.

Simplemente permanecía de pie, contemplando el suelo ya limpio.

Al advertir mi presencia inclinó levemente la cabeza.

—Llegamos tarde.

Aquellas palabras resonaron con absoluta tranquilidad.

—¿Qué quiere decir?

Sonrió con una expresión cansada.

—Ya no dejan rastro.

Dos marineros se aproximaron para sujetarlo.

Hartwig no opuso resistencia.

Antes de desaparecer por el pasillo volvió lentamente la cabeza hacia mí.

—Todavía cree que vienen de fuera.

Su sonrisa se ensanchó apenas un instante.

—Pero llevan mucho tiempo aquí.

Aquella frase me acompañó durante el resto del día.

A partir de ese momento la disciplina comenzó a desmoronarse con una rapidez alarmante.

Las órdenes seguían cumpliéndose, pero era evidente que muchos hombres obedecían únicamente porque otros continuaban haciéndolo. Bastaba una vacilación para que la duda se propagara de inmediato entre los demás. Los oficiales dedicaban más tiempo a mantener la calma de la tripulación que a dirigir las operaciones habituales del submarino.

La tensión terminó por estallar durante el relevo de la guardia nocturna.

Todo comenzó con una discusión insignificante acerca del rumbo.

Uno de los timoneles preguntó, en un tono que pretendía parecer inocente, cuánto tiempo continuaríamos navegando hacia el sur.

Weiss respondió con una severidad poco habitual.

—El tiempo que ordene el Comandante.

Otro marinero intervino desde el fondo del compartimento.

—¿Y si el Comandante está equivocado?

El silencio fue inmediato.

Jamás, en toda mi carrera, había escuchado una pregunta semejante a bordo de un buque de guerra.

Me adelanté lentamente.

—Repita eso.

El marinero vaciló.

Por un instante creí que rectificaría.

En lugar de ello, levantó la cabeza.

—Los hombres quieren regresar.

Nadie lo contradijo.

Observé uno por uno los rostros que me rodeaban.

No encontré desafío.

Encontré súplica.

Aquellos hombres no deseaban arrebatarme el mando.

Querían sobrevivir.

Y empezaban a creer que ambas cosas eran incompatibles.

Fue entonces cuando comprendí que el motín ya no podía evitarse.

Solo quedaba descubrir quién tendría el valor de iniciarlo primero.

No fue necesario esperar mucho.

La primera señal llegó durante el siguiente cambio de guardia.

El timonel asignado al puesto abandonó su asiento sin recibir autorización. El oficial de guardia intentó detenerlo, pero el hombre respondió que no continuaría manteniendo un rumbo que, según sus propias palabras, «nos estaba llevando hacia ellos».

La expresión provocó un murmullo entre los demás.

—¿Hacia quiénes? —preguntó Weiss.

El marinero no respondió.

Miró alrededor.

Después señaló lentamente el casco.

—Usted también los escucha.

Weiss dio un paso hacia él.

—Regrese a su puesto.

El hombre negó con la cabeza.

—No.

Aquella palabra, pronunciada sin elevar la voz, tuvo un efecto inmediato.

Dos marineros más abandonaron sus posiciones.

Después otros tres.

En cuestión de segundos, la sala de control quedó parcialmente

vacía.

Me encontraba en el umbral cuando comprendí que ya no podía contener la situación mediante órdenes aisladas. Si intentaba imponer la disciplina por la fuerza, corríamos el riesgo de provocar una lucha dentro de un submarino sumergido, donde incluso una pequeña alteración podía convertirse en una catástrofe.

—Todos permanezcan donde están —ordené.

Esta vez nadie obedeció.

No inmediatamente.

El silencio que siguió fue insoportable.

Müller apareció desde el compartimento contiguo y se colocó entre los marineros y los oficiales.

—¡Basta! —gritó.

Su voz hizo temblar el reducido espacio.

—¡Somos una tripulación de la Armada Imperial Alemana! ¡No una banda de lunáticos!

Algunos hombres bajaron la mirada.

Otros continuaron observándolo con expresión indecisa.

Müller se volvió hacia mí.

—Comandante, debe decirles qué piensa hacer.

Comprendí entonces que ya no bastaba con ordenar.

Tenía que convencerlos.

—Muy bien.

Avancé hasta quedar frente a todos.

—Quieren saber hacia dónde nos dirigimos.

Nadie respondió.

—Quieren saber por qué nuestra posición no coincide con nuestros cálculos.

Algunos hombres levantaron lentamente la cabeza.

—Quieren saber por qué hemos escuchado golpes en el casco, por qué algunos de ustedes han visto cosas que otros no pueden ver y por qué nuestra navegación parece desviarse pese a que nuestros instrumentos funcionan correctamente.

El silencio se hizo aún más profundo.

—Yo tampoco tengo todas las respuestas.

La confesión produjo un murmullo inmediato.

Pero levanté una mano.

—Escúchenme antes de sacar conclusiones.

Continué hablando.

—No sé qué está ocurriendo en este océano. No sé por qué nuestra derrota se ha alterado. No sé qué produjo los golpes ni

qué explicación tienen las huellas encontradas esta tarde. Pero sí sé algo.

Señalé el suelo bajo nuestros pies.

—Este submarino sigue siendo nuestra única posibilidad de sobrevivir.

Nadie apartó la mirada.

—Si emergemos ahora, sin conocer nuestra posición y sin saber qué hay alrededor de nosotros, podemos estar entregándonos directamente al enemigo.

Uno de los marineros respondió:

—¿Y si el enemigo está aquí dentro?

Aquella pregunta provocó un silencio absoluto.

No tuve tiempo de responder.

Un ruido recorrió entonces el submarino.

No fue un golpe.

Fue un sonido largo y profundo, semejante al lamento de una estructura sometida a una presión gigantesca.

Las luces parpadearon.

Algunos hombres se sujetaron instintivamente a los mamparos.

Los instrumentos vibraron sobre sus soportes.

Y durante unos segundos tuve la sensación inequívoca de que

el U-29 descendía.

Pero los indicadores de profundidad permanecían inmóviles.

—¿Qué demonios fue eso? —susurró alguien.

Nadie respondió.

Entonces llegó el segundo sonido.

Esta vez no procedía del casco.

Procedía del interior del submarino.

Era un murmullo bajo, casi imperceptible, que parecía recorrer los conductos de ventilación.

Los hombres comenzaron a mirar alrededor.

Uno de ellos se persignó.

Otro retrocedió.

Y desde algún punto situado detrás de nosotros surgió una voz.

Muy débil.

Casi un susurro.

Pero perfectamente audible.

—Hacia el sur.

Todos nos volvimos al mismo tiempo.

No había nadie.

Durante unos segundos nadie se movió.

Después uno de los marineros comenzó a gritar.

Fue el instante definitivo.

La multitud se quebró.

Algunos hombres corrieron hacia la escotilla de acceso. Otros intentaron alcanzar las armas que habían sido retiradas horas antes. Weiss y Müller trataron de contenerlos, pero la masa de cuerpos los obligó a retroceder.

—¡Todos a sus puestos! —grité.

Mi voz desapareció entre los gritos.

El submarino se había convertido en un caos.

Y mientras intentaba recuperar el control comprendí que el verdadero motín no había comenzado cuando los hombres dejaron de obedecerme.

Había comenzado mucho antes.

En el instante en que dejaron de creer que obedecerme significaba sobrevivir.

Aquella noche, encerrados bajo una inmensa extensión de agua negra, la tripulación del U-29 se dividió por primera vez en dos grupos.

Los que querían continuar hacia el sur.

Y los que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para regresar.

Yo aún no sabía cuál de los dos grupos terminaría controlando el submarino.

Pero sabía algo peor.

Fuera cual fuese el vencedor, el U-29 continuaría navegando hacia el sur.

El caos se extendió por el U-29 con una rapidez que jamás habría creído posible. Los hombres corrían por los estrechos pasillos sin una dirección definida, empujándose unos a otros mientras exigían que se abrieran las escotillas y que el submarino cambiara inmediatamente de rumbo. Algunos gritaban que debíamos emerger; otros aseguraban que cualquier intento de ascenso significaría nuestra muerte. Intenté recuperar el control de la situación por todos los medios a mi alcance.

—¡Müller, asegure la sala de máquinas!

—¡Sí, Comandante!

El viejo contramaestre desapareció junto con cuatro hombres que aún conservaban la suficiente disciplina para seguir sus órdenes.

—¡Weiss, mantenga el control de navegación!

—¡Entendido!

Me dirigí entonces hacia el centro del compartimento, pero apenas había avanzado unos pasos cuando uno de los marineros se interpuso en mi camino. Era Krüger, quien había trabajado bajo mis órdenes durante más de tres años. Ahora sostenía una

llave inglesa entre las manos.

—Apártese —ordené.

No lo hizo.

—Baje eso.

—¡No podemos seguir hacia el sur!

—Baje el arma.

—¡Usted sabe que algo está mal!

Su grito hizo que varios hombres se volvieran hacia nosotros. Krüger respiraba agitadamente y apretaba la llave con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Claro que algo está mal —respondí—. Pero si pierde el control del submarino, lo único que conseguirá será matarnos a todos.

—¡Entonces admítalo!

Durante un instante nadie se movió.

—Lo admito —respondí finalmente—. No sé qué está ocurriendo.

La expresión de Krüger cambió. No esperaba aquella respuesta.

—Pero sé que, si perdemos el control del submarino, moriremos todos. Piense, Krüger. Si quiere regresar, necesitamos un submarino que todavía funcione. Y para eso debemos mantener nuestras posiciones.

El hombre bajó ligeramente el arma improvisada. Algunos marineros comenzaron a asentir, aunque otros continuaban indecisos. Entonces un grito procedente de la sala de máquinas atravesó el compartimento.

—¡Müller!

Todos nos volvimos.

Un segundo grito fue seguido por un golpe brutal.

Corrí hacia el pasillo acompañado por Weiss y varios marineros. Cuando llegamos a la sala de máquinas encontramos a Müller tendido contra el mamparo, con una herida en la frente y la sangre cubriéndole parte del rostro. Dos hombres forcejeaban junto a las válvulas principales mientras otros intentaban impedir que uno de ellos alcanzara los controles.

—¡Deténganse! —grité.

Nadie obedeció.

Weiss se abalanzó sobre uno de los hombres y consiguió derribarlo. Yo sujeté al segundo por el cuello de la chaqueta y lo aparté de los controles.

—¡¿Quieren matarnos a todos?!

El marinero me miró con los ojos desorbitados.

—¡Ya estamos muertos!

Lo golpeé con la fuerza necesaria para hacerlo retroceder. El hombre cayó al suelo y durante unos segundos reinó un silencio

absoluto. Después Müller se incorporó lentamente.

—Comandante...

Me arrodillé junto a él.

—¿Puede mantenerse en pie?

Asintió.

—Creo que sí.

Miró hacia las válvulas.

—Intentaban abrir el lastre.

Sentí que la sangre se me helaba.

—¿Querían emerger?

Müller negó lentamente.

—No. Querían vaciarlo.

Comprendí inmediatamente la gravedad de la situación. Si hubieran conseguido alterar aquellos sistemas sin supervisión, el U-29 habría comenzado a descender. No pretendían escapar. Pretendían hundir el submarino.

La noticia se extendió entre los hombres con una rapidez aterradora. Aquello cambió la naturaleza del conflicto. Hasta ese momento algunos habían querido regresar a la superficie y otros deseaban mantener el rumbo, pero ahora todos comprendían que existían hombres dispuestos a destruir el U-29 antes que continuar navegando hacia el sur.

Ordené cerrar y asegurar todos los accesos a la sala de máquinas. Después reuní a los oficiales que aún permanecían bajo mi mando. Éramos pocos, demasiado pocos.

—Desde este momento, nadie se mueve por el submarino sin autorización de un oficial.

Weiss asintió.

—¿Y los demás?

Miré hacia el pasillo.

—Que permanezcan en sus puestos.

El médico intervino:

—¿Y Hartwig?

La pregunta me hizo recordar al marinero.

—¿Dónde está?

Nadie respondió.

El médico palideció.

—Estaba en la enfermería.

Fuimos inmediatamente hacia allí. La puerta se encontraba abierta y la cama estaba vacía. La pequeña ventana de observación había quedado cubierta por una fina capa de condensación. No había señales de lucha, ni sangre, ni rastro de Hartwig.

Weiss revisó rápidamente el pasillo.

—No pudo haber salido sin ser visto.

Me acerqué a la cama. Sobre la almohada había algo.

Una hoja de papel.

La tomé y reconocí inmediatamente la escritura. Era la misma caligrafía angular que había encontrado en los documentos de Klenze. Solo había una frase:

«No deben llegar al templo.»

Sentí un vacío en el estómago.

Levanté lentamente la mirada.

—¿Qué templo? —preguntó Weiss.

No respondí.

Porque en aquel momento comprendí que aquella palabra no era nueva para mí. La había visto antes en los dibujos de Klenze, en aquellas enormes terrazas de piedra que, según él, jamás había visto; también en las páginas cubiertas de símbolos. Y ahora aparecía escrita por la mano de un hombre que, hasta hacía pocos días, jamás había mostrado el menor interés por la arqueología ni por las lenguas antiguas.

Doblé lentamente el papel y lo guardé en el bolsillo.

No dije nada a los demás.

Todavía no.

Porque si los hombres descubrían que existía un destino concreto al que quizá estábamos siendo conducidos, el miedo terminaría de convertirse en locura.

Y, por primera vez, tuve la certeza de que quizá no éramos nosotros quienes navegábamos hacia el sur.

Quizá algo nos estaba llevando allí.

Guardé la nota en el bolsillo interior de mi chaqueta y ordené al médico que regresara a la enfermería. No mencioné el contenido del papel ni expliqué a Weiss de dónde procedía aquella escritura. Había aprendido, después de tantos años al mando, que existen momentos en los que una verdad prematura puede resultar más peligrosa que una mentira. En las condiciones en que se encontraba la tripulación, revelarles que Hartwig había dejado un mensaje acerca de un templo desconocido solo habría servido para alimentar aquello que con tanto esfuerzo intentábamos contener.

Sin embargo, una pregunta no dejaba de perseguirme: ¿dónde estaba Hartwig?

Registramos nuevamente los compartimentos próximos a la enfermería. Revisamos los pasillos, los almacenes de popa y hasta los espacios reducidos situados bajo las literas. No encontramos nada. El submarino era demasiado pequeño para ocultar a un hombre durante mucho tiempo, y aquella certeza terminó por resultar más perturbadora que su desaparición. Hartwig no podía haberse desvanecido. Alguien debía haberlo visto.

Cuando pregunté a los hombres de guardia, todos aseguraron no haberlo encontrado.

Todos.

Demasiadas respuestas idénticas.

Regresé a la sala de control poco antes del cambio de guardia. Weiss se encontraba inclinado sobre la carta de navegación, comparando nuestras últimas posiciones calculadas. Al verme, levantó la cabeza.

—¿Lo ha encontrado?

Negué.

—No.

Weiss permaneció unos segundos en silencio.

—Entonces tenemos otro problema.

—Lo sé.

Señaló la carta.

—He vuelto a calcular nuestra posición.

Me aproximé a la mesa.

—¿Y?

Me indicó un punto sobre la carta.

—Estamos más al sur de lo que deberíamos.

Sentí una presión desagradable en el pecho.

—¿Cuánto?

—Demasiado.

Observé la posición durante varios segundos. Las líneas trazadas por Weiss confirmaban lo que ya sospechábamos desde hacía días, pero esta vez existía una diferencia que no podía atribuirse a un error de navegación. El U-29 había recorrido una distancia considerable mientras todos los instrumentos indicaban que manteníamos una derrota distinta.

—¿Está seguro?

—He revisado los cálculos tres veces.

—¿La corriente?

—No explica semejante desviación.

—¿Los motores?

—Funcionan correctamente.

Miré hacia el compás. La aguja permanecía estable. Todo funcionaba.

Todo salvo nuestra posición.

Weiss apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Comandante, tenemos que detenernos.

Levanté la vista.

—¿Detenernos?

—Cambiar el rumbo. Cualquier rumbo que nos aleje del sur.

La idea parecía razonable. Era exactamente lo que yo mismo habría ordenado en circunstancias normales. Pero aquellas no eran circunstancias normales. Recordé la nota de Hartwig.

No deben llegar al templo.

Guardé silencio.

—¿Comandante?

—Prepare un cambio de rumbo de diez grados hacia el oeste.

Weiss pareció aliviado.

—Sí, señor.

Transmitió la orden al timonel.

El giro comenzó lentamente. Durante los primeros minutos nada ocurrió. El submarino respondió como siempre y la aguja del compás inició su desplazamiento con suavidad.

Después empezó a detenerse.

No completó el giro.

La aguja se estabilizó y volvió a señalar exactamente el rumbo anterior.

—¿Qué sucede? —pregunté.

El timonel revisó los instrumentos.

—No lo sé, señor.

—Repita la maniobra.

Lo intentó nuevamente.

El resultado fue idéntico.

El U-29 se negaba a abandonar su derrota.

Weiss me miró. No necesitaba decir nada. Los dos comprendimos la misma cosa.

Por primera vez, una orden mía no era desobedecida por un hombre.

Era desobedecida por el propio submarino.

Ordené detener los motores.

El rumor constante de las máquinas disminuyó hasta desaparecer casi por completo. Durante unos segundos el silencio fue tan profundo que pude escuchar el débil zumbido de los instrumentos eléctricos y la respiración de los hombres reunidos en la sala de control.

El U-29 quedó inmóvil.

O eso creí.

Después de varios minutos, Weiss levantó la cabeza.

—Seguimos avanzando.

—¿Cómo?

—No lo sé.

Miré los indicadores. La velocidad era mínima, pero inequívoca. El submarino continuaba desplazándose sin que los motores produjeran la fuerza necesaria para hacerlo.

Nadie pronunció una palabra.

Entonces escuchamos nuevamente aquel sonido.

Tres golpes.

Esta vez procedían del casco de popa. Eran lentos, perfectamente espaciados, y resonaron por la estructura metálica con una claridad casi deliberada. Después, desde algún lugar situado mucho más abajo, llegó una vibración profunda que atravesó el suelo del submarino.

Los hombres comenzaron a retroceder.

Yo permanecí junto a la mesa de navegación, contemplando el punto marcado sobre la carta.

Por primera vez ya no intenté buscar una explicación.

Solo pensé en la frase escrita sobre aquella hoja de papel.

No deben llegar al templo.

Y comprendí que el verdadero peligro del motín no consistía en que los hombres tomaran el control del U-29. Consistía en que, al perder el control del submarino, quizá terminaríamos descubriendo quién lo había tenido desde el principio.

La noticia de que el submarino continuaba avanzando sin motores se extendió por la tripulación antes de que pudiera impedirlo. Los hombres abandonaron sus puestos uno tras otro y comenzaron a congregarse en la sala de control. Esta vez no hubo gritos ni amenazas. El miedo había alcanzado un grado en el que incluso la violencia parecía innecesaria. Todos podían sentir aquella lenta vibración bajo los pies, un movimiento apenas perceptible que arrastraba al U-29 hacia el sur con una obstinación que ningún mecanismo humano parecía capaz de detener.

—¡Todos a sus puestos! —ordené.

Mi voz sonó firme, pero no produjo el efecto acostumbrado.

Nadie se movió.

Entonces Müller apareció entre los hombres. La herida de su frente había sido vendada y una mancha de sangre comenzaba a atravesar el tejido blanco.

—Han oído al Comandante —dijo.

Algunos obedecieron.

Otros continuaron inmóviles.

Fue entonces cuando Krüger volvió a hablar.

—¿Por qué seguimos avanzando?

Nadie respondió.

—Los motores están detenidos —continuó—. El timón

no responde y seguimos hacia el sur. ¿Qué pretende hacer, Comandante?

Lo miré directamente.

—Mantener este submarino bajo control.

—¿Para qué?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

No podía decirles la verdad porque ni siquiera yo la conocía. No podía explicarles que había encontrado una nota referente a un templo que ninguno de nosotros había visto. Tampoco podía revelar que la navegación parecía obedecer una fuerza que no comprendíamos y mucho menos mencionar la cabeza de marfil, cuya presencia a bordo parecía relacionarse cada vez más con los acontecimientos que estábamos viviendo.

Así que respondí con la única certeza que aún conservaba.

—Para mantenerlos vivos.

Krüger soltó una risa amarga.

—¿Vivos para qué?

Nadie intervino.

El hombre dio un paso hacia mí.

—Desde que recogimos aquel cadáver no hemos hecho otra cosa que hundirnos más. Primero perdimos nuestra posición. Después empezamos a escuchar cosas. Ahora el barco navega

solo.

Miró alrededor.

—¿Y todavía quiere que confiemos en usted?

Algunos hombres bajaron la cabeza. Otros asintieron. Müller avanzó hacia él.

—Cuidado, muchacho.

Krüger no retrocedió.

—¿Acaso estoy mintiendo?

Antes de que Müller pudiera responder, un estruendo sacudió todo el submarino.

Las luces se apagaron.

Durante varios segundos quedamos sumidos en una oscuridad absoluta. Se escucharon gritos y el ruido de varios hombres cayendo contra los mamparos. Una alarma comenzó a sonar en algún punto de la nave, pero se interrumpió casi inmediatamente.

Después regresó la iluminación de emergencia, roja y débil. La sala de control parecía cubierta de sangre.

Weiss se encontraba inclinado sobre los instrumentos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pérdida momentánea de energía.

—¿Y los motores?

Negó lentamente.

—Siguen detenidos.

—¿Entonces qué produjo el impacto?

Weiss levantó la mirada.

—No lo sé.

Fue entonces cuando escuchamos un sonido proveniente del exterior.

No eran golpes. Era algo parecido a un roce prolongado, una fricción enorme que avanzaba lentamente por el casco, desde la proa hacia la popa.

Todos permanecimos inmóviles.

El sonido continuó durante varios segundos y después desapareció.

Nadie habló hasta que una voz surgió desde el fondo de la sala.

—Está pasando junto a nosotros.

No supe quién lo había dicho. Tampoco pregunté, porque, por alguna razón, aquella afirmación me pareció más razonable que cualquier explicación que pudiera haber ofrecido.

Ordené una revisión inmediata del casco. Los informes llegaron uno tras otro. No existían daños estructurales. Ninguna válvula había sido afectada y los indicadores de presión permanecían

dentro de los límites normales.

El U-29 seguía intacto.

Pero continuaba avanzando.

Pasó casi una hora antes de que los motores volvieran a responder. Cuando finalmente recibimos energía suficiente para ponerlos en marcha, ordené invertir la marcha.

El timonel ejecutó la orden.

Los motores comenzaron a rugir. Durante unos segundos el submarino pareció obedecer. La velocidad disminuyó hasta detenerse.

Después volvió a avanzar hacia el sur.

Los hombres contemplaron los instrumentos con una expresión de horror que ya no intentaban ocultar.

Comprendí entonces que la autoridad había desaparecido por completo. No importaba cuánto gritara ni cuántas órdenes impartiera. El U-29 había tomado su propio rumbo.

Krüger fue el primero en darse cuenta.

—Tenemos que salir.

Algunos hombres comenzaron a asentir.

—¡No! —ordenó Müller.

—¡No podemos quedarnos aquí!

—¡El Comandante sabe lo que hace!

Krüger lo enfrentó.

—¿De verdad lo cree?

Müller permaneció callado.

Aquello fue suficiente.

Los hombres comenzaron a avanzar hacia las escotillas. Intenté detenerlos.

—¡Nadie abrirá una escotilla!

Esta vez sí recibí una respuesta.

—¡Entonces lo haremos nosotros!

El grito provocó una oleada de movimientos. Los hombres se abalanzaron hacia los mecanismos de cierre. Weiss y Müller intentaron contenerlos, pero eran demasiados.

Me vi obligado a retroceder.

Durante unos segundos contemplé a mi propia tripulación luchando contra los oficiales y comprendí que ya no existía ninguna posibilidad de restaurar la disciplina.

Entonces ocurrió algo inesperado.

La alarma de profundidad comenzó a sonar.

Una vez.

Dos veces.

Tres.

Weiss miró los indicadores y palideció.

—Comandante...

Me acerqué.

La aguja de profundidad estaba descendiendo.

No rápidamente, pero sí de manera constante.

—¿Qué está pasando?

Weiss tragó saliva.

—Estamos bajando.

Miré a los hombres.

El motín se detuvo de inmediato. Todos comprendieron la misma cosa: si continuábamos descendiendo mientras permanecíamos divididos, moriríamos antes de que cualquiera pudiera alcanzar una escotilla.

—¡A sus puestos! —grité.

Esta vez nadie dudó. El miedo consiguió en un instante lo que la autoridad ya no podía conseguir y los hombres corrieron hacia sus estaciones. Müller ocupó las válvulas de lastre mientras Weiss tomaba el control del timón; el resto se distribuyó rápidamente por los compartimentos. Yo permanecí frente a los instrumentos, observando cómo la profundidad aumentaba lentamente. El U-29 descendía y, mientras las

cifras continuaban cambiando, tuve una certeza que no pude compartir con nadie: no estábamos hundiéndonos por una avería. Algo nos estaba llevando hacia abajo.

Hacia el sur.

Hacia las profundidades.

Y, quizá, hacia el lugar que Hartwig había llamado el templo.

El descenso continuó durante los minutos siguientes. Al principio fue tan lento que apenas podía percibirse, pero los instrumentos no dejaban lugar a dudas. La aguja del indicador avanzaba gradualmente hacia profundidades que no habíamos alcanzado durante aquella patrulla, mientras la presión exterior comenzaba a hacerse sentir sobre el casco con un crujido persistente. Los hombres trabajaban en silencio, obedeciendo las órdenes de Weiss y Müller con una concentración desesperada. El motín había desaparecido tan rápidamente como había comenzado; frente a la posibilidad inmediata de morir aplastados bajo toneladas de agua, nuestras diferencias habían perdido toda importancia.

—¡Sople los tanques principales! —ordené.

Müller accionó las válvulas. El aire comprimido recorrió las tuberías con un rugido ensordecedor, pero la aguja apenas reaccionó. El submarino continuó descendiendo.

—¡Otra vez!

La maniobra se repitió. Nada.

Weiss comprobó los indicadores y negó con la cabeza.

—No estamos perdiendo flotabilidad, Comandante.

—Entonces, ¿por qué descendemos?

No respondió. Nadie podía hacerlo.

La profundidad aumentó otros veinte metros. Después otros treinta.

El casco comenzó a gemir con mayor intensidad. Algunos hombres levantaron la mirada hacia el techo, como si esperaran ver el océano atravesar el acero en cualquier momento.

Entonces uno de los marineros gritó desde el compartimento de popa.

—¡La presión está subiendo!

Corrí hacia los instrumentos.

No era posible. La profundidad indicada no justificaba aquella variación.

—Revise el manómetro.

—Ya lo hice, señor.

—¡Revíselo otra vez!

El hombre obedeció. El resultado fue el mismo.

La presión aumentaba más rápido de lo que correspondía a nuestro descenso. Aquello significaba que algo más estaba

ocurriendo.

No estábamos simplemente bajando.

El agua que nos rodeaba parecía ejercer sobre el casco una fuerza propia, como si la profundidad real fuera mucho mayor que la registrada por nuestros instrumentos.

Me obligué a apartar aquella idea.

—Mantengan la calma —dije—. Nadie abandone su puesto.

Fue entonces cuando escuchamos un ruido proveniente de la popa.

Un golpe seco.

Después otro.

Y un tercero.

Los hombres se quedaron inmóviles.

Reconocí inmediatamente aquel ritmo.

Tres golpes.

Los mismos que habíamos escuchado durante las noches anteriores.

Pero esta vez había algo diferente.

Los golpes no procedían del exterior.

Parecían provenir del interior del casco.

Weiss levantó lentamente la cabeza.

—Comandante...

No terminé de escuchar lo que iba a decir porque una voz surgió desde el corredor.

—No debemos bajar más.

Todos nos volvimos.

Klenze estaba allí. No sabía cuánto tiempo llevaba observándonos. Permanecía inmóvil junto a la entrada, con el rostro pálido y los ojos hundidos por el cansancio. En una mano sostenía varias hojas de papel cubiertas de aquellos símbolos que había estado copiando durante días.

—¿Dónde estaba? —pregunté.

No respondió.

Miraba fijamente los instrumentos.

—Tiene que detenerlo.

—Estoy intentando hacerlo.

Klenze negó lentamente.

—No puede.

—¿Qué sabe usted?

Se acercó a la mesa de navegación y dejó los papeles sobre ella.

—Esto no es una corriente.

Miré los dibujos. Reconocí inmediatamente las formas que había visto en sus cuadernos: las enormes terrazas, las columnas, las escalinatas que descendían hacia una estructura central.

—¿Qué es?

Klenze levantó la mirada.

—Un lugar.

—Eso ya lo sé.

—No, Comandante. Usted no lo entiende.

Señaló uno de los dibujos.

—Esto no está sobre la tierra.

Sentí un escalofrío.

—¿Entonces dónde?

Klenze tardó unos segundos en responder.

—Debajo de ella.

Nadie dijo nada.

El submarino continuaba descendiendo.

—¿Cómo sabe eso? —pregunté.

Klenze observó los símbolos escritos sobre el papel.

—Porque ya he estado allí.

Un murmullo recorrió la sala.

—Eso es imposible.

—Sí.

Su voz era apenas un susurro.

—Pero lo recuerdo.

No tuve tiempo de interrogarlo.

Un estruendo gigantesco sacudió el U-29. Las luces se apagaron nuevamente y varios hombres cayeron al suelo. El casco entero vibró como si hubiéramos chocado contra una montaña sumergida.

Cuando regresó la iluminación de emergencia, Weiss miraba fijamente el indicador de profundidad.

—Comandante...

Me acerqué.

La aguja había dejado de descender. Por primera vez en varios minutos permanecía completamente inmóvil.

—¿Profundidad?

Weiss pronunció la cifra.

Sentí un frío intenso en el estómago.

Habíamos alcanzado una profundidad que ningún hombre a bordo esperaba sobrevivir.

Pero el casco seguía intacto.

Demasiado intacto.

—¿Los motores? —pregunté.

—Funcionan.

—¿El timón?

—Responde.

—¿Los tanques?

—Operativos.

Miré a Weiss.

—Entonces podemos ascender.

El oficial no respondió inmediatamente.

—¿Qué ocurre?

Señaló el indicador de profundidad.

—Estamos ascendiendo.

Miré la aguja.

Tenía razón.

El U-29 comenzaba a subir.

No por acción de los motores.

No por el aire comprimido.

Simplemente ascendía.

Los hombres se miraron unos a otros sin comprender.

Klenze, en cambio, permanecía completamente inmóvil.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

No respondió.

Se acercó lentamente a una de las pequeñas ventanas de observación.

Apoyó una mano sobre el cristal.

—Ya nos han encontrado.

—¿Quiénes?

Klenze cerró los ojos.

Durante unos segundos pareció escuchar algo que ninguno de nosotros podía oír.

Entonces sonrió.

No era la sonrisa nerviosa de un hombre perturbado.

Era una expresión de reconocimiento.

—Ellos.

Me acerqué a la ventana.

Al principio no vi nada.

Solo oscuridad.

Una negrura absoluta que parecía extenderse infinitamente más allá del cristal.

Entonces algo se movió.

Muy lejos.

Una luz.

Después otra.

Y otra.

No eran luces de barcos.

No eran bengalas.

Eran puntos débiles y azulados que aparecían en la oscuridad a diferentes profundidades, formando lentamente una línea vertical.

Una columna de luces.

O quizá una hilera de ventanas.

No pude distinguirlo.

Los hombres comenzaron a murmurar.

Algunos retrocedieron.

Otros permanecieron pegados a los cristales.

Yo no podía apartar la vista.

Aquellas luces estaban demasiado abajo.

Y, sin embargo, podía verlas.

El U-29 continuó ascendiendo.

Las luces permanecieron allí.

Esperándonos.

El ascenso duró casi una hora.

Cuando finalmente alcanzamos una profundidad segura, ordené comprobar todos los compartimentos. Los informes indicaron que no existían daños graves, aunque varias tuberías habían sufrido deformaciones y dos de los tanques de lastre presentaban anomalías que tendrían que ser reparadas antes de intentar cualquier nueva inmersión.

La tripulación estaba exhausta.

Nadie habló sobre el motín.

Nadie preguntó por Hartwig.

Tampoco nadie mencionó las luces.

Era como si todos hubiéramos decidido, sin necesidad de discutirlo, que algunas cosas podían permanecer sin nombre.

Cuando regresé a mi camarote encontré la puerta entreabierta.

La cerré detrás de mí.

La cabeza de marfil permanecía dentro del compartimento de acero.

Pero algo había cambiado.

La pequeña escultura ya no estaba orientada hacia la puerta.

Ahora miraba hacia la escotilla.

La observé durante largo rato.

No la toqué.

No quise hacerlo.

Sobre el escritorio estaba mi carta de navegación. Me acerqué y comprobé nuestra posición.

El punto donde debería encontrarse el U-29 estaba marcado con lápiz.

Debajo había otra anotación.

No recordaba haberla escrito.

SUR.

Nada más.

Me quedé mirando aquella palabra hasta que comprendí que no había sido trazada con lápiz.

Era sangre.

Cerré la carta.

Aquella noche nadie volvió a mencionar el motín.

Pero algo había terminado a bordo del U-29.

La autoridad que una vez había unido a la tripulación había desaparecido. Ya no éramos un grupo de hombres cumpliendo una misión militar; éramos supervivientes encerrados en una máquina que parecía obedecer fuerzas que no comprendíamos.

Y lo peor era que el motín no había conseguido liberarnos.

Habíamos intentado escapar del rumbo que seguíamos. Habíamos luchado por recuperar el control. Habíamos intentado detener el descenso.

Y, finalmente, habíamos descubierto que nada de aquello importaba.

Porque el U-29 continuaba avanzando hacia el sur.

Pero ahora sabíamos que bajo aquellas aguas existía algo que nos esperaba.

Algo que Klenze parecía recordar.

Algo que Hartwig había temido.

Y algo que, de una manera que todavía no podía comprender, parecía conocer nuestra presencia.

Cerré mi bitácora y escribí la última anotación de aquella jornada:

«La tripulación ha perdido la confianza en el mando. La disciplina se mantiene únicamente por necesidad. Nuestra posición continúa siendo incierta y cualquier intento de modificar el rumbo hacia el sur ha fracasado. Hemos

observado luces a una profundidad que considero imposible. No encuentro explicación satisfactoria para ninguno de estos acontecimientos.»

Dudé antes de escribir la última frase.

Finalmente la añadí.

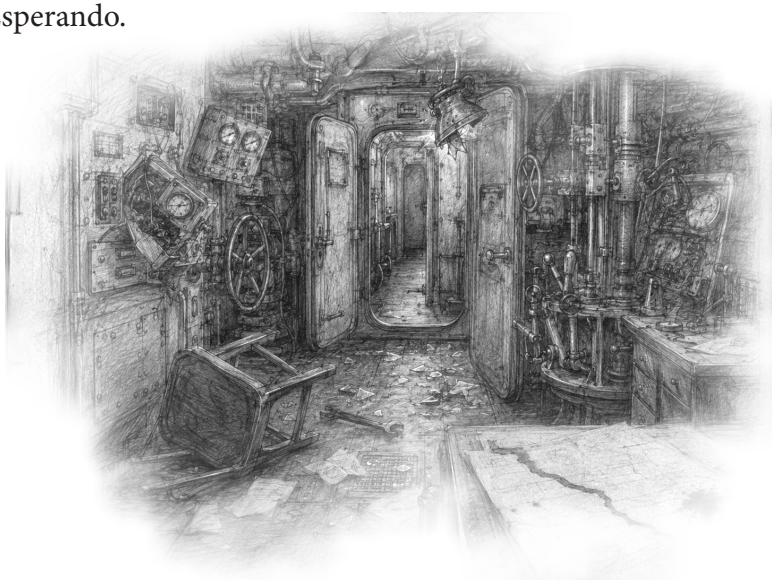
«A partir de este momento, dejo constancia de que no considero seguro continuar la patrulla.»

Cerré la bitácora.

Afuera, detrás del acero, el océano permanecía completamente oscuro.

Y en algún lugar bajo nosotros, mucho más allá de la profundidad que cualquier hombre sensato habría intentado alcanzar, aquellas luces seguían encendidas.

Esperando.



Capítulo VI

La deriva

Las horas que siguieron al motín fueron las más silenciosas que había conocido a bordo del U-29. Después de comprobar que el submarino había dejado de descender y que los sistemas esenciales respondían nuevamente a nuestras órdenes, dispuse turnos de vigilancia y reparación con la intención de mantener ocupados a los hombres. Nadie protestó. Incluso Krüger, que pocas horas antes había estado dispuesto a enfrentarse a mí con una herramienta en las manos, recibió su asignación sin levantar la vista. El miedo había impuesto una tregua que la disciplina ya no podía garantizar, aunque me cuidé de confundir obediencia con lealtad. Los hombres seguían mis órdenes porque comprendían que su supervivencia dependía de ellas, no porque reconocieran nuevamente mi autoridad.

El interior del submarino conservaba las huellas de lo ocurrido. Una lámpara rota pendía sobre el corredor central; varias taquillas habían sido forzadas durante la confusión y en la sala de control quedaban fragmentos de cristal bajo los instrumentos. En otros tiempos habría considerado intolerable que aquellas reparaciones no se realizaran de inmediato, pero teníamos problemas más urgentes. Dos válvulas de los tanques principales respondían con lentitud, la instalación eléctrica sufría fluctuaciones y una de las bombas auxiliares producía un golpeteo irregular que Müller no conseguía explicar.

Ninguno de aquellos defectos era grave por sí solo, pero juntos componían el retrato de una nave que comenzaba a resentirse de demasiadas jornadas bajo una tensión para la que jamás había sido concebida.

La cuestión de Hartwig permanecía sin resolver. Ordené una segunda inspección completa del U-29, esta vez bajo mi supervisión, y obligué a revisar cada espacio donde pudiera caber un cuerpo humano. No encontramos nada. Las escotillas habían permanecido cerradas desde su desaparición y nadie admitía haberlo ayudado a abandonar la enfermería. El médico insistió en que Hartwig no se encontraba en condiciones de moverse sin ser advertido, mucho menos de atravesar medio submarino y encontrar un escondite que nuestros hombres desconocieran.

—Entonces está en alguna parte —dije.

El médico me observó con una fatiga que parecía haberlo envejecido varios años.

—Eso es lo que dicta la razón, Comandante.

—¿Y usted ha dejado de confiar en ella?

Tardó demasiado en responder.

—No, señor.

No volví a interrogarlo.

Klenze fue el único que no participó en la búsqueda. Lo encontré sentado en su camarote, con los cuadernos cerrados

frente a él y la cabeza de marfil apoyada sobre la mesa. Había recuperado parte de su compostura, aunque su rostro parecía más delgado y sus ojos poseían aquella expresión distante que se había vuelto cada vez más habitual en él. Le ordené guardar la escultura y presentarse en la sala de control.

—Los hombres no deberían verla —le dije.

—¿Porque les da miedo?

—Porque necesitamos dejar de alimentar sus supersticiones.

Klenze acarició con un dedo la corona de laureles de la pequeña figura.

—Quizá ya no importe que la vean.

—Mientras esté bajo mi mando, decidiré qué importa.

Por primera vez en varios días no discutió conmigo. Guardó la cabeza de marfil en una caja metálica y se levantó.

—Como ordene, Comandante.

Había algo en aquella obediencia que me desagradó más que sus anteriores provocaciones. No parecía resignación, sino indiferencia. Klenze había dejado de intentar convencerme de sus ideas porque, de algún modo, había llegado a la conclusión de que el tiempo acabaría haciéndolo por él.

Durante el resto de la mañana conseguimos mantener una profundidad relativamente estable. Los motores respondían y Weiss logró corregir ligeramente nuestro rumbo, aunque

cualquier ganancia hacia el norte desaparecía poco después bajo la influencia de aquella corriente meridional que nos perseguía desde hacía semanas. Ya no intentábamos comprenderla. Nuestra prioridad era conservar combustible y alejarnos de las profundidades alcanzadas durante el motín. Ordené mantener una velocidad reducida y emerger en cuanto pudiéramos hacerlo sin comprometer la seguridad del submarino.

A las dos de la tarde se produjo la explosión.

No hubo advertencia.

Me encontraba en la sala de control revisando junto a Weiss los cálculos de navegación cuando un impacto colosal recorrió el U-29 desde popa hasta proa. La cubierta se levantó bajo mis pies y fui arrojado contra la mesa de cartas. Durante un instante creí que habíamos chocado contra algún obstáculo sumergido, pero casi inmediatamente llegó el estruendo de metal desgarrándose, seguido por una sacudida mucho más violenta. Las luces parpadearon y el rugido de los motores se convirtió en un chirrido agudo que terminó bruscamente.

—¡Sala de máquinas! —grité.

No hubo respuesta.

El olor llegó unos segundos después: combustible, aceite caliente y humo.

Klenze apareció desde el corredor antes de que pudiera ordenar nada. Nos miramos y ambos comprendimos.

—Venga conmigo.

Atravesamos el submarino mientras Müller ordenaba cerrar los conductos y cortar el suministro hacia la sección afectada. El humo se hacía más espeso a medida que nos aproximábamos a popa. Dos hombres salieron tambaleándose del compartimento de máquinas, uno de ellos con una quemadura extensa en el brazo. Klenze lo sostuvo mientras yo intentaba averiguar qué había ocurrido.

—¡Raabe y Schneider siguen dentro! —gritó el marinero.

Intentamos entrar.

No llegamos lejos.

El interior de la sala de máquinas parecía haber sido golpeado por una fuerza que había nacido en sus propias entrañas. Una tubería se había desprendido y descansaba retorcida sobre el suelo; parte del tanque de combustible estaba abierta y el mecanismo principal presentaba una deformación que incluso a primera vista resultaba irreparable. El humo hacía difícil respirar. Encontramos a Schneider junto al motor, aplastado bajo una pieza de metal que había sido arrancada de su soporte. Raabe yacía varios metros más allá. El médico no necesitó examinarlos para saber que ambos habían muerto en el acto.

No había fuego abierto, lo cual evitó que la explosión se convirtiera en nuestra tumba inmediata. Conseguimos aislar el combustible y ventilar parcialmente el compartimento. Durante casi una hora nadie habló de otra cosa que no fueran

válvulas, conexiones, baterías y presión. Aquella clase de crisis me resultaba conocida y, por extraño que parezca, recibí con alivio la posibilidad de enfrentarme a un enemigo material. El acero podía repararse o declararse perdido; una tubería rota poseía causas concretas y consecuencias previsibles. Por primera vez en muchos días podía dar una orden y esperar un resultado comprensible.

Cuando Müller terminó la inspección, su expresión destruyó aquel pequeño consuelo.

—El mecanismo principal está perdido.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—No se trata de tiempo, Comandante.

—Todo puede repararse.

Müller negó lentamente.

—No con lo que tenemos aquí.

Miré hacia el interior de la sala. Schneider seguía bajo una manta, a la espera de que pudiéramos trasladarlo. La maquinaria que había impulsado al U-29 a través de cientos de millas de océano era ahora una masa de piezas deformadas y tuberías abiertas.

—¿Propulsión auxiliar?

—Nada que pueda movernos.

—¿Timón?

—El mecanismo responde, pero sin propulsión servirá de poco.

—¿Los sistemas de inmersión?

—Funcionan. Podemos regular la flotabilidad mientras duren el aire comprimido y las baterías. También conservar iluminación y mantener los regeneradores químicos.

—Entonces no estamos perdidos.

Müller me sostuvo la mirada.

—No, señor.

Su tono decía otra cosa.

Regresé a la sala de control y ordené a Weiss calcular nuestra posición. La explosión no podía haber sido producto de un ataque, pues no habíamos detectado ningún barco ni escuchado hélices en las proximidades. Tampoco parecía existir una causa mecánica evidente. Müller juró que el tanque de combustible había sido revisado aquella misma mañana y que Raabe no había informado de ninguna irregularidad. Sin embargo, me negué a aceptar otra explicación. Los mecanismos fallan. El metal se fatiga. Los hombres cometen errores y los ocultan. Cualquier posibilidad, por improbable que fuera, resultaba preferible a atribuir voluntad a una máquina.

Weiss terminó sus cálculos poco antes del anochecer.

—No podemos determinar la posición exacta —dijo—. Pero seguimos desplazándonos.

—¿Dirección?

No necesitó responder.

Miré la carta.

Hacia el sur.

Sin motores, sin posibilidad de maniobrar y con dos de nuestros mejores ingenieros muertos, el U-29 había dejado de ser un submarino en el sentido estricto de la palabra. Conservábamos la capacidad de ascender y sumergirnos, pero habíamos perdido aquello que distingue a una nave de un objeto abandonado en el océano: la facultad de decidir adónde ir.

Ordené preparar los cuerpos.

Raabe y Schneider fueron colocados en el compartimento de popa mientras decidíamos qué hacer con ellos. No podía permitir que permanecieran mucho tiempo a bordo, pero tampoco estaba dispuesto a abrir las escotillas antes de alcanzar la superficie. Los hombres recibieron la noticia con una resignación que me inquietó. Nadie lloró. Nadie preguntó cómo había ocurrido. Después de tantas semanas de miedo, la muerte de dos compañeros parecía haberse convertido en una confirmación más de algo que todos esperaban.

Al caer la noche logramos emerger.

La torre de mando se abrió sobre un océano inmenso y gris. Subí acompañado por Weiss y permanecimos varios minutos respirando aire fresco. Después del olor a aceite, sudor y metal

caliente del interior, aquel viento me produjo una sensación casi dolorosa. El mar estaba tranquilo. No había barcos, humo ni luces en el horizonte. Sobre nosotros, las nubes ocultaban casi por completo las estrellas.

Miré hacia popa.

Una aleta rompió la superficie.

Después apareció otra.

Y otra.

Los delfines habían regresado.

No puedo afirmar cuántos eran. Al principio distinguí seis o siete, pero conforme mis ojos se acostumbraron a la oscuridad comprendí que había muchos más. Nadaban alrededor del U-29 sin acercarse demasiado, siguiendo nuestra lenta deriva como si aquella procesión llevara horas formándose.

Weiss también los vio.

—Siguen aquí.

—Son animales migratorios.

—Nos acompañaban antes de la explosión.

—Eso no significa nada.

No respondió.

Uno de los delfines emergió a escasos metros del casco. Su cuerpo apareció bajo la tenue claridad del cielo, brillante por

el agua, y durante un instante tuve la impresión absurda de que había girado la cabeza hacia nosotros antes de volver a sumergirse.

—¿Hacia dónde nos movemos? —pregunté.

Weiss observó la superficie y después la brújula que llevaba consigo.

—Sur, Comandante.

El viento venía del oeste.

Las olas avanzaban hacia el este.

Y nosotros derivábamos hacia el sur.

Permanecí largo tiempo junto a la torre contemplando el océano. A nuestro alrededor, los delfines aparecían y desaparecían con una regularidad casi matemática. Ninguno parecía tener prisa. Ninguno se alejaba.

Por primera vez comprendí plenamente la naturaleza de nuestra situación. Hasta entonces siempre habíamos conservado alguna posibilidad de actuar: cambiar el rumbo, acelerar, sumergirnos, emerger, combatir a los hombres o reparar la maquinaria. Incluso durante el motín había existido un adversario contra el cual imponer mi voluntad. Ahora no quedaba nada contra lo que luchar. El océano podía llevarnos donde quisiera y nosotros solo poseíamos recursos suficientes para prolongar el viaje.

Cuando descendí nuevamente al interior del U-29, encontré a

Klenze despierto en la sala de oficiales. Tenía frente a él uno de sus libros, aunque no parecía estar leyendo.

—Hemos perdido los motores —le dije.

—Lo sé.

—Derivamos hacia el sur.

Klenze cerró el libro.

—También lo sé.

Me irritó la tranquilidad de su voz.

—¿Hay algo que no sepa, teniente?

Me observó durante unos segundos.

—Sí.

—¿Qué?

Dirigió la mirada hacia el casco.

—Cuánto falta.

No pregunté a qué se refería.

Aquella noche comenzaron nuestros verdaderos días a la deriva.

Los días siguientes carecieron de una verdadera medida. El reloj continuaba avanzando y yo seguía fechando cada anotación de la bitácora con el rigor que exigía mi formación, pero dentro del U-29 las horas habían comenzado a

confundirse unas con otras. Sin motores que atender y sin una derrota que pudiéramos corregir, gran parte de las labores habituales había perdido su sentido. Conservábamos guardias, revisábamos periódicamente las baterías, controlábamos el aire y examinábamos una y otra vez la maquinaria destruida, aunque todos sabíamos que aquellas tareas servían tanto para mantener ocupadas nuestras manos como para garantizar nuestra supervivencia. La inactividad era peligrosa. Dejaba demasiado tiempo para pensar.

Raabe y Schneider fueron entregados al mar la mañana siguiente. Esperamos hasta que las condiciones permitieron abrir la escotilla y, después de envolver los cuerpos como pudimos, los sacamos uno por uno. No pronuncié ninguna oración. Tampoco lo hizo el médico. Algunos hombres inclinaron la cabeza y Müller murmuró unas palabras que no alcancé a comprender. Klenze permaneció apartado, observando el horizonte con una expresión que me pareció impropia de un oficial alemán. No había miedo en ella, sino una tristeza profunda y casi culpable.

Cuando el cuerpo de Schneider cayó al agua, uno de los delfines apareció junto al casco. Después surgieron otros. No tocaron el cadáver ni se aproximaron a él; simplemente nadaron alrededor del U-29, conservando la misma distancia que habían mantenido desde su aparición. El cuerpo desapareció poco después detrás de nosotros, llevado por una corriente distinta de aquella que parecía arrastrar al submarino. Raabe siguió el mismo camino. Durante varios minutos pude distinguir

ambos bultos sobre las olas, separándose lentamente mientras nosotros continuábamos hacia el sur.

—Ni siquiera los muertos nos acompañan —dijo Klenze.

Lo miré.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, Comandante.

—Entonces procure no decirlo.

No discutió. Esa docilidad suya comenzaba a inquietarme más que cualquier desafío.

Nuestra deriva continuó durante tres días sin que divisáramos una sola nave. La radio seguía siendo inútil. Weiss y yo realizábamos cálculos aproximados cada mañana, pero después de la explosión la precisión se había vuelto casi una ficción. El compás indicaba una dirección, el movimiento de las nubes sugería otra y la superficie del océano parecía contradecir a ambos. Aun así, mediante observaciones sucesivas llegamos siempre a la misma conclusión: avanzábamos hacia el sur a una velocidad lenta pero constante.

Los delfines continuaban con nosotros.

Al principio había intentado convencerme de que seguían algún banco de peces o una corriente favorable. Incluso busqué en los libros de historia natural que llevaba a bordo cualquier referencia a migraciones semejantes. No encontré nada que justificara su persistencia. Pasaban horas enteras rodeándonos,

desaparecían durante breves intervalos y regresaban después sin que pudiera establecer dónde habían estado. Algunos hombres comenzaron a contarlos. Otros se negaban siquiera a mirar por los ojos de buey.

Klenze, en cambio, los observaba con una curiosidad casi afectuosa.

—Parecen escoltarnos —dijo una tarde.

—Los animales no escoltan submarinos.

—Tal vez no nos escoltan a nosotros.

Cerré el libro que tenía delante.

—¿Va a continuar con esas insinuaciones?

—No intento irritarlo.

—Lo consigue admirablemente.

Klenze sonrió débilmente y acercó el rostro al cristal.

—Mírelos. No parecen cansarse nunca.

—Son animales adaptados al mar.

—Necesitan respirar.

Aquello me hizo levantar la vista.

—Naturalmente.

—Entonces dígame cuándo los ha visto hacerlo.

No respondí inmediatamente. Había observado a aquellos animales durante largos períodos, y aunque recordaba haber visto algunos romper la superficie durante nuestras horas de navegación exterior, no podía asegurar haber presenciado lo mismo mientras permanecíamos sumergidos. Deseché la cuestión como una consecuencia de la fatiga y ordené a Klenze que descansara.

Él no se movió.

—He estado contando el tiempo —dijo.

—¿Qué tiempo?

Señaló uno de los delfines que nadaba paralelo a nosotros.

—Ese lleva casi una hora ahí.

—Habrá subido mientras usted miraba a otro lado.

—No he mirado a otro lado.

Me acerqué al ojo de buey. El animal permanecía a pocos metros del casco, desplazándose con movimientos tranquilos de la cola. Su cuerpo gris aparecía y desaparecía bajo la luz del reflector. No parecía agitado ni mostraba señales de querer ascender.

—Una hora no demuestra nada.

—No.

Klenze apartó finalmente la mirada.

—Pero dos quizá sí.

No continué aquella conversación.

Durante aquellos días empezó a producirse otro cambio en la tripulación. La violencia que había culminado en el motín desapareció casi por completo y fue reemplazada por algo que consideré mucho más difícil de combatir: una resignación silenciosa. Los hombres cumplían sus tareas, comían y dormían, pero las conversaciones se habían reducido al mínimo. Ya no discutían sobre la cabeza de marfil ni sobre los ruidos del casco. Nadie volvió a preguntarme cuándo regresaríamos a Alemania. Era como si aquella posibilidad hubiera dejado de existir incluso en su imaginación.

La desaparición de Hartwig terminó por convertirse en uno de esos asuntos que todos conocían y nadie mencionaba. Continué creyendo que debía encontrarse muerto en algún espacio inaccesible del submarino, aunque el olor inevitable de un cadáver jamás apareció. Después de varios días abandoné las búsquedas. No porque hubiera encontrado una explicación, sino porque necesitábamos nuestros hombres para otras labores y porque cada inspección infructuosa aumentaba el nerviosismo de la tripulación.

La mañana del segundo de julio, Weiss me despertó antes de que terminara mi descanso.

—Barco a la vista, Comandante.

Subí a la torre inmediatamente.

El cielo estaba despejado y la visibilidad era excelente. A cierta distancia, sobre el horizonte septentrional, distinguí la silueta de un buque de guerra. Weiss me entregó los prismáticos.

La bandera no dejaba lugar a dudas.

Era estadounidense.

Durante algunos segundos sentí algo que no había experimentado desde la explosión: alivio. La presencia de otra nave significaba que el mundo continuaba existiendo más allá de nuestro pequeño ataúd de acero. Había hombres allí. Motores. Radio. Una dirección que obedecía a la voluntad de su Comandante.

Ese alivio desapareció en cuanto escuché voces detrás de mí.

Los marineros habían comenzado a reunirse junto a la escotilla. Müller intentó contenerlos, pero uno de ellos, Traube, avanzó hasta quedar frente a mí. Era un hombre robusto, de expresión ordinariamente dócil, que hasta entonces había permanecido al margen de los peores incidentes.

—Comandante, pueden rescatarnos.

—También pueden capturarnos.

—Estamos a la deriva.

—Lo sé.

—No tenemos motores.

—También lo sé.

Traube miró hacia el buque.

—Entonces debemos hacer señales.

—No.

La palabra produjo un murmullo inmediato.

—Comandante —insistió—, no podemos regresar por nuestros propios medios.

—Eso no autoriza a un marinero de la Armada Imperial alemana a entregarse al enemigo.

—No se trata de rendirse. Se trata de sobrevivir.

—En tiempo de guerra no existe diferencia.

Traube apretó la mandíbula.

—Para usted quizá no.

Müller dio un paso hacia él.

—Basta.

Sin embargo, Traube ya había decidido. Se volvió bruscamente hacia uno de los compartimentos donde guardábamos las señales y corrió hacia la escotilla. Klenze se encontraba más cerca que yo.

—¡Deténgase! —ordené.

Traube no obedeció.

Klenze sacó su pistola.

El disparo resonó con violencia dentro de la torre.

Traube cayó de rodillas y después se desplomó sobre la cubierta. Durante unos segundos nadie se movió. Klenze continuó apuntándolo, aunque el hombre ya no representaba amenaza alguna.

Me acerqué y comprobé que el disparo había sido mortal.

Los demás marineros miraron a Klenze.

No hubo gritos.

Eso fue lo peor.

Después de lo ocurrido durante el motín, esperaba insultos, forcejeos o quizá otro intento de rebelión. En lugar de eso, los hombres se limitaron a observar el cadáver de Traube y luego regresaron lentamente al interior del submarino. La posibilidad de rendirse había desaparecido con él.

El buque estadounidense continuó su marcha sin advertir nuestra presencia.

Lo observé hasta que desapareció en el horizonte.

Klenze seguía sosteniendo la pistola.

—Guárdela —le dije.

Obedeció.

—Era necesario.

—No le he pedido una explicación.

—Lo sé.

Descendimos sin intercambiar otra palabra.

Aquella noche comenzó a soplar viento desde el sur.

Al principio se trató únicamente de un cambio en el oleaje, pero durante la tarde siguiente el mar adquirió una violencia que nos obligó a cerrar las escotillas. Una enorme masa de aves había aparecido horas antes sobre el horizonte meridional y volaba hacia nosotros en una nube irregular, alejándose precisamente de la dirección en la que nuestra deriva insistía en conducirnos. El detalle no pasó inadvertido para la tripulación.

Las olas golpeaban el casco con una fuerza creciente. Sin propulsión éramos poco más que un objeto abandonado sobre la superficie y cada embate hacía inclinar al U-29 peligrosamente. Müller recomendó sumergirnos.

Me resistí cuanto pude. El aire comprimido y las baterías constituían ahora recursos que no podíamos desperdiciar, pero permanecer arriba significaba arriesgarnos a ser volteados o inundados.

—Preparar inmersión —ordené finalmente.

Descendimos solo lo suficiente para escapar de la violencia de las olas.

Bajo el agua, la tormenta se convirtió en un rumor lejano. El casco continuaba moviéndose, pero con mucha menor intensidad. Esperamos durante horas, consumiendo una parte

de nuestras reservas mientras el océano se calmaba sobre nosotros.

Cuando consideré seguro regresar a la superficie, ordené iniciar el ascenso.

Los tanques respondieron.

El U-29 subió varios metros.

Después se detuvo.

Müller repitió la maniobra.

Nada.

Utilizamos más aire comprimido.

La proa se elevó ligeramente y volvió a caer.

Durante las dos horas siguientes revisamos cuanto mecanismo podía relacionarse con la flotabilidad. No encontramos ninguna avería que justificara nuestra situación. El submarino estaba más ligero que antes y, según todos nuestros cálculos, debía ascender.

Pero no lo hacía.

Al caer la noche comprendimos que habíamos quedado atrapados bajo el océano.

No comuniqué esa conclusión formalmente. No fue necesario. Cada hombre había escuchado el esfuerzo inútil de las válvulas y cada uno sabía cuánto aire comprimido habíamos desperdiciado

intentando vencer aquella resistencia inexplicable.

Esa misma madrugada estalló el último resto de rebelión que quedaba entre mis hombres. No tuvo la organización del motín anterior ni la violencia inicial de Krüger. Fue algo más miserable. Seis marineros, convencidos de que Klenze y yo habíamos condenado deliberadamente a la tripulación al negarnos a pedir ayuda al buque estadounidense, irrumpieron en la sala de control y comenzaron a destruir cuanto encontraron a su alcance. Entre ellos reconocí a Krüger, Zimmer, Bohm y Schmidt. Uno de ellos rompió el indicador de profundidad; otro arrancó parte del equipo de navegación. Krüger gritaba acerca de la cabeza de marfil y del cadáver del Victory, mientras Zimmer juraba haber visto nuevamente al joven moreno nadando frente a los ojos de buey.

Intenté imponerme mediante órdenes.

No sirvió.

Klenze permaneció inmóvil junto al mamparo, pálido y ausente, como si contemplara una escena que se desarrollaba a gran distancia. Durante unos segundos comprendí que estaba solo.

Saqué mi pistola. Hartmann se interpuso en aquel instante. Nunca pude determinar si intentaba contener a Krüger o alcanzar a Müller, que forcejeaba junto a las válvulas; solo recuerdo verlo cruzar el compartimento en el preciso momento en que apreté el gatillo. El disparo lo alcanzó debajo de la clavícula y lo lanzó contra el mamparo. Cayó de costado, con una expresión de

sorpresa que no llegó a convertirse en dolor. Durante un segundo pensé en acudir a él, pero uno de los amotinados avanzó hacia mí y tuve que disparar de nuevo. Hartmann no volvió a moverse.

No recuerdo cuántos disparos fueron necesarios. Recuerdo únicamente el olor de la pólvora, los cuerpos amontonados en el estrecho compartimento y el silencio que siguió al último tiro.

Uno de los hombres todavía respiraba. Me acerqué y terminé lo que había comenzado.

La necesidad no admite sentimentalismos.

Cuando guardé el arma, Klenze me miraba.

—¿Por qué no hizo nada? —pregunté.

Su rostro parecía enfermo.

—No podía.

—Es oficial de la Armada Imperial.

—Lo sé.

—Entonces compórtese como uno.

Klenze bajó la mirada hacia los cadáveres.

—¿Cuántos más tendremos que matar antes de admitir que estamos perdidos?

No respondí.

Entre los hombres muertos reconocí a Müller.

Había intentado detenerlos.

La culpa de su muerte pertenecía únicamente a aquellos animales que habían provocado la revuelta, pero aun así experimenté una irritación difícil de definir al contemplarlo tendido entre ellos. Había servido conmigo durante años. Conocía cada sonido del U-29 mejor que muchos oficiales y había mantenido la disciplina cuando otros comenzaron a abandonarla.

Ahora estaba muerto.

Hartmann yacía unos pasos más allá, junto al mamparo. Evité mirar en su dirección.

Weiss había desaparecido durante el enfrentamiento. Encontramos sangre junto al corredor de proa, pero ningún cuerpo. Las escotillas permanecían cerradas. Como Hartwig antes que él, parecía haber encontrado la manera de abandonar un submarino del que nadie podía salir.

Al amanecer, Klenze y yo expulsamos los cadáveres mediante las escotillas dobles. Fue un trabajo lento y desagradable. Ninguno de los dos habló mientras los cuerpos desaparecían uno tras otro en el agua negra. Cuando llegó el turno de Müller, Klenze cerró los ojos.

—Ayúdeme —ordené.

Lo hizo.

Después quedamos solos.

Solo entonces comprendí lo extraordinario del silencio.

Un submarino ocupado por quince hombres posee una vida propia: pasos, toses, conversaciones, órdenes, utensilios, motores, puertas, respiraciones. Incluso durante el sueño existe siempre algún ruido que recuerda que otros seres humanos comparten el mismo espacio.

Ahora no había nada.

Únicamente el crujido del casco.

Klenze se sentó frente a mí en la sala de oficiales y bebió directamente de una botella que había encontrado entre nuestras provisiones. No intenté impedírselo.

—Estamos solos —dijo.

—Todavía estamos vivos.

—¿Existe alguna diferencia?

—Mientras podamos respirar, existe.

Sonrió con amargura.

—Usted realmente lo cree.

—Naturalmente.

Klenze dejó la botella sobre la mesa y sacó del bolsillo la pequeña cabeza de marfil. Ignoraba cuándo había vuelto a tomarla.

—Entonces quizá dure más que yo.

—Guarde esa cosa.

No obedeció.

Se limitó a contemplarla.

Nuestros instrumentos más delicados habían quedado destruidos durante la revuelta. Habíamos perdido el indicador de profundidad, parte del sistema de navegación y casi todos los medios fiables para calcular nuestra posición. Conservábamos iluminación, baterías, alimentos y los regeneradores químicos de aire. También podíamos utilizar el reflector exterior. Era suficiente para prolongar nuestras vidas durante un tiempo considerable.

Pero ya no sabíamos dónde estábamos.

Ni a qué profundidad.

Ni cuánto seguíamos descendiendo.

Solo conservábamos una certeza.

La deriva continuaba hacia el sur.

Durante las horas siguientes encendí varias veces el reflector y observé el exterior. La luz atravesaba una extensión vacía de agua oscura donde partículas diminutas flotaban como polvo. Algunas veces aparecía un pez y desaparecía inmediatamente más allá del alcance del haz.

Los delfines nunca se habían marchado.

Uno de ellos nadó junto al ojo de buey durante tanto tiempo que acabé utilizando mi reloj para observarlo. Transcurrieron dos horas.

No ascendió una sola vez.

No puedo explicar este hecho.

Tampoco puedo negar que lo vi.

Apagué el reflector para ahorrar energía y la oscuridad volvió a rodearnos.

A partir de entonces, el tiempo dejó de medirse por millas recorridas o puertos alcanzados. Lo medíamos por comidas, por horas de sueño y por la cantidad de aire que aún podíamos producir. El U-29, incapaz de impulsarse o dirigirse, continuó descendiendo lentamente mientras la corriente lo llevaba hacia regiones del Atlántico que ningún mapa a bordo podía ya ayudarnos a identificar.

Klenze y yo éramos los últimos hombres vivos en su interior.

Y debajo de nosotros, invisible todavía, se extendía el fondo del océano.

Capítulo VII

El fondo del océano

La soledad modificó el U-29 de una manera que ninguna avería había conseguido hasta entonces. Durante los primeros días después de quedar Klenze y yo como únicos ocupantes, seguí creyendo que el silencio terminaría por volverse familiar; imaginaba que, una vez acostumbrado a la ausencia de voces y pasos, recuperaría aquella serenidad necesaria para administrar nuestras provisiones y calcular con método cuánto tiempo podríamos permanecer con vida. Me equivocaba. Un submarino construido para albergar a decenas de hombres no se vuelve simplemente silencioso cuando estos desaparecen. Conserva su presencia. Cada litera vacía, cada taza olvidada, cada chaqueta todavía colgada en un casillero parecía señalar el lugar donde alguien debería encontrarse. Incluso los compartimentos adquirieron dimensiones distintas: los corredores se hicieron más largos, la sala de máquinas más vasta y el comedor, donde antes apenas podíamos movernos sin rozarnos unos con otros, empezó a parecerme absurdamente espacioso.

Continué imponiendo una rutina estricta. Nos levantábamos según el reloj, comíamos a horas determinadas, revisábamos los regeneradores de aire, comprobábamos las baterías y dedicábamos un tiempo fijo a inspeccionar la maquinaria que ya sabíamos inútil. Klenze aceptaba aquellas tareas sin protestar,

aunque cada día realizaba menos preguntas acerca de nuestra situación. Había dejado de interesarle cuánto aire nos quedaba, qué cantidad de alimentos conservábamos o qué posibilidades existían de que alguna corriente favorable nos condujera hacia una ruta marítima. En cambio, pasaba horas junto a los ojos de buey observando la oscuridad exterior o sentado en la sala de oficiales con la cabeza de marfil entre las manos.

Al principio intenté arrebatarle aquella costumbre por razones prácticas. La escultura había provocado suficiente inquietud a bordo y me parecía ridículo permitir que el último hombre que me acompañaba terminara atribuyéndole virtudes sobrenaturales. Sin embargo, pronto comprendí que discutir con él sobre el objeto únicamente conseguía volverlo más reservado. Opté por tolerarlo mientras no interfiriera con sus obligaciones.

Una noche lo encontré en la sala de oficiales, contemplando la pequeña cabeza bajo la luz amarillenta de una lámpara. No parecía haber advertido mi presencia. La sostenía con ambas manos, estudiando la expresión del rostro juvenil con una atención que habría considerado propia de un arqueólogo si no hubiera conocido ya el estado de su mente.

—Debería dormir —le dije.

Klenze no levantó la vista.

—No puedo.

—Entonces inténtelo.

—Cuando cierro los ojos veo agua.

Aquella respuesta me pareció tan absurda que estuve a punto de reír.

—Estamos en un submarino, teniente. No requiere una gran imaginación.

—No esta agua.

Me serví un poco de café, aunque hacía días que el sabor había comenzado a resultar desagradable por la humedad y la conservación.

—¿Qué agua?

Klenze tardó en responder.

—La que está encima de ellos.

Dejé la taza sobre la mesa.

—¿Encima de quiénes?

Por fin me miró.

—De todos.

Supe que no hablaba de nuestra tripulación.

Me senté frente a él.

—Explíquese.

Durante varios segundos pareció debatirse entre el deseo de hablar y la vergüenza. Después dejó la cabeza de marfil sobre

la mesa.

—¿Recuerda el Hansa-Lotte?

El nombre me resultaba familiar. Tardé un instante en situarlo.

—Mercante danés.

—Noruego.

—No importa.

—Para ellos quizá sí.

No respondí.

Klenze pasó una mano por su rostro.

—Fue en febrero. Mar del Norte. Llevaba madera, harina y herramientas agrícolas. Eso dijeron después.

—Navegaba hacia Inglaterra.

—Sí.

—Entonces era un objetivo legítimo.

—Eso dijimos.

—Eso era.

Klenze apartó la mirada.

—Había un niño a bordo.

Sentí irritación, no por el contenido de sus palabras, sino por el tono con que las pronunciaba.

—Los capitanes de barcos mercantes conocen los riesgos de transportar pasajeros durante una guerra.

—Tenía quizá ocho años.

—No cambia nada.

—Llevaba una bufanda roja.

Aquello me hizo callar.

No porque la imagen me impresionara, sino porque comprendí que Klenze no estaba relatando una historia aprendida después. Había visto al niño.

—Estaba en la cubierta cuando emergimos —continuó—. El capitán había ordenado abandonar el barco. Había mujeres en uno de los botes y varios hombres intentando bajar provisiones. Usted les dio diez minutos.

—Más de lo exigido.

—Nueve.

—¿Qué importancia tiene ahora?

Klenze me sostuvo la mirada.

—Para mí, mucha.

Recordaba aquella operación. No con la precisión enfermiza de Klenze, pero sí lo suficiente. El mercante había intentado transmitir nuestra posición y yo había considerado inadmisible permitir que continuara haciéndolo. Habíamos disparado

contra la estación de radio y después contra la línea de flotación. El barco tardó más de lo esperado en hundirse.

—El niño no quería subir al bote —dijo Klenze—. Estaba buscando a su perro.

No recordaba ningún perro.

—Probablemente lo ha añadido su memoria.

—Lo encontré después flotando entre unas cajas.

—¿Al perro?

—Al niño.

La lámpara produjo un leve chasquido.

Klenze observó nuevamente la cabeza de marfil.

—La bufanda seguía siendo roja.

Me levanté.

—Ha pasado demasiado tiempo pensando.

—Eso es lo único que nos queda.

—Nos queda sobrevivir.

—¿Para qué?

La pregunta me irritó.

—Porque es lo que hace un hombre.

Klenze sonrió, pero no había humor en su expresión.

—No. Eso es lo que hace usted.

Abandoné la sala sin responder.

Durante las horas siguientes intenté leer. Había llevado a bordo varios libros de navegación, historia y ciencias naturales para ocupar los períodos de inactividad, pero descubrí que no podía concentrarme. Cada pocas páginas mi mente regresaba al mercante noruego. No al niño, como habría esperado Klenze, sino a un detalle insignificante que hacía años no recordaba: una pequeña figura blanca pintada junto al nombre del barco, quizá un ave o una flor, que había desaparecido lentamente bajo el agua cuando el casco se inclinó.

Me pareció curioso haber conservado aquella imagen.

Decidí que la mente humana almacena detalles sin razón.

No volví a pensar en ello aquella noche.

Al día siguiente Klenze comenzó a rezar.

No lo hizo abiertamente al principio. Lo escuché murmurar desde su camarote y supuse que hablaba solo, como había hecho en otras ocasiones. Sin embargo, al pasar frente a la puerta advertí que estaba arrodillado junto a la litera. No era un hombre especialmente religioso; durante los meses anteriores jamás lo había visto interesarse por ceremonias o doctrinas. Aquello me confirmó que su deterioro psicológico continuaba.

—Levántese —le dije.

Klenze terminó la frase antes de obedecer.

—¿Por quién rezaba?

—No lo sé.

—¿Cómo puede rezar por alguien que no conoce?

—No dije que no los conociera. Dije que no sé por quién rezaba.

Me crucé de brazos.

—Está perdiendo el juicio.

—Quizá.

La tranquilidad con que lo admitió me molestó.

—¿Y eso no le preocupa?

Klenze me miró durante un largo momento.

—Cada vez menos.

Aquella tarde encendimos el reflector exterior durante algunos minutos. La negrura se abrió frente al U-29 como una pared atravesada por el haz eléctrico. No vimos ninguna superficie, ningún fondo y ninguna formación que permitiera calcular nuestra profundidad; solo partículas suspendidas, algunos peces de formas extrañas y los delfines.

Seguían allí.

Desde que habíamos quedado solos había empezado a estudiarlos con verdadero interés científico. La permanencia de aquellos animales a nuestro alrededor era imposible de conciliar con lo que conocíamos sobre su fisiología. Elegí uno

reconocible por una cicatriz clara cerca de la aleta dorsal y lo seguí con el reflector mientras avanzaba junto al costado de estribor. Durante más de una hora no se apartó del campo de visión ni ascendió.

A la segunda hora llamé a Klenze.

—Venga.

Se acercó sin entusiasmo.

—¿Qué ocurre?

—Ese animal.

Le indiqué la silueta.

—Lo llevo observando desde hace casi dos horas.

Klenze miró el reloj.

—¿Y?

—No ha subido.

—Ya se lo dije.

—Me dijo que creía no haberlo visto subir. No es lo mismo.

—¿Ahora sí me cree?

—Creo que estamos a una profundidad menor de la que suponemos.

—Entonces debería haber luz natural.

—Puede haber nubes.

Klenze observó la oscuridad.

—Nubes muy gruesas.

Ignoré el comentario.

El delfín permaneció junto a nosotros otros veintisiete minutos antes de desaparecer fuera del alcance del reflector. No ascendió.

Anoté el fenómeno en la bitácora.

No escribí que me inquietaba.

Los días fueron profundizando el cambio de Klenze. Hablaba cada vez menos durante las comidas y, cuando lo hacía, regresaba inevitablemente a acontecimientos de la guerra. Parecía haber convertido nuestra soledad en una especie de tribunal privado donde cada torpedo disparado debía ser juzgado nuevamente. Yo intentaba corregir aquella tendencia recordándole que un oficial no tiene derecho a valorar moralmente cada orden después de cumplirla. La guerra sería imposible si los hombres encargados de combatir dedicaran sus energías a lamentar las consecuencias naturales del combate.

Una noche, sin embargo, Klenze mencionó un episodio que yo mismo había procurado no recordar.

—¿Y el Ariadne?

Lo miré por encima de mi plato.

—No empiece.

—Nunca hablamos de él.

—Porque no existe nada que decir.

—Había diecisiete hombres en el agua.

Mi apetito desapareció.

—Habían intentado embestirnos.

—Después de que hundiéramos su barco.

—Precisamente.

—Pidieron ayuda.

—Y había un destructor británico en la zona.

Klenze asintió lentamente.

—Lo sé.

—Entonces sabe por qué no pudimos recogerlos.

—No estoy hablando de recogerlos.

Comprendí lo que pretendía.

—Cuidado, teniente.

—Usted ordenó sumergirnos.

—Era necesario.

—Sobre ellos.

—No sabíamos dónde estaban todos.

—Yo sí.

Hubo un largo silencio.

Recordé golpes contra el casco.

Hasta entonces los había relacionado siempre con restos flotantes.

—Fue una maniobra de emergencia —dije.

—Uno quedó atrapado sobre la cubierta.

—No.

—Sí.

—Eso es imposible.

—Lo vi por el periscopio antes de bajar.

Klenze dejó los cubiertos.

—Se sujetó a una de las barandillas. Cuando descendimos intentó trepar hacia la torre. Estuvo allí hasta que el agua lo cubrió.

No dije nada.

—Golpeaba el casco —añadió.

La memoria tiene formas desagradables de reorganizar el pasado. Recordé entonces aquellos golpes con una claridad que no poseía un instante antes: rápidos al principio, después más espaciados. Habíamos descendido a poca profundidad

y permanecimos inmóviles varios minutos esperando que el destructor pasara.

No podía afirmar que hubieran sido producidos por un hombre.

Tampoco podía afirmar lo contrario.

—¿Por qué me cuenta esto ahora?

Klenze se inclinó hacia mí.

—Porque usted también los oye.

Sentí que mi mano se tensaba alrededor del vaso.

—¿A quiénes?

—A todos.

Me levanté bruscamente.

—Se acabó.

Klenze no intentó detenerme.

—Usted cree que yo estoy volviéndome loco porque recuerdo —dijo mientras me dirigía hacia la puerta—. Pero quizá la locura sea la única manera que tiene la mente de seguir viviendo cuando ya no puede continuar mintiéndose.

Me detuve.

No me volví.

—Duerma, Klenze.

—Lo intentaré.

Regresé a mi camarote, cerré la puerta y permanecí sentado en la oscuridad durante más tiempo del que habría querido admitir. El U-29 crujía ocasionalmente a nuestro alrededor, sometido a una presión cuya magnitud ya no podíamos determinar. Cada sonido encontraba ahora en mi memoria una correspondencia desagradable: golpes contra el metal, uñas sobre una cubierta mojada, voces amortiguadas por el agua.

Me obligué a encender la lámpara.

Aquello era precisamente lo que Klenze estaba haciendo consigo mismo: convertir recuerdos incompletos en acusaciones y coincidencias en significados. Yo no permitiría que su debilidad contaminara también mi juicio.

Al día siguiente encontré varios de sus papeles extendidos sobre la mesa.

Esperaba ver nuevamente el templo de sus sueños.

No era así.

Había dibujado rostros.

Decenas de ellos.

Hombres, mujeres y niños, algunos incompletos, otros reproducidos con una precisión sorprendente. Reconocí a varios marineros del Victory. También distinguí a Müller y a Traube.

En medio de todos ellos aparecía el joven oscuro que había encontrado muerto sobre nuestra cubierta.

Su rostro era el único que sonreía.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

Klenze estaba de pie junto al ojo de buey.

—No lo sé.

—Los ha dibujado usted.

—Sí.

—Entonces debe saberlo.

—¿Recuerda cuando le dije que algunas cosas no parecía inventarlas, sino recordarlas?

Miré las hojas.

—Perfectamente.

—Ahora ocurre al revés.

—¿Qué quiere decir?

Klenze se volvió hacia mí.

—Recuerdo cosas que no sé si ocurrieron.

Por primera vez percibí miedo verdadero en su voz.

—Anoche soñé que caminábamos por el fondo del océano. Usted y yo. No llevábamos trajes y podíamos respirar. Había

una ciudad delante de nosotros, pero no podíamos verla porque estaba detrás de una colina. Los muertos caminaban con nosotros.

Apreté los papeles entre los dedos.

—Un sueño.

—Sí.

—Nada más.

Klenze miró la pequeña cabeza de marfil que descansaba sobre la mesa.

—Eso espero.

Durante los días siguientes nuestra profundidad continuó aumentando. No poseíamos ya instrumentos fiables para medirla, pero la presión sobre el casco, los cambios en la fauna y la oscuridad absoluta constituían indicios suficientes. Las criaturas que aparecían bajo el reflector eran cada vez más escasas y extrañas; peces pálidos, casi transparentes, formas pequeñas que se retiraban inmediatamente ante la luz y organismos cuya identificación no conseguí hallar en ninguno de mis libros.

Los delfines permanecían.

No parecían sufrir.

No ascendían.

Y nunca se alejaban demasiado.

Fue entonces cuando empecé a considerar la posibilidad de que no nos estuvieran siguiendo.

Quizá conocían nuestro destino.

El pensamiento fue tan impropio de mí que no lo anoté en la bitácora.

El 9 de agosto, poco después de terminar nuestra primera comida, Klenze me llamó desde la torre de mando.

No gritó.

Eso fue precisamente lo que me alarmó.

Subí y lo encontré junto al reflector, inclinado hacia el cristal.

—¿Qué ocurre?

No respondió.

Me acerqué.

Al principio creí que la oscuridad había cambiado de color. Después comprendí que no estaba viendo agua.

Había algo debajo de nosotros.

Tomé los controles del reflector y orienté lentamente el haz hacia abajo.

La luz descendió a través de una distancia que no pude calcular y terminó por alcanzar una superficie irregular, pálida y remota.

Era el fondo.

Por primera vez desde que nuestra deriva había comenzado, el océano tenía un límite.

Klenze permaneció inmóvil junto a mí mientras ampliaba lentamente el recorrido del reflector. Ante nosotros se extendía una vasta llanura ondulada cubierta de algas, sedimentos y pequeñas conchas que brillaban fugazmente cuando la luz pasaba sobre ellas. Aquí y allá surgían formas oscuras cubiertas de vegetación marina, objetos demasiado deformados por el tiempo para que pudiera identificar su naturaleza.

Sentí una emoción que durante muchos días había creído extinguida.

Curiosidad.

—Hemos llegado —murmuró Klenze.

Lo miré.

—¿A dónde?

No apartó los ojos del fondo.

—No lo sé.

Moví nuevamente el reflector.

Entonces apareció la piedra.

Sobresalía del lecho marino apenas unos metros, con superficies demasiado planas y ángulos demasiado regulares para resultar completamente naturales. El sedimento cubría buena parte de ella, pero una de sus caras permanecía expuesta.

—Un afloramiento rocoso —dije.

Klenze se acercó al cristal.

—No.

—¿Qué ve?

Tardó unos segundos en responder.

—Hay algo escrito.

Volví a dirigir la luz.

Desde aquella distancia no podía distinguir ningún detalle.

—No hay nada.

Klenze comenzó a temblar.

No violentamente, sino con una vibración leve que recorrió sus hombros y sus manos.

—Apague la luz.

—¿Por qué?

—Apáguela.

—Klenze...

Se apartó bruscamente del ojo de buey.

—¡Apáguela!

Lo hice, más sorprendido por su reacción que convencido de la necesidad. La oscuridad regresó de inmediato y durante unos

segundos solo escuchamos nuestra respiración.

—¿Qué ha visto?

Klenze apoyó ambas manos sobre la mesa.

—No quiero hablar de ello.

—Ha dicho que había escritura.

—Me equivoqué.

—Usted no gritó por una equivocación.

Levantó la cabeza. Su rostro estaba cubierto de sudor.

—Entonces prefiero haberme equivocado.

No insistí.

Volví a encender el reflector después de que abandonara la torre.

El afloramiento seguía allí.

Lo estudié durante varios minutos.

No pude distinguir ninguna inscripción.

Sin embargo, mientras observaba aquella piedra solitaria en medio de una llanura que quizá llevaba miles o millones de años sumergida, experimenté por primera vez una sensación que hasta entonces había considerado propia de hombres como Klenze: no miedo exactamente, sino la impresión de encontrarme ante una antigüedad tan inmensa que nuestra

guerra, nuestros imperios y nuestras vidas enteras se reducían frente a ella a accidentes insignificantes.

Más allá del cristal, uno de los delfines cruzó lentamente el haz del reflector.

Detrás apareció otro.

Después un tercero.

Los tres descendieron hacia el fondo.

Y por primera vez desde que habían comenzado a acompañarnos, tuve la absurda impresión de que no estaban siguiendo al U-29.

Nos estaban guiando.

Durante el resto del 9 de agosto mantuvimos el reflector dirigido hacia el lecho marino durante intervalos breves, procurando no desperdiciar la energía que todavía conservábamos. Nuestra deriva se había reducido considerablemente desde que comenzamos a aproximarnos al fondo, aunque no podía determinar si aquello se debía a una disminución real de la corriente o a la ausencia de referencias adecuadas para calcular nuestra velocidad. El U-29 avanzaba ahora sobre aquella llanura sumergida con una lentitud casi solemne. A veces el terreno desaparecía bajo nosotros y el haz solo encontraba oscuridad; después reaparecía cubierto de algas, sedimentos y aquellas formas oscuras que Klenze insistía en identificar como restos de embarcaciones antiquísimas.

No descartaba completamente esa posibilidad. Algunas de las masas que observábamos poseían dimensiones compatibles con cascos de barcos y otras parecían conservar líneas demasiado regulares para haber sido creadas por la erosión. Sin embargo, el tiempo había borrado cualquier detalle reconocible. Si realmente eran naufragios, podían llevar siglos, quizá milenios, acumulando sedimentos en una región del océano donde ningún hombre había tenido antes motivos para buscarlos. La idea despertaba en mí una curiosidad que agradecía. Después de semanas de superstición, asesinatos y locura, la posibilidad de enfrentarme a un problema arqueológico resultaba casi tranquilizadora.

Klenze no compartía mi entusiasmo.

Desde que había visto la piedra se negaba a acercarse a la torre cuando el reflector permanecía encendido. Pasó la tarde leyendo sin pasar realmente las páginas y, llegada la hora de nuestra comida, apenas probó el alimento. Había dejado la cabeza de marfil sobre la mesa, pero evitaba mirarla.

—¿Qué vio ahí abajo? —le pregunté finalmente.

—Ya se lo dije.

—Me dijo que creyó ver escritura.

—Y después le dije que me había equivocado.

—No le creo.

Klenze levantó la vista.

—Eso sería una novedad.

Ignoré el comentario.

—Ha pasado semanas dibujando símbolos que asegura no conocer. Ahora encuentra marcas en una piedra en el fondo del Atlántico y entra en pánico. No necesito ser supersticioso para advertir una relación.

Su expresión cambió apenas.

—¿También las vio?

—No.

—Entonces no hay relación.

—No juegue conmigo.

Klenze sostuvo mi mirada durante varios segundos y después sacó uno de sus cuadernos. Lo abrió por una página casi cubierta de aquella escritura angular que tantas veces habíamos examinado. Con el dedo señaló un grupo de signos.

—Creí ver esto.

Me incliné hacia el papel.

—¿En la piedra?

Asintió.

—Solo durante un instante. El sedimento cubría casi toda la superficie y quizá mi mente completó lo que no podía distinguir.

—Eso sería lo más probable.

—Sí.

Su respuesta fue demasiado rápida.

—Pero no lo cree.

Klenze cerró el cuaderno.

—Ya no sé qué creer.

Se levantó y caminó hacia el ojo de buey, aunque el reflector permanecía apagado y solo había oscuridad al otro lado.

—He pasado toda mi vida creyendo que la historia era una línea —continuó—. Una cosa sucede después de otra. Los pueblos nacen, construyen ciudades, hacen guerras, desaparecen y dejan algo para los que vienen después. Uno puede ordenar el mundo de esa manera. Roma después de Grecia, nosotros después de Roma. Antes están Egipto, Babilonia, pueblos cada vez más remotos, hasta llegar a hombres que apenas sabían encender fuego.

—Una simplificación poco rigurosa, pero aceptable.

Klenze no reaccionó a mi interrupción.

—¿Y si no es una línea?

—¿Qué pretende decir?

—¿Y si hay cosas que quedaron fuera?

Lo miré con impaciencia.

—Toda ciencia admite lagunas.

—No hablo de lagunas.

Apoyó una mano en el borde del ojo de buey.

—Hablo de cosas que fueron olvidadas por completo.

Aquellas ideas se parecían demasiado a las fantasías que había expresado semanas antes acerca del templo de sus sueños. Decidí no estimularlas.

—Necesita descansar.

Klenze soltó una risa cansada.

—Siempre dice lo mismo cuando no quiere continuar una conversación.

—Porque casi siempre necesita descansar.

Regresé a la torre.

Encendí nuevamente el reflector.

La piedra había quedado atrás.

No volví a verla.

Durante la madrugada el U-29 descendió algunos metros más y finalmente quedó tan próximo al fondo que podía distinguir con claridad las sombras que proyectaban pequeños relieves del terreno. No parecía que fuéramos a tocarlo; nuestra flotabilidad se mantenía en un equilibrio extraño, apenas suficiente para conservarnos suspendidos sobre aquella inmensidad. El casco

crujía de forma periódica, aunque ya había dejado de interpretar cada sonido como una amenaza inmediata. Si la presión debía destruirnos, habría tenido oportunidades suficientes para hacerlo.

Aquella noche no conseguí dormir.

No era miedo.

O al menos no quise llamarlo así.

Pensaba en lo que Klenze había dicho acerca de la historia. Desde niño había considerado natural que el progreso humano condujera hacia formas superiores de organización, disciplina y conocimiento. Incluso la guerra, en toda su brutalidad, formaba parte de aquel proceso. Las naciones débiles desaparecían; las fuertes imponían su voluntad y construían sobre los restos de las anteriores. Había algo tranquilizador en esa lógica porque asignaba un lugar a cada cosa.

El fondo del océano parecía burlarse de ella.

Miles de metros de agua nos separaban del mundo donde aquellos conceptos tenían importancia. Alemania, Inglaterra, Francia, el káiser, nuestras victorias, nuestras derrotas y hasta la guerra entera existían ahora en una capa insignificante de la realidad, muy por encima de nosotros. Aquí abajo no había fronteras. No había imperios. No había siquiera luz.

Recordé al niño de la bufanda roja.

La memoria apareció sin que la hubiera buscado.

Durante años había pensado en los muertos únicamente como cifras necesarias para comprender una operación: tonelaje hundido, tripulantes perdidos, objetivos destruidos. Klenze parecía incapaz de hacer lo mismo. Conservaba rostros. Voces. Gestos.

Quizá esa era su enfermedad.

Aun así, me sorprendí intentando recordar el rostro del niño.

No pude.

Solo veía la bufanda.

Me irrité conmigo mismo y tomé un libro de zoología marina. Leí varias páginas sin comprender ninguna.

Al cabo de un rato escuché a Klenze hablando desde el compartimento contiguo.

No estaba rezando.

Parecía conversar con alguien.

Me levanté y fui hasta su camarote. La puerta estaba abierta. Klenze permanecía sentado en el borde de la litera con la cabeza inclinada.

—¿Con quién habla?

Levantó lentamente la vista.

—Con nadie.

—Lo escuché.

—Estaba recordando.

—En voz alta.

—Quizá.

Entré.

La cabeza de marfil descansaba junto a él.

—¿Otra vez el Hansa-Lotte?

Negó.

—El Victory.

Aquello despertó mi atención.

—¿Qué pasa con él?

—La mujer del primer bote.

Recordaba a varias mujeres. No sabía a cuál se refería.

—¿Qué mujer?

—La que tenía una niña.

—No recuerdo ninguna niña.

—Yo sí.

Klenze pasó las manos por su rostro.

—Cuando empezamos a disparar contra los botes, la mujer la cubrió con su cuerpo. Como si eso pudiera detener una bala.

No respondí.

—¿Sabe qué pensé cuando la vi? —continuó—. Pensé que estaba desperdiciando el esfuerzo. Pensé exactamente eso. Que era inútil agacharse sobre la niña porque las balas atravesarían a las dos.

Su voz se quebró.

—Eso pensé.

Se quedó en silencio durante un largo momento.

—No pensé que fuera una madre. No pensé que tuviera miedo. No pensé siquiera que fuera una persona. Pensé en el ángulo de los disparos.

Klenze comenzó a reír suavemente.

No era una risa de diversión.

—Y ahora la veo todas las noches.

Me apoyé contra el mamparo.

—Estábamos en guerra.

—Sí.

—El Victory había transmitido nuestra posición.

—Sí.

—Podía comprometer nuestra misión.

—Sí.

—Entonces deje de comportarse como si hubiera descubierto

hoy lo que significa hundir un barco.

Klenze levantó la cabeza.

Tenía lágrimas en los ojos.

—Eso es lo que más miedo me da, Karl.

Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba por mi nombre.

—No haberlo descubierto hoy.

No supe qué responder.

Klenze tomó la pequeña cabeza de marfil.

—Quizá todas esas personas están aquí abajo en alguna parte.

—El océano no conserva a los muertos indefinidamente.

—No hablo de sus cuerpos.

—Entonces habla de fantasmas.

—Tal vez.

—No existen.

—Me gustaría creerlo.

Se quedó contemplando la escultura.

—Porque si existen, nosotros hemos llenado el mar de ellos.

Aquella frase permaneció conmigo mucho después de abandonar el camarote.

La mañana del 10 de agosto encontramos nuevamente el

fondo bajo nosotros. El paisaje había cambiado. La llanura comenzaba a presentar desniveles más pronunciados y algunas formaciones rocosas sobresalían del sedimento. Orienté el reflector hacia una de ellas y creí distinguir superficies casi rectangulares, pero la distancia y las algas impedían cualquier conclusión. No informé a Klenze.

Los delfines continuaban descendiendo a nuestro alrededor.

Ya no intentaba explicar su presencia.

Uno de ellos pasó lentamente frente al ojo de buey y desapareció hacia una región más profunda del terreno. Minutos después otro hizo lo mismo. Todos parecían dirigirse en una dirección común.

Sur.

Aquella tarde Klenze comenzó a recoger sus dibujos.

No los destruyó. Los ordenó cuidadosamente y los colocó dentro de una carpeta.

—¿Qué hace?

—Preparándolos.

—¿Para qué?

—No lo sé.

Lo observé.

—Está empezando a resultar una respuesta bastante habitual.

Klenze sonrió débilmente.

—Quizá porque cada día sé menos.

Antes de cerrar la carpeta extrajo uno de los primeros dibujos del templo. Lo extendió sobre la mesa.

Reconocí inmediatamente la enorme fachada, las columnas y la escalinata.

—He cometido un error —dijo.

—¿Cuál?

Señaló la parte inferior del dibujo.

—Siempre pensé que esto era tierra.

Observé las líneas oscuras que había trazado alrededor de la construcción.

—¿Y qué es?

Klenze levantó los ojos hacia mí.

—Sedimento.

Sentí una molestia irracional en el pecho.

—Está adaptando el dibujo a lo que hemos visto.

—Puede ser.

—Eso es exactamente lo que está haciendo.

—Entonces no hay de qué preocuparse.

Doblé el dibujo y se lo devolví.

—Guárdelo.

Klenze obedeció.

Antes de cerrar la carpeta volvió a mirar la imagen.

—Lo extraño es que ahora recuerdo haber dibujado algas.

No había algas en el papel.

No respondí.

El 11 de agosto nuestra deriva empezó a ralentizarse todavía más. A través del reflector pude comprobar que el terreno descendía suavemente hacia el sur, como si nos aproximáramos al borde de una vasta depresión. Todavía no existía nada que pudiera justificar las fantasías de Klenze. Rocas, sedimentos, vegetación marina y restos cuya naturaleza no podíamos determinar constituían todo cuanto había bajo nosotros.

Sin embargo, aquella noche advertí un cambio en él.

Permaneció durante horas junto al ojo de buey con el reflector apagado.

—No puede ver nada —le dije.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué hace?

Klenze no se movió.

—Escucho.

Me quedé mirándolo.

—No hay nada que escuchar.

—Todavía no.

La respuesta me produjo un desagrado inmediato.

—Aléjese del cristal.

Obedeció sin discutir.

Cuando pasó junto a mí advertí que llevaba la cabeza de marfil en el bolsillo de la chaqueta.

No se la pedí.

Esa noche anoté en mi bitácora que la salud mental del teniente Klenze se había deteriorado considerablemente y que sería necesario vigilarlo. Añadí observaciones acerca del fondo oceánico, de los delfines y de nuestra velocidad aparente. No incluí ninguna referencia a sus sueños ni a las supuestas inscripciones porque las consideraba carentes de valor científico.

Estuve a punto de cerrar el cuaderno cuando escuché un sonido.

Venía de la sala contigua.

Una voz.

Klenze.

Hablaba tan bajo que no pude distinguir las palabras.

Me levanté con intención de ordenarle silencio, pero al llegar al corredor comprendí que no estaba hablando.

Estaba respondiendo.

Permanecí varios segundos junto a la puerta.

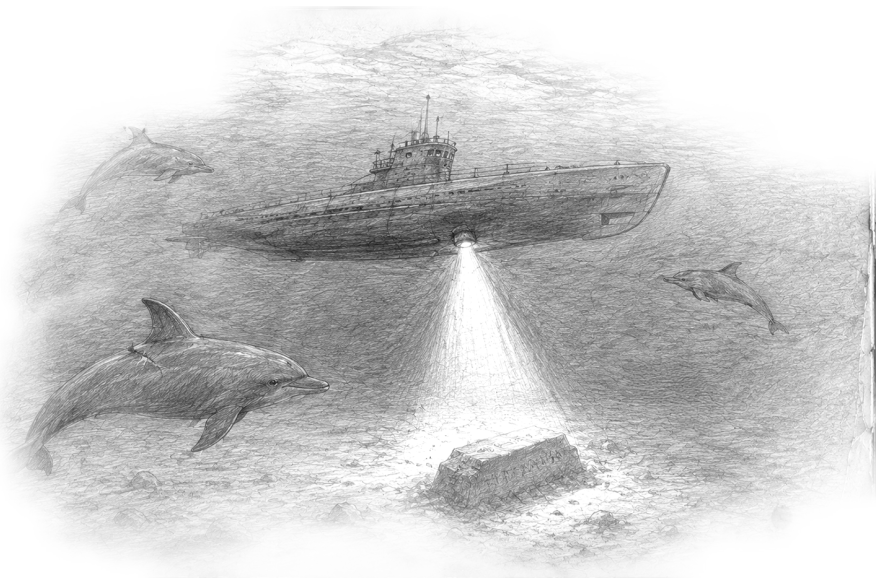
Entre cada frase de Klenze había una pausa larga, como si esperara que alguien terminara de decir algo antes de contestar.

No escuché ninguna otra voz.

Regresé a mi camarote.

No quise preguntarle con quién hablaba.

Por primera vez desde que había comenzado nuestra deriva, preferí no saberlo.



Capítulo VIII

La ciudad sumergida

El 12 de agosto amaneció únicamente porque nuestros relojes afirmaban que así debía ser. A aquella profundidad no existía diferencia alguna entre el día y la noche, y la noción de una mañana pertenecía ya al mundo remoto de la superficie. Continué conservando las fechas porque abandonarlas me parecía conceder demasiado terreno a la confusión. Mientras pudiera escribir «12 de agosto de 1917» y comprender lo que aquellas palabras significaban, todavía existía una línea que me vinculaba con Alemania, con la guerra y con una realidad donde los hombres podían situarse mediante calendarios y mapas. Klenze, en cambio, parecía haber perdido todo interés en tales convenciones. Cuando desperté, lo encontré sentado frente al ojo de buey con la espalda apoyada contra el mamparo y las piernas extendidas sobre el suelo. No había encendido el reflector. Contemplaba una oscuridad en la que nada podía verse.

—¿Ha dormido?

—Un poco.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

Me acerqué a la mesa y comprobé la hora.

—Casi cinco horas desde que terminó su turno.

Klenze se encogió de hombros.

—Entonces habré dormido cinco horas.

Su indiferencia comenzaba a resultar intolerable, pero me contuve. Había aprendido que las discusiones solo conseguían excitarlo y, a pesar de su deterioro, seguía necesitando su ayuda. Éramos dos hombres responsables de mantener habitable una máquina diseñada para varias decenas. Aunque muchos sistemas podían abandonarse, los regeneradores, las baterías, las válvulas y la presión exigían vigilancia constante. Si Klenze perdía definitivamente la capacidad de trabajar, toda la carga recaería sobre mí.

Le ordené preparar algo de comida y fui a inspeccionar los acumuladores. Al pasar junto a él advertí que tenía una mano cerrada alrededor de la cabeza de marfil. La pequeña corona de hojas sobresalía entre sus dedos.

No hice ningún comentario.

Durante el desayuno apenas hablamos. Klenze comía despacio y de vez en cuando interrumpía el movimiento de la cuchara, como si hubiera oído algo en otro compartimento. La primera vez pensé que se trataba de uno de los crujidos del casco; la segunda lo observé con mayor atención.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—Ha dejado de comer tres veces.

—No tengo apetito.

—No le he preguntado eso.

Klenze dejó la cuchara.

—Creí escuchar algo.

—¿Qué?

—No estoy seguro.

Esperé.

—¿Golpes?

Negó.

—No.

—¿La maquinaria?

—No.

—Entonces describa el sonido.

Klenze pareció buscar las palabras.

—No sé si era un sonido.

Aquella respuesta habría resultado ridícula días atrás. Ahora me produjo una inquietud mucho más difícil de rechazar.

—O se oye algo o no se oye.

—Eso habría pensado yo también.

Miró hacia la pared metálica situada a su derecha.

—Era más parecido a recordar una melodía sin saber de dónde procede.

—Un fenómeno auditivo producido por agotamiento.

—Probablemente.

Su facilidad para aceptar mis explicaciones se había convertido en otra forma de resistencia. Ya no intentaba convencerme. Aquello me dejaba discutiendo únicamente conmigo mismo.

Pasamos la mañana realizando pequeñas tareas. La deriva continuaba, aunque cada vez con menor velocidad. Encendí el reflector durante algunos minutos y comprobé que el fondo permanecía bajo nosotros, quizá algo más próximo que el día anterior. El terreno descendía lentamente hacia el sur y presentaba afloramientos cada vez más numerosos. Algunos poseían superficies planas que despertaron mi curiosidad, pero no encontré nada que pudiera calificarse seriamente como obra humana. Los delfines continuaban apareciendo dentro del haz. Había comenzado a aceptar su presencia como parte del entorno, lo cual, cuando lo pensé con detenimiento, me pareció una prueba preocupante de cuánto se habían alterado mis criterios sobre lo normal.

Klenze evitó la torre toda la mañana.

A mediodía lo encontré revisando nuevamente sus dibujos. Había extendido sobre la mesa varias representaciones de la ciudad que decía recordar de sus sueños. En algunas podía

distinguirse ya con claridad un valle atravesado por lo que parecía un antiguo cauce y, sobre una de las laderas, el enorme edificio de columnas que aparecía una y otra vez desde las primeras noches de su obsesión.

—Pensé que había guardado todo eso.

—Lo hice.

—Entonces vuelva a guardarlo.

Klenze no obedeció inmediatamente.

—Hay algo que no había visto.

Me acerqué pese a mí mismo.

—¿Qué?

Señaló una serie de líneas curvas alrededor de las construcciones.

—Siempre pensé que eran sombras.

—Probablemente lo sean.

—Creo que es agua.

No pude evitar una expresión de impaciencia.

—Estamos en el fondo del océano y ahora interpreta sus dibujos de acuerdo con lo que conoce. Es un mecanismo elemental.

—Sí.

—Entonces estamos de acuerdo.

Klenze levantó la mirada.

—¿Recuerda cuándo hice este?

—No.

—Yo tampoco.

Observé el papel. La tinta estaba desgastada en algunos puntos y podía haber sido trazado semanas antes.

—Eso no demuestra nada.

—No.

Guardó los dibujos lentamente.

—Pero me gustaría que demostrara menos.

Aquella frase me acompañó durante varias horas.

A las catorce comprobé nuevamente el exterior. El fondo se encontraba tan cerca que las algas podían distinguirse de manera individual cuando atravesaban el haz. Algunas se inclinaban todas en una misma dirección, señalando una corriente que avanzaba hacia el sur. Intenté calcular nuestra velocidad mediante una formación rocosa y obtuve una cifra mínima. Si el movimiento continuaba disminuyendo de aquel modo, quizá terminaríamos depositándonos sobre el lecho marino.

La idea no me alarmó tanto como debería haberlo hecho.

Nuestra situación ya no podía empeorar significativamente

por quedar inmóviles. Disponíamos de alimento y aire para un período considerable y, si el casco había soportado aquella presión durante tantos días, no existía razón inmediata para suponer que fuera a ceder. Incluso llegué a considerar que tocar fondo podría ofrecernos una referencia estable desde la cual realizar observaciones más precisas.

Klenze subió a la torre poco después de las tres.

—Voy a mirar —dijo.

—No desperdicie energía.

—Solo unos minutos.

Le permití hacerlo.

Yo me retiré al pequeño compartimento donde conservábamos los libros. Había seleccionado un tratado de geología con la intención de revisar algunos datos acerca de formaciones submarinas y hundimientos tectónicos. Leía desde hacía quizá diez minutos cuando escuché un golpe en el corredor.

Después pasos.

No los pasos lentos y arrastrados que Klenze había adoptado durante los últimos días, sino una carrera.

Entró en el compartimento a las quince horas y quince minutos.

Su rostro bastó para que dejara el libro.

Jamás había visto una expresión semejante en un ser humano. Los ojos parecían demasiado abiertos y la piel había perdido

casi todo color. Respiraba con dificultad, pero no como alguien que acabara de correr; era la respiración de un hombre que hubiera permanecido mucho tiempo conteniéndola.

—¡Está llamando! —dijo—. ¡Está llamando! ¡Lo oigo! ¡Tenemos que irnos!

Me levanté inmediatamente.

—¿Qué ha ocurrido?

Klenze no respondió. Se abalanzó hacia la mesa, tomó la cabeza de marfil y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¡Ahora, Karl! No podemos esperar.

Me agarró del brazo e intentó arrastrarme hacia el corredor.

Lo aparté.

—Contrólese.

—¡No queda tiempo!

—¿Tiempo para qué?

—Para salir.

Comprendí entonces lo que pretendía.

—No vamos a abrir la escotilla.

Klenze volvió a sujetarme.

—Tiene que venir conmigo.

—Suélteme.

—¡No entiende!

Lo empujé con suficiente fuerza para hacerlo retroceder. Chocó contra el mamparo, pero se incorporó de inmediato.

—¡Está ahí! —gritó—. Todo este tiempo ha estado ahí.

—¿Qué está ahí?

Klenze señaló hacia abajo.

—No lo sé.

Aquello pareció destruirlo por un instante. Su expresión cambió y el terror fue sustituido por una desesperación casi infantil.

—No sé qué es —repitió—. Pero lo escucho.

—No puede escuchar nada a través del casco.

—Ya lo sé.

—Entonces está sufriendo una alucinación.

—¡Ya lo sé!

Su respuesta resonó por el pequeño compartimento.

Permanecimos mirándonos.

Klenze comenzó a temblar.

—Eso es lo peor —dijo más bajo—. Sé que no debería poder

oírlo.

Intenté conducirlo hacia una silla.

—Siéntese.

Se apartó.

—No.

—Necesita descansar.

—No necesito descansar.

—Está enfermo.

Klenze soltó una breve carcajada.

—¿Enfermo?

—Ha permanecido semanas sin dormir correctamente, obsesionado con esa figura y alimentando fantasías acerca de los muertos. Su mente está agotada.

—Entonces permita que esté loco.

—No diga estupideces.

—¡Si estoy loco, es una misericordia!

Su voz volvió a elevarse. La desesperación había desaparecido y algo parecido al fervor ocupaba ahora su lugar.

—¿No lo comprende? Sería una misericordia no saber qué es real. Sería una misericordia que todo esto estuviera dentro de mi cabeza.

—Lo está.

—Entonces venga conmigo.

—¿A dónde?

—Afuera.

Lo miré incrédulo.

—Morirá.

—Sí.

La sencillez con que lo dijo me produjo mayor impresión que cualquiera de sus gritos.

—La presión puede aplastarlo antes de que abandone la esclusa.

—Quizá.

—Y si no lo hace, se ahogará.

Klenze negó lentamente.

—No creo.

—¿En qué basa semejante conclusión?

Dirigió los ojos hacia el casco.

—En ellos.

Comprendí que hablaba de los delfines.

—Son animales.

—Y llevan días a una profundidad en la que no deberían existir.

—Eso no lo convierte a usted en uno de ellos.

Klenze se acercó nuevamente, pero esta vez no intentó sujetarme.

—Escúcheme, Karl. No como Comandante. No como prusiano. Escúcheme como hombre, aunque sea una sola vez.

Aquellas palabras me ofendieron más de lo que deberían.

—Lo estoy escuchando.

—Todo lo que hicimos...

—No empiece otra vez.

—Todo lo que hicimos nos ha seguido hasta aquí.

—No existe relación alguna entre nuestras operaciones militares y la situación del submarino.

—Quizá no.

—Entonces deje de hablar como un sacerdote.

Klenze cerró los ojos.

—No sé si esto es un castigo.

—Porque no lo es.

—Tampoco sé si es perdón.

Aquella palabra me desconcertó.

—¿Perdón de quién?

Abrió los ojos.

—Eso es lo que quiero descubrir.

Durante unos segundos no pude responder. Klenze parecía haber alcanzado un estado extraño en el que el miedo y la serenidad coexistían. Seguía pálido, pero su respiración se había calmado.

—Venga conmigo —dijo—. Es mejor arrepentirse y ser perdonado que desafiar y ser condenado.

—Está completamente loco.

Esperaba que la afirmación lo provocara.

En cambio, sonrió.

—Entonces agradézcalo por mí.

—¿Qué?

—Que todavía pueda estarlo. Que los dioses se apiaden del hombre que consiga permanecer cuerdo hasta el final.

Se dejó caer en la silla.

El arrebato había terminado con la misma rapidez con la que había comenzado. Permaneció algunos minutos respirando lentamente mientras yo lo observaba, intentando decidir qué hacer. No disponíamos de medicamentos adecuados para tratar una crisis de aquella naturaleza y tampoco podía encerrarlo indefinidamente. Éramos únicamente dos hombres; si lo inmovilizaba, tendría que vigilarlo y mantener al mismo

tiempo todos los sistemas esenciales.

—No voy a obligarlo a venir —dijo al fin.

—Me alegra comprobar que al menos comprende eso.

—Pero déjeme ir.

Lo miré.

—¿Solo?

Asintió.

—Si me obliga a quedarme, volveré a intentarlo. Y la próxima vez quizá tenga que hacerle daño.

No había amenaza en su voz. Era una advertencia sincera.

Comprendí entonces que Klenze había dejado de ser un compañero fiable. Podía atacarme mientras dormía, abrir una válvula o consumir nuestros últimos recursos intentando abandonar el submarino. La enfermedad había destruido su utilidad y lo había convertido en un peligro.

Aquella conclusión simplificó mi decisión.

—Si insiste en salir, no se lo impediré.

Klenze cerró los ojos.

Pareció aliviado.

—Gracias.

—Antes déme la escultura.

Su expresión cambió.

—No.

—No tiene sentido llevársela.

Klenze comenzó a reír.

No había escuchado jamás aquella risa. Era suave, casi cordial, pero contenía algo que me hizo desistir de repetir la petición.

—Muy bien —dije—. Quédese con ella.

Se puso de pie.

—Lo haré.

Pensé entonces en Alemania, en su familia y en la improbable posibilidad de que alguno de nosotros fuera rescatado.

—¿Quiere dejar algún mensaje? Una carta. Algún objeto para sus familiares.

Volvió a reír del mismo modo.

—No creo que haga falta.

—No comprendo qué encuentra gracioso.

—Yo tampoco.

Lo acompañé hasta la esclusa.

Klenze caminaba delante de mí con una serenidad que contrastaba violentamente con el hombre que había irrumpido en el compartimento pocos minutos antes. Al llegar, se detuvo

y apoyó una mano sobre la escotilla interior.

—Karl.

—¿Qué?

—Cuando lo oiga, no intente explicarlo.

—No escucharé nada.

—Eso mismo pensaba yo.

No respondí.

Klenze entró en la cámara.

Antes de cerrar la escotilla se volvió hacia mí.

Durante un instante pensé que cambiaría de opinión.

No lo hizo.

—Espero que esté equivocado —dijo.

—¿Sobre qué?

Su mano se posó sobre el bolsillo donde guardaba la cabeza de marfil.

—Sobre casi todo.

Cerré la escotilla.

Accioné los mecanismos según los intervalos necesarios. El agua comenzó a llenar la cámara y observé a Klenze a través del pequeño cristal. No mostró pánico. Permaneció inmóvil

mientras el nivel subía por sus piernas, alcanzaba su pecho y finalmente cubría su rostro.

Después abrí la compuerta exterior.

Klenze desapareció.

Corrí hacia la torre de mando y encendí el reflector. Quería observar qué efecto producía sobre un cuerpo humano aquella presión extraordinaria. Si la muerte era inmediata, al menos obtendría de ella un dato que pudiera explicar parte de las anomalías que nos rodeaban.

El haz atravesó el agua.

No vi a Klenze.

Los delfines habían aparecido alrededor de la torre.

Nunca los había visto tan numerosos.

Se agrupaban unos sobre otros, cruzando repetidamente frente al reflector hasta formar una masa de cuerpos grises que impedía distinguir cualquier cosa más allá. Moví el haz hacia un lado, pero ellos también se desplazaron. Lo dirigí hacia abajo y varios descendieron al mismo tiempo.

Durante casi diez minutos intenté encontrar a Klenze.

No pude.

Finalmente apagué la luz.

Cuando regresé al compartimento de oficiales, había dos platos

sobre la mesa.

Guardé uno.

Después recordé que ya no tenía sentido hacerlo.

Me senté en el lugar que acostumbraba ocupar y permanecí allí durante mucho tiempo. Había querido librarme de un compañero inútil y potencialmente peligroso; desde un punto de vista estrictamente racional, mi situación era incluso más sencilla. Las provisiones durarían el doble y ya no tendría que vigilar los accesos a la esclusa.

No obstante, aquella noche comprendí algo que ninguna consideración práctica podía corregir.

Nunca había estado verdaderamente solo hasta entonces.

El silencio del U-29 ya no contenía ausencias.

Ahora me pertenecía por completo.

Aquella noche dormí mal. La ausencia de Klenze alteró incluso los hábitos más insignificantes: preparé dos tazas antes de advertir mi error, dejé abierta la puerta de su camarote esperando escuchar sus pasos y, en más de una ocasión, levanté la vista de un libro con la intención de hacerle algún comentario. Cada uno de aquellos gestos me irritaba. No sentía culpabilidad por haberle permitido marcharse; él mismo había exigido hacerlo y su estado mental lo había convertido en un peligro para ambos. Lo que lamentaba era otra cosa, algo mucho más absurdo y que tardé varias horas en reconocer.

La cabeza de marfil se había ido con él.

Durante semanas había considerado aquella figura poco más que la causa material de las supersticiones de la tripulación. Me había molestado la obsesión que despertaba en Klenze y había pensado varias veces en arrojarla al mar para terminar con aquellas fantasías. Ahora, sin embargo, descubría que podía recordar cada uno de sus detalles: la juventud extraordinaria del rostro, la serenidad de los labios, los rizos perfectamente trabajados y, sobre todo, aquella corona de hojas cuya forma no correspondía exactamente a ninguna representación clásica que conociera. Me resultaba incomprensible que un objeto tan pequeño pudiera haber ocupado un lugar tan persistente en mi pensamiento.

Llegué incluso a lamentar no habérselo arrebatado antes de abrir la esclusa.

La idea me avergonzó.

Klenze acababa de morir y yo pensaba en una pieza de marfil.

Me serví una dosis de licor y traté de dormir.

Cuando desperté, mis relojes indicaban que había pasado buena parte de la mañana del 13 de agosto. La atmósfera del submarino se había vuelto ligeramente más pesada, aunque los regeneradores funcionaban dentro de los límites aceptables. Realicé las comprobaciones acostumbradas, preparé una comida sencilla y anoté en la bitácora la muerte del teniente Klenze con la concisión que habría empleado para registrar

cualquier baja ocurrida en servicio. No mencioné sus últimas palabras.

Después subí a la torre de mando.

El reflector respondió con una intensidad menor que el día anterior. Las baterías comenzaban a mostrar señales inequívocas de agotamiento y comprendí que tendría que utilizar la luz con mayor disciplina. Orienté el haz hacia el norte, donde el lecho marino conservaba aproximadamente el mismo aspecto que durante los últimos días: una extensión irregular de sedimentos, algas y formaciones dispersas que desaparecían en la oscuridad.

Giré hacia el sur.

El terreno descendía.

Al principio creí que se trataba de una pendiente moderada, pero conforme movía el reflector comprendí que el fondo se hundía ante nosotros formando un valle cuya profundidad no podía determinar. El U-29 continuaba avanzando sobre él sin descender al mismo ritmo, de manera que la distancia entre el casco y el lecho oceánico aumentaba gradualmente.

Dentro de aquella pendiente aparecieron formas que me hicieron detener el movimiento del reflector.

Bloques.

No rocas de contornos caprichosos, sino masas rectangulares parcialmente enterradas, algunas dispuestas unas junto a

otras con una regularidad demasiado precisa. Ajusté el haz y descubrí otra formación varios metros más allá. Después otra.

Recordé inmediatamente la piedra que Klenze había visto días antes.

Me incliné hacia el cristal.

La luz parpadeó.

—No ahora —murmuré.

Moví el control.

El reflector se apagó.

La oscuridad regresó con una violencia casi física.

Descendí a comprobar el sistema y descubrí que uno de los cables había quedado parcialmente desconectado. La reparación era sencilla, pero mis manos trabajaban con una impaciencia impropia de mí. Había pasado semanas intentando conservar cada minuto de electricidad disponible y, sin embargo, en aquel momento solo deseaba recuperar la luz. Necesitaba comprobar qué eran aquellas formas.

Tardé quizá diez minutos.

Me parecieron una hora.

Cuando el reflector volvió a responder, subí inmediatamente a la torre y orienté el haz hacia la pendiente.

Al principio solo vi sedimento.

Moví la luz lentamente hacia abajo.

Entonces apareció una pared.

Me quedé inmóvil.

No una formación semejante a una pared.

Una pared.

Su superficie estaba cubierta de incrustaciones y vegetación marina, pero conservaba líneas horizontales perfectamente definidas. Más allá surgía una estructura parcialmente derrumbada que poseía lo que solo podía interpretar como columnas. Una de ellas estaba rota cerca de la base; otras permanecían en pie.

Continué moviendo el reflector.

La oscuridad comenzó a entregar sus formas una tras otra.

Escalinatas.

Terrazas.

Arcos.

Edificios.

Durante algunos segundos mi mente se negó a reunir aquellas imágenes en un conjunto coherente. Era más fácil aceptar cada estructura por separado que admitir lo que todas significaban.

Después el haz alcanzó una amplia avenida que descendía hacia el fondo del valle.

A ambos lados se levantaban ruinas.

Una ciudad.

Sentí que mis manos temblaban ligeramente sobre los controles.

No soy un hombre predispuesto al asombro y mucho menos a las conclusiones fantásticas. Mi educación me había enseñado que incluso los descubrimientos más extraordinarios deben someterse primero al examen de la razón. La geología demuestra que continentes y océanos han sufrido transformaciones colosales a lo largo de la historia de nuestro planeta; territorios hoy sumergidos estuvieron alguna vez sobre el nivel del mar y regiones que ahora habitamos descansaron antiguamente bajo las aguas. Por tanto, la existencia de ruinas en el fondo del Atlántico no contradecía necesariamente ninguna ley natural.

Eso me dije.

Pero mientras el reflector avanzaba sobre aquella ciudad, comprendí que ninguna explicación pronunciada en términos científicos podía disminuir lo que estaba contemplando.

Los edificios ocupaban toda la extensión visible del valle. Algunos habían colapsado hasta convertirse en montículos cubiertos de sedimento; otros conservaban fachadas completas, patios, columnas y amplias escalinatas. El material parecía extraordinariamente claro bajo la luz eléctrica, quizá alguna variedad de mármol. Había plazas delimitadas por enormes bloques, villas elevadas sobre terrazas y estructuras cuya disposición recordaba vagamente los templos de la antigüedad

clásica, aunque sus proporciones eran mucho mayores y su ornamentación no pertenecía a ningún estilo que pudiera identificar.

El valle entero había sido habitado.

Me descubrí pensando en una palabra que siempre había considerado más propia de poetas y ocultistas que de hombres de ciencia.

Atlántida.

Pronunciarla habría resultado ridículo, incluso estando solo, de modo que no lo hice.

Seguí explorando.

A medida que dirigía el reflector hacia las partes más bajas descubrí lo que debía haber sido el cauce de un río. Sus márgenes estaban contenidas por muros de piedra y podía distinguir restos de puentes que lo atravesaban. Más arriba aparecían terrazas sucesivas que, miles de años atrás, quizá habían estado cubiertas de jardines. La disposición general sugería una ciudad construida para aprovechar la pendiente natural del valle, con calles que descendían hacia aquel antiguo río y edificios mayores situados en las elevaciones.

No parecía una acumulación primitiva de viviendas.

Era una obra de planificación.

De conocimiento.

De civilización.

Y era antigua.

La magnitud de esa antigüedad fue lo que finalmente comenzó a perturbarme. Incluso aceptando un hundimiento geológico de grandes proporciones, aquellas ruinas no correspondían a ningún pueblo del que yo tuviera noticia. Había leído suficientemente sobre arqueología para reconocer influencias helénicas en ciertas columnas y relieves, pero algo era fundamentalmente incorrecto en aquella impresión. No parecía que los constructores hubieran imitado a los griegos.

Parecía lo contrario.

Pensé en los dibujos de Klenze.

Sentí una contracción desagradable en el estómago.

Me obligué a seguir observando.

El U-29 continuaba avanzando lentamente sobre la ciudad y comenzó por fin a perder altura, adaptándose al descenso del valle. Desde nuestra posición elevada, el reflector recorría tejados derruidos, estatuas cubiertas de vegetación y avenidas que desaparecían bajo capas de lodo. Por momentos llegaba a olvidar nuestra situación. Ya no pensaba en las baterías, en el aire ni en la imposibilidad de regresar a Alemania. Durante aquellas horas fui únicamente el primer hombre moderno que contemplaba una civilización perdida bajo el Atlántico.

Comprendí de pronto que nuestra velocidad había disminuido

casi hasta desaparecer.

Observé durante varios minutos una misma estructura.

No se desplazaba.

La corriente que durante semanas había arrastrado al U-29 hacia el sur estaba cesando.

Aquella circunstancia debería haber ocupado toda mi atención.

No lo hizo.

Había advertido otra cosa.

Busqué con el reflector alrededor del submarino.

Nada.

Moví el haz hacia estribor, después hacia babor y finalmente por encima de nosotros. Solo encontré agua negra.

Los delfines habían desaparecido.

No pude recordar cuándo los había visto por última vez. Quizá durante la salida de Klenze. Quizá después. Su presencia se había vuelto tan habitual que no había advertido el momento exacto en que dejaron de acompañarnos.

Apagué el reflector durante algunos minutos para conservar energía.

Cuando lo encendí nuevamente, el U-29 estaba descendiendo.

No de manera peligrosa. Se hundía con una lentitud

extraordinaria, casi delicada, como si al fin hubiera alcanzado el lugar al que aquella corriente había intentado conducirlo desde el comienzo. No hice nada por impedirlo. Parte de mí consideraba que tocar el fondo facilitaría nuestra estabilidad; otra parte, cuya existencia preferí no examinar demasiado, deseaba acercarse a las ruinas.

El descenso duró aproximadamente dos horas.

La ciudad fue elevándose a nuestro alrededor.

Primero quedaron a nuestra altura los edificios situados en las terrazas superiores. Después las fachadas, las columnas y los muros comenzaron a crecer frente a los ojos de buey hasta que dejé de contemplarlos como piezas de un paisaje remoto y empecé a percibirlos como construcciones reales, de dimensiones enormes, junto a las que nuestro submarino parecía insignificante.

Finalmente sentimos un contacto suave bajo el casco.

El U-29 había tocado fondo.

Esperé cualquier señal de daño.

No ocurrió nada.

Encendí el reflector y observé nuestra posición.

Nos encontrábamos sobre una amplia plaza pavimentada en una de las laderas del valle. Desde allí la ciudad descendía frente a nosotros hasta el antiguo cauce del río y continuaba elevándose en la vertiente opuesta. La perspectiva era tan vasta

que el alcance de nuestra luz apenas permitía adivinar sus límites.

Giré lentamente el reflector hacia nuestra derecha.

Entonces vi el edificio.

Estaba tan cerca que durante unos segundos no pude comprender su escala. Una fachada inmensa emergía directamente de la pared rocosa del valle, perfectamente conservada a pesar de la antigüedad que debía poseer. Columnas gigantescas flanqueaban una escalinata que conducía hasta una abertura central. Sobre ellas se extendían frisos cubiertos de figuras que desde aquella distancia todavía no podía distinguir.

Era la misma estructura que Klenze había dibujado.

El mismo frente monumental.

Las mismas columnas.

La misma escalera.

No aproximadamente.

No por semejanza.

Era el mismo lugar.

Permanecí inmóvil frente al cristal mientras recordaba sus palabras: que no inventaba aquellas imágenes, sino que las recordaba; que las sombras de sus dibujos eran agua; que algo permanecía allí abajo y estaba llamando.

Por primera vez desde su muerte deseé que Klenze estuviera conmigo.

No para pedirle perdón.

Ni para admitir que había tenido razón.

Solo para poder preguntarle una cosa.

Cómo había visto aquel lugar antes que nosotros.

Apagué el reflector.

La ciudad desapareció.

Pero su presencia permaneció alrededor del U-29, invisible y silenciosa, extendiéndose mucho más allá de las paredes metálicas que hasta entonces habían constituido todo mi mundo.

Y a pocos metros de mí, excavada en la roca de una época que ningún libro podía nombrar, se encontraba la entrada del templo.

Capítulo IX

El templo

Durante las primeras horas después de que el U-29 se asentara sobre la plaza, no hice otra cosa que observar.

El término puede parecer insuficiente para describir la atención casi febril con que estudié cuanto se extendía al otro lado de los cristales, pero no encuentro otro más exacto. Había pasado semanas luchando contra una sucesión de acontecimientos que parecían empeñados en negar las reglas más elementales de la experiencia: corrientes que desafiaban nuestros cálculos, animales que ignoraban las necesidades de su propia fisiología, hombres que afirmaban ver muertos caminando bajo el mar y, finalmente, la ruina completa de una tripulación que había partido de Alemania convencida de su superioridad sobre cualquier adversidad. Ahora, por primera vez desde el hundimiento del Victory, tenía ante mí algo extraordinario que podía examinar sin necesidad de atribuirle voluntad.

Una ciudad era una ciudad.

Podía ser imposible, inconcebiblemente antigua y hallarse donde ninguna ciudad debía existir, pero seguía siendo obra de manos inteligentes. Tenía calles, plazas, muros, puentes y edificios. Había sido diseñada, construida y habitada. Aquella evidencia material me ofrecía una clase de consuelo que difícilmente habría podido explicar a Klenze, de haber

continuado conmigo. Mientras existieran piedras que medir y relieves que estudiar, todavía quedaba un territorio donde la razón podía ejercer autoridad.

El templo dominaba todo lo demás.

Desde la posición en que descansaba el submarino, la fachada ocupaba buena parte de la pared rocosa que cerraba el lado occidental de la plaza. No parecía levantada delante de la montaña, sino extraída de ella, como si sus constructores hubiesen considerado la roca entera una materia susceptible de ser tallada. Las columnas eran de proporciones descomunales y se elevaban desde una escalinata tan ancha que varias compañías de soldados habrían podido ascender simultáneamente por ella. Entre aquellas columnas se abrían ventanas altas y estrechas, distribuidas a intervalos que sugerían la existencia de cámaras internas de dimensiones considerables. En el centro se encontraba la entrada principal: un rectángulo de oscuridad perfecta hacia el cual conducían los peldaños.

Dirigí el reflector sobre la fachada durante varios minutos.

La piedra devolvía una claridad blanquecina que recordaba al mármol, aunque su estado de conservación resultaba imposible. Los edificios de la ciudad mostraban fracturas, columnas caídas y techumbres vencidas por la acción del tiempo; el templo, en cambio, parecía haber sufrido mucho menos. Había incrustaciones en las partes inferiores y algas adheridas a ciertos relieves, pero las líneas fundamentales conservaban una limpieza que no podía atribuir únicamente a

la protección ofrecida por la pared del valle.

Deslicé el haz hacia el friso.

Entonces comprendí que tendría que acercarme.

Desde el U-29 podía distinguir figuras humanas, o al menos antropomorfas, organizadas en largas procesiones. Algunas llevaban vasos, otras sostenían objetos alargados cuya función no alcanzaba a determinar, y otras avanzaban con los brazos levantados en actitud ceremonial. No había en ellas nada grotesco. Por el contrario, la ejecución poseía una belleza que habría despertado admiración en cualquier museo de Europa. Los cuerpos estaban representados con una naturalidad extraordinaria, y el movimiento de las vestiduras recordaba vagamente a ciertos relieves griegos.

Vagamente.

Cuanto más los observaba, menos adecuado me parecía pensar en Grecia.

Había semejanzas, sin duda: la proporción de las figuras, el tratamiento de los cabellos, la serenidad de algunos rostros y determinada disposición de las túnicas. Pero algo invertía la relación que mi educación intentaba establecer. No parecía que aquellos escultores hubieran recibido una influencia helénica.

Parecía que los helenos hubieran heredado una sombra de aquello.

Me aparté del ocular.

La conclusión era absurda.

Volví a mirar.

No se volvió menos absurda.

Durante las jornadas del 13 y 14 de agosto establecí una rutina nueva. Reservaba la electricidad durante períodos prolongados y encendía el reflector únicamente para realizar observaciones concretas. Dibujé un plano aproximado de la plaza, marqué la posición del submarino respecto del templo y traté de reconstruir la organización de las calles próximas. Mi formación no era arqueológica, pero poseía suficiente disciplina para registrar aquello que veía sin convertir cada irregularidad en una revelación. La ciudad ofrecía innumerables motivos de estudio y, a medida que la examinaba, mi curiosidad empezó a desplazar incluso la preocupación por mi propia muerte.

También comencé a ordenar la documentación del U-29.

La idea surgió de manera práctica. Si el submarino era encontrado algún día, nuestra bitácora debía permitir reconstruir al menos parte de lo ocurrido. Separé los registros de navegación, los informes de daños y las anotaciones realizadas desde la pérdida de los instrumentos. Reuní varias hojas en blanco y las guardé junto a ellos. No tenía intención inmediata de utilizarlas, pero me pareció prudente mantener disponible algún medio para dejar una relación más clara de los acontecimientos en caso de que mi situación empeorara.

Mientras colocaba las hojas dentro de una carpeta pensé, por

primera vez, en la posibilidad de una botella.

Habíamos conservado varias de vidrio grueso entre los suministros y una de ellas podría sellarse con suficiente seguridad. La idea no pasó entonces de ser una precaución. Aún disponía de aire, alimentos y energía; mientras existieran posibilidades de observación, no consideraba necesario escribir un epitafio.

Guardé la carpeta.

No sabía que volvería a abrirla.

El 14 de agosto intenté proyectar el reflector hacia el interior del templo. La posición del submarino resultaba desfavorable. El haz alcanzaba la escalinata, atravesaba la entrada y se perdía inmediatamente en una oscuridad que parecía absorberlo. Probé distintos ángulos sin obtener ningún resultado. Ni paredes, ni columnas interiores, ni suelo más allá de los primeros metros.

Aquello me sorprendió.

Una abertura de semejante tamaño debería haber permitido reflejar al menos alguna superficie. Calculé nuevamente la orientación de la fachada y llegué a la conclusión de que el espacio interior debía extenderse profundamente dentro de la roca.

Recordé entonces una frase de Klenze.

Está ahí.

No quise recordar el resto.

Concentré la luz sobre las tallas que rodeaban la entrada.

Allí aparecían las figuras ceremoniales con mayor detalle. Sacerdotes y sacerdotisas avanzaban hacia un personaje central cuya posición se repetía en distintas secciones del relieve. El desgaste y la distancia impedían distinguir completamente sus facciones, pero la figura aparecía siempre asociada con una serie de rayos tallados alrededor de la cabeza. No podía asegurar si se trataba de una corona, una representación solar o alguna convención religiosa.

Había algo familiar en aquella silueta.

No logré identificarlo.

Aquella noche soñé con Klenze.

Fue el primer sueño en el que apareció desde su desaparición.

Nos encontrábamos nuevamente en la sala de oficiales. Él estaba sentado en su lugar habitual, limpio, afeitado y vestido con el uniforme que había llevado al inicio de nuestra patrulla. Sobre la mesa había dos vasos y, entre ellos, la cabeza de marfil.

—Se equivocó —me decía.

—¿En qué?

Klenze sonreía.

—En pensar que yo quería salir.

—Usted me lo pidió.

—Quería entrar.

Después señalaba hacia la pared.

Yo sabía que detrás del acero estaba el templo.

Intentaba preguntarle qué había encontrado fuera del submarino, pero antes de conseguirlo advertía que el cabello de Klenze se movía lentamente alrededor de su rostro, como suspendido en agua.

Desperté.

Permanecí varios minutos inmóvil sobre la litera.

El sueño no poseía ninguna importancia objetiva. Era una elaboración natural de los acontecimientos recientes y de las horas que había pasado contemplando el templo. Me sorprendió, sin embargo, que mi primera reacción al despertar no fuera miedo.

Era curiosidad.

Quería saber qué había detrás de aquella puerta.

Durante el 15 de agosto esa curiosidad se convirtió en una ocupación constante. Revisé nuestros libros en busca de cualquier referencia a culturas desaparecidas del Atlántico. Encontré las inevitables alusiones a Platón, hipótesis geológicas acerca de tierras hundidas y teorías que en otras circunstancias habría considerado indignas de atención. Ninguna podía

explicar la magnitud de lo que tenía frente a mí. Si aquella ciudad pertenecía realmente a una civilización anterior a las culturas conocidas, su descubrimiento alteraría una parte considerable de la historia humana.

La ironía era evidente.

Probablemente moriría allí.

Podía haber realizado uno de los mayores descubrimientos arqueológicos de la época y no existía nadie con quien compartirlo.

Pensé entonces en Klenze otra vez.

Él habría sonreído ante mi entusiasmo. Probablemente habría dicho que finalmente empezaba a comprender aquello que llevaba semanas intentando explicarme.

—No tenía razón —dije en voz alta.

Mi propia voz produjo un efecto desagradable en el submarino vacío.

No volví a hablar.

Aquella tarde examiné el traje de buceo.

El U-29 llevaba equipo destinado a operaciones exteriores de emergencia, y entre él se encontraba un pesado traje de aguas profundas con casco rígido y suministro autónomo limitado. Lo había considerado varias veces durante nuestra deriva, pero mientras el submarino se encontraba suspendido

sobre profundidades desconocidas no existía motivo alguno para arriesgarse a utilizarlo. Ahora descansábamos sobre una superficie estable.

La situación era distinta.

Revisé las juntas.

Comprobé el regenerador.

Inspeccioné la lámpara portátil y las baterías.

Todo parecía funcional.

La presión seguía siendo el principal problema. Según nuestros últimos instrumentos fiables, nos encontrábamos a una profundidad en la que incluso aquel equipo debía resultar inútil. Pero los delfines habían sobrevivido allí. Klenze había abandonado la esclusa sin que yo llegara a contemplar qué ocurrió con su cuerpo. Y, sobre todo, el propio U-29 continuaba soportando una presión que debería haberlo dañado mucho antes.

Aquellas anomalías no constituían una garantía.

Pero sí una invitación al experimento.

Me descubrí justificando la decisión con términos científicos.

Era una forma bastante elegante de mentirme.

La mañana del 16 de agosto preparé el equipo.

Antes de vestirme permanecí unos minutos ante la escotilla

interior. La idea de abandonar el casco me produjo una sensación que no esperaba. Durante semanas había considerado el U-29 una prisión, pero al estar frente a la posibilidad real de salir comprendí que también se había convertido en el último fragmento del mundo humano que me quedaba. Dentro estaban mis libros, mis mapas, las literas de mis hombres, la mesa donde había discutido con Klenze y los instrumentos destruidos que alguna vez habían obedecido mis órdenes.

Al otro lado no había Alemania.

Ni guerra.

Ni siquiera había siglo.

Solo aquella ciudad.

Me puse el traje.

El peso del equipo hizo cada movimiento torpe mientras avanzaba hacia la esclusa. Aseguré la lámpara portátil, comprobé una vez más el regenerador y cerré el casco. Mi respiración adquirió inmediatamente un sonido metálico y cercano.

Entré en la cámara.

Cerré la compuerta interior.

Durante un instante permanecí allí completamente solo, observando a través del pequeño visor el corredor vacío del submarino.

Pensé en Klenze dentro de aquella misma cámara.

Pensé en el agua elevándose sobre su cuerpo.

Accioné la válvula.

El océano comenzó a entrar.

Subió por mis botas, alcanzó mis rodillas y continuó elevándose alrededor del traje. El metal exterior crujió ligeramente cuando las presiones empezaron a equilibrarse.

No sentí dolor.

El agua cubrió el visor.

Esperé.

Nada.

Abrí la compuerta exterior.

Frente a mí apareció una oscuridad absoluta.

Encendí la lámpara.

La escalinata del templo se encontraba a pocos metros.

Por primera vez no la contemplaba a través de un cristal.

Di un paso fuera del U-29.

La gravedad pareció disminuir bajo el agua, pero el traje seguía siendo pesado y cada movimiento levantaba pequeñas nubes de sedimento alrededor de mis botas. Avancé con cuidado hasta abandonar por completo la esclusa y me volví.

El submarino descansaba sobre la plaza como el cadáver de un enorme animal de acero.

Nunca me había parecido tan pequeño.

Giré nuevamente hacia la ciudad.

La luz portátil alcanzó las primeras piedras del pavimento. Más allá comenzaba una calle descendente bordeada por ruinas cuya escala solo entonces pude comprender. Las columnas que desde el interior del U-29 parecían elegantes eran enormes; los peldaños estaban construidos para edificios de una monumentalidad que ninguna fotografía podría transmitir.

Y detrás de mí, elevándose desde la pared del valle, estaba el templo.

No fui hacia él.

Todavía no.

Había decidido comenzar por la ciudad.

Quizá fue prudencia.

Quizá cobardía.

En aquel momento preferí llamarlo método científico.

Comencé a caminar.

La primera sensación que tuve al avanzar por aquella calle fue la de estar violando una intimidad demasiado antigua. No había nada que justificara racionalmente esa impresión. Las

construcciones estaban vacías, el agua permanecía inmóvil salvo por las pequeñas corrientes que levantaban filamentos de algas, y ningún movimiento perturbaba el alcance limitado de mi lámpara. Sin embargo, cada paso me producía la certeza incómoda de que aquellos lugares no habían sido abandonados para mí, ni para nadie de mi especie. Habían permanecido cerrados durante un intervalo tan vasto que la presencia de un hombre moderno resultaba casi una profanación.

El pavimento aparecía cubierto por una capa de lodo que dificultaba el avance. En algunos tramos podía distinguir bajo él grandes losas perfectamente ensambladas; en otros, el tiempo había abierto grietas por donde crecían organismos pálidos semejantes a pequeñas flores. Las fachadas se elevaban a ambos lados de la calle, muchas de ellas vencidas y abiertas por derrumbamientos que dejaban al descubierto habitaciones interiores. No encontré muebles reconocibles ni restos orgánicos, pero sí pedestales, fragmentos de esculturas y recipientes de piedra cuya función ignoraba.

Me detuve ante una estatua caída.

Representaba a una mujer de proporciones ideales, cubierta por una túnica ceñida cuya ejecución habría honrado a cualquier escultor griego. El rostro estaba parcialmente enterrado en el sedimento, pero una de las manos permanecía visible. Sus dedos sostenían un objeto circular dividido en siete secciones mediante líneas radiales.

Lo limpié con el guante.

No reconocí el símbolo.

Sin embargo, experimenté nuevamente aquella sensación irritante de familiaridad.

Había visto algo parecido.

No pude recordar dónde.

Continué.

Cuanto más descendía hacia el antiguo cauce, más evidente resultaba que la ciudad había pertenecido a una cultura de refinamiento extraordinario. Las calles no seguían una disposición improvisada, sino un orden preciso. Pequeños canales de piedra corrían junto a los bordes de algunas avenidas y desembocaban en conductos que probablemente habían servido para evacuar agua de lluvia. Encontré restos de fuentes, bancos tallados y amplios patios rodeados de columnas. En una plaza menor descubrí un mosaico casi intacto bajo una capa de barro. Limpié una pequeña sección y aparecieron figuras humanas danzando alrededor de un círculo de rayos.

Otra vez el motivo solar.

Otra vez aquella figura central.

Aumenté la intensidad de mi lámpara durante unos segundos.

El rostro del personaje había perdido parte de sus rasgos, pero la cabeza aparecía rodeada por algo semejante a hojas o llamas.

Volví a sentir aquella familiaridad.

Esta vez me obligué a pensar.

Corona.

Hojas.

Un rostro joven.

La idea estuvo a punto de formarse, pero la rechacé antes de completarla. No tenía sentido establecer asociaciones apresuradas entre objetos de procedencias imposibles de relacionar. Klenze había cometido precisamente ese error y yo no estaba dispuesto a seguirlo.

Llegué al antiguo río después de un avance que debió de durar cerca de una hora. El cauce estaba completamente seco, si puede utilizarse semejante palabra en el fondo del océano. Quiero decir que la depresión por la que había corrido el agua dulce seguía claramente delimitada, aunque ahora estuviera llena del mismo mar que cubría toda la ciudad. A ambos lados se levantaban muros de contención y, varios metros más adelante, los restos de un puente cruzaban de una ribera a otra.

Me acerqué.

El puente estaba decorado con relieves.

Allí encontré las primeras inscripciones que pude examinar de cerca.

Eran los mismos signos.

No parecidos.

Los mismos.

Me arrodillé frente a la piedra y acerqué la lámpara hasta casi tocarla. Las líneas angulares, los grupos de marcas y aquellas extrañas combinaciones de curvas coincidían con la escritura que Klenze había trazado durante semanas sin comprenderla.

Sentí que mi respiración se aceleraba dentro del casco.

Recordé su cuaderno.

Recordé la nota de Hartwig.

Recordé la piedra del fondo que Klenze había visto antes que yo.

Era posible, me dije, que la semejanza fuera producto de mi memoria. Había contemplado aquellos signos tantas veces que cualquier escritura desconocida podía parecerme relacionada con ellos.

Llevaba sujeta al antebrazo una pequeña tablilla encerada que había preparado antes de salir. Con el punzón copié cuatro de los signos más simples, lentamente y con la torpeza que imponían las articulaciones del traje.

Después continué caminando.

En una construcción próxima al cauce encontré monedas o, al menos, objetos que parecían cumplir esa función. Eran discos metálicos ennegrecidos por el tiempo, algunos todavía apilados dentro de una pequeña cavidad de piedra. Guardé tres en una pequeña bolsa de lona que había fijado al cinturón

exterior del traje antes de salir.También recogí un fragmento de cerámica decorado con líneas geométricas y una pequeña pieza de material oscuro que podía haber pertenecido a algún instrumento.

La emoción del descubrimiento comenzó a imponerse sobre cualquier inquietud.

Aquel lugar no era un sueño.

No era una alucinación de Klenze.

No era una superstición de marineros aterrorizados.

Era una ciudad real.

Y yo podía tocarla.

Por primera vez desde que habíamos quedado atrapados sentí una especie de orgullo. Si sobrevivía, el hallazgo llevaría mi nombre. Incluso si no lo hacía, los objetos que transportaba podían algún día proporcionar evidencia suficiente para que otros comprendieran lo que había descubierto.

Entonces recordé la botella.

La idea regresó con mucha más fuerza.

Quizá no necesitaba sobrevivir para comunicarlo.

Podía escribir.

No una bitácora técnica, sino un relato.

Una relación ordenada de todo lo ocurrido desde el Victory.

La idea me pareció sensata.

No pensé todavía en cómo comenzar.

Continué mi exploración.

El tiempo dentro del traje resultaba difícil de percibir, pero la disminución de la carga de la lámpara me recordó que debía regresar. Había recorrido apenas una fracción de la ciudad y, aun así, llevaba conmigo suficiente material para ocupar a un arqueólogo durante años.

Antes de volver al U-29 levanté la vista hacia la ladera.

El templo dominaba la plaza desde la distancia.

La luz principal del submarino iluminaba parcialmente su fachada, creando sombras largas entre las columnas. Desde allí parecía todavía más enorme.

Tuve la impresión de que la entrada era más oscura que el agua que la rodeaba.

Me pareció una idea absurda.

Regresé.

La operación de entrar nuevamente en el submarino resultó más agotadora que la salida. Manipular las compuertas sin ayuda exigía paciencia y una secuencia precisa, pero finalmente conseguí cerrar la esclusa exterior, vaciarla y regresar al interior.

Cuando retiré el casco, el aire del U-29 me pareció extraordinariamente cálido.

Me senté en el suelo.

Durante varios minutos no hice nada.

Después comencé a reír.

No por miedo.

Por triunfo.

Había caminado sobre calles que ningún hombre moderno había pisado. Había tocado inscripciones pertenecientes a un pueblo desconocido y recogido objetos de una civilización cuya existencia obligaría a reescribir buena parte de nuestra historia.

Klenze habría disfrutado aquel momento.

El pensamiento apareció con tanta naturalidad que mi alegría disminuyó.

Saqué las monedas.

Las limpié cuidadosamente.

En una de ellas apareció un rostro.

Joven.

Sereno.

Rodeado por una corona.

La solté.

El disco golpeó la mesa y giró varias veces antes de quedar

inmóvil.

Me acerqué.

La corrosión impedía distinguir muchos detalles, pero la semejanza era evidente.

Aquel rostro me recordaba a la cabeza de marfil.

Demasiado.

Guardé la moneda en un cajón.

No la examiné otra vez aquella noche.

Dormí poco.

El 17 de agosto desperté con una determinación clara: entraría en el templo.

Preparé el traje inmediatamente después de comer y revisé la lámpara portátil. Fue entonces cuando descubrí el problema.

La carga era insuficiente.

Intenté sustituir las baterías.

No encontré repuestos.

Revisé los compartimentos donde debían almacenarse y descubrí que varias cajas habían sido destruidas durante el motín. Algunas contenían piezas rotas; otras estaban completamente vacías.

Sentí una furia desproporcionada.

Golpeé una de las cajas contra el suelo.

La idea de haber atravesado todo aquello para quedar detenido a pocos metros de la entrada del templo por la estupidez de seis marineros muertos me resultaba insoportable.

Busqué durante casi una hora.

Nada.

La lámpara portátil podía funcionar todavía, pero no durante el tiempo suficiente para realizar una exploración segura del interior.

Consideré entrar de todos modos.

Deseché la idea.

No porque tuviera miedo.

Un edificio excavado en la roca podía contener cámaras extensas, desniveles o pasajes donde perder la orientación. Podía encontrar obstáculos, zonas derrumbadas o animales marinos desconocidos. Avanzar sin una fuente de luz fiable habría sido una irresponsabilidad incompatible con cualquier método científico.

Eso me dije.

Me puse el traje.

Decidí al menos estudiar la fachada de cerca.

El trayecto desde el submarino hasta la escalinata era breve,

pero aquella mañana me pareció diferente. El templo había dejado de ser simplemente uno de los edificios de la ciudad. Todo cuanto había descubierto el día anterior parecía conducir hacia él: las procesiones talladas, los motivos solares, las monedas y la extraña repetición de aquel rostro.

Subí el primer peldaño.

Después otro.

Cada escalón era extraordinariamente ancho y estaba cubierto por una capa fina de sedimento. A ambos lados se elevaban columnas cuya superficie aparecía decorada con relieves continuos. Me aproximé a una de ellas.

Sacerdotes.

Sacerdotisas.

Niños llevando ramas.

Animales desconocidos.

Procesiones enteras avanzaban hacia la misma figura central.

El dios radiante.

A aquella distancia ya podía distinguir su rostro.

Me quedé inmóvil.

Era joven.

De facciones extraordinariamente armoniosas.

Los cabellos caían en rizos ordenados alrededor de la frente y, sobre ellos, una corona de hojas formaba un círculo ceremonial.

La cabeza de marfil.

No podía seguir negándolo.

Había sostenido aquel rostro entre mis manos.

Lo había observado durante semanas en el interior del U-29.

Klenze lo había llevado consigo al océano.

Y ahora aparecía esculpido cientos de veces sobre un templo que debía haber permanecido sumergido durante una época inconcebible.

Me acerqué más.

Podía ser una coincidencia artística.

Los rostros ideales tienden a compartir ciertas proporciones. Las coronas vegetales fueron comunes en muchas religiones antiguas. Era posible que mi memoria, alterada por el aislamiento, estuviera exagerando la semejanza.

Pero incluso mientras elaboraba aquella explicación sabía que mentía.

Era el mismo rostro.

Seguí subiendo.

La entrada se alzaba frente a mí.

La luz del U-29 alcanzaba los primeros metros del interior, pero se extinguía rápidamente. Encendí mi lámpara portátil y dirigí el haz hacia la abertura.

Oscuridad.

Avancé hasta el umbral.

El suelo continuaba hacia dentro.

Lo comprobé con una vara metálica que había llevado conmigo y di un paso.

Después otro.

La sensación fue inmediata.

Miedo.

No inquietud.

No prudencia.

No la tensión propia de un hombre que calcula riesgos.

Miedo.

Me detuve.

Durante toda mi vida había conocido el peligro en formas muy distintas. Había estado bajo bombardeos, había visto proyectiles pasar sobre una cubierta y había esperado cargas de profundidad sabiendo que el siguiente impacto podía destruirnos. Conocía la reacción física del cuerpo ante una amenaza: el pulso acelerado, la tensión muscular, la

concentración extrema.

Aquello era diferente.

No había ningún peligro visible.

Nada se movía.

Nada sonaba.

La entrada estaba vacía.

Y, sin embargo, cada parte de mi organismo exigía que retrocediera.

Dirigí la lámpara hacia arriba.

No alcancé el techo.

La moví hacia los lados.

No encontré las paredes.

El espacio era mucho mayor de lo que la fachada permitía imaginar.

Di un tercer paso.

Algo cambió.

No puedo explicar qué.

No escuché una voz ni vi movimiento alguno. No apareció ninguna criatura. La oscuridad continuó siendo oscuridad.

Pero tuve la certeza de que si daba un paso más dejaría de estar

simplemente observando aquel lugar.

Estaría entrando en él.

La distinción parece absurda al escribirla.

En aquel momento resultó absoluta.

Retrocedí.

Me avergoncé de inmediato.

Intenté avanzar otra vez.

No pude.

Mis piernas respondían.

El traje funcionaba.

Mi razón insistía en que no existía ningún impedimento.

Pero algo más fuerte que cualquiera de esas cosas me mantuvo fuera.

Permanecí en el umbral durante varios minutos.

Entonces creí escuchar algo.

Muy débil.

Tan débil que podía haber sido únicamente el funcionamiento del regenerador dentro de mi traje.

Un ritmo.

Tres notas, quizá.

Después silencio.

Pensé en Klenze.

Está llamando.

Retrocedí por la escalinata.

No corrí.

Me negué a hacerlo.

Regresé al U-29 con la misma lentitud con que había salido y completé la operación de entrada sin cometer ningún error. Solo cuando retiré el casco advertí que estaba respirando con demasiada rapidez.

Apagué las luces interiores para conservar energía.

El submarino quedó completamente oscuro.

Me senté junto a la mesa.

Durante mucho tiempo permanecí allí intentando comprender lo ocurrido.

Había llegado a la puerta de un edificio vacío y había retrocedido.

Yo.

Karl Heinrich, Graf von Altberg-Ehrenstein.

Un hombre que había contemplado la muerte sin pestañear, que había ordenado disparar contra enemigos indefensos cuando la misión lo exigía, que había ejecutado a sus propios hombres

para conservar el mando y que había visto desaparecer a toda su tripulación sin permitir que el miedo alterara su juicio.

Había retrocedido ante una puerta.

Recordé entonces una de las últimas frases de Klenze.

Que los dioses se apiaden del hombre que consiga permanecer cuerdo hasta el final.

Por primera vez no pensé en ella como la frase de un loco.

Pensé en ella como una advertencia.

Y en la oscuridad completa del U-29, con la ciudad muerta extendiéndose al otro lado del casco y el templo a pocos metros de mí, comprendí que empezaba a temer no aquello que pudiera encontrar dentro de él, sino la posibilidad mucho más inquietante de que una parte de mí deseara regresar.

Capítulo X

La llamada

El 18 de agosto permanecí dentro del U-29 durante casi todo el día, si todavía puede llamarse día a una sucesión de horas transcurridas bajo miles de metros de agua y sin otra referencia que las agujas de un reloj. No tenía ninguna razón práctica para abandonar nuevamente el submarino. La lámpara portátil apenas conservaba energía suficiente para una salida breve y el reflector principal mostraba una disminución evidente de intensidad. Continuar explorando la ciudad habría significado consumir recursos que podían resultar indispensables ante una emergencia, aunque ya empezaba a resultar difícil imaginar qué clase de emergencia podía tener importancia para un hombre condenado a morir en el fondo del Atlántico.

Apagué la iluminación de los compartimentos que no utilizaba y dejé encendida únicamente una lámpara en la sala de oficiales. La oscuridad ocupó el resto del submarino con una rapidez sorprendente. Hasta entonces no había comprendido cuánto dependía mi percepción del espacio de aquellas pequeñas bombillas eléctricas; sin ellas, los corredores parecían prolongarse mucho más allá de sus dimensiones reales y cada puerta abierta se convertía en un rectángulo negro cuya profundidad no podía calcular. Me descubrí cerrándolas una tras otra, no por necesidad, sino porque prefería tener paredes a mi alrededor.

Intenté leer.

No pude.

Había colocado sobre la mesa las tres monedas recogidas en la ciudad y las observaba con mayor frecuencia de la que estaba dispuesto a admitir. Una de ellas mostraba aquel rostro que ya no podía fingir no reconocer. La corrosión había destruido parte de la nariz y de los labios, pero la expresión general seguía siendo inequívoca: el mismo joven coronado que aparecía en la cabeza de marfil, en los frisos del templo y en los relieves repartidos por la ciudad.

Era imposible establecer una relación razonable entre el cadáver recogido después del hundimiento del Victory y una civilización que debía haber desaparecido mucho antes de cualquier cronología conocida. Aquella pequeña escultura podía haber sido una falsificación moderna inspirada en algún hallazgo arqueológico desconocido. Podía haber pertenecido a una tradición religiosa conservada durante milenios. Incluso podía tratarse de una semejanza accidental, amplificada por semanas de aislamiento y por mi conocimiento de las obsesiones de Klenze.

Todas aquellas explicaciones eran imperfectas.

Pero seguían siendo explicaciones.

Me aferré a ellas.

Fue entonces cuando recordé una frase suya.

Los sueños son el momento en que dejo de olvidar.

La había considerado una de tantas expresiones poéticas con las que Klenze disfrazaba su debilidad mental. Ahora me pregunté qué habría querido decir realmente. No porque estuviera dispuesto a aceptar que hubiese recordado una ciudad perdida antes de verla, sino porque empezaba a sospechar que su mente había percibido alguna relación que la mía, más disciplinada, había rechazado sistemáticamente.

Cogí una de sus antiguas carpetas.

Había conservado algunos dibujos después de su desaparición. No por sentimentalismo, sino porque constituían evidencia de su enfermedad y quizá, llegado el caso, permitirían reconstruir el desarrollo de sus alucinaciones. Extendí las hojas sobre la mesa y las comparé con los bocetos que yo mismo había realizado de la ciudad.

La coincidencia era demasiado precisa.

No solo el templo.

El valle.

El antiguo cauce.

Las terrazas.

Incluso una plaza secundaria que había descubierto durante mi recorrido aparecía representada en uno de sus dibujos, aunque Klenze la había trazado antes de que el U-29 alcanzara el fondo.

Sentí que el aire se volvía más pesado.

Guardé los papeles.

Era posible que hubiese visto formaciones semejantes durante alguna observación que yo no recordaba. También era posible que mis propios dibujos estuvieran siendo inconscientemente modificados por el recuerdo de los suyos.

La mente humana posee innumerables formas de engañarse.

La afirmación me tranquilizó durante algunos minutos.

Después la lámpara parpadeó.

La observé.

Volvió a estabilizarse.

Aquella pequeña variación me recordó que nuestras baterías se acercaban al final y que, muy pronto, incluso la posibilidad de estudiar aquellas coincidencias desaparecería.

Apagué la luz.

La oscuridad fue absoluta.

Me senté y permanecí escuchando mi propia respiración.

Había comenzado a hacerlo con frecuencia desde la muerte de Klenze. En un submarino lleno de hombres, la respiración individual se pierde entre centenares de pequeños sonidos. Ahora cada inspiración parecía pertenecer a la máquina entera. El aire entraba en mis pulmones, salía y volvía a entrar mientras

los regeneradores químicos trabajaban silenciosamente en algún compartimento cercano. A veces imaginaba que el U-29 respiraba conmigo.

No tardé en comprender que aquella idea resultaba desagradable.

Encendí de nuevo la lámpara.

La batería duraría menos.

No me importó.

Preparé café y bebí lentamente mientras examinaba la pistola automática. No tenía intención inmediata de utilizarla, pero desde que Klenze se marchó había empezado a considerar con mayor seriedad la posibilidad de elegir el momento de mi muerte. El aire podía agotarse gradualmente, convirtiendo las últimas horas en una lenta asfixia; el submarino podía sufrir finalmente una rotura estructural; o quizá algún fallo de los regeneradores podía obligarme a soportar un deterioro mucho más prolongado.

Una bala resultaba sencilla.

Ordenada.

Humana.

Dejé la pistola sobre la mesa.

No estaba preparado todavía.

Entonces vi la moneda.

No había cambiado de posición.

Sin embargo, durante un instante tuve la certeza de que los ojos del rostro tallado miraban hacia mí.

Me acerqué.

Naturalmente, no ocurrió nada.

Tomé el disco entre los dedos.

Y el U-29 desapareció.

No existe otra forma de describirlo.

No perdí el conocimiento. No sentí mareo ni experimenté la transición nebulosa propia de un sueño. Un momento estaba sentado ante la mesa de oficiales y al siguiente me encontraba de pie bajo un cielo de un azul tan intenso que casi me produjo dolor.

El sol brillaba.

Había olvidado el sol.

La luz caía sobre una ciudad blanca.

Durante unos segundos no comprendí lo que estaba viendo porque mi mente se había acostumbrado demasiado a las ruinas. Allí no había columnas partidas ni edificios abiertos por el derrumbe. Las terrazas estaban cubiertas de árboles y flores. El antiguo cauce transportaba agua clara bajo puentes intactos, y en las calles caminaban centenares de personas vestidas con túnicas ligeras de colores que el océano había borrado para

siempre.

La ciudad estaba viva.

Reconocí la plaza.

Reconocí las escalinatas.

Reconocí incluso el lugar exacto donde, miles de años después, descansaría el U-29.

Pero no pensé que estuviera contemplando el pasado.

Ese habría sido un pensamiento extraordinario.

Lo que pensé fue mucho peor.

Recordaba aquel lugar.

Sabía que al final de una determinada calle había una fuente circular antes de verla. Sabía que detrás de una fila de columnas existía un patio cubierto de árboles bajos. Sabía que el río realizaba una curva más allá de los edificios orientales y que desde la terraza superior podía contemplarse el océano.

No estaba aprendiendo la ciudad.

La conocía.

Caminé entre la multitud, aunque no podía sentir mis piernas. Nadie parecía verme. Los rostros pasaban a mi lado con una serenidad que me resultó desconcertante. Eran humanos o suficientemente próximos a nosotros como para que cualquier diferencia desapareciera bajo la distancia de aquel recuerdo

imposible. Vi ancianos, niños, comerciantes y soldados. Algunas mujeres llevaban recipientes sobre la cabeza; varios hombres trabajaban junto al canal descargando mercancías de pequeñas embarcaciones.

No era una visión de barbarie.

Era una civilización.

Y era hermosa.

Sobre las terrazas crecían jardines de una complejidad extraordinaria. El agua descendía por canales artificiales entre árboles de hojas oscuras. Esculturas pintadas adornaban las plazas y largas telas colgaban entre los edificios. En algunas fachadas reconocí los mismos símbolos que Klenze había trazado sin comprenderlos.

En aquel momento sí comprendía.

No las palabras.

Su intención.

Celebración.

Regreso.

Ascenso.

Las ideas aparecieron en mi mente sin formar frases.

Entonces escuché música.

Procedía del templo.

No pude identificar los instrumentos. Había voces humanas entrelazadas con tonos demasiado graves para corresponder a ninguna garganta que conociera. La melodía poseía una estructura repetitiva, lenta y solemne. Cada repetición añadía nuevas voces.

La multitud comenzó a detenerse.

La alegría desapareció de las calles.

Nadie gritó.

Eso fue lo primero que me hizo sentir miedo.

Desde las terrazas más elevadas, hombres vestidos con largas túnicas blancas descendían hacia la plaza. Algunos llevaban máscaras doradas; otros sostenían objetos que reconocí inmediatamente de los frisos del templo. Las procesiones que había interpretado como ceremonias festivas no eran representaciones idealizadas.

Estaba viendo una.

Familias enteras abandonaban sus casas y se incorporaban a las filas.

El canto continuaba.

Entonces el océano empezó a retirarse.

Desde la terraza podía verlo más allá de la ciudad.

La línea de costa retrocedía con una velocidad imposible, dejando expuestas extensiones inmensas de roca y arena.

Barcos enteros quedaban inclinados sobre el fondo descubierto mientras peces se agitaban entre charcos cada vez más pequeños.

Esperé pánico.

No lo hubo.

Los habitantes continuaron avanzando hacia el templo.

Comprendí que sabían lo que estaba ocurriendo.

Lo habían esperado.

Quizá durante generaciones.

Una mujer abandonó la procesión.

Llevaba un niño en brazos.

Corrió hacia una calle lateral.

Dos hombres con máscaras la interceptaron.

No vi el primer golpe.

Sí el segundo.

La mujer cayó.

El niño rodó sobre las piedras.

Uno de los hombres lo levantó y lo devolvió a la procesión.

La madre quedó tendida en medio de la calle.

Nadie se detuvo.

El canto aumentó.

Vi sangre correr entre las juntas del pavimento.

Después aparecieron más cuerpos.

Algunos habían intentado huir. Otros parecían haberse quitado la vida. En una plaza, varios hombres estaban arrodillados mientras un sacerdote avanzaba entre ellos con un instrumento curvo. No comprendí el ritual y agradezco no haber visto suficiente para hacerlo.

La ciudad no estaba celebrando.

Se estaba preparando.

Pero no sabía para qué.

Levanté la vista hacia el cielo.

Las estrellas eran visibles.

A pleno día.

No unas pocas.

Miles.

El sol continuaba brillando y, sin embargo, constelaciones enteras aparecían sobre la ciudad. No reconocí ninguna. Algunas parecían ocupar posiciones que ningún cielo terrestre debería permitir.

Entonces las sombras cambiaron.

Hasta aquel momento todas se proyectaban hacia el oeste, obedeciendo al sol.

Después comenzaron a extenderse hacia el norte.

No todas al mismo tiempo.

Primero las columnas.

Después los edificios.

Finalmente las personas.

Había otra luz.

No miré hacia su origen.

No sé por qué.

Solo sé que incluso dentro de aquella visión comprendí que no debía hacerlo.

El suelo tembló.

Una torre se quebró.

La multitud continuó cantando.

Entonces vi el horizonte.

Donde antes había estado el océano aparecía una línea oscura.

Al principio pensé que el agua regresaba.

La línea creció.

No puedo asegurar que fuera una ola.

Una ola posee una superficie, una dirección y un límite.

Aquello parecía ocupar el horizonte entero.

Mientras se acercaba, algunas personas comenzaron a reír. Otras gritaban sin dejar de cantar. Vi hombres arañarse el rostro hasta cubrirse de sangre y mujeres levantar a sus hijos hacia el cielo estrellado.

La ciudad empezó a romperse.

El cauce del río se abrió por la mitad.

Edificios enteros se hundieron.

Las terrazas se deslizaron unas sobre otras mientras grandes grietas atravesaban las calles. Columnas que habían permanecido en pie durante siglos se desplomaron sobre las procesiones.

El templo no sufrió daño alguno.

La multitud seguía subiendo sus escalinatas.

La línea negra llegó.

No golpeó la ciudad.

Cayó sobre ella.

Esa es la única descripción que puedo ofrecer.

Durante un instante tuve la impresión de que el océano entero se encontraba suspendido sobre aquel valle y que una voluntad incomprensible acababa de permitirle descender.

El agua cubrió las calles.

Los cuerpos desaparecieron.

Las estatuas fueron arrancadas de sus pedestales.

Las casas se derrumbaron bajo una violencia que convirtió el día en una masa de espuma, piedra y sangre.

Y aun así podía escuchar el canto.

Bajo el agua.

Miles de voces.

Todavía cantando.

La visión cambió.

No sé cuánto tiempo había pasado.

La ciudad estaba sumergida.

Ya no quedaban árboles ni colores. Los cadáveres flotaban entre edificios destruidos mientras sedimentos oscuros comenzaban a cubrir lentamente las calles.

Pero había movimiento.

Personas descendían hacia la plaza.

Personas que deberían estar muertas.

Caminaban bajo el agua.

No nadaban.

Al principio caminaban.

Luego sus movimientos cambiaron.

No puedo describirlo con precisión. Las piernas parecían perder importancia. Los cuerpos se inclinaban y avanzaban con una facilidad cada vez mayor mientras ascendían hacia el templo. Algunos se desplazaban de manera tan rápida que mi vista apenas podía seguirlos.

Una figura pasó cerca de mí.

Tenía una cicatriz larga sobre el hombro izquierdo.

Sentí que conocía aquella marca.

No supe por qué.

Las puertas del templo permanecían abiertas.

La multitud entraba.

Uno tras otro.

Centenares.

Miles.

Ninguno regresaba.

Y entre ellos apareció el joven.

La corona de hojas descansaba sobre sus cabellos.

No caminaba.

El agua parecía apartarse de él.

Su rostro era el de la cabeza de marfil.

El de las monedas.

El de los relieves.

Pero cuando estuvo lo suficientemente cerca comprendí que había cometido un error.

No era joven.

No era viejo.

Esas palabras no podían aplicársele.

Me miró.

Y sonrió.

Volví a encontrarme dentro del U-29.

La moneda había caído al suelo.

Yo estaba de pie junto a la mesa.

No recordaba haberme levantado.

La lámpara seguía encendida.

Miré el reloj.

Habían pasado cuatro minutos.

Solo cuatro.

Me apoyé contra el mamparo.

Mi ropa estaba empapada de sudor.

Intenté convencerme de que había sufrido una pérdida momentánea de conciencia acompañada por una alucinación compleja. El aislamiento prolongado, la mala calidad del aire, la falta de sueño y el estrés podían producir alteraciones perceptivas extraordinarias. Klenze había demostrado hasta dónde podía llegar una mente sometida a aquellas condiciones.

Recogí la moneda.

Mis manos temblaban.

Entonces recordé la cicatriz.

No la había visto en ningún habitante de la ciudad antes de aquella visión.

Sin embargo, sabía dónde la había visto.

El delfín.

Aquel que había observado durante más de dos horas sin que ascendiera a respirar.

Poseía una marca clara junto a la aleta dorsal.

No era idéntica.

No podía serlo.

Me senté.

Durante varios minutos permanecí mirando la mesa sin moverme.

Recordé los delfines rodeando el U-29.

Recordé sus ojos.

Recordé la forma en que aparecían cada vez que arrojábamos un cuerpo al mar.

Recordé cómo se habían agrupado alrededor de Klenze.

Y recordé que habían desaparecido cuando llegamos a la ciudad.

Una idea comenzó a formarse.

La rechacé antes de que pudiera adquirir palabras.

No existía ninguna relación.

No podía existir.

Eran cetáceos.

Mamíferos.

Animales.

Nada más.

Repetí aquellas palabras varias veces en silencio hasta que recuperé el control de mi respiración.

No incluí la visión en la bitácora.

Ni siquiera intenté resumirla.

Por primera vez desde que había comenzado a registrar

los acontecimientos del U-29, encontré algo que no estaba dispuesto a dejar por escrito.

Aquella omisión me produjo una inquietud particular.

Quizá porque comprendí que no intentaba proteger a quien pudiera leer mis notas.

Intentaba protegerme a mí mismo.

La lámpara parpadeó de nuevo.

Esta vez no recuperó toda su intensidad.

La apagué.

La oscuridad ocupó la sala.

Permanecí sentado con la pistola sobre la mesa y la moneda dentro del puño, escuchando el silencio del submarino.

Al cabo de varios minutos advertí algo que al principio atribuí al pulso de mi propia sangre.

Un ritmo.

Muy débil.

Tres notas.

Una pausa.

Después otras tres.

No procedían del interior del U-29.

Cerré los ojos.

El sonido desapareció.

Los abrí.

Regresó.

No era posible.

El casco aislaba cualquier sonido exterior de aquella naturaleza.

Me puse de pie.

El ritmo continuó.

Y entonces, debajo de él, apareció algo más.

Una voz.

Después otra.

Luego centenares.

Un canto lento y remoto, idéntico al que había escuchado mientras la ciudad moría.

Klenze había dicho la verdad.

Algo estaba llamando.

Permanecí inmóvil durante varios minutos, tratando de determinar si aquel canto procedía realmente del exterior o si era una consecuencia de la visión que acababa de sufrir. El razonamiento más sencillo favorecía la segunda posibilidad. La acústica del U-29 hacía imposible escuchar una sucesión

de voces a través del casco, mucho menos con aquella claridad, y no existía criatura conocida capaz de producir un sonido semejante a tales profundidades. Mi estado físico ofrecía, en cambio, numerosas explicaciones: falta de sueño, aislamiento prolongado, aire degradado y una tensión nerviosa que llevaba semanas acumulándose. Si Klenze había terminado escuchando voces que nadie más podía oír, nada impedía que mi organismo comenzara a reproducir síntomas semejantes.

La conclusión era razonable. El problema consistía en que no lograba creerla del todo.

El canto no parecía situado dentro de mi cabeza. Poseía dirección. Distancia. Incluso una cualidad espacial que cambiaba ligeramente cuando me desplazaba por la sala. Al acercarme al costado orientado hacia el templo se volvía más perceptible; si retrocedía hacia el corredor de popa, disminuía hasta confundirse con el ruido de mi propia circulación. Realicé aquella prueba varias veces y obtuve siempre el mismo resultado.

No anoté el experimento.

Busqué entre nuestras medicinas hasta encontrar bromuro de sodio y preparé una dosis mayor de la aconsejable. Klenze habría disfrutado enormemente al verme recurrir a un sedante para proteger aquello que yo seguía llamando mi juicio racional. Bebí la solución y permanecí sentado esperando sus efectos. Durante algún tiempo funcionó. Mi respiración se hizo más lenta, la tensión de mis músculos disminuyó y las voces

comenzaron a desvanecerse hasta convertirse en un murmullo casi indistinguible.

La oscuridad, sin embargo, permanecía.

Encendí una cerilla.

La pequeña llama iluminó apenas la mesa y una parte del mamparo. Las sombras se agitaron alrededor de mí y, por un instante, creí distinguir a alguien sentado en el lugar que había ocupado Klenze durante nuestras últimas semanas.

La cerilla se consumió.

Encendí otra.

La silla estaba vacía.

No me sorprendió. Esperaba aquella clase de engaño perceptivo y, en cierto modo, me tranquilizó reconocerlo. Una alucinación evidente era más fácil de soportar que una experiencia cuya realidad no podía refutar.

Gasté tres cerillas más antes de obligarme a detenerme. No disponía de muchas y la perspectiva de necesitarlas cuando las baterías quedaran completamente agotadas bastó para vencer mi deseo infantil de luz. Volví a la oscuridad y apoyé la cabeza sobre los brazos.

Debí de dormirme.

Soñé con el Victory.

No con su hundimiento, sino con los minutos posteriores. El

mar estaba lleno de restos y los botes salvavidas se alejaban mientras nuestras armas disparaban desde la cubierta del U-29. Yo observaba la escena desde una posición imposible, por encima de ambos barcos, y podía distinguir todos los rostros.

La mujer protegía a su hija.

El niño de la bufanda roja estaba allí, aunque pertenecía a otro barco y a otro invierno.

También estaban Raabe, Schneider, Müller, Traube y los hombres que había ejecutado durante el motín.

Todos flotaban entre los pasajeros.

Nadie parecía herido.

Nadie se ahogaba.

Simplemente me miraban.

Entonces el joven moreno apareció entre ellos.

Nadaba con una tranquilidad insultante, llevando la pequeña cabeza de marfil entre las manos. Al llegar hasta el bote donde se encontraba la mujer, se detuvo y levantó la figura hacia mí.

Los muertos comenzaron a hundirse.

No caían.

Descendían.

Uno tras otro desaparecieron bajo la superficie manteniendo los ojos abiertos, como si supieran exactamente adónde se

dirigían.

Klenze fue el último.

No llevaba uniforme.

Tenía una cicatriz pálida sobre el hombro.

Desperté violentamente.

Durante algunos segundos no supe dónde me encontraba. Extendí la mano sobre la mesa hasta tocar el vaso del bromuro, después la pistola y finalmente la moneda que había dejado junto a ellos.

Entonces advertí que podía verlos.

No con claridad.

Pero podía verlos.

Me incorporé.

La lámpara seguía apagada. Las baterías no alimentaban ninguna iluminación interior y la última cerilla había muerto mucho antes.

Sin embargo, una claridad tenue ocupaba la sala.

Me quedé completamente inmóvil.

No era blanca ni azul en el sentido habitual. Poseía una tonalidad verdosa apenas perceptible, semejante a ciertas formas de fosforescencia marina, y entraba a través del ojo de buey orientado hacia la plaza. A aquella intensidad podía

distinguir los bordes de la mesa, las sillas y el vaso vacío del sedante.

Mi primera reacción fue de alivio.

Bioluminiscencia.

La explicación era perfectamente natural.

Existen organismos capaces de producir luz mediante procesos químicos, y las profundidades oceánicas albergan innumerables especies que la ciencia apenas ha comenzado a catalogar. La aparición de una concentración extraordinaria de tales organismos alrededor del submarino podía explicar el fenómeno sin recurrir a ninguna otra hipótesis.

Me levanté y toqué el vaso.

Estaba exactamente donde la luz me había permitido verlo.

Aquella comprobación trivial tuvo un efecto inesperado. Si la luminosidad fuera exclusivamente una alucinación, tendría que reproducir con precisión objetos cuya ubicación no recordaba conscientemente. No era imposible, pero tampoco podía descartarse que la luz fuera objetiva.

El canto regresó.

Muy bajo.

Esta vez no intenté ignorarlo.

Caminé hasta el ojo de buey.

Me detuve antes de mirar.

El deseo de hacerlo había aparecido con una fuerza que me alarmó. No era simple curiosidad. Sentía la necesidad física de acercarme al cristal, semejante a la urgencia de respirar después de permanecer demasiado tiempo bajo el agua. Cuanto más intentaba resistirme, más consciente me volvía de aquella atracción.

Retrocedí.

El impulso disminuyó.

Volví a acercarme.

Regresó.

Pensé en Klenze entrando corriendo en la biblioteca.

Está llamando.

Por primera vez comprendí que quizá aquellas palabras no habían sido una metáfora.

Tomé otra dosis de bromuro.

Esperé.

El canto se debilitó nuevamente, pero la necesidad de mirar permaneció.

Finalmente cedí.

A través del cristal no vi lo que esperaba.

La plaza estaba oscura.

No había bancos de organismos fosforescentes alrededor del U-29. Ninguna criatura luminosa flotaba cerca del casco y las ruinas de la ciudad se perdían completamente en las tinieblas. Si existía alguna fuente natural de luz, debía encontrarse más lejos.

Seguí su dirección.

El templo.

La claridad procedía de allí.

Sentí que algo descendía lentamente por mi espalda.

La puerta estaba iluminada.

También las ventanas.

No reflejaban una luz exterior. El resplandor surgía desde el interior del edificio, irregular y palpitante, como el de una gran llama situada a enorme distancia dentro de la montaña. A veces aumentaba y dejaba distinguir fugazmente las columnas y los primeros peldaños de la escalinata; después disminuía hasta convertir nuevamente la fachada en una silueta.

Me aparté del cristal.

Aquello no podía existir.

El templo había permanecido bajo el océano durante una antigüedad inconcebible. No poseía cables, baterías ni ninguna fuente de energía imaginable. La combustión convencional era

imposible en un espacio completamente inundado y ningún organismo luminoso conocido podía producir un resplandor semejante desde el interior de una construcción de aquellas dimensiones.

Volví a mirar.

La luz seguía allí.

Entonces vi movimiento.

No dentro del templo.

En la escalinata.

Una forma atravesó brevemente la zona iluminada y desapareció.

Después otra.

Me acerqué al cristal hasta que mi frente casi lo tocó.

No conseguía distinguirlas con suficiente claridad. Podían ser peces cruzando frente al haz luminoso. Eso era lo único razonable.

Apareció una tercera.

Esta vez ascendió.

No nadó de un lado a otro.

Subió por los peldaños.

Sentí que mi corazón golpeaba con violencia.

La forma desapareció en la entrada.

El canto aumentó.

Cerré los ojos.

La ciudad viva regresó a mi memoria: los habitantes caminando bajo el agua, la multitud entrando en el templo, los cuerpos adoptando movimientos que ya no parecían humanos. Vi otra vez la cicatriz sobre el hombro y recordé al delfín que había seguido al U-29 durante horas.

Abrí los ojos.

Nada se movía en la escalinata.

Me obligué a respirar lentamente.

La mente buscaba patrones. Eso era todo. Había sufrido una alucinación extraordinariamente compleja y ahora interpretaba cualquier sombra a través de ella. La asociación que empezaba a establecer entre aquellos habitantes y los delfines era absurda. No existía proceso natural alguno capaz de justificarla.

Sin embargo, recordé los ojos de aquellos animales.

Nunca me habían parecido completamente animales.

Me alejé de la ventana.

No permitiría que la idea continuara.

Fue entonces cuando escuché mi nombre.

No «Comandante».

No «señor».

Karl.

La voz de Klenze.

Venía del otro lado del casco.

Me volví con tal rapidez que golpeé la mesa.

—No.

Mi propia voz sonó ridícula.

El canto continuó.

Entre aquellas voces creí distinguir nuevamente la suya.

No articulaba palabras. Se integraba en la melodía y desaparecía después, pero reconocí el timbre con la misma certeza con que habría reconocido su rostro.

—Está muerto —dije.

El canto no respondió.

Me dirigí al corredor.

No sabía adónde iba.

Pasé junto a las literas vacías y llegué hasta la esclusa. Allí me detuve.

El mecanismo permanecía exactamente como lo había dejado después de permitir la salida de Klenze.

Apoyé una mano sobre la palanca.

Una idea apareció en mi mente con absoluta claridad.

Abrir.

No era una voz.

No escuché ninguna orden.

Simplemente sabía que debía hacerlo.

Retiré la mano.

Regresé apresuradamente a la sala de oficiales y encendí una cerilla. La llama tembló entre mis dedos.

Sobre la mesa estaban las hojas que había preparado días antes.

La bitácora.

Los registros.

La carpeta.

Y junto a ellos, la botella que había seleccionado casi sin pensarlo.

Me quedé observándolos.

Había considerado escribir una relación de los hechos cuando todavía imaginaba que aquello sería únicamente una precaución científica. Ahora comprendía que era algo distinto.

Un límite.

Si mi mente continuaba deteriorándose, necesitaba dejar constancia de los acontecimientos mientras aún pudiera distinguir entre aquello que había ocurrido y aquello que quizá solo existía dentro de mí.

Me senté.

Tomé una hoja.

Introduje la pluma en el tintero.

Durante algunos segundos no escribí nada.

¿Cómo se registra lo imposible sin parecer un demente?

Miré los dibujos de Klenze.

Pensé en la visión de la ciudad.

En las personas caminando bajo el agua.

En la cicatriz.

En la voz que acababa de escuchar.

No.

Eso no.

Si alguien encontraba aquellas páginas, debía recibir hechos, no delirios. Fechas. Posiciones. Acontecimientos comprobables. Podía mencionar mis alteraciones nerviosas cuando fueran necesarias para explicar mi estado, pero no contaminaría un documento destinado a sobrevivirme con imágenes que yo mismo no podía defender racionalmente.

Aparté la primera hoja.

Todavía no era el momento.

El canto aumentó de intensidad.

Apagué la cerilla.

La fosforescencia del templo volvió a llenar débilmente la estancia.

Y entonces experimenté algo que me resultó mucho más aterrador que la visión anterior.

La luz me produjo alivio.

Hasta ese momento la había considerado una amenaza.

Ahora, rodeado por la oscuridad del U-29, descubrí que quería acercarme a ella.

Quería abandonar el submarino.

Quería subir las escalinatas.

Quería cruzar la entrada ante la que había retrocedido el día anterior.

Me levanté y regresé al ojo de buey.

El templo continuaba resplandeciendo.

Por un instante creí distinguir figuras moviéndose detrás de las ventanas, sombras lentas y verticales que desaparecían cada vez que intentaba concentrar la vista en ellas.

Entonces la luz de la entrada aumentó.

Algo se encontraba allí.

No pude distinguir qué.

Una figura parecía ocupar el centro del umbral.

Alta.

Inmóvil.

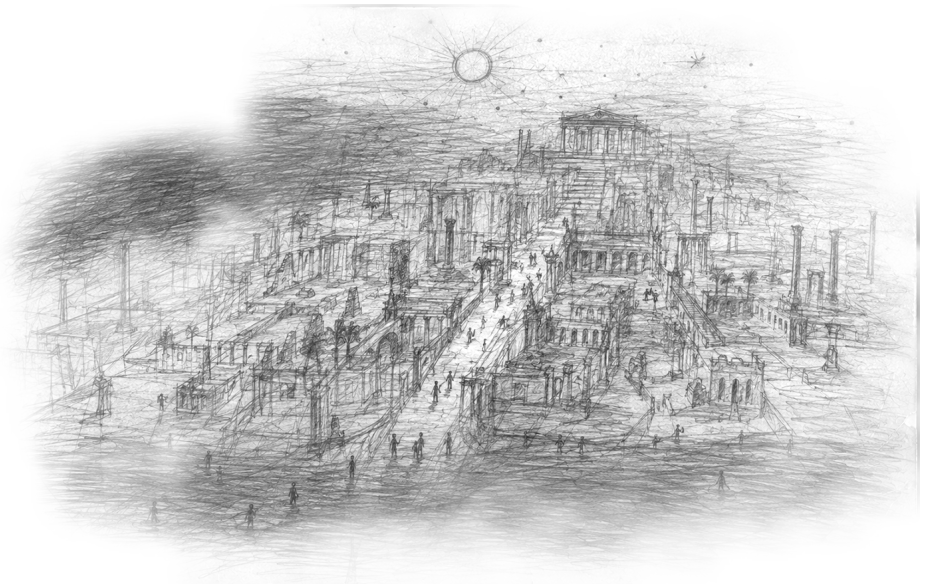
Esperando.

El canto cesó.

El silencio que quedó fue absoluto.

Y dentro de ese silencio comprendí que la llamada ya no necesitaba sonido.

Había entrado en mí.



Capítulo XI

El descenso final

Cuando desperté, supe que iba a abandonar el U-29.

No fue una conclusión a la que llegara mediante razonamiento, ni una decisión tomada después de comparar alternativas. Simplemente estaba allí, completa, instalada en mi pensamiento con la misma certeza con que uno sabe su propio nombre al despertar. Durante algunos segundos permanecí tendido en la oscuridad, escuchando el funcionamiento irregular de los regeneradores y el crujido ocasional del casco. El canto había desaparecido. Tampoco veía ya la claridad verdosa que durante las horas anteriores había penetrado desde el templo. Nada extraordinario ocurría a mi alrededor y, sin embargo, la decisión permanecía.

Me incorporé y busqué el reloj.

20 de agosto de 1917.

Habían transcurrido dos días desde mi primera tentativa de entrar en el templo. Me sorprendió descubrir que apenas conservaba recuerdos claros de una parte de aquel intervalo. Podía reconstruir acciones concretas: había comido, revisado las baterías, tomado bromuro, encendido algunas cerillas y dormido en períodos demasiado breves para resultar reparadores. Recordaba también la visión de la ciudad

viva y la luz detrás de las ventanas del santuario. Entre esos acontecimientos, sin embargo, existían horas enteras reducidas a impresiones inconexas: corredores recorridos sin motivo, mi mano apoyada sobre la palanca de la esclusa, la sensación de estar escuchando a Klenze desde otra habitación y una ocasión en que desperté sentado frente al ojo de buey sin recordar haber abandonado la litera.

Mi estado psicológico era evidentemente anormal.

Aquello, al menos, podía afirmarlo con seguridad.

Encendí una cerilla y avancé hasta la sala de oficiales. La llama reveló durante unos segundos las mesas, las sillas y los platos que ya nadie utilizaba. Cuando se extinguió no encendí otra. Conocía el interior del submarino suficientemente bien para desplazarme en completa oscuridad y la escasa iluminación que todavía podían proporcionar las baterías debía reservarse para operaciones esenciales.

Encontré la carpeta por el tacto.

Dentro estaban las hojas que había preparado días antes.

También la bitácora.

Y la botella.

Las coloqué sobre la mesa.

En aquel momento comprendí qué debía hacer antes de marcharme.

No sé por qué había pospuesto la redacción del testimonio. Quizá mientras permaneciera sin escribir podía fingir que aún esperaba sobrevivir. Preparar un documento destinado a ser encontrado después de mi muerte equivalía a reconocer que ya no existía regreso, y hasta entonces cierta parte de mí había continuado comportándose como Comandante de un submarino temporalmente averiado.

Aquella ficción había terminado.

El U-29 no volvería a Alemania.

Yo tampoco.

Mi deber consistía ahora en conseguir que algo de nosotros regresara.

Restablecí la iluminación de la sala de oficiales durante el tiempo necesario. La lámpara respondió con dificultad y tardó varios segundos en alcanzar una claridad estable. Coloqué la bitácora frente a mí, ordené las hojas, preparé tinta y pluma y permanecí observando el espacio vacío del papel.

Había pasado buena parte de mi vida redactando informes. Conocía la importancia de separar hechos de impresiones, registrar posiciones, conservar fechas y eliminar toda observación cuya naturaleza no pudiera demostrarse. Un documento militar no debía reflejar la confusión de quien lo escribía. Su función era imponer orden sobre los acontecimientos.

Aquello sería más difícil.

¿Cómo reducir a hechos lo ocurrido desde el Victory?

Podía registrar el hundimiento del barco. La aparición del cadáver. La cabeza de marfil. Los incidentes con la tripulación. La avería de los motores, nuestra deriva y la desaparición de Klenze. Podía describir la ciudad y el templo porque ambos poseían una existencia material que había comprobado con mis propias manos.

Pero había otras cosas.

El niño de la bufanda roja no tenía lugar allí.

Tampoco la mujer protegiendo a su hija.

Ni el hombre golpeando el casco mientras descendíamos.

Aquellos recuerdos pertenecían a Klenze, a mí o a una región de la conciencia sobre la que ningún tribunal militar tenía jurisdicción.

Mucho menos podía escribir acerca de la ciudad bajo el sol.

De las estrellas visibles durante el día.

Del océano suspendido sobre ella.

De los hombres y mujeres caminando después de que el agua los hubiera cubierto.

De aquella marca en el hombro.

De los delfines.

Me detuve.

La imagen de aquellos animales regresó con una intensidad inesperada. Durante semanas los había considerado una curiosidad zoológica. Había dedicado horas a observarlos, convencido de que, si lograba demostrar algún error en mis cálculos de profundidad, podría explicar su presencia de forma satisfactoria. Ahora comprendía que precisamente ese esfuerzo por clasificarlos había evitado que me formulara una pregunta mucho más sencilla.

¿Por qué nos habían acompañado?

Desde el Victory.

Durante la deriva.

Durante el descenso.

Después de la muerte de la tripulación.

Hasta la ciudad.

Y cuando habíamos llegado...

Habían desaparecido.

Pensé en Klenze saliendo de la esclusa y en aquella masa de cuerpos grises que había bloqueado mi visión.

No sabía qué había ocurrido detrás de ellos.

Quizá nunca lo sabría.

Una asociación intolerable intentó abrirse paso en mi mente.

La reprimí.

No escribiría sobre ello.

No porque lo creyera.

Precisamente porque no estaba dispuesto a concederle la dignidad de una hipótesis.

Pensé en la primera frase durante unos segundos.

Mojé la pluma.

Nunca creí en los presagios.

La frase apareció en mi pensamiento con una claridad casi dolorosa. Durante unos segundos consideré utilizarla. Había algo apropiado en comenzar de aquel modo, aunque también demasiado personal. No estaba redactando una confesión. Estaba preparando un informe.

Aparté aquella frase.

Y escribí:

El 20 de agosto de 1917, yo, Karl Heinrich, Graf von Altberg-Ehrenstein...

Escribí sobre las supersticiones de los marineros, sobre mi desprecio hacia quienes encontraban voluntad en la naturaleza y sobre la convicción que había guiado mi vida: el océano no guarda rencor; el universo carece de voluntad. Al poner aquellas ideas sobre el papel sentí una extraña necesidad de defenderlas con mayor firmeza de la que habría considerado

necesaria semanas atrás.

Comprendí por qué.

No estaba escribiendo únicamente para un lector desconocido.

Estaba argumentando contra el templo.

Cada frase racional era una barricada.

Cada fecha, una defensa.

Cada explicación, una forma de mantener aquello al otro lado del cristal.

Escribí mi nombre completo.

Mi rango.

El U-29.

La guerra.

El Victory.

Al llegar al ataque contra los botes salvavidas detuve la pluma.

Las imágenes regresaron.

Una madre inclinándose sobre una niña.

Disparos.

Agua roja.

Klenze diciéndome que había pensado únicamente en el ángulo de las balas.

Podía contar aquello.

Podía dejar constancia de cada orden.

Pero ¿para qué?

El documento no era una confesión.

Era un informe.

Escribí lo necesario y seguí adelante.

Cuando llegué a Klenze descubrí que la dificultad era mayor.

¿Cómo describir al hombre que había vivido conmigo aquellas últimas semanas?

Podía escribir que era sentimental.

Que su mente carecía de la fortaleza prusiana que yo había intentado inculcar a mis oficiales.

Que había sucumbido gradualmente a supersticiones y delirios.

Todo ello era cierto.

Y, sin embargo, mientras la pluma avanzaba sobre el papel, recordé otra versión de él.

Klenze inclinado sobre la mesa, hablando del niño de la bufanda roja.

Klenze observando durante horas al mismo delfín.

Klenze llorando por personas cuyos nombres no conocíamos.

Klenze diciéndome que quizá la locura fuera una misericordia.

Y finalmente Klenze entrando voluntariamente en la esclusa porque había escuchado algo que ahora yo también escuchaba.

Me descubrí escribiendo con dureza.

Más dureza de la necesaria.

Lo describí como débil, dado a imaginaciones inútiles y finalmente incapaz de soportar nuestra situación.

Al releer aquellas líneas experimenté una sensación desagradable.

No eran completamente falsas. Eso bastaba. Un informe no conserva la realidad; la ordena. Suprimí nombres, reuní incidentes separados, adelanté desapariciones y reduje semanas enteras a unas cuantas líneas. No necesitaba contar lo que había ocurrido. Necesitaba dejar una versión que pudiera ser comprendida.

Continué escribiendo.

Reduje el motín a unas cuantas frases.

Semanas de miedo, sospechas, discusiones y violencia desaparecieron bajo la velocidad de la pluma. Hartwig casi se desvaneció. Weiss quedó reducido a poco más que una ausencia. Müller, cuyo rostro recordaba todavía con una precisión dolorosa, ocupó menos espacio del que habría ocupado una avería menor.

Me detuve nuevamente.

Tal vez aquel documento sería lo único que sobreviviría de ellos.

Y yo los estaba matando por segunda vez.

La idea me irritó.

No tenía sentido conceder sentimentalismo retrospectivo a una tripulación cuya indisciplina había contribuido a nuestra ruina.

Seguí escribiendo.

Las horas pasaron.

La lámpara perdió intensidad mientras las hojas aumentaban frente a mí. En varias ocasiones tuve que consultar la bitácora para reconstruir fechas. El esfuerzo de ordenar los acontecimientos produjo un efecto inesperado: cuanto más escribía, más distante me parecía todo aquello. El Victory, el cadáver, la cabeza de marfil, las peleas de la tripulación y la explosión de la sala de máquinas empezaron a adquirir la calidad cerrada de hechos pertenecientes al pasado.

Solo el templo permanecía presente.

No necesitaba mirar hacia el ojo de buey para saber que estaba allí.

Lo sentía.

Aquella afirmación habría provocado mi desprecio si otro

hombre la hubiera pronunciado, y por esa misma razón no la incluí en el manuscrito.

Llegué finalmente a la ciudad.

Aquí escribí con mayor precisión. Describí los edificios, las terrazas, el antiguo cauce y la arquitectura. Registré la expedición del 16 de agosto y la imposibilidad de penetrar suficientemente en el templo al día siguiente. Podía permitirme entusiasmo arqueológico; incluso cierto asombro. Ningún científico sensato habría considerado irracional emocionarse ante un descubrimiento semejante.

Pero omití la visión.

Por completo.

No escribí una sola palabra sobre la ciudad viva.

Ni sobre sus habitantes.

Ni sobre la catástrofe.

Ni sobre las formas que habían entrado al templo después de la inundación.

Al hacerlo experimenté una sensación de alivio tan intensa que comprendí inmediatamente cuánto miedo me producía aquella memoria.

La dejé fuera.

También omití la marca.

Los delfines aparecieron únicamente como una anomalía zoológica.

Klenze murió como un hombre que había perdido la razón.

Yo seguía siendo Karl Heinrich, Graf von Altberg-Ehrenstein, Comandante de la Armada Imperial Alemana, enfrentado a circunstancias extraordinarias con una disciplina que hombres de menor fortaleza no habían conseguido conservar.

Era una versión aceptable.

Casi llegué a creerla.

Cuando levanté la cabeza, la lámpara apenas emitía una claridad rojiza.

No sabía cuántas horas había escrito.

Extendí los dedos para aliviar el dolor y contemplé las páginas terminadas. Eran muchas menos de las que hubiera necesitado para contar verdaderamente lo sucedido.

Aquello me sorprendió.

Tantos muertos.

Tantas semanas.

Tanto miedo.

Y cabían en unas cuantas hojas.

Entonces escuché el canto.

No había comenzado repentinamente. Comprendí que llevaba algún tiempo oyéndolo sin prestarle atención, como si se hubiera integrado en el funcionamiento normal del submarino. Era más claro que la noche anterior. Podía distinguir distintas capas de voces y, por debajo de ellas, un ritmo profundo que no sabía si escuchaba con los oídos o percibía mediante las vibraciones del casco.

No interrumpí mi trabajo.

Todavía faltaba el final.

Debía describir mi situación actual.

Escribí sobre la luz.

Sobre la posible alucinación auditiva.

Sobre la necesidad irresistible de entrar al templo.

Me resultó curioso observar hasta qué punto continuaba buscando explicaciones incluso cuando sabía que estaba a punto de obedecer aquello que negaba.

Al llegar a la última página me detuve.

Había una frase que no quería escribir.

La escribí de todos modos.

Declaré que no tenía miedo.

Después permanecí varios segundos observándola.

Era mentira.

Había tenido miedo desde el momento en que me detuve ante la entrada del templo.

Pero ahora el miedo había cambiado.

Ya no temía morir.

Ni siquiera temía particularmente aquello que pudiera encontrarse detrás de la puerta.

Lo que verdaderamente me aterrorizaba era la posibilidad de descubrir que había deseado llegar allí desde antes de saber que el lugar existía.

Recordé los primeros días.

La corriente.

Los sueños de la tripulación.

Klenze dibujando un templo que jamás había visto.

El joven muerto nadando hacia el sur.

La cabeza de marfil.

¿En qué momento había comenzado realmente el viaje?

¿Cuando torpedeamos al Victory?

¿Cuando recogimos el cadáver?

¿Cuando la corriente empezó a arrastrarnos?

¿O mucho antes?

No escribí ninguna de aquellas preguntas.

Terminé el manuscrito.

Dejé la pluma sobre la mesa.

La lámpara se apagó.

No parpadeó.

Simplemente murió.

La oscuridad fue completa durante unos segundos.

Después regresó la luz verdosa.

Más intensa que antes.

Entraba por el ojo de buey y proyectaba sobre la sala sombras largas y temblorosas.

No necesitaba mirar.

El templo estaba iluminado.

Doblé las hojas con cuidado.

Las introduje en la botella.

No sabía si el vidrio resistiría la presión durante el ascenso. En realidad, no tenía ninguna razón para creerlo. Pero aquella noche la imposibilidad había dejado de ser un argumento convincente. No podía saber si la corriente conseguiría llevarla alguna vez a la superficie. Tal vez quedaría atrapada entre las ruinas. Quizá alguien la encontraría dentro de mil años.

No importaba.

El testimonio existía.

La versión de Karl Heinrich que yo había decidido dejar al mundo estaba terminada.

Sostuve la botella durante unos segundos.

Pensé en añadir otra hoja.

Una sola.

En ella podría escribir lo que había omitido.

Klenze no era un cobarde.

La frase apareció con sorprendente claridad.

También podía escribir acerca del niño.

De Müller.

De la ciudad.

De los delfines.

Podía admitir que había empezado a dudar de todo aquello que había considerado incuestionable.

Busqué una hoja en blanco.

La encontré.

Preparé la pluma.

No escribí nada.

¿A quién habría servido semejante confesión?

A los muertos no.

A Alemania tampoco.

Dejé la hoja.

Sellé la botella.

El canto aumentó.

Me puse de pie.

Había llegado el momento.

Atravesé lentamente el U-29.

No necesitaba luz. Cada giro y cada puerta estaban grabados en mi memoria después de meses de servicio. Sin embargo, aquella última caminata convirtió el submarino en algo diferente. Ya no veía compartimentos ni maquinaria. Veía hombres.

En la sala de control imaginé a Weiss inclinado sobre la carta, calculando una posición que el océano se negaba a respetar.

Más adelante vi a Müller junto a las válvulas, con la venda manchada sobre la frente.

Krüger sostenía una llave inglesa.

Traube pedía que hiciéramos señales al buque estadounidense.

Hartwig escuchaba el casco.

Y en la sala de oficiales, Klenze sostenía la cabeza de marfil bajo

la lámpara.

No eran apariciones.

Lo sé.

Eran recuerdos.

Pero aquella distinción había empezado a perder importancia.

Entré en el camarote de Klenze por última vez.

No quedaba casi nada suyo. Había llevado la escultura consigo y yo había utilizado algunos de sus objetos después de su muerte. Sobre la litera encontré uno de sus primeros dibujos, arrugado y parcialmente oculto entre el colchón y el mamparo.

Lo recogí.

El templo.

Lo había dibujado semanas antes de verlo.

En una esquina había una figura diminuta que nunca había advertido.

Un hombre ascendía por la escalinata.

Estaba solo.

Observé el dibujo durante un largo momento.

Después lo doblé.

No lo introduje en la botella.

Lo guardé en el bolsillo de mi uniforme.

No sé por qué.

Quizá quería llevar algo de Klenze conmigo.

La admisión me habría disgustado tiempo atrás.

Ya no.

Regresé al compartimento donde guardaba el traje de buceo y comencé a prepararlo.

Cada movimiento tenía algo ceremonial. Revisé las juntas, ajusté el regenerador, aseguré el casco y comprobé la escasa energía de la lámpara portátil. No necesitaba que durara mucho. La luz del templo sería suficiente para orientarme una vez alcanzada la plaza.

Coloqué la pistola en una funda exterior del traje. Sabía que difícilmente podría utilizarla con aquellas manos metálicas, pero la sola idea de dejarla atrás me resultó intolerable.

La observé.

Durante días había considerado utilizarla contra mí mismo.

Ahora comprendí que no la necesitaba para eso.

La guardé.

No sabía qué esperaba encontrar al otro lado.

Quizá nada.

Quizá un edificio vacío iluminado por algún fenómeno natural desconocido.

Quizá moriría antes de alcanzar la entrada.

Cualquiera de aquellas posibilidades resultaba preferible a permanecer sentado dentro del submarino esperando que el aire desapareciera.

Eso era lo racional.

Sonreí al pensarlo.

Incluso al final necesitaba una explicación.

Me coloqué el traje.

Antes de cerrar el casco regresé una vez más a la sala de oficiales.

La fosforescencia iluminaba débilmente la botella sobre la mesa.

Me acerqué.

Por alguna razón había imaginado que debía arrojarla al mar inmediatamente, pero comprendí que hacerlo desde aquella profundidad podía condenarla a permanecer junto al submarino. Decidí llevarla conmigo hasta la esclusa y liberarla allí. Si existía alguna corriente ascendente, quizá tendría una oportunidad.

Tomé la botella.

El cristal estaba frío.

Subí hacia la esclusa.

El canto se hizo más intenso con cada paso.

Entonces escuché algo distinto.

Una risa.

Me detuve.

No era la de Klenze.

Tampoco podía atribuirla a ninguno de mis hombres.

Era baja, distante y apenas perceptible entre las voces.

Sentí que mis manos se tensaban.

—Una alucinación —dije.

La palabra resonó dentro del casco del traje.

La risa continuó.

Seguí caminando.

Entré en la esclusa.

La compuerta interior quedó abierta detrás de mí durante unos segundos. Desde allí podía contemplar el último tramo del corredor del U-29, iluminado únicamente por la claridad verdosa que penetraba desde el exterior.

Pensé en cerrar.

No lo hice inmediatamente.

Había pasado meses protegiendo aquella nave.

Había exigido obediencia en sus pasillos, dormido entre sus paredes y confiado mi vida a su acero. Había escuchado cada motor hasta distinguir sus variaciones mínimas y había aprendido a reconocer el humor de una tripulación por la forma en que sus pasos resonaban sobre la cubierta.

El U-29 había sido mi mando.

Mi arma.

Mi hogar.

Mi prisión.

Ahora era una tumba.

Cerré la compuerta.

Accioné la válvula.

El agua comenzó a entrar.

Mientras subía alrededor de mis piernas recordé a Klenze.

Había estado exactamente allí.

Solo.

Esperando.

Cuando el agua alcanzó mi pecho, el canto dejó de parecer distante.

Lo escuchaba con una claridad imposible.

No distinguía palabras, pero empezaba a percibir algo parecido a una estructura. Había repeticiones. Respuestas. Una voz iniciaba una frase y otras la completaban. En determinados momentos el conjunto descendía hasta un tono tan profundo que lo sentía en los huesos.

El agua cubrió el visor.

Esperé a que las presiones se equilibraran.

Mi mano alcanzó la palanca exterior.

Me detuve.

Podía regresar.

La idea fue inesperada.

Todavía podía vaciar la cámara y regresar al submarino. Podía utilizar la pistola. Podía morir en un lugar construido por hombres y evitar aquella puerta.

Durante un instante deseé hacerlo.

Entonces algo pasó frente al pequeño cristal de la esclusa.

Una forma gris.

Después otra.

Encendí la lámpara.

El haz encontró un delfín.

Permanecía inmóvil frente a la esclusa.

No nadaba.

Me observaba.

Había algo claro junto a una de sus aletas.

Una cicatriz.

Sentí que el estómago se contraía.

Moví la lámpara hacia él.

El animal giró ligeramente.

La marca quedó visible.

No era la misma.

Me repetí aquello.

No era la misma.

Otro delfín apareció detrás.

Después otro.

Habían regresado.

No sabía de dónde.

Durante varios minutos no se movieron.

Me observaban desde el agua oscura.

Entonces el primero giró hacia el templo.

Los demás lo siguieron.

No los acompañé todavía.

Abrí la compuerta exterior.

El agua me recibió sin violencia.

Salí.

La plaza estaba iluminada.

No por el reflector del U-29, que permanecía muerto, sino por aquella claridad que surgía del templo y se extendía ahora mucho más lejos que la noche anterior. Las fachadas próximas aparecían bañadas por una luz temblorosa que revelaba columnas, estatuas y calles cubiertas de sedimento.

Me volví hacia el submarino.

Desde fuera parecía aún más pequeño.

La pintura estaba dañada, el casco cubierto por manchas y depósitos marinos. Sobre él podía distinguir todavía la insignia alemana.

Un símbolo de un mundo situado a una distancia inconcebible.

Abrí la mano.

La botella flotó unos instantes frente a mí.

La empujé hacia arriba.

Al principio permaneció suspendida.

Después comenzó a elevarse lentamente.

La observé hasta que desapareció en la oscuridad.

Ahí se iba todo lo que el mundo conocería de nosotros.

Un puñado de páginas.

Una versión ordenada.

Razonable.

Incompleta.

Me pregunté si alguien la leería alguna vez.

Después pensé que quizá ya lo había hecho.

La idea apareció con tanta naturalidad que tardé en percibir su absurdo.

¿Ya?

No podía significar nada.

Seguramente era otra perturbación causada por mi estado nervioso.

Me volví hacia el templo.

Los delfines estaban esperando.

Uno inició el movimiento.

Los demás lo siguieron.

Avancé.

Cada paso levantaba sedimento de la plaza. El traje respondía

con lentitud, pero no sentía fatiga. La luz aumentaba conforme me aproximaba a la escalinata y el canto parecía surgir ahora de cada piedra de la ciudad.

Llegué al primer peldaño.

Recordé la vez anterior.

El miedo había comenzado allí.

Ahora seguía sintiéndolo.

Pero ya no me detenía.

Subí.

La primera hilera de relieves apareció a mi derecha.

Las procesiones.

Sacerdotes.

Niños.

Objetos ceremoniales.

El dios radiante.

Mientras avanzaba, las figuras parecían cobrar profundidad bajo aquella iluminación fluctuante. Durante un instante creí ver que los ojos de algunas esculturas seguían mi movimiento.

No me detuve a comprobarlo.

Subí otro peldaño.

Después otro.

Los delfines no ascendieron conmigo.

Permanecieron al pie de la escalinata.

Me volví.

Había más de los que recordaba.

Decenas.

Quizá centenares.

Sus cuerpos formaban una masa oscura sobre la plaza y todos estaban orientados hacia el templo.

Hacia mí.

Entre ellos creí distinguir una forma ligeramente distinta.

Más pequeña.

Una cicatriz pálida.

Y por un segundo, únicamente uno, tuve la certeza de que reconocía aquellos ojos.

—Klenze —dije.

La figura se sumergió entre las demás.

No volví a verla.

Seguí ascendiendo.

A mitad de la escalera escuché nuevamente la risa.

Más fuerte.

No procedía del templo.

Venía de mi propio casco.

De mis propios oídos.

De mi cerebro.

Eso era todo.

Mi cerebro debilitado.

Nada más.

Repetí la explicación mientras avanzaba.

La entrada creció frente a mí.

El resplandor que surgía de ella no se parecía ya a una llama. No podía identificar su fuente ni determinar su color. Parecía cambiar según el ángulo desde el que la miraba: verde, dorado, blanco y por momentos una tonalidad que no podía nombrar.

Las ventanas superiores estaban iluminadas.

Detrás de algunas se movían sombras.

No intenté distinguirlas.

El canto se detuvo.

La ciudad quedó completamente silenciosa.

Yo continué subiendo.

Entonces comenzó otro sonido.

No una voz.

No música.

Un rumor profundo procedente de dentro de la montaña.

Durante un instante recordé la visión del océano suspendido sobre la ciudad y comprendí que aquel sonido había estado allí también, enterrado bajo los gritos y el agua.

Algo esperaba detrás de la puerta.

No sabía qué.

No deseaba saberlo.

Y, sin embargo, seguí avanzando.

Alcancé el último peldaño.

La entrada se alzaba frente a mí.

Había llegado al mismo punto donde dos días antes mi cuerpo se había negado a continuar. La oscuridad que entonces había llenado el interior había desaparecido. Ahora una claridad tenue revelaba los primeros metros de un suelo descendente y, mucho más allá, formas verticales que podían ser columnas.

No vi ninguna criatura.

No vi ningún altar.

No vi al joven coronado.

Aquello me tranquilizó.

Di un paso.

El miedo regresó con tal violencia que casi caí.

Mi mano buscó instintivamente la pistola. Los dedos rígidos del traje rozaron la funda sin conseguir abrirla.

No la saqué.

Respiré.

Otro paso.

La sensación de familiaridad fue inmediata.

Yo había estado allí.

No podía ser cierto.

Pero conocía aquel suelo.

Sabía que después de las primeras columnas habría una amplia cámara.

Sabía que más allá descendían escalones.

Sabía que en algún lugar profundo existía agua.

No había visto nada de aquello.

Y lo recordaba.

Klenze.

Los sueños son el momento en que dejo de olvidar.

Me detuve.

Por última vez intenté retroceder.

Miré hacia la plaza.

El U-29 descansaba a lo lejos.

Los delfines habían desaparecido.

Solo quedaba la ciudad.

La muerte habría sido fácil.

Podía regresar al submarino.

Cerrar la escotilla.

Dispararme.

Una solución digna, rápida y perfectamente comprensible.

Entonces pensé en el manuscrito elevándose lentamente hacia la superficie.

En aquellas páginas yo había escrito que no tenía miedo.

Sonreí.

Por una vez, quizá debía intentar convertirme en el hombre que había descrito.

Me volví hacia el interior.

La risa sonó nuevamente.

Más profunda.

Más cerca.

Mi propia mente, pensé.

Nada más que mi propia mente.

Avancé.

La luz me envolvió.

Durante un instante creí escuchar muchas voces pronunciando mi nombre.

Algunas pertenecían a hombres muertos.

Otras no pertenecían a ninguna garganta humana.

Entre ellas distinguí a Klenze.

No decía que regresara.

Tampoco me pedía que continuara.

Se reía.

Entonces comprendí algo.

O creí comprenderlo.

La llamada nunca había venido del templo.

Había estado en nosotros desde el principio.

En Klenze.

En los hombres.

En mí.

Quizá incluso antes del Victory.

La idea fue tan vasta que mi mente no consiguió retenerla.

Di otro paso.

El corredor descendía.

La luz aumentó.

Y en algún lugar, mucho más abajo, algo comenzó a cantar.

No puedo decir qué vi después.

Porque ninguna palabra que conozca pertenece a aquello.

Y porque, llegado este punto, ya no estoy seguro de que siguiera siendo yo quien miraba.

Documento hallado

Manuscrito atribuido al teniente comandante Karl Heinrich, Graf von Altberg-Ehrenstein, capitán del submarino imperial alemán U-29.

Fechado el 20 de agosto de 1917.

Recuperado en una botella de vidrio.

El documento que sigue constituye la única versión de los acontecimientos que su autor decidió confiar al mar.

El 20 de agosto de 1917, yo, Karl Heinrich, Graf von Altberg-Ehrenstein, Teniente Comandante de la Armada Imperial Alemana y al mando del submarino U-29, deposito esta botella y registro en el Océano Atlántico en un punto que me es desconocido, pero probablemente cerca de los 20° de latitud norte y los 35° de longitud oeste, donde mi barco yace averiado en el fondo del océano. Lo hago por mi deseo de exponer ciertos hechos insólitos ante el público; algo que, con toda probabilidad, no sobreviviré para lograr en persona, ya que las circunstancias que me rodean son tan amenazantes como extraordinarias, e implican no solo la irremediable avería del U-29, sino también el debilitamiento de mi férrea voluntad alemana de la manera más desastrosa.

En la tarde del 18 de junio, según informó por radio al U-61, con destino a Kiel, torpedeamos el carguero británico Victory, que cubría la ruta Nueva York-Liverpool, en latitud norte 45° 16′, longitud oeste 28° 34′; permitiendo a la tripulación abandonar el barco en botes salvavidas para obtener una buena grabación para los archivos del Almirantazgo. El barco se hundió

de forma bastante pintoresca, de proa primero, con la popa elevándose sobre el agua mientras el casco se hundía perpendicularmente hasta el fondo del mar. Nuestra cámara no se perdió nada, y lamento que una grabación tan buena nunca llegue a Berlín. Después, hundimos los botes salvavidas con nuestros cañones y nos sumergimos.

Cuando emergimos a la superficie al atardecer, se encontró el cuerpo de un marinero en la cubierta, con las manos aferradas a la barandilla de una manera curiosa. El pobre hombre era joven, de tez morena y muy apuesto; probablemente italiano o griego, e indudablemente miembro de la tripulación del Victory. Evidentemente, había buscado refugio en el mismo barco que se había visto obligado a destruir el suyo; una víctima más de la injusta guerra de agresión que los ingleses, esos cerdos, libran contra la patria. Nuestros hombres lo registraron en busca de recuerdos y encontraron en el bolsillo de su abrigo una extraña pieza de marfil tallada con la forma de la cabeza de un joven coronada con laurel. Mi compañero, el teniente Klenze, creyó que la pieza era muy antigua y de gran valor artístico, así que se la arrebató a los hombres. Ni él ni yo podíamos imaginar cómo había llegado a manos de un simple marinero.

Cuando arrojaron al hombre muerto por la borda, ocurrieron dos incidentes que causaron gran revuelo entre la tripulación. El hombre tenía los ojos cerrados; pero al arrastrar su cuerpo hasta la barandilla, se le abrieron de golpe, y muchos parecieron tener la extraña ilusión de que miraban fijamente y con burla a Schmidt y Zimmer, que estaban inclinados sobre el cadáver. El contramaestre Müller, un anciano que habría tenido más criterio de no ser por su superstición, se exaltó tanto con esta impresión que observó el cuerpo en el agua; y juró que, después de hundirse un poco, encogió sus extremidades en posición de natación y se

alejó rápidamente hacia el sur bajo las olas. A Klenze y a mí no nos gustaron estas muestras de ignorancia campesina, y reprendimos severamente a los hombres, en particular a Müller.

Al día siguiente, se creó una situación muy problemática debido al malestar de algunos miembros de la tripulación. Evidentemente, sufrían el agotamiento nervioso de nuestro largo viaje y habían tenido pesadillas. Varios parecían bastante aturdidos y estúpidos; y después de asegurarme de que no estaban fingiendo su debilidad, los eximí de sus deberes. El mar estaba bastante agitado, así que descendimos a una profundidad donde las olas eran menos problemáticas. Allí estábamos relativamente tranquilos, a pesar de una corriente hacia el sur algo desconcertante que no pudimos identificar en nuestras cartas oceanográficas. Los gemidos de los enfermos eran decididamente molestos; pero como no parecían desmoralizar al resto de la tripulación, no recurrimos a medidas extremas. Nuestro plan era permanecer donde estábamos e interceptar el transatlántico Dacia, mencionado en información de agentes en Nueva York.

Al anochecer, emergimos a la superficie y encontramos el mar menos agitado. El humo de un acorazado estaba en el horizonte norte, pero nuestra distancia y capacidad de inmersión nos mantenían a salvo. Lo que más nos preocupaba era la charla del contramaestre Müller, que se volvía más descabellada al caer la noche. Estaba en un estado detestablemente infantil y balbuceaba sobre una ilusión de cadáveres que flotaban más allá de los ojos de buey submarinos; cuerpos que lo miraban fijamente, y que él reconoció, a pesar de la hinchazón, como víctimas de algunas de nuestras victoriosas hazañas alemanas. Dijo que el joven que habíamos encontrado y arrojado por la borda era su líder. Esto era espantoso y anormal, así que encadenamos a Müller y lo azotamos severamente. Los hombres no estaban

contentos con el castigo, pero la disciplina era necesaria. También rechazamos la petición de una delegación encabezada por el marinero Zimmer de que la curiosa cabeza de marfil tallada fuera arrojada al mar.

El 20 de junio, los marineros Bohm y Schmidt, que habían estado enfermos el día anterior, sufrieron un ataque de locura. Lamenté que no contáramos con un médico entre nuestros oficiales, ya que la vida de los alemanes es valiosa; pero los constantes delirios de ambos sobre una terrible maldición socavaban la disciplina, por lo que se tomaron medidas drásticas. La tripulación aceptó el suceso con resentimiento, pero pareció tranquilizar a Müller, quien a partir de entonces no nos dio problemas. Por la noche lo liberamos y continuó con sus tareas en silencio.

Durante la semana siguiente, todos estuvimos muy nerviosos, pendientes del Dacia. La tensión se agravó con la desaparición de Müller y Zimmer, quienes sin duda se suicidaron a causa de los temores que parecían atormentarlos, aunque no se les vio en el acto de saltar por la borda. Me alegré bastante de librarme de Müller, pues incluso su silencio había afectado negativamente a la tripulación. Todos parecían inclinados a guardar silencio ahora, como si albergaran un temor secreto. Muchos estaban enfermos, pero ninguno causó disturbios. El teniente Klenze se impacientaba bajo la presión y se irritaba por las más mínimas nimiedades, como el banco de delfines que se congregaba alrededor del U-29 en número creciente y la intensidad cada vez mayor de esa corriente hacia el sur que no figuraba en nuestra carta náutica.

Finalmente, se hizo evidente que habíamos perdido de vista al Dacia por completo. Tales fallos no son infrecuentes, y estábamos más satisfechos que decepcionados, ya que nuestro regreso a Wilhelmshaven estaba ahora en orden. Al mediodía

del 28 de junio viramos hacia el noreste y, a pesar de algunos enredos bastante cómicos con las inusuales masas de delfines, pronto nos pusimos en marcha.

La explosión en la sala de máquinas a las 2 de la tarde fue una completa sorpresa. No se había detectado ningún defecto en la maquinaria ni negligencia por parte de los hombres, pero sin previo aviso el barco fue sacudido de punta a punta por un impacto colosal. El teniente Klenze se apresuró a la sala de máquinas, donde encontró el tanque de combustible y la mayor parte del mecanismo destrozados, y los ingenieros Raabe y Schneider murieron en el acto. Nuestra situación se había vuelto repentinamente grave. Aunque los regeneradores de aire químicos estaban intactos y podíamos usar los dispositivos para elevar y sumergir el submarino y abrir las escotillas mientras duraran el aire comprimido y las baterías, éramos incapaces de propulsarlo o guiarlo. Buscar el rescate en los botes salvavidas significaría entregarnos a enemigos irrazonablemente resentidos contra nuestra gran nación alemana, y nuestra radio no había logrado comunicarnos con ningún otro submarino de la Armada Imperial desde el incidente del Victory.

Desde el momento del accidente hasta el 2 de julio, navegamos a la deriva constantemente hacia el sur, casi sin rumbo fijo y sin avistar ningún barco. Los delfines seguían rodeando al U-29, una circunstancia bastante notable considerando la distancia que habíamos recorrido. La mañana del 2 de julio avistamos un buque de guerra con bandera estadounidense, y la tripulación se impacientó, deseando rendirse. Finalmente, el teniente Klenze tuvo que disparar a un marinero llamado Traube, quien instó con especial vehemencia a este acto antialemán. Esto calmó a la tripulación por el momento, y nos sumergimos sin ser vistos.

A la tarde siguiente, una densa bandada de aves

marinas apareció desde el sur, y el océano comenzó a agitarse ominosamente. Cerramos las escotillas y esperamos a ver qué sucedía hasta que comprendimos que debíamos sumergirnos o ser engullidos por las olas cada vez más grandes. La presión del aire y la electricidad disminuían, y deseábamos evitar el uso innecesario de nuestros escasos recursos mecánicos; pero en este caso no había otra opción. No descendimos mucho, y cuando después de varias horas el mar se calmó, decidimos regresar a la superficie. Aquí, sin embargo, surgió un nuevo problema; pues el barco no respondía a nuestras órdenes a pesar de todo lo que los mecánicos podían hacer. A medida que los hombres se asustaban más por este encarcelamiento submarino, algunos de ellos comenzaron a murmurar de nuevo sobre la imagen de marfil del teniente Klenze, pero la visión de una pistola automática los tranquilizó. Mantuvimos a los pobres diablos tan ocupados como pudimos, trasteando con la maquinaria incluso cuando sabíamos que era inútil.

Klenze y yo solíamos dormir a horas diferentes; y fue durante mi sueño, alrededor de las 5 de la mañana del 4 de julio, cuando estalló el motín general. Los seis cerdos de marineros restantes, sospechando que estábamos perdidos, habían estallado repentinamente en una furia descontrolada por nuestra negativa a rendirnos al acorazado yanqui dos días antes; y estaban en un delirio de maldiciones y destrucción. Rugieron como los animales que eran, y rompieron instrumentos y muebles indiscriminadamente; gritaban sobre tonterías como la maldición de la imagen de marfil y el joven muerto y oscuro que los miró y se alejó nadando. El teniente Klenze parecía paralizado e ineficaz, como cabría esperar de un renano afeminado y pusilánime. Disparé a los seis hombres, pues era necesario, y me aseguré de que ninguno quedara con vida.

Expulsamos los cuerpos por las escotillas dobles

y nos quedamos solos en el U-29. Klenze parecía muy nervioso y bebía mucho. Se decidió que debíamos permanecer con vida el mayor tiempo posible, utilizando las grandes reservas de provisiones y el suministro químico de oxígeno, ninguno de los cuales había sufrido las locuras de esos marineros sinvergüenzas. Nuestras brújulas, medidores de profundidad y otros instrumentos delicados estaban arruinados; así que, de ahora en adelante, nuestro único cálculo sería a ojo, basado en nuestros relojes, el calendario y nuestra deriva aparente según lo que pudiéramos divisar a través de los ojos de buey o desde la torre de mando. Afortunadamente, teníamos baterías de almacenamiento que aún podían usarse durante mucho tiempo, tanto para la iluminación interior como para el reflector. A menudo proyectábamos un haz alrededor del barco, pero solo veíamos delfines, nadando paralelos a nuestra propia ruta de deriva. Yo estaba científicamente interesado en esos delfines; aunque el Delphinus delphis común es un mamífero cetáceo incapaz de subsistir sin aire, observé atentamente a uno de los nadadores durante dos horas y no lo vi alterar su estado de inmersión.

Con el paso del tiempo, Klenze y yo concluimos que seguíamos a la deriva hacia el sur, hundiéndonos cada vez más. Observamos la fauna y la flora marinas y leímos mucho sobre el tema en los libros que había llevado conmigo para los ratos libres. Sin embargo, no pude evitar notar la escasa formación científica de mi compañero. Su mente no era prusiana, sino dada a imaginaciones y especulaciones sin valor alguno. La inminencia de nuestra muerte le afectaba curiosamente, y con frecuencia rezaba con remordimiento por los hombres, mujeres y niños que habíamos enviado al fondo del mar, olvidando que todo lo que sirve al Estado alemán es noble. Al cabo de un tiempo, perdió notablemente el equilibrio, contemplando durante horas su imagen de marfil y tejiendo

historias fantasiosas sobre las cosas perdidas y olvidadas bajo el mar. A veces, a modo de experimento psicológico, lo acompañaba en sus andanzas y escuchaba sus interminables citas poéticas y relatos de barcos hundidos. Sentía mucha pena por él, pues no me gusta ver sufrir a un alemán; pero no era un buen compañero para morir. En lo personal, me sentía orgulloso, sabiendo cómo la Patria veneraría mi memoria y cómo mis hijos aprenderían a ser hombres como yo.

El 9 de agosto, divisamos el fondo marino y proyectamos un potente haz de luz del reflector sobre él. Era una vasta llanura ondulada, cubierta en su mayor parte de algas y salpicada de conchas de pequeños moluscos. Aquí y allá se veían objetos viscosos de contornos enigmáticos, cubiertos de maleza e incrustados de percebes, que Klenze declaró que debían ser barcos antiguos que yacían en sus tumbas. Le intrigaba una cosa: un pico de materia sólida que sobresalía del lecho marino casi un metro veinte centímetros en su ápice; de unos sesenta centímetros de espesor, con lados planos y superficies superiores lisas que se unían en un ángulo muy obtuso. Yo lo llamé un pequeño afloramiento rocoso, pero Klenze creyó ver grabados en él. Al cabo de un rato, empezó a estremecerse y se apartó de la escena como asustado; sin embargo, no pudo dar ninguna explicación, salvo que estaba abrumado por la inmensidad, la oscuridad, la lejanía, la antigüedad y el misterio de los abismos oceánicos. Su mente estaba cansada, pero yo, como buen alemán, enseguida me percaté de dos cosas: que el U-29 soportaba espléndidamente la presión de las profundidades marinas y que los peculiares delfines seguían a nuestro alrededor, incluso a una profundidad donde la mayoría de los naturalistas consideran imposible la existencia de organismos de gran tamaño. Estaba seguro de haber sobreestimado nuestra profundidad; pero, aun así, debíamos estar lo suficientemente

profundos como para que estos fenómenos fueran extraordinarios. Nuestra velocidad hacia el sur, medida desde el fondo marino, era aproximadamente la que había estimado a partir de los organismos que veía a mayor profundidad.

Fue a las 15:15 del 12 de agosto cuando el pobre Klenze enloqueció por completo. Estaba en la torre de mando usando el reflector cuando lo vi entrar corriendo en el compartimento de la biblioteca donde yo estaba leyendo, y su rostro lo delató al instante. Repetiré aquí lo que dijo, subrayando las palabras que enfatizó: «¡Está llamando! ¡Está llamando! ¡Lo oigo! ¡Tenemos que irnos!». Mientras hablaba, tomó su imagen de marfil de la mesa, se la guardó en el bolsillo y me agarró del brazo intentando arrastrarme por la escotilla hasta la cubierta. Enseguida comprendí que pretendía abrir la escotilla y arrojarme al agua, un delirio de locura suicida y homicida para el que no estaba preparado. Al intentar calmarlo, se puso más violento y me dijo: «Ven, no esperes; es mejor arrepentirse y ser perdonado que desafiar y ser condenado». Entonces intenté lo contrario y le dije que estaba loco, lamentablemente demente. Pero no se inmutó y gritó: «Si estoy loco, ¡es una misericordia! ¡Que los dioses se apiaden del hombre que, en su insensibilidad, puede permanecer cuerdo hasta el horrible final! ¡Ven y enloquécete mientras él todavía clama por misericordia!».

Este arrebato pareció aliviar una presión en su cerebro; pues al terminar se volvió mucho más apacible, pidiéndome que lo dejara ir solo si yo no lo acompañaba. Mi camino se hizo claro de inmediato. Era alemán, pero solo de Renania y plebeyo; y ahora era un loco potencialmente peligroso. Al acceder a su petición suicida, podría liberarme inmediatamente de alguien que ya no era un compañero, sino una amenaza. Le pedí que me diera la imagen de marfil antes de irse, pero esta petición le provocó una risa

tan extraña que no la repetí. Luego le pregunté si deseaba dejar algún recuerdo o mechón de cabello para su familia en Alemania en caso de que me rescataran, pero de nuevo me dio esa risa extraña. Así que mientras él subía la escalera, fui a las palancas y, respetando los intervalos de tiempo adecuados, accioné la maquinaria que lo envió a su muerte. Después de ver que ya no estaba en el bote, iluminé el agua con el reflector en un intento de obtener un último vistazo de él; como quería comprobar si la presión del agua lo aplastaría, como teóricamente debería, o si su cuerpo permanecería intacto, como el de esos extraordinarios delfines, no logré encontrar a mi compañero fallecido, pues los delfines se habían agrupado densamente alrededor de la torre de mando, ocultando la vista.

Aquella noche lamenté no haberle quitado a escondidas la imagen de marfil del bolsillo al pobre Klenze cuando se marchó, pues su recuerdo me fascinaba. No podía olvidar la cabeza joven y hermosa con su corona de hojas, aunque no soy artista por naturaleza. También lamenté no tener con quién conversar. Klenze, aunque no era mi igual intelectual, era mucho mejor que nadie. No dormí bien esa noche y me preguntaba cuándo llegaría el final. Sin duda, tenía muy pocas posibilidades de ser rescatado.

Al día siguiente subí a la torre de mando y comencé las habituales exploraciones con el reflector. Hacia el norte, la vista era prácticamente la misma que durante los cuatro días transcurridos desde que avistamos el fondo, pero percibí que la deriva del U-29 era menos rápida. Al girar el haz hacia el sur, noté que el lecho marino que tenía delante descendía en una marcada pendiente y presentaba bloques de piedra curiosamente regulares en ciertos lugares, dispuestos como si siguieran patrones definidos. El barco no descendió de inmediato para igualar la mayor profundidad del océano, por lo que

pronto me vi obligado a ajustar el reflector para proyectar un haz bruscamente hacia abajo. Debido a la brusquedad del cambio, se desconectó un cable, lo que requirió una demora de varios minutos para las reparaciones; pero finalmente la luz volvió a encenderse, inundando el valle marino que se extendía bajo mis pies.

No soy dado a las emociones de ningún tipo, pero mi asombro fue enorme cuando vi lo que se revelaba en ese resplandor eléctrico. Y sin embargo, como alguien criado en la mejor Kultur de Prusia no debería haberme asombrado, pues tanto la geología como la tradición nos hablan de grandes transposiciones en áreas oceánicas y continentales. Lo que vi fue un extenso y elaborado conjunto de edificios en ruinas; todos de una arquitectura magnífica, aunque no clasificada, y en diversos estados de conservación. La mayoría parecían ser de mármol, que brillaba con un blanco resplandeciente bajo los rayos del reflector, y el plano general era el de una gran ciudad al fondo de un valle estrecho, con numerosos templos y villas aislados en las empinadas laderas superiores. Los techos se habían derrumbado y las columnas estaban rotas, pero aún permanecía un aire de esplendor inmemorialmente antiguo que nada podía borrar.

Enfrentado por fin a la Atlántida que antes había considerado en gran parte un mito, me convertí en el más entusiasta de los exploradores. Al fondo de ese valle había fluido un río; pues al examinar la escena más de cerca, contemplé los restos de puentes y malecones de piedra y mármol, y terrazas y terraplenes que antaño fueron verdes y hermosos. En mi entusiasmo, me volví casi tan idiota y sentimental como el pobre Klenze, y tardé mucho en darme cuenta de que la corriente hacia el sur había cesado por fin, permitiendo que el U-29 descendiera lentamente sobre la ciudad sumergida como un avión sobre una ciudad en la superficie. También tardé en comprender que el

grupo de delfines inusuales había desaparecido.

Aproximadamente dos horas después, la barca atracó en una plaza pavimentada junto a la pared rocosa del valle. A un lado, podía contemplar toda la ciudad, que descendía desde la plaza hasta la antigua ribera del río; al otro, sorprendentemente cerca, me encontré ante la fachada ricamente ornamentada y perfectamente conservada de un gran edificio, evidentemente un templo, excavado en la roca sólida. Sobre la obra original de esta construcción titánica, solo puedo hacer conjeturas. La fachada, de inmensas dimensiones, aparentemente cubre un hueco continuo, pues sus ventanas son numerosas y están ampliamente distribuidas. En el centro se abre una gran puerta, a la que se accede por una imponente escalinata, y está rodeada de exquisitas tallas que recuerdan a figuras de bacanales en relieve. Destacan sobre todo las grandes columnas y el friso, ambos decorados con esculturas de inefable belleza; que obviamente representan escenas pastorales idealizadas y procesiones de sacerdotes y sacerdotisas portando extraños objetos ceremoniales en adoración a un dios radiante. El arte es de una perfección fenomenal, de inspiración predominantemente helénica, pero extrañamente individual. Transmite una impresión de terrible antigüedad, como si fuera el antepasado más remoto, y no el más inmediato, del arte griego. Tampoco puedo dudar de que cada detalle de esta monumental obra fue esculpido en la roca virgen de la ladera de nuestro planeta. Es palpable como parte de la pared del valle, aunque no puedo imaginar cómo se excavó su vasto interior. Tal vez una caverna o una serie de cavernas constituyeron el núcleo. Ni la edad ni la inmersión han corroído la prístina grandeza de este imponente templo —pues templo debe serlo— y hoy, después de miles de años, reposa inmaculado e inviolable en la noche y el silencio infinitos de un abismo oceánico.

No puedo calcular la cantidad de horas que pasé contemplando la ciudad sumergida con sus edificios, arcos, estatuas y puentes, y el colosal templo con su belleza y misterio. Aunque sabía que la muerte estaba cerca, mi curiosidad me consumía; y dirigí el haz del reflector con avidez. El rayo de luz me permitió descubrir muchos detalles, pero se negó a revelar nada dentro de la enorme puerta del templo excavado en la roca; y después de un rato apagué la corriente, consciente de la necesidad de ahorrar energía. Los rayos eran ahora notablemente más tenues que durante las semanas de deriva. Y como si la inminente falta de luz me hubiera agudizado, mi deseo de explorar los secretos acuáticos creció. ¡Yo, un alemán, debía ser el primero en recorrer esos caminos olvidados por eones!

Saqué y examiné un traje de buceo de aguas profundas de metal ensamblado y experimenté con la luz portátil y el regenerador de aire. Aunque tendría dificultades para manejar las escotillas dobles solo, creía que podría superar todos los obstáculos con mis habilidades científicas y, de hecho, caminar por la ciudad muerta en persona.

El 16 de agosto salí del U-29 y, con gran esfuerzo, me abrí paso por las calles en ruinas y llenas de lodo hasta el antiguo río. No encontré esqueletos ni otros restos humanos, pero sí una gran cantidad de información arqueológica gracias a esculturas y monedas. De esto no puedo hablar ahora, salvo para expresar mi asombro ante una cultura en pleno apogeo, cuando los habitantes de las cuevas vagaban por Europa y el Nilo fluía sin vigilancia hacia el mar. Otros, guiados por este manuscrito si alguna vez se encuentra, deberán desvelar los misterios que yo solo puedo insinuar. Regresé al barco cuando mis baterías eléctricas empezaron a agotarse, decidido a explorar el templo rupestre al día siguiente.

El 17, cuando mi impulso por desentrañar el misterio del templo se hizo aún más insistente, me llevé una gran decepción: descubrí que los materiales necesarios para reponer la luz portátil se habían perdido en el motín de aquellos cerdos en julio. Mi furia era descontrolada, pero mi instinto alemán me impedía aventurarme sin preparación en un interior completamente oscuro que podría ser la guarida de algún monstruo marino indescriptible o un laberinto de pasadizos de los que jamás podría escapar. Lo único que pude hacer fue encender el menguante reflector del U-29 y, con su ayuda, subir los escalones del templo y estudiar las tallas exteriores. El haz de luz entraba por la puerta en ángulo ascendente, y me asomé para ver si podía vislumbrar algo, pero fue en vano. Ni siquiera el techo era visible; y aunque di un par de pasos dentro tras tantear el suelo con un bastón, no me atreví a avanzar más. Además, por primera vez en mi vida experimenté la emoción del pavor. Empecé a comprender cómo habían surgido algunos de los estados de ánimo del pobre Klenze, pues cuanto más me atraía el templo, más temía sus abismos acuáticos con un terror ciego y creciente. Al regresar al submarino, apagué las luces y me senté a pensar en la oscuridad. La electricidad debía reservarse para emergencias.

El sábado 18 lo pasé en completa oscuridad, atormentado por pensamientos y recuerdos que amenazaban con doblegar mi voluntad alemana. Klenze había enloquecido y perecido antes de llegar a este siniestro vestigio de un pasado terriblemente lejano, y me había aconsejado que lo acompañara. ¿Acaso el Destino preservaba mi razón solo para arrastrarme irresistiblemente hacia un final más horrible e impensable de lo que jamás haya soñado? Claramente, mis nervios estaban muy a flor de piel, y debía desechar estas impresiones de hombres más débiles.

No pude dormir la noche del sábado y encendí las

luces sin importarme el futuro. Era molesto que la electricidad no durara hasta agotar el aire y las provisiones. Reviví mis pensamientos sobre la eutanasia y examiné mi pistola automática. Hacia la mañana debí de quedarme dormido con las luces encendidas, pues me desperté en la oscuridad ayer por la tarde y encontré las baterías agotadas. Encendí varias cerillas seguidas y lamenté profundamente la imprudencia que nos había llevado hacía tiempo a gastar las pocas velas que llevábamos.

Tras apagarse la última cerilla que me atreví a desperdiciar, me senté en silencio, a oscuras. Mientras reflexionaba sobre el inevitable final, mi mente repasó los acontecimientos previos y desarrolló una impresión hasta entonces latente que habría hecho estremecer a un hombre más débil y supersticioso. La cabeza del dios radiante en las esculturas del templo de roca es la misma que la de aquel trozo de marfil tallado que el marinero muerto trajo del mar y que el pobre Klenze devolvió al mar.

Esta coincidencia me dejó un poco aturdido, pero no me aterrorizó. Solo el pensador mediocre se apresura a explicar lo singular y lo complejo mediante el atajo primitivo del sobrenaturalismo. La coincidencia era extraña, pero yo era demasiado sensato como para relacionar circunstancias que no admiten ninguna conexión lógica, o para asociar de forma insólita los desastrosos sucesos que me habían llevado desde el incidente del Victory hasta mi situación actual. Sintiendo la necesidad de descansar más, tomé un sedante y conseguí dormir un poco más. Mi estado nervioso se reflejó en mis sueños, pues me pareció oír los gritos de personas ahogándose y ver rostros muertos presionados contra las escotillas del barco. Y entre los rostros muertos estaba el rostro vivo y burlón del joven con la imagen de marfil.

Debo tener cuidado al relatar mi despertar de hoy, pues estoy desquiciado y muchas alucinaciones se mezclan necesariamente con la realidad. Psicológicamente, mi caso es muy interesante, y lamento que no pueda ser observado científicamente por una autoridad alemana competente. Al abrir los ojos, mi primera sensación fue un deseo irresistible de visitar el templo de la roca; un deseo que crecía a cada instante, pero que automáticamente intentaba resistir mediante una emoción de miedo que operaba en sentido contrario. Luego me llegó la impresión de luz. En medio de la oscuridad de las baterías descargadas, me pareció ver una especie de resplandor fosforescente en el agua a través del ojo de buey que daba al templo. Esto despertó mi curiosidad, pues no conocía ningún organismo de las profundidades marinas capaz de emitir tal luminosidad. Pero antes de poder investigar, me sobrevino una tercera impresión que, por su irracionalidad, me hizo dudar de la objetividad de cualquier cosa que mis sentidos pudieran registrar. Era una ilusión auditiva; una sensación de sonido rítmico y melódico, como un canto salvaje pero hermoso o un himno coral, que provenía del exterior a través del casco absolutamente insonorizado del U-29. Convencido de mi anormalidad psicológica y nerviosa, encendí unas cerillas y vertí una buena dosis de solución de bromuro de sodio, que pareció calmarme hasta el punto de disipar la ilusión del sonido. Pero la fosforescencia persistió, y me costó reprimir un impulso infantil de ir al ojo de buey y buscar su origen. Era terriblemente realista, y pronto pude distinguir, gracias a ella, los objetos familiares a mi alrededor, así como el vaso vacío de bromuro de sodio del que no había tenido ninguna impresión visual previa en su ubicación actual. Esta última circunstancia me hizo reflexionar, y crucé la habitación y toqué el vaso. En efecto, estaba en el lugar donde me había parecido verlo. Ahora sabía que la luz

era real o parte de una alucinación tan fija y consistente que no podía esperar disiparla, así que, abandonando toda resistencia, ascendí a la torre de mando para buscar la fuente luminosa. ¿No podría ser en realidad otro submarino, ofreciendo posibilidades de rescate?

Es bueno que el lector no acepte nada de lo que sigue como verdad objetiva, pues dado que los acontecimientos trascienden las leyes naturales, son necesariamente creaciones subjetivas e irreales de mi mente sobrecargada. Cuando llegué a la torre de mando, encontré el mar en general mucho menos luminoso de lo que había esperado. No había fosforescencia animal ni vegetal a mi alrededor, y la ciudad que descendía hacia el río era invisible en la oscuridad. Lo que vi no fue espectacular, ni grotesco ni aterrador, pero me arrebató el último vestigio de confianza en mi conciencia. La puerta y las ventanas del templo submarino, excavado en la colina rocosa, resplandecían con un brillo parpadeante, como si proviniera de una poderosa llama de altar en lo profundo.

Los sucesos posteriores son caóticos. Mientras contemplaba la puerta y las ventanas, extrañamente iluminadas, tuve visiones de lo más extravagantes, tan extravagantes que ni siquiera puedo describirlas. Me pareció discernir objetos en el templo, tanto estáticos como en movimiento, y me pareció oír de nuevo el canto irreal que me había llegado al despertar. Y por encima de todo surgieron pensamientos y temores centrados en el joven del mar y la imagen de marfil cuya talla se repetía en el friso y las columnas del templo que tenía ante mí. Pensé en el pobre Klenze y me pregunté dónde reposaba su cuerpo junto a la imagen que había llevado de vuelta al mar. Me había advertido de algo, pero no le hice caso; era un renano pusilánime que enloquecía por problemas que un prusiano podía sobrellevar con facilidad.

El resto es muy sencillo. Mi impulso de visitar y entrar en el templo se ha convertido ahora en una orden inexplicable e imperiosa que, en última instancia, no puedo negar. Mi voluntad alemana ya no controla mis actos, y de ahora en adelante solo puedo ejercerla en asuntos menores. Fue esa locura la que llevó a Klenze a la muerte, a la intemperie y sin protección en el océano; pero yo soy prusiano y un hombre sensato, y aprovecharé hasta el último aliento lo poco que me queda. Cuando supe que debía partir, preparé mi traje de buceo, casco y regenerador de aire para ponérmelos de inmediato; y comencé a escribir esta apresurada crónica con la esperanza de que algún día llegue al mundo. Sellaré el manuscrito en una botella y lo confiaré al mar al abandonar el U-29 para siempre.

No tengo miedo, ni siquiera de las profecías del loco Klenze. Lo que he visto no puede ser cierto, y sé que esta locura de mi propia voluntad, a lo sumo, me llevará a la asfixia cuando me quede sin aire. La luz en el templo es una mera ilusión, y moriré con serenidad, como un alemán, en las profundidades negras y olvidadas. Esta risa demoníaca que oigo mientras escribo proviene únicamente de mi propio cerebro debilitado. Así que me pondré con cuidado mi traje de buceo y subiré con valentía los escalones hacia ese santuario primigenio; ese secreto silencioso de aguas insondables y años incontables.

FIN

EL TEMPLO

Novelización y dirección creativa
Andrés Villeda

Desarrollo narrativo y asistencia creativa
Nova — ChatGPT, OpenAI

Basada en el relato original de
H. P. Lovecraft

Diseño editorial y maquetación
Andrés Villeda

Primera edición, 2026

El océano no guarda rencor.
O eso creemos.